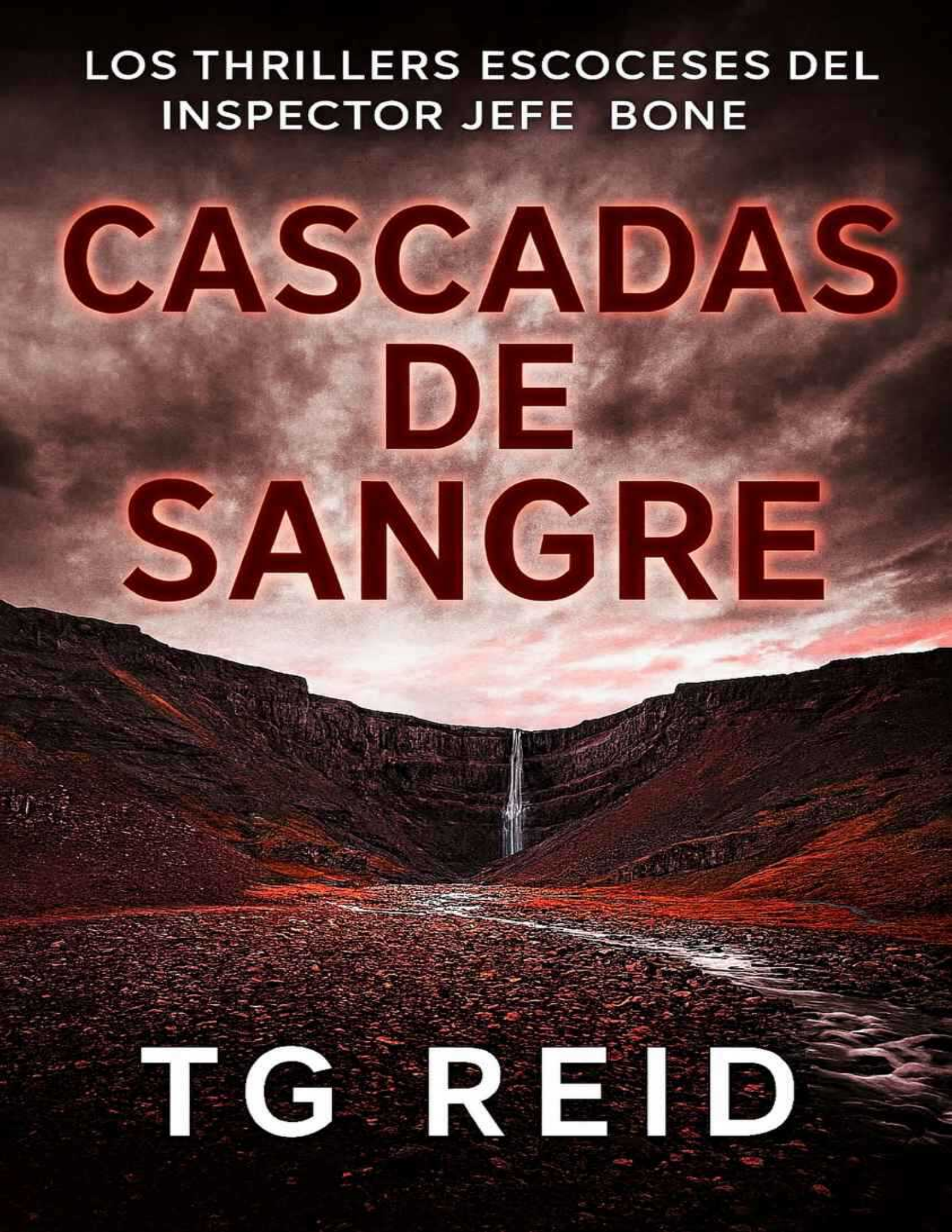
LOS THRILLERS ESCOCESES DEL INSPECTOR JEFE BONE

CASCADAS DE SANGRE



TG REID

CASCADAS DE SANGRE

Un Thriller Escocés Del Inspector Jefe Bone (Libro 2)

TG Reid

TRADUCIDO POR

Rapahel Benavides



Glass Work Press

CASCADAS DE SANGRE
Publicado en todo el mundo por Glass Work Press.
Esta edición traducida se publicó en 2025.
Copyright © 2025 por TG Reid. Se ha reivindicado el derecho de todas las personas mencionadas a ser identificadas como autoras de esta obra, de conformidad con la Ley de derechos de autor, diseños y patentes de 1988. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.
La historia, todos los nombres, personajes e incidentes descritos en este libro son ficticios. No se pretende ni debe inferirse ninguna identificación con personas reales (vivas o fallecidas), lugares, edificios y productos.
Editores: Emmy Ellis, Hanna Elizabeth, Lisa Wright
Diseño de la portada: Andrew Dobell (creativeedgestudios.co.uk)
Composición tipográfica: Emmy Ellis
Traducción y edición: Raphael Benavides
© tgreid.com 2025
Glass Work Press Ltd, 11 Laura Place, Bath, Reino Unido

La traducción es un arte imperfecto y varía de un traductor a otro. Si encuentra algún error en esta novela, envíe un correo electrónico a translations@tgreid.com para que podamos corregirlo.

Índice

Prólogo

1. Uno
2. Dos
3. Tres
4. Cuatro
5. Cinco
6. Seis
7. Siete
8. Ocho
9. Nueve
10. Diez
11. Once
12. Doce
13. Trece
14. Catorce
15. Quince
16. Dieciséis
17. Diecisiete
18. Dieciocho
19. Diecinueve
20. Veinte
21. Veintiuno
22. Veintidós
23. Veintitrés
24. Veinticuatro
25. Veinticinco
26. Veintiséis
27. Veintisiete
28. Veintiocho
29. Veintinueve
30. Treinta

31. Treinta Y Uno
32. Treinta Y Dos
33. Treinta Y Tres
34. Treinta Y Cuatro
35. Treinta Y Cinco
36. Treinta Y Seis
37. Treinta Y Siete
38. Treinta Y Ocho
39. Treinta Y Nueve

Epílogo

40. El Inspector Jefe Bone Regresa En
41. Avance

Prólogo

Richard Jones trepó los últimos metros de Craigend Cap hasta alcanzar la plataforma plana de granito que se asentaba precariamente en la cima de la colina. Por un momento, se quedó maravillado ante la impresionante vista que se extendía ante él: un panorama de colinas y cañadas que asomaban por encima de una espesa alfombra de niebla, parecida a la nata montada, que se negaba obstinadamente a abandonar el valle.

Cuando se había puesto en marcha la noche anterior, bajo la lluvia y en la más absoluta oscuridad, no se había sentido muy optimista sobre la posibilidad de capturar algo que mereciera la pena, pero el pronóstico del tiempo prometía un glorioso día de solsticio, así que había convencido a su mente para que renunciara a la tentadora calidez de su cama, cogiera el último tren a Carrbridge y se dirigiera a las colinas.

Montó el trípode y encajó la cámara de gran formato en las pinzas superiores. Tras un rápido reajuste de las patas del trípode y de trastear un poco con los ajustes, pulsó el disparador y la cámara tomó diez instantáneas consecutivas, capturando el espectáculo antes de que el sol se elevara demasiado y sus rayos arruinaran la imagen.

Después de otras cuatro o cinco tomas, desplazó con cuidado el trípode hasta el borde más alejado del saliente rocoso y lo colocó a pocos centímetros del precipicio. Bajó la altura del trípode, se puso

en cuclillas y entrecerró los ojos para mirar por el visor, ajustando el ángulo y el enfoque para captar la cima de las cataratas Braeburn mientras el estruendo del agua burbujeante y teñida de carmesí se precipitaba por el acantilado hasta la poza profunda que había treinta metros más abajo. En esa época del año, el sedimento de hierro del río se encontraba en su nivel más alto, y la intensa coloración rojiza del agua confería a las cataratas una tonalidad extraña y única que atraía a visitantes de kilómetros a la redonda.

Hizo algunas tomas de preparación y comprobó los resultados. El corazón se le aceleró. Supo de inmediato que aquello iba a ser algo muy especial. Al alzar la vista hacia el amanecer, vio que un único rayo de sol cruzó el cielo e incidió en el centro de la cascada, haciendo que la luz estallara en todas direcciones.

—¡Bingo! —exclamó Richard con deleite, y pulsó de nuevo el disparador, capturando el fugaz y perfecto momento antes de que se desvaneciera para siempre. Apartó el trípode del borde, soltó la cámara y se sentó en una roca. Con manos temblorosas, revisó sus primeras imágenes hasta que encontró la foto del millón.

Cubrió la pantalla con la palma de la mano y examinó la imagen. Era lo más perfecto que jamás hubiera podido esperar. Lanzó otro fuerte grito, y su voz recorrió el valle y regresó en forma de eco momentos después. Richard sonrió, guardó la colección de imágenes en la tarjeta de memoria y recogió su equipo.

Regresó al borde del acantilado y comprobó las condiciones de luz en la base de la cascada. Los rayos habían penetrado en el desfiladero, profundo y estrecho, que rodeaba la cascada y su poza. Cogió la bolsa y el trípode, descendió por el otro lado del saliente y retomó el camino que bajaba a la base de las cataratas.

Ya abajo, saltó el torniquete y se acercó a las cataratas. Más luz solar rebotaba en la superficie de la poza ondulante mientras la cascada golpeaba la superficie con un estruendo ensordecedor. De cerca, la coloración carmesí era aún más espectacular y extraña. Dejó caer su equipo, sacó la cámara de la bandolera y fotografió rápidamente el espectáculo.

Trepó por encima de unas cuantas rocas y, al borde de la poza, se asomó a las aguas oscuras. La poza era profunda, de unos tres

metros y medio o cuatro. Lo bastante profunda como para tentar a idiotas a saltar desde el acantilado, a veces con consecuencias trágicas. Volvió a mirar hacia la cima de la cascada y negó con la cabeza. *Idiotas.*

Montó el trípode en una zona libre de rocas y estaba a punto de empezar a hacer fotos de nuevo cuando reparó en un anillo de espuma rosada que se había acumulado en un rincón de la poza. Desenganchó la cámara y fue a investigar. La espuma era más extensa de lo que había pensado en un principio y cubría casi una cuarta parte de la poza. Al acercarse, percibió un penetrante olor a producto químico. Se arrodilló para examinar el contaminante más de cerca. La espuma era espesa y parecía estar tanto por encima como por debajo de la superficie. Cogió un guijarro y lo lanzó al centro de la masa de espuma. La espuma se lo tragó, dejando un estrecho agujero que se cerró rápidamente.

—Joder —masculló, y empezó a hacer fotos. Un fuerte chapoteo le hizo girarse. Un segundo chapoteo. Algo había caído en la poza con fuerza.

—¡Oh, Dios! —Miró hacia lo alto del acantilado.

Una figura recortada se erguía en el borde. Volvió a mirar la poza, pero nadie salía ni flotaba inconsciente —o algo peor— en la superficie.

—¡Eh, es demasiado peligroso! —le gritó a la figura, pero su voz se perdió en el estruendo de las cataratas.

La figura desapareció. Volvió a escudriñar la poza en busca de idiotas, tomó un par de fotos más de la contaminación y regresó a su trípode. Pero el sol ya se había apartado del desfiladero, y la promesa de otra buena foto se había desvanecido. Con un suspiro, se arrodilló para guardar la cámara y pensar en el largo camino de vuelta a Kilwinnoch.

El estruendo de las cataratas silenció el crujido de unas botas sobre la grava que se acercaban a él a toda velocidad por detrás y el golpe sordo de un martillo que impactaba en su nuca. Cayó hacia delante, su cara se estrelló contra las rocas y su nariz se hizo añicos. Aún vivo, se arrastró hacia delante y se zambulló en la poza. Medio

inconsciente, braceó en el agua y avanzó a patadas hacia el torrente que tenía delante.

Alguien le agarró de los pies y las pantorrillas y lo arrastró hacia atrás. Él pataleó y, al llegar a las cataratas, se lanzó a través del muro de agua. La cascada le golpeó la nuca como un segundo martillazo, y la fuerza de esta lo sumergió.

Gorgoteando y ahogándose, extendió los brazos y sus manos encontraron un estrecho saliente que sobresalía de la pared del acantilado detrás de las cataratas. Se aferró a la resbaladiza piedra mojada y sacó la cabeza del agua. Jadeó y gorgoteó en busca de aire, pero tragó más agua mientras esta le golpeaba la cabeza desde arriba. Pateó contra la superficie y, al encontrar un punto de apoyo, consiguió medio izarse. Pero la cascada siguió golpeándole los hombros y resbaló de nuevo hacia el agua.

Con un último y desesperado empujón, volvió a trepar y, boca abajo, se deslizó por el saliente. Al llegar a la pared del acantilado, el peso de un cuerpo cayó sobre él. Una mano le agarró del pelo empapado de sangre y agua y le echó la cabeza hacia atrás, retorciéndole el cuello para que pudiera ver la cara de su agresor. Pero antes de que Richard pudiera pedir ayuda o clemencia, su atacante le golpeó de nuevo en el lado de la cabeza. Esta vez, el arma le perforó el cráneo y dejó la imagen de la sonrisa burlona del agresor grabada en el último recuerdo de Richard Jones.

Uno

—Entonces, ¿lo que me estás diciendo es que ves gente muerta? —preguntó el agente Tam Windsor, mordiéndose el interior de la mejilla.

—Bueno, entiendo que es una manifestación de mi subconsciente y un síntoma de TEPT —respondió el inspector jefe Duncan Bone, y al instante se arrepintió de haber iniciado la conversación.

El grupo de apoyo se quedó en silencio un momento, con la mirada fija en Bone. Las tuberías de la calefacción central de la sala de terapia zumbaban suavemente, lo que aumentaba la tensión.

—¿Está aquí ahora? —preguntó la agente de detectives Debs Mallory. Miró por la sala y por encima del hombro de Bone.

—No es real, Debs, solo digo que... —replicó Bone.

—¿Y te ayuda a resolver tus casos? —preguntó el agente Windsor.

Los miembros del grupo siguieron mirándolo fijamente, mientras el semicírculo se cerraba en torno a Bone.

—Ya sé que suena a chorrada... Ay, Dios... No debería haber...

—¿Puedo intervenir? —interrumpió el terapeuta Brendan Nichols.

—Gracias —suspiró Bone.

—Como ya hemos comentado en sesiones anteriores, el TEPT puede afectar a nuestro comportamiento físico, emocional y cognitivo de muchas maneras. A veces pueden parecer muy extrañas a los demás.

—Yo no hablé durante cuatro meses —dijo la agente de proximidad Ruth Black—. Ni una sola palabra. Y tampoco tenía ganas.

—Sí, eso es muy común —respondió el terapeuta—. A veces, el cerebro solo necesita paz, tranquilidad y espacio para recuperarse.

—Pues lo llevaba claro. Tengo tres hijos y un marido con incontinencia verbal. Se llevó un chasco cuando por fin recuperé la voz.

—Yo veía un pollo gigante a los pies de la cama —se sumó el sargento detective Kevin Paterson, negando con la cabeza.

—¿Cómo? —el agente Windsor se echó hacia atrás, sorprendido.

—Oh, sí. Me despertaba y estaba ahí mismo, tan campante, como ese gallo grande de los dibujos animados.

—El Gallo Claudio —susurró la agente Gail Braithwaite sin dejar de mirar al suelo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Paterson.

—¡He dicho que el Gallo Claudio! —bramó Braithwaite.

—¿Y cómo lidió usted con esa alucinación? —preguntó el terapeuta Nichols.

—Hablaba con él. Me calmaba —dijo Paterson—. Mi pareja también lo hacía, una vez que se acostumbró a la idea de tener un gallo enorme en nuestro dormitorio.

—Qué bonito. Y qué gran apoyo por parte de su pareja —dijo el terapeuta.

—¿Alguna vez te habló? —preguntó Bone.

—¿Qué? ¿Estás tonto? Es un pollo —dijo Paterson, encogiéndose de hombros—. ¿Cómo iba a hacerlo?

—De acuerdo —intervino de nuevo el terapeuta Nichols—. Es interesante que esa aparición le hiciera sentir tranquilo. Esto nos dice que es la forma que tiene su cerebro de ayudarle a sanar. —Sonrió de forma tranquilizadora—. Volviendo a su síntoma particular, Duncan. ¿Este sospechoso fallecido le hace sentir tranquilo?

Bone volvió a recorrer el semicírculo con la mirada. Aunque todos los ojos estaban fijos en él, los rostros del grupo delataban un espectro de pensamientos dispersos.

—Yo no diría... —empezó.

—¿Es el asesino del Cucú-Tras? —le interrumpió Windsor—. ¿Es él?

Bone se quedó mirando a Windsor mientras el agente seguía mordiéndose la mejilla; el horror del caso del asesino en serie que casi le había costado la vida a Bone rugió en su cráneo y le dio un puñetazo en la cicatriz que la bomba le había dejado en la sien.

—No tiene que hablar de esto si le incomoda, Duncan —dijo el terapeuta—. Recuerden todos que este es un espacio seguro para todos.

—¿Podría parar por ahora? ¿Le parece bien? —suplicó Bone.

—Por supuesto.

—Lo siento, colega, no quería... —Windsor puso una mueca.

—Una de las cosas más difíciles y a menudo más angustiosas del TEPT es que, justo cuando cree que lo ha superado, puede volver —continuó Nichols—. A veces, momentos o situaciones completamente inofensivos pueden desencadenar recaídas de diversa magnitud. Sin embargo, es importante recordar que, a medida que nuestro cerebro se cura, el miedo y la amenaza de su regreso disminuyen lentamente. Aprendemos a encontrar nuestras mejores nuevas formas de vivir.

Bone cogió su vieja mochila de lona y se puso la chaqueta.

—Nos vemos —dijo Bone, despidiéndose del grupo con un gesto de la mano.

Todos en el semicírculo asintieron.

El terapeuta Nichols lo detuvo en la puerta. —Ya sabe que puede hablar conmigo cuando quiera, Duncan; para eso estoy aquí.

—Estoy bien, solo necesito volver al trabajo.

—Lo ha hecho muy bien hoy. No es fácil enfrentarse a los demonios.

—No son demonios. Estoy bien.

—Siga hablando, ¿de acuerdo? —insistió Nichols.

—De verdad que estoy bien.

—Bueno, nos vemos el mes que viene, o llámeme antes si lo necesita.

—Claro. —Dedicó una sonrisa tranquilizadora al terapeuta y se marchó.

Ya en el aparcamiento, soltó un largo suspiro y se dirigió a su viejo Saab verde botella. Se subió, metió una cinta en el reproductor y la suave sección de viento de la orquesta de Billie Holiday sonó con delicadeza e inundó el coche. Se recostó en el asiento un momento y dejó que su ritmo cardíaco disminuyera y que los engranajes de su cabeza se ralentizaran. Entonces, la voz joven, cálida y acogedora de Billie se elevó por encima de la muralla de sonido armonioso.

Un golpe seco en la ventanilla, junto a su cabeza, le hizo incorporarse de un salto, y se giró. La cara arrebolada y ancha de Tam Windsor estaba pegada al cristal. De mala gana, Bone pulsó el botón de parada y bajó la ventanilla.

—Hola, Duncan. Siento si te he molestado antes ahí dentro.

—En absoluto —mintió Bone.

—Ya sabes, cuando he mencionado a ese malnacido.

—No pasa nada. Todos lidiamos con mierdas de todo tipo.

—Solo quería decir que lo entiendo perfectamente. Hace años mataron a una chica. Ni siquiera estuve implicado en el caso, pero fue espantoso. A veces la oigo, ¿sabes?, sus gritos. Es horrible.

—Eso es terrible, colega —dijo Bone—. Deberías hablar con Brendan.

—Lo hago. Va y viene, y cada vez es menos frecuente. —Se apartó del coche—. En fin, que entiendo perfectamente que no quieras hablar de ello. No debería haber sido tan gilipollas.

—Oye, para eso está la sesión, ¿no?

—¿Para qué? ¿Para ser un gilipollas?

—Para lo que haga falta. —Bone sonrió.

Windsor bajó la vista hacia el coche. —¿Qué cochazo! —Enarcó las cejas.

—Gracias —respondió Bone.

—¿Dónde están los caballos?

—¿Caballos?

—Para sacarte del aparcamiento —bromeó Windsor.

—Esto es un coche clásico —resopló Bone.

—Sí, sí, tú sigue diciéndote eso. —Se inclinó de nuevo—. Volverás, ¿verdad? Quiero decir, el mes que viene.

—No me lo perdería por nada del mundo.

—Así me gusta. —Windsor le levantó el pulgar y el dolor de sus ojos se disipó por un instante—. Bueno, buen viaje —resopló.

Bone arrancó el motor.

Windsor aplaudió. —¡Un milagro de nuestros días! —gritó por encima del carraspeo del motor.

Con un toque de claxon poco convincente, Bone salió a trompicones del aparcamiento y regresó al mundo.

Dos

El inspector jefe Bone llamó a la puerta del superintendente jefe Roy Gallacher y entró.

—¿Quería usted verme, señor? —Bone se acercó a Gallacher, que estaba recostado sobre su escritorio, ojeando un ejemplar del *Chronicle* de la mañana.

—Buenos días, Duncan. Siéntate —dijo Gallacher, señalando la silla vacía que tenía enfrente—. Siento hacerte venir en fin de semana, pero esto no puede esperar.

—Mi agenda social no es que esté a reventar —bromeó Bone—. ¿Qué ocurre?

—Antes de entrar en materia, ¿cómo estás?

—Estoy bien, gracias, señor.

—Me refiero a aquí arriba. —Gallacher se dio unos golpecitos en la sien.

—Voy bien. He tenido una sesión esta mañana.

—¿Y la herida? ¿No te está dando problemas?

—Algún dolor de cabeza que otro, pero todo en calma.

—Bien —asintió Gallacher—. ¿Y el trabajo?

—El trabajo me salva la vida, señor, aunque últimamente ha estado la cosa tranquila, y compartir espacio con un Mullens aburrido no es bueno para el bienestar mental de nadie.

—Bueno, a ese respecto —le interrumpió Gallacher—. ¿Has visto esto? —Le entregó el periódico a Bone.

Bone se sentó y examinó la portada. —¿Cuántos días van ya?

—Cuatro desde la última vez que se le vio —respondió Gallacher —. Han llamado de la central.

—¿Ah, sí? —Bone puso los ojos en blanco.

—Quieren que ayudemos a encontrar a este hombre, a ser posible vivo.

—¿No es ese el trabajo de la Unidad de Personas Desaparecidas?

Gallacher se inclinó hacia delante, con cuidado de no alterar la perfecta disposición del material de oficina, alineado en hileras ordenadas en la parte posterior del escritorio. —Richard Jones es un chico de la zona muy respetado: jefe del departamento de Geografía de la Kilwinnoch Academy y un notorio activista y recaudador de fondos para organizaciones y causas benéficas locales. En resumen, es un miembro muy respetado y querido de la comunidad que todo el mundo conoce.

—Entonces, ¿por qué involucrar a la Unidad de Delitos Rurales? ¿No sacará la gente la conclusión de que debe de estar muerto si nos meten a nosotros en el ajo?

—Duncan, el tipo es un puñetero héroe local. En la central están deseando que esto se resuelva lo antes posible. Con nuestro conocimiento de la zona y nuestra experiencia, estamos en la mejor posición para encontrarlo.

—¿Existe la posibilidad de que se haya suicidado? Quiero decir que la enseñanza es un trabajo duro, sobre todo ahí, en el Feral High.

—Es posible, sí, y sería una terrible tragedia. Pero la central necesita zanjar el asunto antes de que nuestro amigo y su panda de ratas de alcantarilla conviertan esto en una cuestión de incompetencia policial.

—McKinnon —suspiró Bone.

—Nuestra intrépida cucaracha de nuestro querido periodicucho local, en efecto.

Bone se pasó un dedo por la cicatriz de la sien. —Sigo sin ver por qué deberíamos meternos en esto —se resistió.

—Tenemos órdenes directas de la central de encargarnos de esto. —Gallacher se detuvo—. ¿Por qué te opones? ¿Estás seguro de que

estás en condiciones?

—Si eso es lo que quiere Edimburgo, eso es lo que tendrá Edimburgo. —Bone ignoró la pregunta de Gallacher—. ¿Qué sabemos hasta ahora?

—No estoy seguro. Tendrás que consultarlo con el equipo de la Unidad de Personas Desaparecidas.

—Entonces, ¿quién está al mando?

—La inspectora detective Irvine, de la comisaría de Carrbridge. Su equipo está en los menhires de Kilmorgan, ya sabes, justo después del embalse de Carrbridge. Al parecer, el profesor iba allí todos los años para fotografiar el círculo en el solsticio.

—¿Era un poco *hippie*, entonces?

—Ni idea. —Gallacher se encogió de hombros.

—De acuerdo, reuniré a la tropa e iré a hablar con la inspectora detective Irvine.

—Bien. —Gallacher se echó hacia atrás y se aplastó el tupé, cargado de laca.

—Y así puedo darle algo que hacer a Mullens, lo que me ahorrará la molestia de asesinarlo.

—Mantenme informado, ¿vale? —Gallacher cogió el teléfono.

—Señor. —Bone se puso de pie.

—Bueno, pues lárgate. —Gallacher sonrió.

Tres

En la sala de operaciones, la sergeant detective Baxter alzó la vista cuando llegó Bone.

—Buenos días, jefe —dijo con una sonrisa.

—Buenos días, Sheila. ¿Dónde está todo el mundo? —Bone echó un vistazo a la oficina vacía—. ¿Han recibido todos la llamada?

—Que yo sepa, sí, jefe —Baxter se encogió de hombros y siguió tecleando.

—Mataría por un café —Bone miró la cafetera vacía.

—Ah, lo siento, jefe. Me he terminado lo que quedaba de anoche. Iba a poner una nueva ahora mismo —dijo Baxter.

—No te preocupes, Sheila. No esperaba que quedara. Es solo un sueño imposible que tengo: que un día llegaré al trabajo y habrá café recién hecho y bien caliente esperándome —Bone sonrió con ironía.

—Buenos días, compis —masculló el sargento detective Mark Mullens, entrando por la puerta con paso vacilante.

—Llegas tarde —dijo Bone mientras volvía a rebuscar en el armario en busca de filtros para el café.

—Sí, lo siento, jefe —Mullens se desplomó en su escritorio.

—Estás callado. Demasiado callado para mi gusto —dijo Bone—. ¿Esperabas poder dormir hasta tarde?

—No es eso —replicó Mullens como un niño de cinco años con una rabieta—. Sandra me ha puesto a dieta —suspiró

profundamente.

—¿Tú, a dieta? —Bone abrió los ojos como platos, incrédulo.

—Ya lo sé —resopló Mullens—. Me llamó gordo de mierda y, la verdad, es difícil no estar de acuerdo. —Se puso de pie y se agarró la barriga—. Mire esto. Auténticas ruedas de *camión monstruo* —se quejó.

—Bueno, no podrás decir que no te lo advertimos —dijo Bone con un chasquido de lengua.

—Me ha puesto una dieta de beberse catorce litros diarios de algo que parece pienso podrido —Mullens hinchó los carrillos—. Así que estáis avisados. Produzco tanto gas que deberían conectar mi culo a la Red Eléctrica Nacional.

—Y ahí lo tenemos —Bone suspiró—. El sargento detective Mullens ha vuelto a la sala. Gracias por el dato, Mark.

—De nada. Y sugiero que mantengamos todas las ventanas abiertas en un futuro próximo y a Sheila alejada de su mechero.

—¿Dónde está Walker? —Bone miró su escritorio vacío, cambiando de tema a toda prisa.

—¡Uy, llega tarde! —exclamó Mullens—. He llegado antes que la pelirroja.

—Sí, Mark, esta mañana, el mundo al revés —bromeó Bone.

—Lo siento, jefe —la inspectora detective Walker apareció en la puerta—. Cita en el hospital. —Colgó el abrigo e intentó sujetarse los rebeldes mechones pelirrojos con una cinta para el pelo.

—Buenos días, Rhona. Bien, escuchad, gente.

—¿Cómo es que a ella no le cae una bronca? —se quejó Mullens.

—Porque ella es una agente impecable y tú eres un vago —replicó Bone.

—Justo —Mullens se encogió de hombros—. Pero no por mucho tiempo. —Se dio otra palmada en la enorme barriga.

—Disculpad por haceros venir a todos un sábado. Probablemente os habréis enterado de la noticia sobre el profesor de geografía desaparecido, Richard Jones.

—Es muy preocupante —dijo Walker, sirviéndose un café.

—Lo conozco —dijo Mullens.

—¿Cómo? —preguntó Bone—. Es profesor. Ya sabes, ¿una persona civilizada y con estudios?

—¡Ja, muy gracioso! —bufó Mullens—. Jessie salió con él una temporada hace unos años.

—¿Quién es Jessie? —preguntó Bone.

—Mi otra hermana.

—¿Cuántas hermanas tienes?

—Cuatro. Jessie es la más pequeña.

—¿La menor?

—No, la única que mide menos de uno ochenta. Uno setenta y siete, creo.

—_En fin, ¿podemos ir al grano? —Bone suspiró de nuevo.

—Ah, sí. Pues que Jessie estudió Magisterio con él, pero lo dejó. No pudo con ello. Es un buen tipo. Lo vi unas cuantas veces. Nos llevábamos bien, por increíble que le parezca, jefe.

—Vale —Bone se volvió hacia el equipo—. Acabo de hablar con el superintendente jefe, y en la central quieren que investiguemos y tratemos de encontrar a este hombre lo más rápido posible.

—¿Creen que está muerto, entonces? —preguntó Baxter.

—En absoluto —respondió Bone—. Este es otro de sus ejercicios de limitación de daños. Quieren encontrarlo antes de que a la prensa le dé por ponernos a parir.

—Otra vez —intervino Mullens.

—Pero si nosotros nos involucramos, ¿no sacará la prensa conclusiones equivocadas? —continuó Baxter.

—No solo la prensa, la familia de Richard Jones y los habitantes de Kilwinnoch también —añadió Walker.

—Lo sé, y sí, también estamos pisando el terreno de la Unidad de Desaparecidos. Le he explicado todo eso al superintendente jefe, pero son órdenes de arriba.

Justo en ese momento se abrió la puerta de la sala de operaciones y apareció el rostro familiar, joven y con gafas de Harper. —Buenos días a todos —dijo con una cálida sonrisa.

—¡Will! —exclamó Bone.

—¡Ha vuelto el hijo pródigo! —añadió Mullens.

El equipo rompió en un aplauso espontáneo. Harper hizo una modesta reverencia.

—Te esperaba la semana que viene —dijo Bone.

—Me aburro como una ostra en casa. Ya me siento bien.

—¿Y tienes el visto bueno del médico?

—Sí. Listo para la acción. —Harper se frotó las manos.

—Bueno, en ese caso, bienvenido de nuevo, agente de detectives Harper —respondió Bone con una sonrisa.

Walker se le acercó y le estrechó la mano al chaval.

—¿Qué pasa contigo que siempre apareces justo cuando te necesitamos? —dijo Bone.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre, jefe? —inquirió Harper.

—Ponte cómodo primero.

Harper colgó la chaqueta y fue cojeando hasta su escritorio junto a la ventana, al lado del caótico desorden de Mullens.

—¿Seguro que estás bien? —Bone se percató de la cojera de Harper.

—Ah, eso no tiene nada que ver con lo que pasó. Yo, eh… —Hizo una pausa y le lanzó una rápida mirada a Mullens—. Me tropecé con una bolsa de la compra y me hice un esguince en el tobillo.

Mullens soltó una carcajada. —O sea, que sobrevive al aprendiz de asesino en serie, pero lo deja K. O. una bolsa del Scotsave. —Volvió a reírse y se agarró el estómago—. Ay, no debo hacer eso —gimió.

—Muy bien, nos han encargado encontrar al profesor de geografía Richard Jones, vivo y lo antes posible —dijo Bone, situándose en el centro de la sala.

—Han pasado cuatro días, ¿verdad? —preguntó Walker.

—Cuatro desde la última vez que se le vio —respondió Bone.

—Eso es bastante tiempo.

—Sí, existe una seria preocupación por su seguridad. —Bone frunció el ceño.

—¿Qué sabemos hasta ahora? —preguntó Baxter.

—La pregunta del millón. Y conozco a la persona ideal para averiguarlo.

—De acuerdo, jefe, me encargo —asintió Baxter.

—Todo lo que puedas, Baxter. Sus movimientos antes de desaparecer, antecedentes familiares, amigos, enemigos, cualquier historial turbio. Ya sabes cómo va.

—Jefe —respondió Baxter y rebuscó en su bolso.

Bone consultó su reloj. —¿Ya?

—La adicción me llama, lo siento, jefe. —Sacó un paquete de cigarrillos y un mechero del bolsillo exterior.

—¡No enciendas eso aquí dentro! —le gritó Mullens.

Baxter negó con la cabeza con desdén, se echó la chaqueta de tweed sobre los hombros y pasó tímidamente junto al inspector jefe.

—Walker, ¿puede ir a hablar con su pareja? —Bone se detuvo—. Tiene pareja, ¿verdad?

—Divorciado, o eso leí. Vive solo en una de esas casas nuevas que hay en la carretera de Stirling.

—¿Esas minúsculas cajas de zapatos que el ayuntamiento llama viviendas asequibles?

—Esas mismas —dijo Walker—. Creo que el ayuntamiento aloja a liliputienses.

—Y a padres divorciados con cuantiosas pensiones alimenticias.

—Sí, y bien que hacen. —Walker frunció el ceño.

—¿Y qué hay de sus padres, hermanos, hermanas? —continuó Bone.

—Ni idea. La Unidad de Desaparecidos estará en ello, de todas formas. Podría ir a echar un vistazo a su casa, si le parece. Digo, puede que esté cerrada, pero… eh… ya sabe. —Le guiñó un ojo.

—Yo no sé nada, inspectora detective Walker. —Bone le devolvió el guiño—. Mullens, eso significa que vienes conmigo.

—¿Adónde? —preguntó Mullens.

—A evitar una disputa con la Unidad de Desaparecidos y ver qué tienen del caso hasta ahora. —Se detuvo—. Y como se te ocurra mencionar o soltar un solo pedo en mi coche, te golpearé con un martillo y te tiraré en una zanja. ¿Entendido?

Mullens hizo una mueca y se ajustó el cinturón del pantalón.

—¿Quiere que haga algo, jefe? —interrumpió Harper; su cabeza con gafas asomaba por detrás de la pantalla.

—Tú de momento acomódate —respondió Bone—. Y no dejes que te ataque ninguna bolsa de la compra mientras estamos fuera.

Cuatro

El trayecto en coche hasta los menhires de Kilmorgan le llevó a Bone más tiempo del que había previsto, sobre todo cuando su antiguo Saab 96 de color verde botella decidió de repente que la veteranía iba antes que la belleza y se negó a meter la cuarta.

—De verdad que tienes que llevar este trasto a un museo, jefe —rugió Mullens para hacerse oír por encima del ensordecedor chillido del motor.

—Este es mi ojito derecho. No podría hacer tal cosa. Sería como meter a alguien en cuidados paliativos —le devolvió el grito Bone.

Mullens abrió los ojos como platos y se giró para admirar la vista desde la ventanilla. Los Campsies se extendían kilómetros y kilómetros por encima y más allá de la estrecha y sinuosa carretera. Por una vez, hacía un día precioso y el sol danzaba sobre la superficie del embalse de Carrbridge, que se abría ante ellos.

—A veces olvidas lo bonito que es esto —dijo Bone.

—Sí, las raras ocasiones en las que se puede ver —replicó Mullens.

—Ya hemos llegado. —Bone señaló con la cabeza la señal que indicaba los menhires. Metió el coche en el camino y se dirigió hacia un furgón policial aparcado en la cima de la colina.

Redujo la velocidad, detuvo el coche en el arcén y ambos se bajaron. Un agente con un chaleco amarillo se les acercó.

—Inspector jefe Bone y sargento detective Mullens, de la Unidad de Delitos Rurales —dijo Bone, y ambos mostraron sus acreditaciones—. Buscamos al inspector detective Irvine, jefe del equipo de búsqueda.

—Están todos ahí abajo, junto al arroyo, al otro lado de los menhires. —El agente señaló al otro lado del profundo valle, hacia una hilera de policías que avanzaban lentamente por un campo.

—¡Qué vista más impresionante! —exclamó Mullens, contemplando la cañada en forma de cuenco, rodeada de suaves colinas verdes y bañada por una luz dorada, con un círculo casi perfecto de menhires en su centro.

—¿Cuál de ellos es el inspector detective Irvine? —preguntó Bone.

—¿Ve a ese tipo alto de ahí, el calvo con bigote, apoyado en uno de los menhires? —respondió el agente.

Bone volvió a examinar el grupo de policías. —¡Ya lo veo, gracias!

Los detectives se encaminaron por la pista hacia el equipo de búsqueda.

—¿Inspector detective Irvine? —preguntó Bone al acercarse.

Irvine se enderezó y su delgada figura se estiró hacia arriba como una escalera extensible.

—Soy el inspector jefe Bone y este es el sargento detective Mullens, de la Unidad de Delitos Rurales de Kilwinnoch.

—¿Unidad de Delitos Rurales? —Irvine se retorcía la punta del bigote entre los dedos—. Entonces, ¿ya está muerto?

—Disculpe, inspector, supuse que se lo habrían comunicado. Nos han asignado al caso Jones.

Irvine sacudió la cabeza. —Entonces, está muerto —repitió con impaciencia.

—En absoluto. He recibido la orden de mi superintendente jefe esta mañana. Por lo visto, Edimburgo quiere que les ayudemos a encontrarlo antes de que el asunto vaya a más.

—¿Por qué siempre somos los últimos en enterarnos?

—Siempre es así. —Bone sonrió con suficiencia.

—Es un milagro que sepan llegar al trabajo por la mañana con la cabeza metida en el culo —gruñó Irvine—. Así que la torre de marfil

no cree que seamos capaces de ocuparnos de esto, ¿es eso?

—Es todo por las apariencias, lo de siempre. —Bone se encogió de hombros—. Lo que quieren los de arriba, lo consiguen. No tiene ni pies ni cabeza.

—Bueno, no sé qué más podéis hacer vosotros. Todo nuestro equipo, más el Equipo de Rescate de Montaña de los Fells y más de una docena de voluntarios, estamos todos buscando a este tipo. Y no somos precisamente novatos.

—Tenemos conocimiento de la zona y miembros de nuestro equipo tienen conexiones personales, así que quizá podamos colaborar en esto y zanjarlo —replicó Bone.

—Carrbridge no es precisamente la Conchinchina. También conocemos bastante bien estas colinas, ¿sabe? —Irvine volvió a negar con la cabeza—. En fin, estamos perdiendo el tiempo, y lo hecho, hecho está. Ya que estáis aquí, más vale que os aprovechemos. ¿Qué sabéis hasta ahora?

—Solo un informe muy breve del superintendente jefe.

—No se presentó a trabajar ni el miércoles ni el jueves, y el viernes el director lo denunció. Siendo jefe de departamento con clases que impartir, ausentarse sin permiso no pasó precisamente desapercibido. Hemos rastreado..., perdone, un momento. —Irvine se interrumpió y se acercó al borde del arroyo—. ¡Solo río abajo! —vociferó a la hilera de policías en el campo—. ¡Daos la vuelta! —Regresó junto a Bone y Mullens—. ¿Por dónde iba?

—Decía que habían rastreado... —dijo Bone.

—El miércoles por la tarde, compró un billete de tren de Kilwinnoch a Carrbridge, y la cámara de seguridad del andén de Kilwinnoch lo grabó subiendo al último tren justo antes de la medianoche.

—¿Para fotografiar los menhires?

—Correcto. Cada año venía aquí para un concurso de fotografía de abrazaárboles.

—Entonces, ¿hablamos de una afición seria?

—Yo diría que sí. Y parece ser algo habitual en su departamento, por lo visto.

—¿Qué quiere decir?

—Un colega suyo también se presenta al mismo concurso cada año y lo ha ganado los últimos tres.

—¿Un poco de rivalidad? —preguntó Bone.

—Eso parece.

—¿Y quién es ese colega?

—Eh, Brandon... o algo así. Tendré que comprobarlo... —El walkie-talkie de Irvine cobró vida con un crepitar, y una voz ininteligible soltó un farfulleo de palabras—. Un momento, perdonen. —Irvine forcejeó con el aparato que llevaba en el cinturón. Pulsó el botón y, con un fuerte chillido de acople, la voz crepitó de nuevo—. Diles que sigan adelante —ordenó Irvine, capaz de alguna manera de entender el ruido blanco que salía del altavoz—. El equipo de los menhires está bajando hacia vosotros. —Pulsó el botón y volvió a colocar el walkie-talkie en su soporte del cinturón—. La segunda unidad está subiendo por el Braeburn desde Kilwinnoch, por si se perdió en el camino de vuelta.

—Entonces, ¿la última vez que se le vio fue el miércoles?

—Hasta donde sabemos, es correcto.

—¿Han hablado ya con alguno de sus parientes?

—El padre y la madre murieron de cáncer cuando él tenía poco más de veinte años —confirmó Irvine.

—Caray.

—Con esos genes, para qué quieres más —bromeó Mullens.

—Sin hermanos, y la exmujer vive en Canadá, así que está solo como la una —añadió Irvine.

—¿Quién es esa gente de allí? —preguntó Bone, señalando a un pequeño grupo acurrucado alrededor de un puñado de tiendas al otro lado de la cañada.

—Adoradores del sol, druidas, hippies, o como sea el nombre políticamente correcto hoy en día —dijo Irvine—. Están aquí por el solsticio.

—¿Podríamos acercarnos a hablar con ellos? —preguntó Bone.

—Pueden, pero no les sacarán mucho. Los nuestros no estamos precisamente los primeros en su lista de felicitaciones navideñas —dijo el detective—. Siento tener que marcharme —añadió.

—Manténgame informado —dijo Bone.

—Lo haré. —Y con un gesto de despedida, el detective se alejó bajando por la ribera hacia el resto de su equipo.

—Vamos —dijo Bone.

Él y Mullens se dirigieron hacia el heterogéneo grupo acurrucado alrededor de una tienda improvisada y una hoguera humeante.

—Buenos días —dijo Bone al acercarse.

Uno del grupo se levantó: un hombre bajo y de mediana edad, con rastas gruesas, grises y muy enmarañadas, una barba a juego recogida en una coleta que le colgaba bajo la barbilla y múltiples piercings faciales.

—Soy Duncan Bone, detective local. Busco a...

—Lo sabemos —espetó el hombre, y clavó la bota en la tierra, como si reclamara el territorio.

—Siento la intrusión —añadió Bone, tratando de evitar una confrontación.

—Vengan, siéntense con nosotros. —El viejo hippie señaló con un gesto la hoguera humeante, donde sus amigos estaban sentados en círculo.

—De acuerdo —respondió Bone, sorprendido.

Los detectives lo siguieron hasta el campamento improvisado.

—Qué lugar más bonito para instalarse para el solsticio —continuó Bone con su ofensiva de encanto.

—Venimos todos los años. Es un lugar muy especial. —El hombre se detuvo y se giró—. Para todos nosotros. —Abrió los brazos, casi abrazando al detective.

A medida que los detectives se acercaban, uno del grupo se levantó, arrojó un cigarro de liar muy grande a las llamas y desapareció en una tienda de campaña casera, hecha con una vieja lona y unas cuantas ramas serradas atadas con cordel.

—Siéntense —dijo el viejo hippie.

Bone y Mullens se sentaron con torpeza sobre los restos del tronco de un árbol muerto que yacía de costado junto al fuego. La enorme corpulencia de Mullens corría peligro de caerse de espaldas en cualquier momento. El grupo, tres hombres y dos mujeres, miraba con ceño a los policías. Uno de los tipos escupió en el suelo.

—Eh, chicos, todo el mundo es bienvenido aquí, así que relájense —amonestó el viejo hippie.

—¿Desde cuándo un madero es bienvenido? —gruñó un joven con una cresta morada.

—La luz nos rodea y está en nuestro interior. No hay lugar para la energía negativa. Bienvenidos ambos. —El viejo hippie siguió sonriendo.

—Dicen que las líneas ley trazan una línea exacta a través de la tierra desde las Shetland hasta el norte de África —dijo Mullens de repente.

Bone miró a su compañero con sorpresa.

—¿Está familiarizado con nuestra historia? —le preguntó el viejo hippie a Mullens.

—Sí, siempre me ha parecido un concepto fascinante.

Bone intentó disimular una sonrisa.

—Se extienden más lejos, más profundo, más ancho, y son más complejas de lo que cualquier ciencia o cerebro humano podría concebir —continuó el líder del campamento.

—Podría tener razón —convino Mullens.

—Entonces, ¿están aquí para buscar al profesor desaparecido? —preguntó el hippie.

—Correcto —asintió Bone.

—Hablamos con su colega antes, y no vimos nada.

—El señor Jones. Me dio clase —interrumpió una joven menuda y pálida con ojos de lechuza—. Era majo.

—Se le quiere mucho en el pueblo —añadió Bone—. Entonces, ¿llevan aquí unos días?

—Llegamos el miércoles —confirmó el hippie druida de pelo gris.

—¿Y alguno de ustedes vio al señor Jones o a alguien más por aquí en los menhires?

Todos negaron con la cabeza al unísono.

—Ha estado muy tranquilo este año, por alguna razón. Creo que se esperaba que hiciera un tiempo terrible, así que quizá eso disuadió a la gente de venir —dijo el líder del campamento.

—¿Y cómo subieron hasta aquí? —preguntó Bone.

El hippie lo miró con recelo. —¿Por qué quiere saber eso?

—Solo por si vieron a alguien de camino. No se preocupe, de verdad que no me importa dónde monten el campamento. Siempre he pensado que el campo es para todos —le tranquilizó Bone.

El druida jefe se volvió hacia sus amigos, pero todos volvieron a negar con la cabeza.

—Lo siento, no sabemos nada.

—Vale, no se preocupen, pero si recuerdan algo, por pequeño que sea, algo que puedan pensar que es insignificante, llámenme de inmediato, ¿de acuerdo? —Bone sacó una de sus tarjetas de la cartera y se la entregó.

El líder la miró fijamente por un momento y luego se la devolvió. —De verdad que no tenemos nada más que decirle.

Los detectives se levantaron.

—Gracias por su tiempo, se lo agradezco mucho.

A medio camino de vuelta al coche, la chica pálida los alcanzó.

—No quería decir nada allí, pero vi a alguien en la cresta —dijo entre jadeos, sin aliento por la carrera.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Bone.

—El miércoles por la tarde, la noche antes del solsticio.

—¿Pudo distinguir quién era? ¿Era el señor Jones?

—El sol se estaba poniendo detrás de ellos, así que solo eran siluetas.

—¿Ellos? —interrumpió Bone.

—Creo que eran dos, primero uno y luego otro.

—¿Está segura?

—Fijo —asintió la chica, y su piercing de la nariz se movió de un lado a otro.

—Entonces, ¿la segunda persona estaba con la primera o la seguía?

—No creo que estuvieran juntos, porque fue un minuto o así más tarde, pero quién sabe —se encogió de hombros.

—¿Recuerda una hora exacta?

—No sigo su restrictiva forma de medir el tiempo.

—De acuerdo, ¿entonces era el atardecer?

—Los últimos rayos de sol estaban detrás de ellos, ahí arriba. —Volvió a señalar la colina justo encima de los menhires.

—Gracias —dijo Bone—. ¿Cómo se llama?

—Firefly.

—No, me refiero a su nombre de nacimiento.

—Firefly es mi nombre de nacimiento. No tengo otros nombres. —Retrocedió.

—De acuerdo, Firefly. Muchas gracias. Ha sido de gran ayuda. Si necesitamos volver a ponernos en contacto, ¿cómo podemos localizarla?

—No lo sé. Nos movemos y descansamos con el sol y la luna.

—Bien, la encontraremos si es necesario. Quizá no se aleje mucho del sol, por ahora. —Bone sonrió.

—Espero que encuentren al señor Jones. Es uno de los nuestros. —Firefly frunció el ceño.

—¿Es druida?

—Oh, no, bueno, quizá un adorador del sol honorífico. Entiende el poder y la energía de la Tierra y el movimiento de la luz. Luchó a nuestro lado cuando intentamos detener la circunvalación de Cumberlang.

—¿Es un activista medioambiental?

—Diría que más bien un simpatizante, pero da un paso al frente cuando hace falta.

—Gracias de nuevo, y si se le ocurre cualquier otra cosa, llámeme, ¿de acuerdo? —Bone sacó la tarjeta de su traje.

Ella volvió a retroceder. —No puedo... no quiero verme involucrada. —Miró nerviosamente hacia el campamento. Luego, tras otra breve pausa, regresó.

—Dos tíos. Eso es interesante, ¿a que sí? —dijo Mullens, oteando la colina.

—Mucho —convino Bone—. Vamos.

Cinco

De vuelta a la comisaría, a Mullens le sonó el móvil. Era su mujer. Tras una lectura rápida, se guardó el aparato de nuevo en el bolsillo. Después de uno o dos instantes, detuvo a su jefe.

—¿Puedo pedirle un favor, señor? —preguntó con timidez.

—Tú dirás.

—¿Podría dejarme en casa de mi padre? Se me había olvidado que hoy tengo que conocer a su nuevo cuidador.

—¿Así que al final has conseguido convencer a tu padre?

—Más que convencerlo, ha sido a base de amenazas de violencia y encarcelamiento, pero sí. Solo tengo que echarle un ojo rápido al tipo para asegurarme de que es apto para mi padre.

—Eso es pedir peras al olmo —dijo Bone.

—A mí me lo vas a contar. Hasta Mike Tyson las pasaría canutas para mantenerse en pie. Solo me llevará diez minutos. Volveré a la comisaría a patita.

—Vale, pero diez minutos, y nada de paradas en la pastelería Dawson —ordenó Bone.

—Sandra tiene espías por todas partes, y yo le tengo mucho aprecio a mis partes nobles —bromeó Mullens—. Gracias, señor.

Cuando Bone dejó a Mullens en casa de su padre, un hombre de cara sonrojada con el uniforme completo del NHS merodeaba junto a

la puerta principal. Mullens se le acercó.

—Señor Turnpike, soy el sargento... —Se interrumpió—. Perdone, la fuerza de la costumbre. Soy Mark Mullens, el hijo de George.

Se estrecharon la mano, y a Mullens le impresionó el firme apretón del enfermero.

—Buenas tardes, señor Mullens —dijo el enfermero con confiada autoridad—. Llamé a la puerta y apareció su padre, pero entonces él... este...

—¿Se la cerró en las narices? —intervino Mullens.

—Sí, así es —asintió Turnpike.

—Espero que no sea un anticipo de lo que está por venir —dijo Mullens—. Supongo que el consorcio le ha puesto al día sobre el enemigo público número uno que hay ahí dentro, ¿no?

—Oh, sí, y créame, he oído y visto cosas mucho peores que el historial de su padre. No se preocupe, seguro que nos irá bien.

Mullens intentó ocultar su expresión de escepticismo. —Bueno, pues entremos en la jaula del león. —Abrió la puerta.

—¡Papá! —llamó Mullens.

No hubo respuesta.

—¿Estás ahí, papá? Soy yo —volvió a intentar Mullens.

—¿Quién es «yo»? —gritó una voz desde el salón.

—Tu hijo —respondió Mullens con un resoplido y se dirigió por el pasillo con el enfermero pisándole los talones.

—Bueno, ya sé que eres tú, ¡por el amor de Cristo! Lo que quería decir es ¿eres *solo* tú o...? —El padre de Mullens levantó la vista desde su rancio sillón—. ¿Quién es este?

—Papá, este es Tim, tu cuidador asignado. ¿Por qué no le has dejado entrar?

—No lo oí —espetó George y siguió toqueteando el mando de la tele.

—Tu médico lo ha enviado para ayudarte. ¿Recuerdas que hablamos de que necesitabas un poco de ayuda por casa y en el baño, cosas así? —adoptó Mullens su tono más diplomático.

George volvió a levantar la vista, fulminó con la mirada al enfermero y subió el volumen de la tele.

—Papá, apaga eso un minuto —dijo Mullens. Le arrebató el mando de la mano a su padre y la apagó.

—¡Oye, tú! Que estoy viendo eso. Es *Homes Under the Hammer*. Nunca me lo pierdo.

—Como sigas así, el que va a estar bajo un martillo vas a ser tú. Compórtate por una vez, por favor —ordenó Mullens, abandonando su diplomacia—. Perdona, Tim. Como puedes ver, mi padre es...

—¿Es qué? —interrumpió George.

—Un viejo cabezota de mierda.

—Qué encanto —protestó George.

Turnpike se acercó con cautela. —Encantado de conocerle, señor Mullens. Soy Tim. Le tendió la mano.

George se quedó mirando el brazo extendido del enfermero y se encogió de hombros. —Échalo. Cambió su peso de un lado a otro del sillón.

—¡Oh, vamos, papá! Acordamos esto ayer. No empieces con tus mierdas. Recuerda lo que dijimos que pasaría si te niegas a que te ayuden. La residencia Burngreen todavía te guarda la habitación.

El rostro de George se descompuso aún más mientras soltaba un largo suspiro.

—Bien, vale. Empecemos de nuevo —continuó Mullens—. Tim va a venir... —Se volvió hacia el enfermero.

—Estaré aquí tres veces al día. Por la mañana para ayudarle a levantarse y prepararse —empezó Turnpike.

—¿Prepararme para qué? —le interrumpió el padre de Mullens.

—Simplemente para lavarle y vestirle, prepararle el desayuno y luego dejarle listo con lo que sea que le guste hacer por las mañanas.

—Me gusta ir al casino y quizás ligar con algunas conejitas —gruñó George.

—¡Papá! —exclamó Mullens.

—Ja, ja, muy buena —dijo Turnpike—. Aunque no estoy seguro de que el consorcio del NHS de Campsie lo apruebe.

George negó con la cabeza.

—Luego volveré a la hora de comer, y de nuevo para la cena hasta que lo acostemos —continuó Turnpike.

—¿Me limpiarás el culo y me leerás un cuento? —interrumpió George de nuevo.

—¡Por el amor de Dios, papá! —bramó Mullens.

—Sí, lo del culo sin duda y cualquier otra parte que necesite un buen fregado, y luego un cuento para dormir, ¡pero solo si es usted bueno! —intentó Turnpike aligerar el ambiente. Pero George simplemente se cruzó de brazos en señal de desafío.

—Bien, entonces. ¿Estamos de acuerdo, papá? —Mullens frunció el ceño a su padre.

Su padre se encogió de hombros y le devolvió el ceño fruncido.

—Gracias, Tim. Ya me voy. Dame un toque si necesitas algo, o una unidad de intervención táctica. —Le dio un puñetazo suave en el hombro a su padre—. Y tú pórtate bien, ¿me oyes? Estás a prueba. Un desliz y te vas a Burngreen.

George resopló enfadado, y luego descruzó y volvió a cruzar los brazos.

Al marcharse, Mullens entrecerró los ojos para mirar a la pareja. Turnpike se había arremangado la camisa azul y estaba en cuclillas, hablando, mientras su padre lo miraba con una expresión asesina.

—Madre mía —murmuró Mullens para sí mismo y se dirigió de vuelta a la comisaría, por una ruta que evitaba la calle principal y sus muchas tentaciones culinarias.

Seis

A medida que Walker se acercaba a la casa de Richard Jones, que parecía una caja de zapatos, los dos agentes apostados en el muro junto a la puerta se pusieron firmes. Walker les mostró su acreditación.

—Buenos días, señora —dijo el más bajo de los dos uniformados.

—¿Todo tranquilo? —preguntó Walker.

—Sí —respondió el agente—. Una vecina ha venido preguntando por él, pero, aparte de eso, ni mu.

—¿Les importa que eche un vistazo rápido?

—Creo que el casero cerró la casa con llave después de que se marchara el equipo de desaparecidos.

—¿Quién es el casero?

—Ni idea. El joven que iba vestido como un agente inmobiliario.

—Voy a echar un vistazo rápido por la parte de atrás —respondió Walker.

—Vale —repuso el agente, vencido por el aburrimiento.

Su compañero lo miró de reojo e hizo una mueca.

Walker se acercó a la puerta principal y se asomó por la ventana delantera. El interior estaba oscuro y lúgubre. Apoyó la mano en el cristal, pero no pudo ver más allá de su propio reflejo. Rodeó la casa por un lado y subió por un estrecho sendero que discurría entre esta y la siguiente caja de zapatos, tan juntas como la constructora había podido construirlas.

El patio trasero apenas era lo bastante grande como para pegar un sello de segunda, pero estaba bien organizado, con los cubos de basura alineados en una pulcra fila junto a la puerta trasera y una única silla de director colocada en una esquina. Tras rebuscar en el bolsillo y sacar un par de guantes, se los puso e intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada a cal y canto.

Se desplazó hacia la ventana y pasó la mano por el marco. Tras echar un vistazo a un lado de la casa, introdujo los dedos por debajo de la hoja inferior y, con dos o tres tirones secos, la abrió. Aupándose para entrar, se dejó caer al suelo de una pequeña cocina alargada y estrecha. Cerró la ventana, desbloqueó y abrió rápidamente la puerta trasera y, a continuación, inspeccionó la estancia.

La cocina estaba limpia y ordenada, sin un plato ni una taza a la vista. Abrió el frigorífico compacto que había detrás de la puerta del pasillo. Había unos cuantos huevos, un paquete de mantequilla abierto y dos botellas de leche sin empezar en el estante de la puerta. Cogió una, levantó la tapa y la olió. El contenido estaba todavía relativamente fresco. Volvió a colocar la leche y cerró la puerta del frigorífico.

Walker vio un calendario de tamaño DIN A4 colgado de la pared bajo un reloj de cocina de estilo retro. *JUNIO* estaba escrito en mayúsculas y negrita sobre la espectacular imagen de una montaña escocesa. Lo descolgó. Las fechas del mes estaban dispuestas en una cuadrícula en la parte inferior de la página. Cada día tenía una hora garabateada en la esquina superior.

1 de junio: *23:56*; 2 de junio: *00:32*; 3 de junio: *22:48*, y así sucesivamente, hasta el 14 de junio. Entonces se detenían. Recorrió con el dedo la siguiente fila y se detuvo en el 20 de junio. Había una nota diferente garabateada en diagonal a lo largo de esa casilla y la de al lado. El trazo del bolígrafo estaba emborronado, lo que dificultaba su lectura. Giró el calendario de lado y luego hacia la luz de la ventana. El garabato decía «*Stones*» y no había más anotaciones después.

Pasó la página a mayo, que tenía otra hermosa escena de las Highlands en la parte superior. La cuadrícula de fechas tenía

anotadas referencias horarias similares en las esquinas superiores de cada día. Aparte de las horas, no había nada más. Pasó otra página. Abril estaba en blanco, al igual que el resto del año. Volvió a colgar el calendario en su sitio y se aventuró por el estrecho pasillo.

El salón era claustrofóbico, con un sofá de tres plazas que dominaba la estancia y uno de sus brazos sobresaliendo hacia la entrada. En la pared de enfrente había un televisor de pantalla plana con una chimenea de imitación de carbón debajo. Aparte de eso, la habitación era austera y fría, con paredes de color magnolia sin empapelar y una bombilla desnuda que colgaba del techo. Walker vio una mesita auxiliar junto a una ventana que apenas era lo suficientemente ancha como para cumplir su función básica de dar luz. Rodeando el sofá, fue a echar un vistazo.

Sobre el tablero de la mesa había varias fotografías esparcidas y más apiladas en un estante inferior. Cogió una, una imagen cuadrada de treinta por treinta centímetros de un lago con una neblina baja suspendida justo sobre la superficie. Era impresionante. Cogió otra de una carretera rural que serpenteaba entre dos montañas gigantescas, cubiertas por un manto de brezo de color púrpura intenso. De repente, las imágenes hicieron que Walker sintiera nostalgia de su casa de la infancia en Lewis. Las dejó, regresó al pasillo y subió las escaleras hasta el primer piso.

Solo había un dormitorio angosto con una cama individual pegada a la pared del fondo. La ropa de Jones estaba colgada en un armario abierto, escondido detrás de la puerta. Montado en la pared de enfrente, un mueble carmesí estilo IKEA recorría todo el ancho de la habitación y llegaba hasta el techo, lo que hacía que la estancia pareciera aún más pequeña.

Estirándose, deslizó una de las puertas, pero estaba cerrada con un candado de combinación sujeto al tirador. Lo meneó un momento, jugueteó con la fila de números y, dándose por vencida, regresó al rellano. Abrió una segunda puerta y entró en un estrecho cuarto de baño de azulejos blancos con una bañera de tres cuartos, ducha y un mueble de lavabo metido en la esquina. Abrió el mueble y examinó las filas de artículos de aseo masculinos apretados en el

espacio. Al levantar la vista, vio un neceser colgado en la parte posterior de la puerta junto a un albornoz gris.

Sintiéndose de repente como una intrusa, estaba a punto de marcharse cuando se dio cuenta de que la esquina superior del panel de la bañera sobresalía. Arrodillándose, tiró suavemente del panel hasta que todo el lateral salió de su sitio. Doblando con cuidado el plástico hacia atrás, se asomó por debajo de la bañera. En el extremo, detrás de los grifos y las tuberías, había una pequeña caja negra del tamaño de un ratón de ordenador metida en la esquina. Se inclinó para cogerla, pero una voz que la llamaba desde abajo la detuvo.

—¡Mierda! —Estiró el brazo rápidamente otra vez y la cogió. Levantó la tapa. Pero, con la prisa, se le cayó, y algo salió despedido y correteó por el suelo de linóleo, desapareciendo detrás de la taza del váter.

Unas botas subieron las escaleras con estrépito.

—¡Joder! —masculló y, poniéndose en pie a trompicones, se lanzó hacia la puerta justo cuando uno de los agentes la empujaba.

—¡Haga el favor! —Empujó la puerta y esta se cerró de un portazo.

—Oh, lo siento, señora —dijo el agente, nervioso, a través de la puerta.

Walker rebuscó rápidamente detrás de la taza del váter y recuperó el objeto perdido. Era una memoria USB. La volvió a meter en su caja, la deslizó de nuevo bajo la bañera y volvió a colocar el panel en su sitio. Estaba a punto de salir cuando se dio la vuelta y tiró de la cadena.

—¡Por todos los demonios, agente! ¿Suele usted importunar a las agentes cuando están en el servicio? —gruñó Walker.

—Lo siento muchísimo, señora —repitió el agente, rojo como un tomate, con su compañero, igualmente avergonzado, merodeando detrás de él—. No sabía que era usted.

—¿Y quién creía que era?

—Pensábamos que quizá se había vuelto a la comisaría o algo así.

—Entonces, ¿me he escabullido delante de sus narices mientras estaban con los móviles o es que me he teletransportado?

—De nuevo, solo puedo disculparme, señora. No pretendíamos molestarla. Es que pensábamos que el casero lo había cerrado todo.

—Bueno, pues la puerta trasera estaba abierta de par en par. No está bien. Sea cual sea esa agencia, necesita hacer uno de nuestros cursos de seguridad en el hogar.

—No le desearía eso ni a mi peor enemigo, señora —bromeó el agente.

—Bien, ¿podría llamar a la comisaría y pedirle al sargento de guardia que se ponga en contacto con la agencia para que vuelvan a asegurar este sitio?

—Sin problema, señora.

—Increíble. —Puso los ojos en blanco con fingido desdén.

Mientras se dirigía de vuelta al coche, volvió a mirar a los agentes. Uno estaba hablando por la radio y el otro había vuelto a coger el móvil. Sonrió, se metió en el coche patrulla y regresó a la comisaría.

Siete

Boaby Ferguson, o Joaby como lo llamaban sus supuestos colegas, intentó trepar por la ladera de una roca que era el doble de su diminuto tamaño, pero sus zapatillas empapadas resbalaron sobre la lisa superficie de granito y volvió a caerse.

—Esperadme, tíos —gritó Boaby—. No puedo... —Lo intentó de nuevo, pero no conseguía encontrar un punto de agarre—. ¡Cabrones! —gruñó.

Una cara apareció en lo alto de la roca.

—¿Qué haces ahí abajo, Joaby? —preguntó Caz, desgarbado y rubicundo, el alma de la pandilla de colegas de Boaby, con una amplia sonrisa—. Espero que no estés plantando otro pino, ¿no?

—No puedo subir. Para vosotros es fácil —se quejó Boaby.

—Joder, anda. —Caz le tendió el brazo.

Boaby lo agarró y Caz lo subió por la ladera con facilidad.

—Gracias, Caz —dijo Boaby.

—Venga —dijo Caz.

Boaby corrió tras él.

—Ahí viene, Joaby el Cagalera —gritó Fin Robertson, el autoproclamado líder y gilipollas en jefe de la pandilla, al ver acercarse a los dos chicos.

—Deja de llamarme así —se quejó Boaby—. No fue culpa mía.

—Bueno, examinemos las pruebas —se mofó Fin, con ese bigotillo ralo que era su excusa de bigote preadolescente bailándole

sobre el labio—. El susodicho Cagalera se cagó encima en clase. La última vez que lo comprobé, somos responsables de nuestro propio culo, a menos que otro esté a cargo del tuyo. —Fin intentó ganarse al resto de la pandilla—. ¿Como el señor Gunyon, el profesor de Historia, por ejemplo?

La pandilla se rio.

—Déjalo ya, Fin —intervino Caz.

—Oh, al grandullón no le gusta que nos metamos con los chavales —se burló Fin, mostrando sus dientes amarillentos.

—Lo digo en serio, cierra el puto pico. Aún nos queda un buen trecho por andar y me estás dando dolor de cabeza —continuó Caz.

—Como no tengas cuidado, el que te va a dar un dolor de cabeza voy a ser yo —replicó Fin.

Caz negó con la cabeza. —Cuando quieras, aquí me tienes. —Pasó de largo a Fin empujándolo y siguió río arriba.

—¿No te llevas a tu mono cagapantalones contigo? —gritó Fin.

Caz se detuvo, se dio la vuelta y regresó. —Vamos allá —dijo, inclinándose sobre Fin y dándole un suave cabezazo en la parte superior de su grasienta mata de pelo.

Fin retrocedió un paso, sonrió y se marchó pavoneándose con su aliado más cercano, Fat Frankie McClusky, a remolque. Los otros dos chicos, Sandy McRorie y John Banks, se quedaron atrás; Sandy, nervioso, se apretaba el acné que le cubría toda la cara.

Caz suspiró y, volviéndose hacia Boaby, le hizo un gesto con la cabeza y siguió con el resto de la pandilla.

—No te vuelvas a quedar atrás, ¿vale? —le ladró Caz a Boaby, que todavía intentaba mantener el ritmo, con sus piernas trabajando el doble que las zancudas de Caz.

En la bifurcación del río, todos se detuvieron.

—¿Cuánto falta ahora? —resopló Fat Frankie, que ya se había quitado la camiseta.

—Cállate la boca, gordo —replicó Fin y siguió adelante, tomando la bifurcación de la izquierda.

—¡Es por aquí! —les gritó Caz.

—¡Y una mierda! —rugió Fin y siguió su camino.

—Por ahí se va al embalse de Carrbridge; las cascadas están pasando esa cresta —insistió Caz.

Fin se detuvo y le hizo una peineta a Caz. Fat Frankie se quedó de pie entre los dos chicos, sin saber qué camino tomar.

—¿Qué vas a hacer, Frankie, caminar diez minutos con nosotros o una caminata de dos horas a ninguna parte con vuestro gran líder?

—¡Frankie, venga! —vociferó Fin, casi perdido ya entre los árboles.

—¡Me voy con Caz! —le devolvió el grito Frankie.

Fin le recompensó con otra peineta y desapareció en el bosque.

—¿Está bien dejar que se vaya solo así? —preguntó Boaby.

—¿Y a ti qué te importa? —replicó Caz y se puso de nuevo en marcha, saboreando el éxito de su golpe de Estado.

Boaby y el resto de su nueva pandilla lo siguieron.

Cuando llegaron a una ribera empinada que subía por encima de la primera de las tres cascadas, un crujido en unos arbustos cercanos los hizo dar un respingo. De la nada, una figura se abalanzó sobre el grupo. Los chicos se dispersaron y Sandy cayó al suelo.

—¡Bu! —bramó Fin, corriendo hacia ellos con los brazos en alto. Se detuvo y estalló en un ataque de risa incontrolable.

—Joder, Fin —dijo Caz.

—Vuestras caras. Sandy, he pensado que te cagabas en los pantalones.

—¿Entonces tenía yo razón? —preguntó Caz.

—No podía pasar. Un cabrón de granjero ha puesto una valla de seguridad de tres metros que antes no estaba.

—Gilipolleces —gruñó Caz y comenzó a subir la pendiente con Frankie detrás de él.

Al pasar junto a la segunda cascada, Sandy saltó sobre un par de rocas para ver la poza más de cerca. Pero en cuanto su pie aterrizó en la segunda, resbaló y cayó de lado al agua con un chapoteo tremendo. La pandilla estalló en carcajadas mientras Sandy soltaba un fuerte grito; el agua helada le caló la ropa y le subió los testículos hasta la garganta. Agitando los brazos, chapoteó y balbuceó hacia el

borde de la poza como si estuviera siendo atacado por un gran tiburón blanco y salió a trompicones.

—¡Está helada! —se quejó Sandy, con los dientes ya castañeteando.

Hubo más carcajadas mientras la pandilla alcanzaba a Caz.

Cuando finalmente llegaron a las cascadas de Braeburn, Caz se detuvo junto a la poza y miró hacia arriba.

—Al loro con eso, tío —dijo, mirando fijamente un torrente rojo como la sangre que se desangraba por el lado del acantilado.

—Qué raro —dijo Fin—. ¿Qué es?

—Es hierro —respondió Caz—. Por eso se llaman las Cascadas de Aguas Sangrientas, gilipollas.

—Ah, vale. —Fin levantó la vista—. Entonces, ¿quién se anima a saltar?

—No sé, Fin. Está muy alto —se acobardó Sandy.

—Venga ya, no te rajes ahora. Ya estás calado hasta los huesos.

Sandy puso mala cara.

—¿Y tú qué, so payaso? —preguntó Fin, volviéndose hacia Caz—. ¿Tú también te vas a acojonar?

Caz negó con la cabeza y se dirigió a la cima del acantilado.

Fin se volvió hacia el resto de la pandilla. —¿Algún otro cagueta?

Boaby se quedó atrás, junto a la poza.

—Boaby, ¿vienes?

Boaby negó con la cabeza.

—¿Para qué coño estás aquí si no vas a saltar?

—Está demasiado alto para mí, Fin —explicó Boaby.

—¡Joder! —Fin se frotó la nariz—. Supongo que mejor así. Probablemente te cagarías durante toda la caída y tendríamos que nadar en ello. —Se encogió de hombros—. Venga, Sandy.

Su reticente colega se arrastró hasta reunirse con él en el sendero.

En la cima, los saltadores se reunieron en el saliente y se quedaron en calzoncillos.

—¿Eso es una bandera pirata en tus calzoncillos, Frankie? —se desternilló Fin.

—Me los compró mi madre —respondió un sonrojado Frankie.

Caz se acercó un poco más al borde. —¿Veis esa roca grande de ahí, cerca del borde de la poza? —Señaló hacia abajo.

El resto de la tiritona pandilla se unió a él.

—Tenéis que caer entre esa y esa roca grande y plana de ahí a la derecha, ¿la veis?

Fin se asomó, con los brazos cruzados, agarrándose el pecho. Sus ojos se abrieron como platos al ver la caída.

—Esa es la parte más profunda de la poza. Si falláis, estáis muertos. —Caz sonrió—. ¿Las damas primero, Fin?

—Que te den —gruñó Fin.

—Yo iré —dijo Frankie, acercándose al borde.

—Espera. —Caz lo agarró del brazo—. Tienes que ponerte un poco más para acá.

Frankie corrigió su posición.

—Encoge las piernas, pero no demasiado o te partirás los dientes de delante —le instruyó Caz.

—Ya lo sé. Ya lo he hecho antes —replicó Frankie.

—¿Cuándo? —preguntó Fin, sorprendido.

—Mi hermano mayor me trajo el año pasado. Él me enseñó. —Se dio la vuelta, levantó los brazos y, de un solo salto, desapareció en el rugiente abismo.

Caz corrió hacia el borde y miró hacia abajo. Frankie estaba nadando en el fondo. Levantó la vista y saludó con la mano.

—¿Tú el siguiente? —le preguntó Caz a Fin, que parecía cada vez más preocupado—. Estás cagado de miedo.

—No, no lo estoy —refunfuñó Fin y empujó a Caz para pasar.

—Si saltas desde ahí, la palmas —dijo Caz.

Fin esbozó una sonrisa forzada. Retrocedió. —Enséñame, entonces.

Caz se acercó y se movió de un lado a otro. —¡Nos vemos en el infierno, pringado! —gritó y saltó.

Fin se arrastró hasta el borde y observó a Caz caer en bomba en el centro de la poza. Los chicos de abajo vitorearon y aplaudieron su perfecto descenso y entrada. Caz salió a la superficie y soltó un fuerte chillido, luego hizo un gesto a Fin para que saltara.

Fin siguió mirando hacia abajo, con el rostro blanco de miedo. La pandilla le animaba con gestos desde el lateral. Respiró hondo, se tapó la nariz con el pulgar y el índice, y saltó. En la bajada, se olvidó de encoger las piernas, y golpeó el agua con tal fuerza que el sonoro tortazo rebotó en las paredes del desfiladero. Desapareció en las profundidades. Después de lo que parecieron horas, finalmente resurgió con un violento chapoteo y un grito.

Caz nadó hacia él. —¿Estás bien?

—¡Mis tripas! —vociferó Fin.

—Vaya panzazo —dijo Caz.

—¡Joder! —rió Fin—. ¡Pero ha sido la hostia! —Chapoteó con los brazos—. ¡La puta hostia! —rugió al cielo—. Vamos otra vez —le dijo a Caz, que nadaba hacia las cascadas—. ¿Adónde vas?

Cuando Caz llegó a la pared de agua, se sumergió y desapareció.

—¿Qué coño hace? —dijo Fin, nadando para echar un vistazo.

Cuando llegó a la cascada, se asomó al espumoso torrente rosado. Caz estaba al otro lado, señalando hacia abajo y haciéndole gestos para que se uniera a él. Fin se tapó la nariz de nuevo, se sumergió y atravesó la cascada hasta el otro lado. Salió a la superficie, boqueando. Caz estaba trepando a un estrecho zócalo de roca que sobresalía de una pared alta y empapada de granito negro y liso.

—Esto es increíble —gritó Fin por encima del estruendo ensordecedor y trepó para reunirse con el otro chico.

Caz lo agarró del hombro y señaló el lado más alejado de la plataforma.

Un hombre estaba apoyado en la pared. Estaba desnudo, con los brazos extendidos. Su cabeza y cuello descansaban en un ángulo extraño.

—¿Qué cojones? —articuló Fin.

Se deslizaron por la cornisa, usando los brazos para no resbalar y caer de nuevo a la poza. A medida que se acercaban, el zócalo se ensanchaba. Redujeron la velocidad y se detuvieron a unos dos metros de la figura.

Los ojos del hombre estaban muy abiertos, mirando fijamente al agua. Tenía las piernas ligeramente dobladas, como si estuviera a

punto de caerse. Caz miró a Fin y se pasó el dedo por el cuello. Los ojos de Fin se abrieron como platos y saltó de la cornisa, de vuelta a la poza.

Caz se acercó un poco más. El pecho del hombre estaba manchado con una sustancia carmesí, como tinta, que emanaba de una ancha herida en su sien. Dos clavos de metal le habían atravesado las palmas de las manos extendidas, clavando su cuerpo flácido e inerte a la pared e impidiendo que cayera. De cerca, Caz pudo ver mejor los rasgos contorsionados y destrozados del hombre.

—¡Oh, Dios mío! —gritó horrorizado cuando cayó en la cuenta de que estaba mirando a los ojos fríos y muertos de su profesor de geografía. Saltó de la cornisa y nadó a través de la cascada. Salió al otro lado, conmocionado y farfullando, y salió nadando de la poza.

Fin estaba de pie junto a una roca, tiritando y negando con la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Boaby al ver la expresión de Caz.

—El señor Jones está ahí dentro —balbuceó finalmente Caz.

—¿Quién? —preguntó Sandy.

—¿Qué? —Le tocó a Frankie estar confundido.

—¿Te refieres a Jones Caraleche, nuestro profesor de geografía? —Los ojos azul claro de Sandy estaban desorbitados por la incredulidad y la confusión.

—Está muerto —replicó Caz.

—¿Muerto? ¿Jones el Leche? —insistió Sandy.

—Joder, Sandy. ¡El señor Jones, el profesor de geografía, está ahí dentro con la cabeza reventada y clavado al puto acantilado!

—¡Sí, claro! —dijo Frankie, negando con la cabeza.

Caz lo ignoró. —Tenemos que llamar a la policía. ¿Dónde está tu móvil, Fin? —gritó por encima del estruendo de las cascadas, que ahora parecían rugir aún más fuerte.

Fin temblaba violentamente, ajeno a la petición de Caz.

—¡Fin! —repitió Caz.

—Yo tengo el mío —dijo Boaby, sacando su móvil de los pantalones cortos.

—Un momento —intervino Frankie—. Nos estáis tomando el pelo, ¿verdad?

—Llama, Boaby —repitió Caz.

—¿Qué número marco? —preguntó Boaby.

—Por el amor de Dios. Nueve, nueve, nueve.

Fin corrió hacia Boaby y le arrebató el teléfono.

—¿Qué haces? —exclamó Caz.

—No podemos llamar a la pasma —dijo Fin, con la voz todavía temblorosa.

—Tenemos que hacerlo —replicó Caz.

—¡No! —gritó Fin y manipuló la parte trasera—. Mi padre me matará si se entera de que he hecho pellas.

—Tenemos que llamar, Fin. Vamos —intentó convencerlo Caz.

Fin sostuvo el teléfono en alto. Caz se abalanzó sobre él y cayeron al suelo, repartiendo puñetazos y patadas. Tras unos cuantos golpes mutuos en la cabeza y las costillas, Caz finalmente consiguió inmovilizar los brazos de Fin y le retorció la muñeca hasta que soltó el teléfono. Lo agarró, se levantó de un salto y pulsó el botón de emergencia. Fin se puso en pie como pudo y corrió hacia Caz, pero Frankie le metió la zancadilla y Fin cayó de bruces, con la cabeza y los hombros aterrizando en la poza.

—Con la policía, por favor —dijo Caz cuando la llamada se conectó.

Fin salió de la poza arrastrándose, se dejó caer al suelo y se secó el agua de los ojos.

—Hola, sí. Hemos encontrado un cadáver —continuó Caz, ahora tiritando.

Fin se puso en pie y se unió al resto de la pandilla alrededor del teléfono.

—Estamos en las cascadas de Braeburn. Sí, eso es, las Cascadas de Aguas Sangrientas.

Tras un momento, Caz asintió. —Oh, sí, más muerto que una piedra.

Ocho

Cuando Bone regresó a la comisaría de Kilwinnoch, el sargento Brody se levantó de un salto y asomó la cabeza por la ventanilla de recepción.

—Gallacher quiere verte —dijo Brody, e hizo una mueca.

—¿Trae buenas noticias, espero? —preguntó Bone.

El sargento de recepción se encogió de hombros. —No tenía cara de muchos amigos.

—Vaya por Dios —gruñó Bone.

—Ha bajado a la cantina —añadió Brody.

—Yo me piro a la sala de incidencias —dijo Mullens—, antes de que este calvorota vuelva a mencionar las cantinas. Y se marchó con paso decidido.

—Está a dieta y está insoportable —ofreció Bone a modo de explicación.

—¿Más insoportable de lo normal, entonces? —bromeó Brody, y volvió a sus papeles.

La cantina estaba desierta, salvo por un par de agentes en una mesa junto a la puerta, encorvados sobre sus bocadillos de beicon. Gallacher estaba en la caja cuando Bone lo interceptó.

—Si paga usted, tomaré un americano, señor —sonrió Bone—. A menos que la polilla se haya comido todo su dinero.

El chaval que estaba detrás del mostrador intentó disimular una sonrisa.

Gallacher se dio la vuelta bruscamente. —¡Duncan!

Pero Bone vio por la expresión de su jefe que no estaba para bromas.

—Sentémonos. —Gallacher llevó su café a una mesa al fondo de la cantina—. Se ha encontrado un cuerpo en las cascadas de Braeburn. —Fijó la mirada en Bone.

—¿Jones? —preguntó Bone.

—Sin una identificación formal, no podemos asegurarlo, pero creo que podemos dar por sentado que probablemente lo sea. —Gallacher negó con la cabeza.

—¿Quién lo ha encontrado?

—Un grupo de chavales que decidieron saltarse las clases para ir a nadar. El equipo de búsqueda se topó con ellos cuando bajaban. Un día que, por desgracia, no olvidarán jamás.

—Vaya por Dios —respondió Bone.

—Vaya por Dios, sí. La científica está de camino y se ha enviado una segunda unidad a la propiedad de Jones. Tenemos que mantener esto en secreto por ahora, al menos hasta que se identifique el cuerpo. El pueblo se va a poner como loco. La prensa, sobre todo esa comadreja de McKinnon, no debe enterarse de esto hasta que estemos listos para contárselo. ¿De acuerdo?

—Por supuesto —asintió Bone—. Aunque, con agentes por todo un paraje natural y en casa de Jones, va a ser imposible. Y, en cuanto esa cucaracha se entere, convertirá al pueblo en una turba enfurecida con antorchas... y, como de costumbre, ¿adivine quién se llevará la culpa?

—La Unidad de Delitos Rurales.

—Y yo en particular. Será como si yo mismo hubiera matado al tipo. —Bone negó con la cabeza.

—Entonces, ¿qué tiene hasta ahora?

—Es pronto, señor, pero si resulta ser una investigación de asesinato, lo que es cada vez más probable, entonces tendremos plena autoridad.

—Tiene que trabajar deprisa en esto, Duncan. —Gallacher removió una cucharada de azúcar en su café.

—Siempre trabajamos deprisa. Ese debería ser nuestro puñetero lema.

—Cierto, aunque no quiero que esté bajo demasiada presión. No hace tanto que ha vuelto y ya ha pasado por mucho. —Gallacher lo miró fijamente.

—Estoy bien. Como ya he dicho, el trabajo es lo que me da vida.

Gallacher siguió removiendo la taza. La cuchara repiqueteaba con fuerza contra el borde. —Lo digo en serio. A la menor señal de estrés, lo retiraré del caso.

—Si siguiera usted esa filosofía, tendría que retirar a la mayoría del cuerpo —bromeó Bone.

—Lo digo en serio. Este profesor de geografía es muy respetado en la comunidad, así que la presión es alta, y ya he...

—No me diga más —lo interrumpió Bone—. Ha tenido a su viejo amigo el comisario general Laverty al teléfono.

—Me temo que sí. La jefatura vuelve a tener todos los ojos y oídos puestos en nosotros, y tenemos que resolver esto antes de que vaya a más —dijo en voz baja.

—Estamos en ello. Lo haremos. He captado el mensaje —asintió Bone.

Gallacher hizo una pausa. —Somos amigos desde hace mucho tiempo, Duncan.

—Govan parece ahora una eternidad.

—Es lo bastante reciente como para recordar al joven recluta prometedor, pero engreído y listillo; supe desde su primer día en el trabajo que iba a llegar lejos.

—Es amable por su parte, creo.

—Lo que digo es que no deje que ese imbécil listillo tome las decisiones. Ahora es usted un hombre más grande y mejor, a pesar de lo que le ha pasado.

—Más grande, sin duda —dijo Bone, dándose una palmada en la pequeña barriga que presionaba los forzados botones de su camisa —. A este paso, Mark y yo seremos rivales de sumo.

—Hablo en serio, Duncan. Ese listillo tomó las decisiones equivocadas por usted en Govan, y lo volverá a hacer si se lo

permite, pero esta vez no podrá jugar la carta del joven e ingenuo. Y no habrá vuelta atrás. ¿Me oye?

Bone estuvo a punto de responder, pero cambió de opinión.

Gallacher se recostó. —Bien, eso es todo por ahora. Fin de la reunión.

—Señor —dijo Bone, levantándose y marchándose.

Nueve

—Vale, atención, equipo —dijo Bone con voz cortante, recorriendo con la mirada la sala de incidencias—. Un momento..., ¿dónde está la sargenta detective?

—¿Tú qué crees? —dijo Harper, acercándose a Bone.

—De acuerdo, voy a...

La puerta de la sala de incidencias se abrió.

—Lo siento, señor —le interrumpió Baxter mientras guardaba con aire avergonzado el tabaco, el papel de liar y el mechero en el bolso.

—Acabo de hablar con...

La puerta se abrió de nuevo de golpe y Mullens entró tropezando.

—Veinte minutos. Muy bien, sargento detective —dijo Bone consultando el reloj.

—Soy un hombre nuevo —sonrió Mullens.

—Entonces, ahora que estamos todos, ¿puedo continuar?

—Señor —respondió el equipo al unísono.

—Bien, han encontrado un cuerpo en las cascadas de Braeburn —prosiguió Bone.

—¡Oh, Dios mío! —masculló Mullens.

—Aunque no tenemos una identificación oficial, creo que se puede dar por sentado que es el cuerpo del profesor desaparecido, Richard Jones.

—¿Hablamos de asesinato, suicidio o muerte accidental? —preguntó Walker.

—Por el momento no lo sabemos. El equipo de la científica va de camino. No es fácil, teniendo en cuenta la ubicación.

—Las cascadas del Agua Sangrienta, es una puta ironía —intervino Mullens—. Esto va a cabrear a bastante gente de por aquí.

—Por eso tenemos que trabajar rápido y resolver esto antes de que se desate la histeria.

—Y de que ese mierda de McKinnon empiece a echar leña al fuego —añadió Mullens.

—Correcto, sargento detective Mullens. Tenemos que mantener esto en el más absoluto secreto todo el tiempo que podamos.

—Pero en cuanto el equipo de la Científica ponga un pie en las cascadas, las hienas se nos echarán encima —dijo Walker.

—Hasta que no tengamos una identificación positiva del cuerpo, técnicamente sigue siendo un caso de persona desaparecida, y jugaremos esa carta todo el tiempo que sea posible para ganar tiempo —Bone se giró de nuevo hacia el equipo—. Así que ni una palabra de esto, ¿de acuerdo?

—Señor —respondió el equipo.

—¿Mullens? —repitió Bone.

—Por supuesto, señor —dijo Mullens, mordiéndose las uñas.

—Los equipos de la Científica se dirigen hacia allí y a casa de Jones —continuó Bone—. ¿Cómo te ha ido por allí, Rhona?

—Pues, ¿te lo puedes creer? La agencia de alquiler de Jones se había dejado la puerta de atrás abierta de par en par.

—Increíble —sonrió Bone con ironía.

—Su casa es diminuta. Quiero decir, ridículamente pequeña, y bastante austera.

—¿Has encontrado algo?

—Algo un poco raro. Había un calendario en la pared y cada día durante el último mes y medio había anotado una hora, y todas las anotaciones eran alrededor de la medianoche.

—¿Un recordatorio para echar al gato? —bromeó Mullens.

—¿Algo más? —preguntó Bone.

—En su dormitorio, había un armario empotrado enorme, totalmente desproporcionado para el tamaño de la habitación, y tenía un candado de combinación bastante robusto.

—No me digas, ¿se cayó sin más al pasar rozándolo? —rio Bone por lo bajo.

—No, lo siento. Ni de broma. Para eso hacen falta unas cizallas.

—Vale, entonces tendremos que...

—Perdona, solo una cosa más —interrumpió Walker—. La última habitación que inspeccioné fue el cuarto de baño.

—¿Y?

—Todos sus artículos de aseo estaban allí, incluido el neceser, así que no parece que planeara un viaje largo. Pero, cuando me iba, me di cuenta de que el faldón de la bañera estaba suelto, y al mirar detrás, vi una cajita metida detrás de las tuberías, como si estuviera escondida.

—¿Qué había dentro?

—Un USB.

—¿Lo has traído?

—Señor, por supuesto que no. Sin una orden judicial, cualquier cosa que contuviera sería inadmisible.

Bone la señaló con el dedo.—Bien, solo te estaba poniendo a prueba.

Walker puso los ojos en blanco.—El caso es que los agentes de uniforme me interrumpieron, así que lo volví a poner en su sitio y me fui.

—Bien. Baxter, ¿puede avisar al equipo de la Científica que está en la propiedad de Jones para que revisen la bañera y se traigan el calendario? —ordenó Bone.

—Señor —respondió Baxter.

—¿Y qué ha descubierto usted hasta ahora? —añadió, y se apoyó en la mesa más cercana.

—He estado repasando la vida de Jones hasta su desaparición —respondió Baxter—. Era miembro y participaba activamente en varias organizaciones benéficas locales, organizaciones ecologistas y grupos de presión.

—Así que era bastante político, entonces.

—En efecto, de todo, desde la sección de Kilwinnoch del grupo de presión ecologista, ECO NOW, hasta el club de senderismo local. Llamé y hablé con varios miembros de los comités, y todos no tenían más que elogios para él. También participó en una campaña bastante directa para limpiar el río y era voluntario en el banco de alimentos local una vez al mes.

—¿A qué se refiere con «directa»?

—El año pasado escribió una serie de cartas abiertas al *Chronicle*, acusando a Grinlay's —¿sabe?, el fabricante de empanadas— de verter residuos químicos y animales en el río.

Mullens soltó de repente un lamento como si le acabaran de arponear.—Por el amor de Dios, Sheila. ¿Por qué has mencionado a *esos*? ¿Estás intentando torturarme a propósito? —se frotó el estómago y gimió.

—Entonces, ¿no todo el mundo lo consideraba un héroe local? —insistió Bone, ignorándolo.

—Para muchos, sí, pero para aquellos con intereses creados, en absoluto. Era una espina clavada en el costado. De hecho, Grinlay's inició un litigio contra él y contra ECO NOW, pero, extrañamente, retiraron la demanda.

—¿Por qué?

—Ni idea —se encogió Baxter de hombros.

—Vale, siga investigando —Bone se giró hacia su joven colega—. Will, ¿puedes ver qué encuentras en cuanto a grabaciones de cámaras de seguridad? Estaciones de tren entre Kilwinnoch y Carrbridge, o cualquier otro lugar entre aquí y las cascadas. Mullens, vete a… —se detuvo—. Mullens, ¿qué demonios estás haciendo?

Mullens merodeaba detrás de Harper, mirando fijamente la tartera que tenía al borde de su mesa. Harper se dio la vuelta bruscamente.

—Joder, Mark —se quejó Harper.

—Solo admiraba tu almuerzo, colega —dijo Mullens entre dientes.

—Aléjate.

—¡Mullens! —gritó Bone.

—¿Señor? —Mullens volvió su mirada enloquecida por el hambre hacia Bone.

—Vete a la academia de Kilwinnoch e interroga a los compañeros de trabajo de Jones sobre su desaparición.

—Jo, señor, ¿no puede ir el sargento detective Harper o Rhona? Rhona conoce a la directora.

—Solo la he visto una vez —se encogió Walker de hombros.

—¿Cuál es el problema, Mullens? —preguntó Bone con impaciencia.

—Es que, bueno, yo era un poco gamberro en el instituto y…

—Todavía te dan miedo tus profesores, ¿verdad? —bromeó Walker.

—No. Bueno, sí. Quizá solo un poco.

—Por el amor de Dios, Mullens, vete *ya* —ordenó Bone.

Mascullando, Mullens agarró su chaqueta.

—Ah, y Mark —le detuvo Bone en la puerta—. No des a entender que lo hemos encontrado, ¿eh?

Mullens asintió y se fue.

—Bien, Walker, vámonos.

—¿Adónde, señor?

—A las cascadas del Agua Sangrienta —respondió Bone—. Espero que hayas traído las botas de montaña.

Diez

Bone condujo hasta las Campsies, a la granja de los Monkland, encaramada en las laderas superiores de Meikle Hill. Metió el Saab en el patio y se detuvo junto a unos cuantos vehículos de la Científica aparcados al lado de un imponente pajar con estructura de acero, abarrotado de balas de heno perfectamente apiladas.

—Hasta aquí es lo más cerca que podemos llegar de las cascadas —dijo Bone mientras salía del Saab—. Los Monkland no son precisamente la gente más amable del mundo, pero el hijo ha accedido a dejarnos pasar por la valla perimetral que levantaron para impedir que los visitantes usen el atajo.

—Eso es ilegal, ¿no? —preguntó Walker—. ¿No es una servidumbre de paso?

—Lleva pasando años. El ayuntamiento gana y obliga al viejo Monkland a derribar la valla. Él levanta otra. Y así una y otra vez. Creo que hasta la Agencia Nacional de Medio Ambiente se metió en algún momento.

—¿Se ha descontrolado la cosa alguna vez?

—Oh, sí —respondió Bone—. Y en breve verás por qué.

Walker examinó la granja, observando la fila de tractores impolutos y diversos aperos aparcados junto a una sala de ordeño igual de inmaculada. Detrás de ellos había una casa de campo encalada de tres plantas, con pilares de granito en la entrada y jardineras en las ventanas rebosantes de flores de colores.

—Esto es impresionante —dijo—. ¿No se suponía que los granjeros lo pasaban mal últimamente?

—Tienen ochocientas acres de algunas de las tierras más fértiles de Escocia, y organizan cacerías y otros eventos campestres.

—Donde los pijos vienen a soltar la pasta.

—Y a masacrar a la mayoría de la fauna, sí, eso. —Bone miró a dos hombres del tamaño de toros de Hereford que cargaban hacia ellos—. Prepárate —le advirtió.

—No pueden aparcar aquí en mi patio así como así —vociferó el mayor de los dos hombres mientras se acercaba.

—Señor Monkland, soy el inspector jefe Bone, y esta es...

—Me da igual que sea el puto inspector Clouseau. Yo no he autorizado esto —volvió a ladrar Monkland padre, mientras los botones de su camisa de cuadros se tensaban por la rabia.

—Papá, he sido yo —intervino el joven, azorado—. Le he dicho al policía que ha venido antes que no pasaba nada por que aparcaran. Están buscando a ese profesor que ha desaparecido.

—¿Qué puñetero profesor, y qué tenemos que ver nosotros con eso? —El viejo granjero se metió la camisa por dentro del cinturón como si se preparara para una pelea a puñetazos.

—El antiguo profesor de Geografía de Claire, ya te lo he dicho. Por el amor de Dios. —El hijo puso mala cara—. Lo siento, agentes. —Asintió a modo de disculpa.

—No se preocupe —respondió Bone—. Gracias por acceder a dejarnos usar el atajo a las cascadas.

—Como esto sea una artimaña para quitar la valla, llamaré a mi abogado —advirtió el viejo.

—En absoluto. No nos interesa nada de eso. Solo necesitamos encontrar al profesor.

—Por supuesto —dijo el hijo. Se volvió hacia su padre—. ¿Por qué no vuelves adentro, papá? Yo me encargo de esto.

—No me hace ni pizca de gracia. A mis ojos, están ustedes allanando mi propiedad y tengo todo el derecho a volver a por mi puta escopeta —gruñó Monkland padre.

—Espero que tenga licencia para eso, señor Monkland —intervino Walker.

Bone le lanzó una mirada de desaprobación.

—¿Quién es esta? —Monkland padre la señaló con su dedo índice, engrosado por el trabajo.

—Es mi compañera, la inspectora detective Walker.

—Oiga, señorita Quienseaquesé, mi familia ha cultivado esta tierra durante cuatrocientos años. ¿De verdad cree que en todo ese tiempo no hemos aprendido las leyes básicas del campo? —Se burló de ella, con las mejillas rubicundas arrugándosele por la presión—. Y como me estropeen la valla, los demandaré. —Se ajustó el ala de su gorra de tweed y se marchó hacia la casa.

—Disculpen —dijo el otro hombre cuando su padre estuvo lo bastante lejos para no oírlos—. Mi viejo es muy protector con su propiedad.

—No me diga —musitó Walker.

—¿Usted opina diferente? —inquirió Bone.

—Bueno, ya no estamos en el siglo XIX. Tenemos que adaptarnos a los nuevos tiempos. Pero él es el jefe —se encogió de hombros el joven granjero.

—El señor Jones es miembro de los Senderistas de Kilwinnoch. ¿Ha tenido su padre algún encontronazo con ellos por la instalación de la valla? —continuó Bone.

—La verdad, es probable que sí, pero mi padre tiene encontronazos con casi todo el mundo últimamente. Desde que murió mi madre, no lo lleva muy bien. Pero no es más que palabrería y dolor.

—Bueno, le agradecemos su ayuda, eh... —dijo Bone.

—John Monkland. Es decir, John júnior.

—De acuerdo, John, ¿podría indicarnos por dónde ir? —preguntó Bone.

—Claro, pero les advierto que el campo de abajo está algo embarrado.

Walker bajó la vista hacia sus impecables zapatos Oxford italianos y suspiró.

Cuando los detectives llegaron por fin a las cascadas de Braeburn, el equipo de la Científica ya estaba allí, con un cordón perimetral. Tres o cuatro buzos de la policía emergían y volvían a desaparecer en la oscura poza que engullía el lugar. Bone vio al jefe de patología forense, Cash, con su característico mono negro, arrodillado junto a un montón de equipo y bombonas de oxígeno. Se puso de pie al ver acercarse a los detectives.

—De todos los lugares para que a uno lo maten, tenía que ser aquí arriba —se quejó Cash—. Hemos tardado dos horas en subir todo el equipo a pulso, sin acceso para ningún tipo de vehículo de apoyo. Una pesadilla total.

—Hemos visto vuestras furgonetas aparcadas en el patio de la granja de los Monkland —replicó Bone—. ¿No podéis traer un helicóptero hasta aquí?

—¿Un helicóptero? ¿Con todos estos recortes? —se burló Cash—. Y no me hagas hablar de ese viejo cabrón miserable. Nos ha puesto las cosas muy difíciles. Si no hubiera sido por su hijo, habríamos tenido que cargar con el equipo río arriba desde el pueblo.

—Un encanto de hombre —sonrió Bone con ironía.

—En fin, diría que es una alegría volver a verte, pero...

—Ya te digo, tenemos que dejar de vernos así. ¿Conoces a la inspectora detective Walker?

—Sí, claro. Es la sensata de la Unidad de Delitos Rurales. —Cash saludó a la inspectora detective, que le devolvió una sonrisa irónica —. Bueno, el cuerpo fue descubierto aproximadamente a las once y diez de esta mañana por un grupo de jóvenes que se habían saltado las clases para venir a nadar. Los encontró el equipo de búsqueda, que venía subiendo por el río, y el resto es historia, como suele decirse.

—¿Dónde está la víctima? —preguntó Bone mientras examinaba la escena.

—El cadáver está detrás de la cascada. Los buzos están empezando el proceso de recuperación. El cuerpo está desnudo, con los brazos extendidos y las manos clavadas al acantilado... —Levantó la vista—. En otras palabras, crucificado.

—¿Así que es un asesinato, seguro? —intervino Walker.

—O alguna extraña fatalidad que salió mal, pero sí, yo diría que sí —dijo Cash—. Pueden verlo aquí, miren. —Levantó la tableta que sostenía y subió el volumen—. Los buzos llevan cámaras corporales y en el casco, y están retransmitiendo la recuperación en directo.

Bone estudió las imágenes temblorosas, con el siseo de la cascada aullando por los diminutos altavoces de la tableta. Una de las cámaras del casco captó un destello de una sección del torso, y la cámara recorrió el brazo hasta la muñeca y la mano. La palma estaba abierta y apenas se distinguía el contorno negro de una clavija de escalada.

—Deja que ponga la cámara dos para un plano más amplio —dijo Cash y tocó la pantalla.

La imagen cambió y la pantalla se llenó con un plano de cuerpo entero del cadáver desplomado, con los brazos extendidos y la cabeza ladeada en un ángulo extraño. Cada pocos segundos, la imagen desaparecía bajo una bruma neblinosa a medida que el buzo entraba y salía de la cascada justo detrás de él. Apareció una mano enguantada y limpió la lente. Cash volvió a la primera cámara y un primer plano del rostro de la víctima llenó la pantalla.

—Es Jones, sin duda —dijo Bone.

—¿Qué es eso que le sale de la boca? —Walker señaló la pantalla.

Cash cogió unos auriculares con micrófono incorporado y los enchufó. —Disculpadme un segundo. Bill, ¿me oyes? —Los auriculares crepitaron—. Vale, ¿puedes abrirle la boca a la víctima con cuidado y ver qué es eso que asoma? ¿Lo has pillado?

Una mano enguantada con neopreno apareció en la imagen y tiró con cuidado de la mandíbula inferior de Jones. Una segunda mano introdujo lentamente dos dedos en la boca y ensanchó el orificio. Los detectives se inclinaron más hacia la pantalla. Había algo dentro, pero no podían distinguirlo a través del incesante chorro de agua que caía sobre la lente. Los auriculares sisearon de nuevo y Cash levantó la vista.

—Nuestro buzo dice que parece ser algún tipo de plástico atado alrededor de la lengua.

—Joder —dijo Bone.

—Y nunca mejor dicho —respondió Cash—. El siguiente paso es reunir tantos detalles forenses como podamos, aunque, para ser sincero, cualquier cosa que hubiera estado ahí habrá sido arrastrada mil veces por esa puta cascada. Luego llevaremos el cuerpo a la morgue para hacer una inmersión profunda, por así decirlo.

—¿Qué es toda esa espuma de allí?

—Al principio pensé que eran algas de verano, pero ese extraño color amarillo cremoso sugiere algo un poco más artificial y químico. Tomaremos muestras y las analizaremos para ver si hay contaminación.

—El agua está muy roja este año —añadió Walker.

—Sí, para añadir un poco más de drama a nuestro macabro trabajo. Realmente hace que uno pierda la fe en la humanidad cuando una comunidad pierde a uno de sus buenos. —Cash suspiró.

—¿Conocías a Richard Jones?

—Fue profesor de mi hija. Prácticamente lo idolatraba durante su etapa escolar, y fue por él por lo que se decidió a estudiar ciencias ambientales. Era un héroe local.

—Qué trágico —dijo Walker.

—A veces pienso que la guerra contra el mal está perdida y que estamos a merced de fuerzas muy oscuras. —El ceño de Cash se frunció profundamente.

—Vale, Andrew, muchas gracias. ¿Y nos avisarás en cuanto tengas algo más? —intervino Bone, reconociendo el característico giro oscuro de Cash.

—Milton tenía razón: nuestro paraíso se perdió antes de ser encontrado —se lamentó Cash.

—Nosotros nos vamos ya. —Bone dejó a Cash mirando al suelo, sumido en una sombría contemplación—. Volvamos. Este sitio me está dando repelús.

Él y Walker subieron por el sendero.

Once

Mientras Mullens entraba con el coche por las puertas de la Academia Kilwinnoch, le asaltaron los recuerdos de sus problemáticos días de colegio y se le encogió aún más el corazón. Un par de críos se plantaron delante del coche de servicio y pisó el freno a fondo. Los dos chicos se giraron y al unísono le hicieron una peineta. Mullens sonrió.

—No ha cambiado mucho esto, entonces —masculló y siguió adelante. Aparcó en una de las plazas para visitantes y se bajó.

Otros dos críos se le acercaron.

—¿Eres el cazapedófilos? —soltó uno con desdén.

El otro se rio por lo bajo.

—No, soy tu peor pesadilla. ¡Largaos! —gruñó Mullens.

Pero los críos se echaron a reír.

—Pringado —espetó el primero.

—¡Señor Thomson y señor Hutchens! —rugió una voz desde el otro lado del patio.

Mullens se giró. La señora Haywood, la directora, estaba en lo alto de la escalinata de la entrada, mirando con el ceño fruncido a los dos chicos.

—¡A vuestras clases, ahora mismo! ¿O preferís mi despacho? —ladró.

Los chicos se encogieron de hombros y resoplaron, y luego se escabulleron por un lateral del edificio del colegio.

—Disculpe lo ocurrido —dijo la señora Haywood.

—Sargento detective Mullens —dijo él, mostrando su acreditación—.

—Sí, lo estaba esperando. Soy la señora Haywood, la directora. Pase, por favor.

Mullens la siguió a través de la puerta principal hasta el vestíbulo con paneles de roble, que apenas había cambiado desde que él era alumno de aquel colegio. Se estremeció.

La señora Haywood abrió la puerta de su despacho. —Tengo entendido que usted estudió aquí.

—Sí, así es, pero no creo que estudiara mucho —respondió Mullens.

Lo hizo pasar a su despacho. —Tome asiento.

Mullens inspeccionó la sala. Aparte de unas cuantas plantas y algunos elementos de tapicería, el despacho de la directora era prácticamente igual a como lo recordaba. En tercero y cuarto, debió de pasar más tiempo allí que en el aula. Se dejó caer en la silla frente al escritorio y al instante sintió que estaba en problemas.

—Es algo terrible. Estamos todos tan preocupados por Richard. ¿Tienen alguna novedad? —preguntó la señora Haywood.

—Me temo que todavía nada.

—Vaya por Dios. Es inevitable temerse lo peor. —Apretó los labios.

—¿Podría ponerme al día sobre los movimientos del señor Jones antes de su desaparición? —preguntó Mullens, para ir al grano.

—Sí, por supuesto, aunque ya hablé con uno de sus compañeros a principios de esta semana.

—El detalle más insignificante puede ser a menudo la clave —dijo Mullens, sacando una libreta del bolsillo de su traje.

—Cierto. Bueno, estuvo en el trabajo el miércoles —continuó la directora.

—El veinte de junio, ¿correcto?

—Sí.

—¿Cómo estaba ese día?

—La verdad es que no lo vi. Quiero decir, lo vi en nuestra reunión matutina. Hacemos una puesta en común de diez minutos con todo

el personal cada día. Él estaba al fondo, como de costumbre, con la cabeza gacha, probablemente con el móvil. Pero, aparte de eso, no hablé con él.

—¿Y...? —Al estómago de Mullens se le escapó un largo y sonoro rugido, como el de una tormenta que se acerca—. ¿Dio sus clases como siempre durante todo el día? —Continuó, intentando ignorar sus punzadas de hambre.

—Sí, así es.

—Entonces, ¿cuándo se enteró de que había desaparecido?

—El jueves, durante la reunión. Me di cuenta de que no estaba; supuse que llegaba tarde.

—¿Solía llegar tarde?

—Raramente, así que sí que me llamó la atención. Luego, unos diez minutos después de empezar las clases, su compañero, el señor Morton, vino a decirme que Richard no estaba en clase.

—¿Qué hizo?

—Aparte de buscar a alguien que cubriera sus clases, nada. Si le soy sincera, estaba tan ocupada que, en cuanto supe que sus clases estaban cubiertas, se me fue de la cabeza.

—¿Y todos los demás profesores de su departamento estaban trabajando como de costumbre?

—Sí, por supuesto. Es decir, que falte uno ya es bastante malo, pero que un segundo del mismo departamento no venga sería catastrófico.

—¿Y el viernes?

—Bueno, no era propio de él no avisar si estaba enfermo, así que le pedí a Margaret que llamara a su casa para averiguar qué pasaba.

—¿Margaret? —interrumpió Mullens.

—Margaret Wilson, nuestra secretaria. Pero no pudo localizarlo.

—¿Qué hizo usted después?

—Aproximadamente una hora más tarde, lo llamé yo misma, pero de nuevo, sin respuesta.

—¿Esto le preocupó en algún momento? —preguntó Mullens.

—Pues sí. No era propio de él. Ni siquiera cuando estaba pasando por un divorcio muy complicado dejó nunca que sus turbulencias emocionales afectaran a su trabajo. Es uno de nuestros

profesores estrella, muy querido por todos los alumnos, incluso por algunos de los más conflictivos.

—¿Y qué pasó después?

—Bueno, durante la hora del almuerzo, el señor Morton fue a su casa para comprobar que todo estaba en orden. Richard no estaba allí, y las entregas de leche seguían en la puerta.

—¿El viernes veintidós?

—Sí, y luego creo que Dawn —que es Dawn Chalmers, otra compañera de Richard en el Departamento de Geografía— llamó a la exmujer de Richard, pero ella no sabía nada de él desde hacía semanas. Fue entonces cuando llamé a la policía.

—¿Esa exmujer vive en Kilwinnoch?

—No, emigró a Canadá poco después de su separación.

—De acuerdo, eso es bueno. Gracias. ¿Podría...? —A Mullens le volvieron a rugir las tripas con fuerza, y terminaron en un silbido agudo, como una tetera a punto de hervir—. Lo siento mucho, señorita..., eh, señora Haywood. Mi mujer me ha puesto a dieta y, para serle sincero, no creo que me esté sentando muy bien. —Puso una mueca.

—Al final habrá merecido la pena, sargento detective. —La señora Haywood bajó la vista hacia su corpulencia embutida en la silla—. A mí los Cup-a-Soups me calman las ganas de darme un atracón para consolarme.

—Serrín licuado —masculló Mullens.

La directora sonrió y miró su reloj. —El recreo está a punto de... —Un fuerte timbre sonó fuera del despacho, interrumpiéndola—. Ahora mismo. Lo acompañaré a la sala de profesores del Departamento de Geografía.

Ambos se pusieron de pie.

—El de espárragos es tolerable —dijo la directora, y guio a Mullens hacia la puerta.

A medida que se adentraban en el instituto, las puertas de las aulas se abrieron de golpe simultáneamente y un tsunami de alumnos salió en tropel, gritando, chillando, riendo y dándose puñetazos. La directora se abrió paso entre ellos, y los críos se

apartaban de su camino, como Moisés separando las aguas del mar Rojo. Mullens la siguió a rebufo.

Al final del pasillo, subieron las escaleras. El primer piso parecía aún más ruidoso y frenético. Un recuerdo cruzó la mente de Mullens: un chico gritando mientras colgaba boca abajo por una de las ventanas, con Mullens sujetándolo por los tobillos, riendo y amenazándolo en broma con dejarlo caer.

—¡Mark Mullens! —bramó una voz por encima del estruendo.

Mullens se dio la vuelta de un salto, esperando un capón. Al fondo del pasillo, vio a un hombre canoso con un traje desaliñado. Mullens sonrió nervioso y saludó con la mano.

—Señor Gunyon, ¿cómo está? —Mullens se acercó a su némesis de la infancia—. No lo reconocía sin la toga.

—Lamentablemente, ya no es parte del uniforme, Mark —respondió el señor Gunyon—. He de decir que has echado cuerpo. No creo que ahora llegara a esa oreja tuya —bromeó.

—Siento todas las molestias que le di —dijo Mullens.

—Bueno, al final has salido hecho un hombre de provecho, así que algo habremos hecho bien. ¿Qué eres ahora?

—Sargento detective —Mullens se resistió a añadir un «señor» al final.

—Y pensar que una vez casi le prendes fuego al colegio —bromeó Gunyon.

La directora miró a Mullens con sorpresa. —¿Así que el señor Gunyon fue su profesor de historia, sargento detective Mullens?

—Sí, me enseñó unas cuantas lecciones, de eso no hay duda —bromeó Mullens con nerviosismo.

Una sonrisa irónica se dibujó en el rostro de Gunyon.

Justo en ese momento, un chico pasó corriendo, rozando al profesor de historia.

—¡Camina, imbécil! —rugió Gunyon, provocando otro escalofrío en Mullens.

El crío redujo la velocidad al instante y se encogió contra la pared como para protegerse de más golpes verbales.

—¡Y métete la camisa por dentro! —añadió Gunyon.

El chico agarró los faldones de su camisa y casi se cae mientras se los metía frenéticamente en los pantalones.

—Estamos a tres días del final del trimestre, así que la locura del «fin de curso» ha llegado —dijo la directora—. Por aquí. —Continuó por el pasillo.

—Me alegro de verte, Mark —dijo el señor Gunyon.

—Igualmente, creo —guiñó un ojo Mullens.

Antes de que pudiera seguirla, el profesor de historia lo agarró del brazo. —Debería hablar con algunos de estos gamberros salvajes. Usted se enderezó y podría salvar a unos cuantos del reformatorio, o de algo peor.

Mullens hizo una mueca. —Oh, no sé si estas paredes podrían soportar mucho más de mí.

—Piénselo. Es usted una inspiración —añadió Gunyon con un atisbo de lágrima sentimental en el ojo.

—Anda ya —respondió Mullens, conmovido por el afecto tardío de su antiguo profesor.

Extendió la mano, y se la estrechó enérgicamente.

—Hasta luego, cara de Gorgona.

—¡Niño insolente! —ladró Gunyon a su vez.

—Los compañeros de Richard deberían estar todos aquí —dijo la directora cuando Mullens la alcanzó.

Abrió una puerta con el letrero *Sala de profesores*, y entraron. Estaba abarrotada de libros y papeles esparcidos y apilados sobre una gran mesa en el centro.

Al fondo, dos profesores estaban sentados en un par de viejos y raídos sillones, agarrando tazas humeantes. Una de ellos, una mujer de mediana edad avanzada con el pelo alborotado y delgada como un espárrago, vestida con una chaqueta de punto, intentaba mantener en equilibrio un milhojas de crema que se tambaleaba entre sus dedos. Cuando vio entrar a la directora y a Mullens, el extremo del pastel se le cayó de la mano y aterrizó en su regazo. Los ojos de Mullens se fijaron en los restos del milhojas, que seguían colgando de los dedos de la profesora, peligrosamente cerca de caer. El segundo profesor, un hombre de aspecto atlético con una barba de estilo eduardiano y las mangas remangadas, se enderezó y dejó

su taza. Junto a la pared del fondo, un profesor más joven estaba de rodillas, rebuscando en una nevera contigua.

—Buenas tardes a todos —dijo la directora.

Toda conversación cesó y los profesores se giraron.

—Siento interrumpir su descanso. Este es el sargento detective Mullens de la comisaría de Kilwinnoch. Está aquí para hacerles unas preguntas sobre Richard. —Se acercó a la mesa—. ¿De quién son estas correcciones? —dijo, mirando con el ceño fruncido el caos que tenía delante.

—Disculpe, son mías. —El joven profesor corrió desde la nevera y recogió la maraña de libros y papeles—. Estaba justo en medio de ello —añadió.

—Tiene que organizarse, señor Morton. Hemos hablado de esto muchas veces.

—Lo siento —respondió el profesor, con el rostro sonrojado de vergüenza.

—¿Podríamos traer unas sillas para el detective, por favor? —ordenó la directora.

Los profesores dejaron sus bebidas y aperitivos y se acercaron arrastrando los pies.

—Buenas tardes. No les entretendré mucho tiempo —les aseguró Mullens.

—Tiene... —la directora miró su reloj— siete minutos antes del próximo timbre, detective.

—Bien, creo que un agente de la comisaría ya podría haberlos entrevistado, pero a medida que avanzamos con nuestra investigación, necesitamos estar seguros de que no hemos dejado piedra sin remover.

—Estamos todos tan preocupados —dijo la profesora de mediana edad.

Mullens vio una pequeña gota de nata adherida a la comisura de sus labios.

—Estamos trabajando día y noche en esto. No se preocupen, lo encontraremos de un modo u otro —dijo, y al instante deseó que la tierra se lo tragara.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el profesor de aspecto atlético, haciendo crujir su cuello ruidosamente.

Mullens se fijó en que se inclinaba hacia un lado, con el hombro izquierdo más bajo.

—La búsqueda es intensa y continua —respondió Mullens—. ¿Podrían darme sus nombres para mis notas? —Miró a la profesora mayor—. Usted debe de ser...

—Mark Mullens —interrumpió la profesora—. Me acuerdo de ti. Eras ese gamberro de 1.º F.

Mullens estudió su expresión alarmada. —¡Señorita Chalmers! Me sonaba el nombre. —Sintió temor por cómo iba a continuar aquello.

—Tú eres el que me metió el arenque ahumado en el bolso —dijo con una mirada severa.

Los otros asintieron, mostrando su acuerdo.

—Y me pegaste la mano al pomo de la puerta del aula con Loctite —continuó.

Mullens levantó las manos en señal de rendición. —Señorita Chalmers, no tengo palabras para disculparme por mi comportamiento.

—Los bomberos que me liberaron pensaron que era divertidísimo —añadió.

Mullens estaba a punto de disculparse de nuevo cuando la veterana profesora soltó una risita.

—No te preocupes —dijo—. Agua pasada. Pero, por favor, llámame Dawn.

—Por supuesto... señorita... eh, Dawn. ¿Entonces llevas trabajando con el señor Jones bastante tiempo?

—Uf. Deben de ser siete u ocho años. Es un hombre encantador, encantador. —Su sonrisa se desvaneció y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Y cuándo vio por última vez al señor Jones?

Dudó un momento. —Supongo que como todos los demás —dijo finalmente—. El miércoles pasado.

—¿Y cómo estaba cuando lo vio?

—A mí me pareció que estaba bien. Con su habitual energía, positividad y alegría. En el recreo de la mañana, le pregunté por su

divorcio y cómo iba todo eso, pero se limitó a poner los ojos en blanco. No le gustaba mucho hablar de su vida privada.

Mullens se dirigió al profesor deportista. —¿Y tú?

—Brandon Kinross —dijo el hombre. Volvió a torcer la cabeza hasta que el hueso emitió otro fuerte *crac*. —Llevo seis años trabajando con Richard y, para ser sincero, no recuerdo muy bien cuándo lo vi por última vez. —Volvió a hacerse crujir el cuello—. Richard y yo tenemos perspectivas muy diferentes de la vida, así que no nos relacionamos mucho en la sala de profesores. Era un gran tipo, eso sí, no me malinterpretes. —Un ceño fruncido tiró de sus cejas.

—Entonces, ¿teníais muchos desacuerdos? —indagó Mullens.

—Bueno... —El profesor se rio—. Digamos que ambos somos muy directos con nuestras opiniones, y a ninguno nos gusta perder una discusión. Quiero decir, aparte de que nuestras visiones del mundo son polos opuestos, creo que en realidad somos bastante parecidos.

—¿Como hermanos que se pelean? —preguntó Mullens.

—No exactamente, pero algo parecido, supongo que sí.

—He oído que ambos sois aficionados a la fotografía, ¿es correcto?

—Sí, es una pasión que compartimos.

—¿Y esa rivalidad se extiende a vuestras habilidades fotográficas?

—Oh, sí, pero no me malinterpretes. Todo es en plan amistoso, y nos mantenemos alerta el uno al otro, superando nuestras capacidades.

—¿Y al señor Jones le molesta cuando ganas concursos en los que ambos habéis participado?

—Se pone furioso —intentó bromear Kinross—. Pero todo es en tono desenfadado.

—Le quedan dos minutos, sargento detective —interrumpió la directora.

Mullens revisó rápidamente sus notas. —¿Así que tú debes de ser Oliver Morton? —le preguntó al joven profesor, que todavía parecía estar recuperándose de la reprimenda de la directora.

—Sí, exacto, pero llámame Oli —respondió el profesor—. Solo mi madre me sigue llamando Oliver, normalmente cuando me está echando la bronca por algo.

—¿Y cuánto tiempo llevas trabajando con Richard?

—Tres años, o cuatro, si cuentas mis prácticas de profesor. Me asignaron a la clase de Richard para mi periodo de prácticas. Fue un tutor increíble. Eran mis segundas prácticas y lo había pasado fatal en las primeras. Estaba a punto de rendirme, pero él me dio la confianza y la voluntad para seguir adelante.

—¿Dirías que eras amigo de Richard?

—Oh, sí, sin duda alguna.

—¿Y fuiste tú quien alertó a la directora sobre su desaparición?

—Así es. No era propio de él no presentarse a trabajar de esa manera. Si iba a estar enfermo, siempre llamaba. Nunca querría defraudar a nadie, especialmente a los críos.

—¿Dónde hiciste tus primeras prácticas?

—En el instituto de Spring Park.

—Un hueso duro de roer —dijo Mullens con una mueca.

De repente sonó el timbre.

—Me temo que se ha acabado el recreo —intervino la directora —. Va a tener que dejar que los profesores vuelvan a sus clases, detective.

—De acuerdo, no hay problema. Pero si recuerdan algo, por pequeño o aparentemente irrelevante que sea, llamen a la comisaría y pregunten por mí, el sargento detective Mullens.

Los profesores asintieron y, recogiendo bolsos, libros y diverso material didáctico, salieron en fila de la sala de profesores.

—Gracias, señora Haywood. Usted y su equipo han sido de gran ayuda. —Mullens siguió a la directora hacia la salida.

—Todos estamos desesperados por encontrar a Richard, sargento detective —dijo la directora—. Y mantendré los ojos y los oídos bien abiertos por si aparece más información que pueda ayudar en su búsqueda.

—Gracias de nuevo.

—Lo acompañaré a la puerta principal —añadió.

—Sí, sería estupendo. Antes de que me castiguen o algo peor —bromeó.

Ya al aire libre, Mullens suspiró aliviado al verse libre de aquellas paredes una vez más y volvió a subir a su coche. Estaba a punto de dar marcha atrás cuando vio a la señorita Chalmers corriendo por la escalinata de la entrada hacia el coche. Se acercó corriendo y golpeó la ventanilla del conductor.

—¿Podemos hablar un momento? —Miró nerviosamente hacia el edificio del instituto.

—Sí, claro. ¿Volvemos a entrar o...? —empezó Mullens.

—No, no, en privado —respondió ella.

Mullens se inclinó y abrió la puerta del copiloto. Ella entró y se quedó un momento sentada, con la vista al frente.

—¿Qué puedo hacer por ti, señorita..., eh, Dawn? —la instó Mullens.

—Perdona, esto es bastante difícil. —Sorbió por la nariz.

—Tómatelo con calma. No pasa nada.

—No podía quedarme ahí sentada y no decir nada. No estaría bien. —Empezó a morderse el labio inferior.

—¿Sobre qué?

—La cena —dijo finalmente.

—¿La qué? —inquirió Mullens.

—Fue una de las últimas veces que vimos todos a Richard fuera del trabajo. Nos invitó a todos a su casa para celebrar el fin de curso. Nos turnamos, y este año le tocaba a él.

—¿Te refieres al Departamento de Geografía?

—Sí, nosotros tres, y por supuesto Richard, que era el anfitrión.

—¿Y qué pasó?

—Todo empezó muy bien. Richard había preparado unos canapés que le habían salido fatal. Puede que sea un héroe local por aquí, pero es un cocinero terrible. Así que nos estábamos riendo de eso.

—¿Y entonces?

—Nos emborrachamos todos. Ha sido un año muy duro, críos difíciles, ya sabes.

—Oh, sí, ya lo creo que lo sé. —Mullens sonrió con suficiencia.

—Creo que estábamos tan aliviados de haber salido con vida... —Se detuvo—. Oh, no quería decir...

—No pasa nada, continúa —la apremió Mullens.

—Lo estábamos pasando bien, pero entonces las cosas se torcieron cuando Oli sacó el estúpido concurso de fotografía en el que Richard y Bran participan cada año.

—¿Lo llamas Bran? —interrumpió Mullens, y a sus tripas se les escapó un fuerte rugido—. Disculpa, continúa.

—Para serte sincera, Oli es un poco cizañero, a falta de una expresión mejor.

Mullens la miró, sorprendido por el taco que salía de la boca de su antigua profesora.

—En fin, como era de esperar, se produjo una discusión, como siempre. Y Bran, bueno, no es mucho mejor. Es tan competitivo que no deja nada en paz hasta que gana.

—¿Y qué pasó durante esa discusión?

—¡Ay, los hombres! —exclamó—. Acabaron fuera. No podía creerlo. Intenté calmar las cosas, pero estaban tan borrachos que fue inútil. A continuación, estaban los dos rodando por el césped del jardín, intentando sacudirse de lo lindo. Pero, sinceramente, he visto a niños de cinco años con mejores habilidades para la lucha que esos dos.

—¿Y qué estabais haciendo tú y el señor Morton mientras pasaba todo esto?

—Yo gritaba como una verdulera para que pararan. —Hizo una pausa—. Qué vergüenza.

—Mira, yo te pegué la mano al pomo de la puerta del aula con Loctite, así que en eso gano yo —la tranquilizó Mullens—. ¿Y qué hay del señor Morton?

—Saltaba como un loco, azuzándolos. Si te soy sincera, se comportaba como un niño pequeño y malvado. —Dejó caer la cabeza entre las manos—. Fue horrible. Quiero decir, hasta los vecinos salieron y, al final, Richard estaba tan disgustado que nos dijo a todos que nos fuéramos, y entonces nos marchamos.

—¿Y ahí se acabó todo, o la discusión continuó al día siguiente?

—Richard y Bran no volvieron a mencionarlo, y parecían hablarse al día siguiente, profesionalmente al menos. Solo Oli seguía insistiendo con el tema. Al final, le dije que lo dejara estar. —Tomó otra respiración profunda—. Sé que Richard lo tiene en muy alta estima, pero a mí no me gusta y nunca me ha gustado.

—¿Y ha pasado algo más desde entonces?

—Solo que Oli y Bran intentaron convencerme de que no te dijera nada sobre esa noche.

—¿Dijeron por qué? Quiero decir, a eso se le llama ocultación de pruebas.

—La verdad es que no lo sé, y estaba muy preocupada por ello precisamente por esa razón.

—Gracias, Dawn —dijo Mullens.

—No quiero meter a nadie en ningún lío —añadió—. Pero no iba a dejar que me presionaran para no decir nada.

—Bueno, has hecho lo correcto.

Abrió la puerta. —Espero que Richard esté bien.

—Nosotros también —respondió Mullens.

Se bajó y cerró la puerta de un portazo.

Mullens dio marcha atrás rápidamente para salir del aparcamiento y se dirigió por el camino de entrada hacia la salida y la libertad.

Doce

De vuelta en su piso, Bone dejó la bolsa en el recibidor y recogió un montón de correo esparcido bajo el buzón. Mientras lo ojeaba rápidamente, un fogonazo del horror del cucú le cruzó la mente. En la cocina, dejó las facturas y la publicidad en la modesta mesa que había junto a la ventana y abrió un armario. Aparte de una lata de leche condensada y un paquete de galletas Ritz, estaba vacío. Negó con la cabeza.

—¿Por qué? —masculló—. Ni siquiera recordaba haber comprado la leche condensada. Quizá siempre había estado allí y la había heredado del inquilino anterior.

Al mirar hacia el frigorífico, vio los dibujos de su hijo decorando la puerta. El de arriba mostraba un coche de policía con un Bone picassiano de tres brazos de pie a su lado, agarrando lo que parecía una piruleta gigante, pero que probablemente era un fusil. Junto a Bone, Michael había dibujado a su madre con las manos en alto, ya fuera en señal de celebración o de rendición.

Se buscó el móvil en el bolsillo de la chaqueta y abrió los contactos. Su dedo se detuvo sobre el número de Alice. Una de las condiciones de su régimen de visitas quincenal era que no molestara a su exmujer entretanto. Pero dos semanas a menudo le parecían media vida, y el dolor de la separación de ambos era a veces insoportable. Estaba a punto de pulsar el botón cuando su móvil cobró vida con un chillido.

—¡Joder! —exclamó sorprendido.

—Detective sargento. Buenas noches.

—Siento molestarle fuera del horario de trabajo, señor —respondió Baxter—. Solo quería hablar con usted antes de que acabara el día.

—Nos ha llevado más tiempo de lo esperado en las cascadas.

—¿Cómo ha ido por allí? —preguntó ella.

—Es Jones, sin duda.

—Bueno, menuda putada.

—Trágico —respondió Bone—. ¿De qué querías hablarme?

—Ah, sí. He estado investigando un poco y he descubierto que hay un nido de águila pescadora a unos cinco kilómetros al norte de las cascadas.

—¿Y?

—Hay un equipo de la Asociación Protectora de Aves vigilando el nido; la ubicación exacta se mantiene en el más absoluto secreto. He hablado con el jefe del equipo para comprobar si habían visto a alguien por la zona en la época en que desapareció Jones. Me ha dicho que informaron de haber visto a dos hombres demasiado cerca del nido para su gusto.

—¿Dos hombres?

—Eso es lo que han dicho.

—¿Y lo has comprobado con los agentes que acudieron?

—Por supuesto —confirmó Baxter—. El jefe del equipo de la APA informó de que sus fuentes de inteligencia…

—¿La Asociación Protectora de Aves usa fuentes de inteligencia? —dijo Bone, sorprendido.

—A mí también me ha descolocado por un momento, pero por lo visto hay un lucrativo mercado negro de huevos de aves raras, secuestros y todo tipo de cosas. Las aves rapaces disecadas y montadas hacen furor en la mafia rusa, al parecer.

—¿Qué dijo la Protectora?

—Pues que sus fuentes les informaron de que dos notorios ladrones de huevos de aves raras estaban en la zona.

—¿Tienen nombres?

—Sí. Los hermanos Springsteen.

—¿En serio?

—David y Robert Springsteen. No son de por aquí.

—¿De Nueva Jersey? —bromeó Bone.

—No exactamente. De Newcastle. El agente que acudió dijo que advirtió al equipo de que tuvieran mucho cuidado, ya que los hermanos tienen antecedentes de violencia, y los archivos policiales confirman un largo y lamentable historial.

—De acuerdo. Iré a hablar con el equipo de la APA por la mañana. Gracias por tu buen trabajo de hoy.

—De nada. Que tenga una buena noche, señor. —Baxter colgó.

Bone se frotó el dedo índice por la cicatriz que le recorría la sien hasta la línea del cabello. Regresó al salón y se dirigió a su viejo tocadiscos Dansette, que descansaba sobre un mueble auxiliar de estilo años sesenta de falsa caoba. De rodillas, abrió la puerta de cristal ahumado y repasó una hilera de vinilos que había dentro. Sacó uno y examinó la portada.

A Taste of Honey de Herb Alpert estaba escrito con una fuente psicodélica en la parte superior y, debajo, una chica semidesnuda emergía de una tarta de nata gigante, con pegotes de nata estratégicamente colocados para cubrir su pudor. Bone negó con la cabeza, devolvió el álbum a la colección y volvió a intentarlo.

Esta vez su dedo se detuvo en la G de Dexter Gordon y sacó el LP. La imagen de la portada era una toma melancólica en azul oscuro y carmesí del saxofonista de jazz de pie bajo una farola. Su saxo descansaba en un brazo mientras sostenía un cigarrillo en el otro, con un fino hilo de humo serpenteando hacia el cielo nocturno. La imagen relajó a Bone al instante. Sacó el disco, lo colocó en el plato del Dansette y bajó la aguja.

Con un crepitar y un suave siseo, el tono melodioso del saxo inundó el salón. Bone se desplomó en un sillón y dejó escapar un largo y fatigado suspiro. Los últimos tres o cuatro meses habían sido muy tranquilos en el trabajo, con solo un par de investigaciones que habían resultado ser pistas falsas. Se sentía un poco bajo de forma y lento de reflejos, pero ya se recuperaría. Siempre lo hacía.

Cerró los ojos y dejó que la música lo atravesara. Un leve susurro lo sacó del borde del sueño. Abrió los ojos. La criatura, su

compañera alucinatoria del TEPT durante los últimos tres años desde su lesión, estaba a un pelo de su cara. Se echó hacia atrás, sobrecogido. El cráneo desfigurado y putrefacto del monstruo se retorció para acercarse más a él.

—Pringado —siseó la criatura. Una mueca de desprecio se extendió por una mandíbula expuesta, revelando un agujero en la mejilla de la criatura.

Bone lanzó un puñetazo, pero la aparición pareció esquivarlo y doblarse para evitar el contacto con su puño.

—Pringado —repitió.

Bone se levantó de un salto y volvió a lanzar un golpe. —¡Que te jodan! —vociferó, agitando los brazos a diestro y siniestro.

La criatura se retiró al rincón más alejado de la habitación.

—El puto pringado eres tú. Tú moriste. Yo vivo. —Bone cogió un libro que había en la mesa junto a su sillón y se lo lanzó con fuerza al fantasma.

El libro atravesó el abrigo negro de la criatura, chocó contra la pared y cayó al suelo. Con una última mueca de desdén, la aparición se echó una capucha negra sobre la cabeza, se fundió con la pared y desapareció.

—Joder —resopló Bone, con el corazón desbocado. Fue a trompicones hasta el baño y se echó agua fría en la cara; luego se puso las muñecas bajo el grifo hasta que el pulso volvió a la normalidad. Se miró en el espejo. El miedo aún era visible en sus ojos.

¿Me libraré alguna vez de este monstruo?

Le martilleaba la cabeza, la placa de su cráneo le presionaba la sien. Se apretó la palma de la mano contra la frente. Buscó en el armario, cogió un bote de analgésicos —uno nuevo, recetado recientemente por su médico de cabecera—, se tomó un par y bebió agua a tragos directamente del grifo. Se tambaleó hasta el dormitorio, se dejó caer en la cama y, tras unos minutos dando vueltas, con serpientes vivas en sus miembros, finalmente se hundió en un profundo sueño inducido por los fármacos.

Trece

A la mañana siguiente, la prensa se agolpaba al pie de la escalinata de la comisaría. Bone suspiró mientras aparcaba fuera. Todavía le retumbaba la cabeza de la noche anterior, y un aluvión de preguntas era lo último que necesitaba.

Salió del coche y al instante se vio asediado por equipos de rodaje, fotógrafos que le disparaban flashes en la cara y reporteros frenéticos que empuñaban micrófonos descomunales. Vio a McKinnon intentando abrirse paso entre la multitud.

—¿Es verdad que han encontrado un cuerpo en las cataratas de Blood Water? ¿Es Richard Jones?

—Sin comentarios —dijo, y suspirando, subió rápidamente los escalones y atravesó la puerta de doble hoja. No cabía duda de que se había descubierto el pastel.

—Buenos días, señor —dijo Brody—. Entiendo que ya se ha encontrado con el comité de bienvenida.

Bone gimió y se frotó la cabeza.

—Joder, ¿qué se metió anoche? Tiene toda la pinta de ser una buena resaca la que lleva encima —añadió Brody.

—Ojalá. Es migraña —Bone hizo una mueca.

—Tengo ibuprofeno por aquí —el sargento de guardia rebuscó en un armario bajo su escritorio.

—No, no te preocupes. Voy hasta arriba de analgésicos. Si tomo más, este trabajo se volverá soportable —replicó Bone y se dirigió a

la sala de crisis a través de la puerta de seguridad.

Todo el equipo se había reunido y esperaba su llegada.

—Oh, santo Dios, tiene usted peor cara que yo esta mañana, señor —se adelantó Mullens—. ¿Está seguro de que no debería estar en el depósito?

—Qué gracioso. ¿Cómo va la dieta?

—Bien, pan comido —Mullens negó con la cabeza—. ¡Ah, ahora que lo pienso! Un pedazo de bizcocho de limón de puta madre —intentó lamerse los labios agrietados—. Oh, santo Dios, esto es una puta tortura. Preferiría lavarme las tripas con Listerine antes que seguir sufriendo este tormento.

—Pues se te ve mejor —dijo Harper con una de sus sonrisas eternamente optimistas.

Mullens lo fulminó con la mirada. —¿Se supone que tiene gracia? Las dos semanas que pasé en Tenerife con disentería fueron más divertidas que esto.

Bone se acercó a la cafetera. Como era de esperar, estaba completamente vacía de cafeína. —Mierda —masculló.

—Voy a por más, señor —se ofreció Harper.

—Por Dios, por favor, no envíe al calmoso. Para cuando vuelva, estaremos en coma —dijo Mullens.

—Vale, atención todos —interrumpió Bone—. Ayer, el equipo de la científica encontró el cuerpo desnudo de Richard Jones, clavado a la pared detrás de las cataratas.

—¿A qué se refiere con «clavado»? —preguntó Baxter.

—Tenía los brazos extendidos en posición de crucifijo con dos púas de metal clavadas en las manos.

—Jesús —se estremeció Baxter.

—Exacto —dijo Bone—. Tenía heridas evidentes en la cabeza y también algo metido a la fuerza en la boca.

—¿El qué? —volvió a preguntar Baxter.

—Estamos esperando a que la científica nos dé más detalles y a que el forense le haga la autopsia para determinar la causa de la muerte —Bone se apoyó en el escritorio que tenía detrás, con la cabeza dándole vueltas—. Así que tendremos que actuar rápido antes de que las hienas se enteren de esto. ¿En qué punto estamos?

—He empezado con el panel del caso, señor —dijo Baxter.

Bone echó un vistazo a la pared y el rostro de Richard Jones le devolvió la mirada.

—Descubrí algo muy interesante en el instituto —intervino Mullens.

—Espera, Mark —lo detuvo Bone—. Sheila, continúa.

Mullens resopló.

—Bien, pues, anoche le hablé de los hermanos Springsteen, señor —continuó Baxter.

—¿De quiénes? —interrumpió Mullens de nuevo.

—David y Robert Springsteen son dos de los ladrones de aves rapaces más infames del Reino Unido.

—¿Son escoceses? Quiero decir, ¿dónde nacieron? —preguntó Mullens.

Bone levantó la mano. —Ni te molestes, Mullens. Es demasiado obvio.

—Hay un nido de águila pescadora a unos cinco kilómetros del lugar del crimen —prosiguió Baxter—. El nido se encuentra en un lugar secreto y está vigilado veinticuatro horas al día por el... —se detuvo, se estiró sobre su escritorio y cogió su bloc de notas—. El Santuario de Aves de Campsie Fells. Informaron de que los hermanos Springsteen fueron vistos por un miembro de su equipo en la calle principal de Kilwinnoch cuatro días antes de que se denunciara la desaparición de Jones.

—Cuando Mullens y yo interrogamos a unos viajeros en los Círculos de Kilmorgan, una de las chicas dijo que vieron a dos hombres en la ladera el miércoles por la noche, la víspera del solsticio, aunque no estaba segura de si iban juntos o si uno seguía al otro —añadió Bone—. ¿Algo más?

—Bueno, investigué un poco la vida privada de la víctima y parece que tenía bastantes enemigos. Era un activo activista medioambiental y miembro de los Ramblers.

—Genial, es lo que me faltaba. No me pagan lo suficiente para meterme con los Ramblers. Son unos pirados de atar —dijo Mullens, medio en serio.

—Son gente bastante intrépida y muy eficaz a la hora de mantener a raya a los terratenientes megalómanos y a las grandes empresas —dijo Walker.

—Jones había estado involucrado en un par de campañas. Una para abrir el sendero público entre Castle Bank y las cataratas de Braeburn —reanudó Baxter.

—¿El sendero que atraviesa la granja de los Monkland? —preguntó Bone.

—Correcto, sí. Y los Ramblers han informado de varios altercados entre ellos y la familia Monkland, o el padre, para ser exactos.

—No me sorprende —sonrió Bone con sorna.

—Sin embargo —Baxter levantó la mano—, antes de que nos emocionemos todos con una pista importante, he comprobado los movimientos de los Monkland en la época de la desaparición de la víctima.

—¿Y? —preguntó Bone con impaciencia.

—La fecha coincide con la Highland Show en Perth, y los Monkland tenían dos toros premiados que optaban a medallas, y ganaron. Así que tienen una coartada más sólida que el tambor de un sargento mayor.

—Los sargentos mayores no tienen tambores —intervino Mullens —. ¿Puedo hablar ya, señor?

—Espera un momento —insistió Bone—. ¿Imposible que uno de ellos se escapara y...?

—Muy cogido por los pelos e improbable, lo siento.

—Entonces, ¿cuál era la segunda campaña en la que participaba Jones?

—Tenía que ver con los crecientes niveles de contaminación del río. Jones también participaba en una campaña para destapar supuestos problemas de eliminación de residuos en la fábrica de pasteles cárnicos Grinlay's, a unos trece kilómetros río arriba.

—Ya estás otra vez, Baxter. Te he advertido una vez sobre mencionar comida y no dudaré en usar el espray de pimienta si es necesario —se quejó Mullens.

—Ojalá te fueras a comer algo de una vez, Mark —refunfuñó Baxter—. Me estás volviendo loca.

—¿Algo más? —Bone intentó mantenerlos centrados en el tema.

—Se comunicó con nuestro diputado local sobre este asunto —le hizo un gesto a Bone para que se acercara a su escritorio—. Escribió una carta abierta que se publicó en nuestro querido periodicucho local.

Baxter volvió a sentarse en su escritorio y tecleó en su ordenador. La pantalla se iluminó y apareció una captura de la carta de Jones, que ocupaba el primer puesto en la página de cartas al director del *Chronicle*. Junto a la correspondencia había dos fotografías; la primera era la misma foto de personal de Jones con camisa y corbata, vestido para la batalla, y la segunda era una imagen de una orilla fangosa con dos truchas muertas una al lado de la otra.

Bone se pasó el dedo por la cicatriz de la sien. —Vale, gracias — se volvió hacia Will—. ¿Algo más sobre los movimientos de Jones el día que desapareció?

—Por el amor de Dios… —se quejó Mullens de nuevo.

—¡Espera un segundo, Mullens! ¡No te lo repetiré! —espetó Bone.

Mullens se cruzó de brazos como el colegial rebelde que solía ser.

—He comprobado todas las grabaciones de las cámaras de seguridad de la estación de Kilwinnoch del veinte de junio — respondió Harper—. Y también todas las grabaciones entre aquí y Carrbridge.

—Joder, eso es un buen trabajo, Will —dijo Walker.

—Bueno, estoy usando un programa de reconocimiento facial que acelera las cosas.

—¿Has encontrado algo ya? —preguntó Bone.

—La confirmación de que Jones subió al último tren a Carrbridge a las 22:29 del veinte de junio. Pero luego el software lo ha detectado bajándose en la siguiente parada, en Cromer.

—¿Te refieres a esa excusa de estación olvidada de la mano de Dios?

—Esa misma, sí.

—¿Y cogió un tren de vuelta a Kilwinnoch?

—Demasiado tarde; el último de vuelta a Glasgow Queen Street ya había pasado. Las grabaciones lo captaron saliendo de la estación, así que debió de volver a pie y luego posiblemente siguió hasta las cataratas de Braeburn.

—¿Y a qué hora salió de Cromer?

—Las imágenes de las cámaras indican las 22:41, doce minutos después de salir de Kilwinnoch.

—¿Y nadie más subió o bajó?

—Un momento, señor —dijo Harper, y volvió a su escritorio.

Bone se unió a él.

—La aplicación ha detectado imágenes de un segundo pasajero bajando del tren. —Harper jugueteó con el teclado y la pantalla cobró vida—. He copiado este extracto de las horas de grabación para enseñárselo. Pero le advierto que es bastante corto y la calidad es muy mala. —Pulsó el *play* y apareció una imagen granulada en blanco y negro de la estación de Cromer.

Bone se quedó mirando la pantalla unos segundos. —¿Esto se está moviendo?

—Espere —dijo Harper.

El techo gris de un tren apareció en la parte inferior de la pantalla. Entró en la estación y, momentos después, una figura descendió al andén, caminó hacia la cámara, giró hacia el edificio de la estación y desapareció de la pantalla.

—La aplicación ha confirmado que este es Jones —Harper dio un golpecito en la pantalla.

Unos instantes después, una segunda figura apareció en un vagón en el extremo opuesto del andén y caminó por él. La figura parecía llevar un anorak con la capucha puesta.

—Desafortunadamente, este pasajero está de espaldas a la cámara.

La figura se detuvo, luego siguió a Jones por la salida y fuera de la estación.

—¿Y no hay más grabaciones? —preguntó Bone.

—No, eso es todo.

—Mierda —maldijo Bone.

—Podría ser perfectamente inocente. Quizá un granjero volviendo del pub —añadió Harper.

—Desde luego. O podría ser algo más siniestro. Quiero decir, ¿se molestaría un granjero en ponerse una capucha?

—Seguiré buscando más grabaciones, a ver si puedo identificar a este personaje.

—Buen trabajo, Will —le sonrió Bone a su joven colega.

—Señor —respondió Harper.

—¿Y el equipo forense ha recuperado el USB que Walker encontró detrás del baño?

—Sí, junto con el ordenador portátil de Jones —confirmó Harper.

—¿Pero nada del teléfono?

—Ni rastro. Justo iba a bajar a informática forense para echarles una mano —sonrió Harper.

—Sí, por favor. Podría ahorrarnos unas semanas de investigación —bromeó Bone—. Baxter, ¿espero que estés apuntando todo esto para ponerlo en el panel? —se giró—. ¿Baxter?

—Ha salido a por su dosis matutina, señor —dijo Mullens—. O debería decir, su tercera dosis de la mañana.

—Dice el santurrón contacalorías del Rincón de los Satisfechos —contraatacó Walker.

Bone se volvió hacia Mullens. —Vale, Mark. Ahora es tu turno. Suéltalo.

—Por fin —suspiró Mullens—. Pues estuve en mi antiguo instituto interrogando a los colegas de Jones y no había mucho que contar. Aparte de Jones, nadie más faltó el día después de su desaparición. Todos parecían bastante afectados y preocupados, incluido yo. Jesús, fue espeluznante volver a entrar ahí. Fue un duro recordatorio del maldito granuja que era cuando...

—Mullens —lo cortó Bone.

—Lo siento, pero, al salir, mi antigua profesora, la señorita Chalmers, me abordó en el aparcamiento y me dijo que había habido una pelea entre Jones y otro de los profesores en su casa durante la fiesta de fin de curso.

—¿Qué tipo de pelea? ¿Física? —preguntó Bone.

—Creo que sí. El otro profesor implicado era otro fotógrafo, Brandon Kinross. La señorita Chalmers dijo que un tercer profesor, uno más joven, estuvo caldeando el ambiente y empeoró las cosas.

—Eso es bastante importante. ¿Por qué coño no has dicho nada antes? —Bone le guiñó un ojo.

—¡Ja, ja, qué gracioso! —Mullens levantó los brazos.

—Entonces tendremos que volver a interrogar a los profesores, probablemente será mejor en sus casas y por separado —dijo Bone.

—¿No quiere traerlos aquí? —preguntó Walker.

—En esta fase, no. Estamos caminando sobre un hilo muy fino y esta gente tiene una reputación. Si la prensa se enterara de que andamos husmeando, se daría un festín.

—Buen punto —asintió Walker.

—Lo primero es lo primero —continuó Bone—. Mullens, vete a la estación de Cromer y habla con el personal de allí.

—Está en medio de la puta nada, señor —se quejó Mullens—. Nunca hay nadie.

—Bueno, pues compruébalo, ¿vale? —Bone estaba perdiendo la paciencia con él—. Luego, de vuelta, pásate por Grinlay's y a ver qué tiene que decir el señor Grinlay...

—¿De verdad está intentando acabar conmigo? —exclamó Mullens con incredulidad.

—Se me ha pasado por la cabeza, sí —asintió Bone con entusiasmo.

—Oh, señor, por favor, no me mande allí. Mande a Baxter. Odia los pasteles de carne.

Bone chasqueó la lengua.

—Señor, haré lo que sea, lo que sea. Pero eso no.

—Gran canción —dijo Harper, ensanchando su sonrisa.

—Ve tú, Will, ¿por favor? —rogó Mullens—. No estoy seguro de poder controlar mis instintos primarios.

—Nada nuevo, entonces —bromeó Harper.

—No, sargento detective Mullens. Quiero que vaya usted, y punto —ordenó Bone.

Mullens volvió a su escritorio, mascullando.

—Will, tú sigue buscando en las grabaciones y quizá comprueba las granjas cercanas y el personal del ferrocarril. A ver si tienen algo más para nosotros sobre este misterioso acosador.

—¿Deberíamos hacer un llamamiento a los testigos? —preguntó Harper—. Bastantes viajeros madrugadores subieron en Kilwinnoch. Podrían haber visto algo.

—Démonos la mañana para tomarles la delantera a los buitres. Veremos dónde estamos y luego nos ocuparemos de los profesores, ¿entendido?

—Señor —respondió el equipo, seguido del silencioso asentimiento de Mullens.

—Y cuando vuelva Baxter, dile que siga investigando los antecedentes de Jones.

Harper asintió y regresó a su escritorio.

—Walker, tú vienes conmigo —dijo Bone.

—¿Adónde vamos?

—A ver a un hombre por un pájaro —dijo Bone, y añadió—: de una variedad en peligro de extinción.

Al salir, Walker sujetó a Bone del brazo. —¿Se encuentra bien? —preguntó en voz baja—. No tiene muy buena cara.

—Ah, gracias, me dices las cosas más bonitas —Bone forzó una sonrisa—. Necesito una taza de café, la verdad.

—Y algo de comer —replicó Walker—. Creí que se iba a desplomar ahí dentro. ¿Cuándo fue la última vez que comió algo?

—Aparte de media lata de leche condensada esta mañana..., no estoy seguro. Pero estoy bien.

—Se acabó. Conduzco yo, y no se admiten discusiones. Invito yo al desayuno.

Bone se encogió de hombros, demasiado débil para discutir, y siguió a Walker por la puerta trasera de la comisaría hasta la fila de coches de servicio aparcados en la parte de atrás del aparcamiento del personal.

Catorce

El destartalado café a orillas del lago Braeburn estaba más concurrido de lo que los inspectores esperaban, posiblemente debido a una repentina mejoría del tiempo.

—¿Fuera o dentro? —preguntó Walker, acercándose a la ruinosa cabaña, de cuyas ventanas abiertas salía un apetitoso olor a beicon.

—Un poco de vitamina D nos vendría bien —respondió Bone—. Mira, allí —señaló un banco libre junto a la orilla.

Se sentaron y, momentos después, una joven ataviada con ropa gótica salió de la cabaña y se acercó a ellos.

—¿Qué os pongo? —preguntó. Su espeso rímel negro y su pálido rostro le daban el aspecto de una estrella monocromática de la era del cine mudo.

—Buen grupo ese —dijo Walker, señalando la camiseta de *The Mission* que llevaba la chica.

—¿Los conoces? —preguntó la chica, con el piercing de la lengua silbando suavemente al hablar.

—Era una gran fan —declaró Walker con entusiasmo.

Bone levantó la vista, sorprendido.

—Increíbles en directo —añadió.

—Hala. Ojalá tuviera edad suficiente para haberlos visto en directo en su apogeo —dijo la chica con una sonrisa.

Walker puso los ojos en blanco.

—¿Dónde está Craig? —preguntó Bone.

—Está de vacaciones. Soy su hermana, Jane.

—Encantada de conocerte, Jane —sonrió Walker.

—¿Adónde se ha ido, a Marruecos? —bromeó Bone.

—No, a Estados Unidos. A California.

—Ah, me lo imaginaba. ¿Está allí para coger ideas sobre cultivo? —dijo Bone señalando el tejado de la cabaña.

—¿Perdón? —La chica parecía perpleja.

—No le hagas caso —intervino Walker—. Para mí un americano solo, sin azúcar, y una de vuestras fabulosas pastas danesas, por favor.

Bone ojeó el menú pegado a la superficie de la mesa.

—¿Y para ti? —apremió la camarera.

Bone resopló y carraspeó, y finalmente se decidió. —Solo un café solo, por favor.

—Ah, no, de eso nada —dijo Walker negando con la cabeza—. Come algo.

—Hazle caso a tu mujer —rio la chica por lo bajo.

—Oh, no es mi pareja. Bueno, no ese tipo de compañera, en cualquier caso. Somos compañeros de la policía.

—Ah, vale. Perdón, es que dabais el pego como pareja —la risita de la camarera fue a más.

—¡Ja! —rio Walker a carcajadas.

—Vale, pues tomaré un bocadillo de salchicha cuadrada para desayunar y un café solo, por favor —cedió Bone.

—Buena elección —dijo la camarera y volvió a la cabaña.

Bone se recostó y contempló las vistas del embalse. Tras un momento, Walker rompió el silencio.

—Bueno, ¿qué te pasa? —preguntó.

—¿A qué te refieres? —replicó Bone, fingiendo inocencia.

—Oh, vamos, no comes, probablemente no duermes, tienes cara de muerto en vida y casi te desplomas en la sala de crisis hace unos diez minutos. ¿Tu TEPT ha empeorado?

—No se te escapa una. Es solo que estoy un poco...

—¿Qué?

—Cansado, ya sabes.

—Cuéntamelo —le animó con delicadeza.

—Se me está haciendo un poco cuesta arriba todo esto de las visitas a Michael. Dos semanas se me hacen una eternidad.

—¿Así que no es a Alice a quien echas de menos? —preguntó Walker con una sonrisa irónica.

—No, claro que no —replicó Bone—. Bueno, es difícil cortar una relación en seco. A veces es como si me diera el mal del buzo. Probablemente suene estúpido.

—Has sufrido una lesión que te ha cambiado la vida, seguida de una separación que te ha cambiado la vida. Tendrías que ser de granito para superar eso sin un rasguño psicológico, por no hablar del daño físico.

Bone suspiró—. Estoy harto de regodearme en mi puñetera autocompasión.

La camarera reapareció desde la cabaña con una bandeja con los cafés y la pasta danesa. Bone se echó hacia atrás y suspiró de nuevo.

—La salchicha Lorne está en camino —dijo, y se dio la vuelta.

—En fin, estoy bien y seguiré tirando para adelante como siempre. No tienes que preocuparte por mí. —Bone dio un sorbo a su taza—. Vaya, qué bueno está.

—Quizá deberías decirle a Alice cómo te sientes e intentar cambiar tu régimen de visitas.

—Uf, lo he intentado, y se cierra en banda. Y entonces la cosa se pone fea. No merece la pena. —Dio otro sorbo—. De todas formas, ya basta de mi festival de la pena, ¿y tú qué?

—¿Yo qué? —preguntó Walker.

—Ya sabes de lo que hablo.

—Ah, sí, eso. Pues que por fin nos han llegado los papeles y ya estamos oficialmente en la lista de adopción.

—¿Qué? ¡Dios mío! Me dejas soltarte todo este rollo y tú, con estas noticias fantásticas, Rhona. ¡Enhorabuena! —Se inclinó sobre la mesa y le dio un abrazo un tanto torpe—. Tenéis que estar que no cabéis en vosotras de alegría. Ha tardado lo suyo.

—Maddie pensaba que nunca pasaría, pero está contentísima. Las dos lo estamos.

—¿Y cuánto tendréis que esperar?

—¿Quién sabe? Es todo un juego de paciencia, y cuando se trata de un bebé, puede llevar más tiempo.

—Me acabas de alegrar el puñetero día. ¡Salud! —Bone alzó su taza.

Walker chocó la suya contra la de él y ambos disfrutaron de sus bebidas por un momento.

—Entonces, ¿qué piensas de este caso hasta ahora? —preguntó Walker finalmente.

Fueron interrumpidos de nuevo por la camarera, que dejó el bocadillo de Bone delante de él.

—Que aproveche —dijo.

Bone bajó la vista hacia la tambaleante torre de salchichas Lorne coronada por dos huevos fritos y un espeso río de mantequilla que se desbordaba por los lados.

—¿Te imaginas lo que diría Mullens de esto? —resopló Bone.

—Sería capaz de decapitarte para quitártelo.

—No sé ni por dónde empezar. —Rodeó la construcción con la mano y luego la retiró.

—Oh, calla y métetelo en el gaznate de una vez —ordenó Walker —. Podría ser un caso de estar en el lugar y el momento equivocados para el pobre diablo —continuó, refiriéndose al caso.

Bone levantó las manos mientras masticaba un bocado del panecillo.

—Posiblemente —masculló finalmente, y se limpió la grasa de la boca.

—Toma —dijo Walker, pasándole una servilleta.

—Pero parece que era un poco problemático y que se ha ganado enemigos peligrosos. —Dio otro bocado, con el hambre ahora al mando de sus acciones.

—Problemático para algunos, un héroe para otros —añadió Walker.

—Todo este asunto del héroe local me preocupa.

—¿Por qué? —Walker levantó su pasta y le dio un modesto mordisco.

—Para empezar, tendremos a todo el pueblo encima, esperando que metamos la pata. Pero esto de la idolatría... Solo hay que

pensar en esa Tennyson, más loca que una cabra, y su obsesión con Cucú-Tras para saber cómo puede acabar eso.

—Bueno, sí —asintió Walker.

—Odio tener que decirlo. —Miró a su alrededor, comprobando que nadie pudiera oírlos—. La muerte de Jones podría convertirse en una auténtica pesadilla para nosotros.

—Creo que ya va por ese camino —replicó Walker—. Pero bueno, ¿cuándo no es una puñetera pesadilla? Por eso nos encanta nuestro trabajo, ¿no? —Levantó su taza—. ¡Salud!

Bone volvió a chocar su taza contra la de ella, y ambos se rieron.

—Venga, subamos al santuario de aves y veamos qué pesadillas nos esperan allí. —Bone empujó su bocadillo a medio terminar hacia el borde de la mesa.

—Por favor, no me digas que ya has terminado.

—Estoy lleno. Hay suficiente para alimentar a todo el equipo de rugby escocés.

Walker negó con la cabeza—. Olvídate de nuestro trabajo, tú sí que eres una puñetera pesadilla.

—A mí me lo vas a contar —convino Bone, y deslizó un billete de diez libras bajo el plato.

—Oye, he dicho que invitaba yo.

—Considéralo un agradecimiento por la charla. La próxima la pagas tú.

Walker frunció el ceño, y se dirigieron de vuelta al coche de servicio.

Quince

El Santuario de Aves de Campsie Fells estaba situado en el corazón de las colinas, a unas dos millas al norte de Carrbridge Point. Walker aparcó el coche en el modesto aparcamiento de grava y se detuvo frente a un gran refugio de madera con forma de cúpula.

—Parece sacado de *El hobbit* —comentó Bone mientras salían.

Un hombre con una chaqueta encerada, pantalones cortos de montaña hasta la rodilla y botas apareció en la terraza que rodeaba la estructura. Bajó de un salto los escalones de troncos para recibirlos.

—¿Inspector Bone? —dijo.

—Sí, y esta es la inspectora detective Walker —contestó Bone.

Walker asintió con la cabeza.

—Los estaba esperando. Soy Don Roxburgh, el director del santuario. —Le tendió la mano a Bone y se la estrechó enérgicamente—. Todos estamos profundamente preocupados por Richard. Ha sido un gran defensor nuestro y un hombre encantador. —Hizo una pausa—. Perdonen, pasen.

Los detectives siguieron a Roxburgh por los escalones hasta el interior del refugio. El interior daba a un espacio diáfano que parecía aún más grande que la estructura exterior. La artesanía del esqueleto interno estaba a la vista, con enormes vigas de roble que se elevaban desde varios puntos del suelo para formar la cúpula.

En el centro había una estufa de leña redonda con una chimenea de acero que ascendía por un agujero en medio de la cúpula. Alrededor de la sala había pósteres de aves y animales salvajes, y vitrinas llenas de información y más imágenes de la fauna local. Pero la parte más impresionante del edificio era un ventanal curvo que se extendía desde el suelo hasta el techo con una vista espectacular de Carrbridge Point.

Walker se acercó a echar un vistazo.

—¡Menuda vista! —dijo, mirando boquiabierta las cimas onduladas de las colinas que asomaban por encima de las nubes bajas.

—Sí, nunca deja de impresionar —dijo Roxburgh—. ¿Nunca nos habían visitado antes?

—Para mí es la primera vez —respondió Walker.

—Debería traer a mi hijo. Le encantaría esto —añadió Bone.

—Sí, ofrecemos charlas para niños y excursiones en nuestro Land Rover y su remolque. Tienen mucho éxito. —Roxburgh se inclinó sobre el mostrador de recepción de roble tallado que tenía detrás, cogió un folleto y se lo entregó a Bone.

—Gracias. —Bone examinó el folleto.

—Carol Banks, nuestra directora de eventos, se encarga de las excursiones. Su correo electrónico está al dorso.

—Ya organizaré algo —dijo Bone, y se metió el folleto en el bolsillo.

—Entonces, ¿vamos a mi despacho? —ofreció Roxburgh.

Los detectives siguieron al director por una puerta en la parte trasera de la cúpula hasta un estrecho pasillo de madera. Este desembocaba en una segunda cabaña con un pequeño escritorio arrinconado contra la pared del fondo, casi sepultado por un antiguo ordenador de sobremesa con su monitor y flanqueado por dos archivadores metálicos de color beis.

—Disculpen el desorden —dijo Roxburgh. Retiró un montón de revistas de una silla y lo trasladó a su escritorio—. ¿Podría coger usted esa silla junto a la puerta? —le indicó a Walker—. Deje esa caja de archivos en el suelo. Ya la ordenaré más tarde.

Los dos detectives se apretujaron junto al escritorio del director. Roxburgh se sentó y encendió el ordenador.

—Quería enseñarles unas imágenes que grabamos con una de las muchas cámaras de vigilancia que tenemos repartidas por el nido. —Se detuvo y miró al dúo—. Supongo que están al corriente de nuestra vigilancia del águila pescadora, ¿verdad?

—Sí, ¿y tienen motivos para creer que puede haber ladrones operando en la zona? —confirmó Bone.

—Los Springsteen no son unos ladrones cualquiera. Son notorios expertos en el comercio altamente especializado de aves rapaces, vivas o muertas, sus huevos e incluso sus polluelos. —Frunció el ceño—. Llevamos un tiempo preocupados por la posibilidad de que la pareja haya descubierto el nido del águila pescadora. Sus huevos pueden alcanzar miles de libras. Así que reforzamos la seguridad, contratamos a más gente y añadimos algunas cámaras más. Esos hombres son gente muy peligrosa, y sus clientes lo son aún más. Así que es preocupante, como poco.

—Entonces, ¿esas imágenes? —preguntó Bone.

—Sí, un segundo. —El director tecleó algo. Se detuvo y se quedó mirando el monitor un momento—. ¡Oh, vamos! —resopló—. Disculpen. Necesito urgentemente una actualización. —Continuó de nuevo y luego, agarrando el monitor, lo giró ligeramente para que Bone y Walker pudieran ver la pantalla—. Vale, pues esto fue el miércoles pasado.

—¿Veinte de junio?

—Correcto, sobre las diez y cuarenta y tres de la noche. Tenemos una cámara nocturna situada junto a Carrbridge Road, a una milla del emplazamiento del águila pescadora. —Pulsó el botón de reproducción.

La imagen granulada mostraba un camino estrecho con terraplenes empinados a ambos lados. Llovía, lo que desenfocaba ligeramente la imagen. Bone se inclinó y escudriñó la pantalla. Un coche apareció por detrás de la cámara y se detuvo a unos tres metros. Salieron dos hombres. Uno rodeó el vehículo hasta el maletero y, al abrirlo, sacó lo que parecía ser una mochila y un objeto largo y delgado. El segundo hombre se reunió con él. Se

miraron el uno al otro por un momento y luego, juntos, caminaron de vuelta hacia la cámara. Ambos llevaban abrigos hasta la rodilla con los cuellos subidos y gorras planas caladas, que les ocultaban el rostro.

—Justo aquí. —El director pulsó bruscamente el botón de pausa.

La imagen temblorosa captó a uno de los hombres mirando hacia la cámara, con su rostro pálido y sus pupilas brillando intensamente bajo la lente de infrarrojos.

—Entonces, ¿cree que estos hombres son los Springsteen? —Bone entrecerró los ojos de nuevo ante la imagen borrosa—. Es bastante difícil identificar a este hombre.

—Lamentablemente, esta cara nos resulta demasiado familiar. Llevamos años acosados por estos personajes. Definitivamente, son los Springsteen.

—¿Podríamos tener una copia de la grabación? —preguntó Walker—. Nuestro equipo de forenses digitales podría mejorar la imagen.

—Claro, sin problema.

—¿Y tienen más avistamientos en vídeo? —continuó Bone.

—Por desgracia, no. Pero está claro que andan merodeando. A estas alturas, no estamos seguros de si conocen la ubicación exacta del nido del águila pescadora. Eso no lo sabe ni el MI5. —Se le abrieron los ojos como platos.

—Entonces, ¿está lejos de aquí? ¿Podríamos verlo? —preguntó Bone.

—¿Habla en serio? —Roxburgh levantó la vista, sorprendido.

—Sí, la ubicación puede ser importante en nuestra investigación en curso.

—Mantener el secreto es una guerra constante, inspector Bone. No podemos permitir ninguna posibilidad de que se filtre la ubicación. Probablemente significaría el fin no solo del nido y los huevos, sino que también tendría un impacto enorme en toda la especie y en la población de águilas pescadoras de Escocia.

—Pensaba que los programas de cría habían tenido bastante éxito —interrumpió Walker.

—¿Está usted familiarizada con las poblaciones de aves? —le preguntó el director.

—Soy de Lewis, y tengo entendido que la población de águilas pescadoras de las Highlands está en aumento.

—¿Es usted de Lewis? Yo soy de Harris, originalmente. Hola, vecina.

—Qué pequeño es el mundo —contestó Walker con una sonrisa.

—Aunque me mudé a Inverness cuando tenía ocho años, así que apenas soy un isleño.

—¿Podríamos ver el nido y su ubicación? —continuó Bone.

—Bueno, si va a ayudar a encontrar a Richard, entonces sí. Pero no podemos tener a la policía pululando por toda la zona.

—Lo mantendremos en secreto —le aseguró Bone—. Es solo para fines de la investigación.

—De acuerdo, permítanme coger las llaves del Land Rover y los llevaré.

—¿A qué distancia está de aquí?

—¿Quince minutos? Justo al sur de nuestro camino, cerca del río Braeburn.

Bone le lanzó una mirada a Walker.

—Por aquí —dijo el director.

Salieron de la oficina abriéndose paso, atravesaron de nuevo el refugio principal y salieron al aparcamiento.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Walker.

—Una combinación de vacaciones y la vigilancia del águila pescadora. Estamos tan paranoicos que he dado instrucciones a todo el equipo para que se una a la vigilia. —El director abrió la puerta de un Land Rover de los años sesenta, con capota de lona y salpicado de barro.

—Qué vehículo más bonito. —Bone asintió con aprobación.

Walker le lanzó una mirada de total incredulidad. —¿La tartana esta? ¿Te gusta?

—Me encanta.

—Puede que no diga eso cuando lleguemos al nido —añadió el director, con el blanco de sus dientes brillando a través de su barba —. Me temo que uno de ustedes tendrá que subir detrás.

Bone invitó a Walker a sentarse delante y ella aceptó sin rechistar. El director bajó el portón trasero del Land Rover y ayudó a Bone a meterse en la parte de atrás. Pasando a duras penas junto a un rollo de valla de alambre y postes, Bone se sentó en un estrecho banco de madera que recorría el lateral.

—Bien, agárrense las entrañas. Puede que haya algunas turbulencias en breve. —Arrancó el Land Rover y, con un fuerte rugido y una humareda negra, salieron por la cancela y se adentraron en el camino.

Mientras el antiguo vehículo rebotaba, traqueteaba y rugía por caminos y pistas agrícolas, Bone saltaba violentamente arriba y abajo en el duro banco, y cada golpe le machacaba las partes nobles como un mazo aplastando nueces. Por fin, el Land Rover se detuvo bruscamente y Roxburgh se bajó. Bone se acercó trompicando al portón y Roxburgh lo ayudó a bajar. Vio la cara pálida de Bone.

—¿Se encuentra bien, inspector?

—Siento como si hubiera perdido un par de cosas ahí dentro.

—Ah, sí, cantará con voz de soprano el resto del día —bromeó Roxburgh—. Bueno, déjenme que los lleve al observatorio. Por aquí.

Los detectives siguieron a Roxburgh por encima de un torniquete y a través de un campo junto a un arroyo. Atajaron por un bosquecillo y cruzaron el arroyo por un tronco caído. Luego, al otro lado del talud, apareció el río Braeburn. Roxburgh se acercó a un montículo que sobresalía de la ladera y, agachándose, llamó a una puerta escondida en la esquina. Se abrió y otro hombre peludo asomó la cabeza.

—Tenemos visita de la comisaría de Kilwinnoch —susurró Roxburgh.

El hombre abrió más la puerta y entraron.

El observatorio estaba oscuro y lúgubre por dentro, y Bone tardó un momento o dos en acostumbrarse a la oscuridad. La construcción era similar a la del refugio, pero considerablemente menos acabada. A lo largo de la pared frontal, había una estrecha ventana abierta que recorría toda la longitud del escondite. Tres personas estaban apoyadas en taburetes, mirando a través de unos prismáticos de

lentes anchas que descansaban sobre trípodes sujetos al alféizar de la ventana.

Roxburgh señaló al primer hombre. —Inspector Bone, este es Fergus McAllister. Fergus está a cargo del observatorio y coordina la vigilancia del águila pescadora.

—Buenas —gruñó Fergus en voz baja.

—Y esta es la inspectora detective Walker —añadió Roxburgh—. Están investigando la desaparición del profesor de geografía. Les hablé de nuestros visitantes inoportunos, así que querían echar un vistazo rápido al nido.

—Sin problema. ¿Quieren ver a nuestros bebés? —les preguntó Fergus.

McAllister les hizo un gesto para que se acercaran a la ventana. Una de las otras observadoras, una mujer joven con una camisa de color caqui, se bajó de su taburete.

—Hola —sonrió y se apartó.

—Esta es la doctora Meg Moorcroft —dijo McAllister—. Meg es nuestra psicóloga conductual residente.

—Para los animales, supongo —dijo Bone.

—Le sorprendería lo similares que somos a la mayoría de los seres vivos —dijo Meg.

—Excepto Mullens —añadió Walker.

—¿Disculpe? —preguntó Moorcroft.

—Entonces, ¿fue usted quien vio a los dos ladrones de pájaros? —continuó Bone.

—No, ese fue Matty. —Se volvió hacia el observador del extremo —. Oye, ¿Matt?

El hombre se giró, sonrió y saltó de la plataforma.

—Matty es probablemente el mayor experto mundial en águilas pescadoras, pero, por favor, no le digan que lo he dicho yo —sonrió Moorcroft.

—Perdonen, estaba absorto en un pequeño drama —dijo Matty, con su marcado acento de Liverpool resonando en el observatorio—. Creí que la madre iba a echar un huevo del nido. Soy el doctor Matt Duckworth, ornitólogo jefe.

—¡Ay, Dios!, por favor, no me digas que lo ha hecho —dijo Meg con expectación.

—No, solo estaba intentando girar uno y se equivocó con las medidas. —Se acercó a los detectives, frotándose la parte superior de su cabeza rapada.

—A mí me pasa eso con los muebles de IKEA —bromeó Walker de nuevo.

Bone le lanzó una mirada. Ella bajó la vista hacia la camiseta de Matt, que quedaba ligeramente oculta por su chaleco de cuero negro.

—¿Te gusta *Runrig*? —le preguntó, señalando con la cabeza el logo de la banda impreso en su pecho.

—Oh, sí, una banda genial. ¿Y a ti?

—Me encantan. Los he visto un montón de veces. Son fabulosos en directo.

—Oh, ya empezamos —se quejó Bone.

—No le hagas caso; no tiene gusto —dijo Walker.

—Perdóname, señor. ¿Billie Holiday, Miles Davis y John Coltrane? ¡Venga ya! —se burló Walker.

—Vengan a echar un vistazo —dijo Meg, interrumpiendo el pique.

Se subió de nuevo a la plataforma y los detectives la siguieron. Bone se inclinó sobre los prismáticos de Meg.

—Es más fácil si se sienta —dijo Meg.

Bone bajó lentamente su maltrecho coxis hasta el taburete y atisbó por el visor. Un primer plano del nido del águila pescadora apareció, como si estuviera justo delante de su cara. Se echó hacia atrás para localizarlo en los árboles, pero estaba demasiado lejos para distinguirlo.

—¿Ve esos tres árboles de ahí, agrupados en fila? —dijo Meg—. El nido está en la copa del que está justo a la derecha.

Bone entrecerró los ojos hacia las copas de los árboles, pero no consiguió verlo.

—Lo veo —intervino Walker.

Matt le señaló su puesto. —Puede mirar por ese si quiere —le dijo a Walker.

Ella subió para reunirse con Bone y ambos se pusieron a mirar por sus respectivos prismáticos.

—Joder, son preciosas, ¿a que sí? —dijo Bone, observando a la madre, posada precariamente en su nido de ramas cuidadosamente tejidas, balanceándose en la mismísima copa del árbol, atendiendo a su nidada. De la nada, el padre descendió en picado y se posó junto a la madre y, tras algunos empujones, ambos se acomodaron. El macho extendió las alas.

—Increíble, ¿verdad? —dijo Meg—. Y son muy cariñosos y se cuidan mucho entre ellos y a sus polluelos cuando por fin salen del cascarón.

—No puedo creer que alguien quisiera hacerles daño. Es espantoso —dijo Walker, ajustando la lente.

—La estupidez y el dinero: una combinación muy peligrosa. —Roxburgh se frotó la frente—. Necesito un café.

—Entonces, si quisiera cruzar las colinas desde aquí hasta los menhires de Kilmorgan, ¿cuánto tardaría? —preguntó Bone.

Roxburgh examinó a Bone de arriba abajo. —¿Hablamos de usted o de un excursionista experimentado? —bromeó—. En realidad, no está tan lejos como podría pensar, sobre todo después de subir hasta aquí por todas esas carreteras sinuosas. El santuario y los menhires están ambos cerca de la cresta de Craigend. Puede ver la cima justo ahí. —Señaló la pronunciada subida que había más allá del nido—. La cresta recorre casi toda la anchura de las Campsies, extendiéndose desde el borde de las Ochils hasta el Braeburn y las afueras de Kilwinnoch.

—¿Así que se camina por la cresta? —inquirió Bone.

—Exacto. Hay que saber lo que se hace, eso sí, ya que algunas partes son un poco traicioneras. Pero para un caminante experimentado y con buen tiempo, la caminata podría hacerse desde los menhires hasta aquí en unas dos o tres horas.

—¿Y luego hasta Kilwinnoch?

—Otro par de horas, más o menos, pero tendría que lidiar con el río y las cataratas de Braeburn.

De repente, el walkie-talkie que Roxburgh llevaba enganchado al cinturón cobró vida con un chillido. —Lo siento, discúlpenme un

minuto. —Lo agarró y manipuló el volumen—. Joder —exclamó—. Baja el volumen.

—¿Sí? —susurró al micrófono y luego se llevó el walkie-talkie a la oreja—. Vale, cinco minutos —dijo y volvió a colocar el aparato en su cinturón.

Roxburgh se dirigió a la puerta. —Eran Stephen y Max en la colina de Comrie. Han visto a dos hombres cruzando un campo en dirección a nosotros.

—¿Le acompaño? —preguntó Matt.

—No, quédese aquí por si se nos escapan. Detectives, ¿podrían ayudarme?

—Por supuesto —respondió Bone—. ¿Implica usar la camioneta?

—Sí, me temo que sí. Pero el equipo está a solo cinco minutos.

Roxburgh y los detectives desandaron el camino de vuelta al Land Rover. Con un gemido y un ajuste de cinturón, Bone se subió a la parte trasera, y el director dio marcha atrás a una velocidad de vértigo por la pista y, para alivio de Bone, se incorporó al suave carril asfaltado.

Unos tres kilómetros más adentro de las colinas, Roxburgh se salió del carril y aparcó junto a la portilla de una granja. Un hombre con una cazadora bómber de color caqui vino corriendo por el campo y saltó el torniquete con un ágil movimiento.

—Los hemos visto al otro lado del siguiente campo. Dos tipos trepando una valla —dijo el hombre sin aliento, intentando recuperar el resuello.

—Vamos —dijo Roxburgh.

Juntos treparon por el torniquete y corrieron por el borde del campo. Cuando llegaron al otro lado, pasaron por un segundo torniquete y bajaron corriendo una pendiente pronunciada hacia el río.

—Ahí están Max y los otros —dijo el guardia de seguridad, señalando a tres figuras que avanzaban por la orilla del río.

A medida que se acercaban, uno de los hombres silbó e hizo un gesto hacia el bosque que bajaba hasta la orilla del río. Roxburgh viró a la derecha y se dirigió directamente hacia los árboles. Cuando llegaron al bosque, el walkie-talkie de Roxburgh siseó de nuevo.

—¿Dónde? —preguntó con la respiración entrecortada.

—Al otro lado de los árboles —graznó la voz a través del diminuto altavoz.

Tirando del alambre de la valla, Roxburgh se arrastró por debajo e indicó a los demás que lo siguieran. —Venga conmigo, inspector Bone. Max, usted rodee el perímetro con la detective Walker e intentaremos cortarles el paso.

—En el desfiladero —añadió el guardia de seguridad con una sonrisa y saltó la valla de un brinco.

Walker empezó a seguirlo, pero entonces, antes de levantar la pierna, cambió de opinión, se coló por debajo y desaparecieron entre los árboles.

—Vamos. —Roxburgh sostuvo la valla para que Bone pasara agachado.

Corrieron hacia el corazón del bosque, serpenteando por los estrechos huecos entre la maleza. A medida que se adentraban, el dosel arbóreo sobre ellos se cerró y la luz empezó a escasear. De repente, Roxburgh se detuvo.

—¿Ha oído eso? —susurró.

Bone se giró para escuchar, pero solo se oía el susurro y el crujido de los árboles meciéndose y doblándose con la brisa.

—Ahí está otra vez —repitió Roxburgh.

Esta vez, un fuerte crujido sonó en algún lugar justo delante de ellos. Roxburgh se arrodilló y Bone lo imitó. Hizo un gesto llevándose los dedos a los ojos y luego señaló hacia delante. Bone escudriñó la penumbra, pero no pudo ver nada. Roxburgh avanzó sigilosamente, haciendo gestos a Bone para que fuera lo más silencioso posible.

Roxburgh volvió a detenerse y, tras unos instantes, continuó. Bone avanzó, pero pisó una ramita, y el chasquido rompió el silencio. Roxburgh lo fulminó con la mirada.

Una figura surgió de detrás de uno de los árboles y se zambulló en la oscuridad. Roxburgh y Bone salieron en su persecución. En pocas zancadas, los árboles los habían rodeado casi por completo, y mientras Roxburgh parecía correr a través de ellos, Bone se estrellaba contra las ramas y rebotaba en los troncos, y la maraña de árboles le desgarraba la chaqueta del traje y le arañaba la cara.

La figura de delante intentó meterse por un hueco a su derecha. Roxburgh siguió corriendo, mientras Bone se esforzaba por no quedarse atrás.

—Ven aquí, cabrón —gritó Roxburgh mientras se acercaba.

Pero cuando estaba a pocos metros de poder agarrarlo, la figura se giró de repente y le dio un puñetazo directo en la barbilla. Roxburgh se desplomó en el suelo, inconsciente. Pasando por encima de un tronco caído, Bone gritó tras el agresor de Roxburgh.

—¡Policía, alto!

Pero sabía que era inútil, y la figura volvió a huir hacia la oscuridad. Corrió hacia Roxburgh, que estaba volviendo en sí.

—¡Estoy bien, vaya! —dijo mientras se apretaba la barbilla enrojecida con la palma de la mano.

Bone salió en su persecución. Tropezando entre los árboles, volvió a ver la figura, que se movía hacia la luz en el extremo más alejado de la arboleda. Bone se desvió a la izquierda, esperando encontrar un atajo. Llegó a la valla del perímetro y a un espacio abierto. El repentino torrente de luz lo deslumbró por un segundo. Se frotó los ojos y escudriñó la valla y el borde del bosque, pero no había ni rastro del atacante.

De la nada, el hombre vino corriendo hacia él. Bone se giró a tiempo para evitar el mismo destino que Roxburgh y, esquivando un brazo que se balanceaba, placó al hombre y lo derribó al suelo. La cara del agresor estaba cubierta por un pasamontañas negro integral, del que solo se veían los ojos y la boca.

El hombre se defendió, golpeando a Bone en las costillas. Sin aire, Bone cayó de lado, y el hombre le asestó un segundo puñetazo. Ahora estaba encima de Bone, con el brazo alrededor de su cuello, retorciéndole la cabeza. Bone lanzó los puños hacia arriba, pero no consiguió hacer contacto. El hombre apretó más fuerte, estrujando el aire de la tráquea de Bone. Bone ahora boqueaba en busca de aire y sus extremidades estaban perdiendo fuerza. Intentó hablar, suplicarle que parara, pero las palabras se le quedaron atrapadas en el gaznate. Entonces, recordando su entrenamiento policial de hacía mucho tiempo, dejó de resistirse, dejó su cuerpo completamente flácido y fingió estar inconsciente.

Al cabo de un momento, el hombre aflojó la presa, y Bone aprovechó su oportunidad. Echó la cabeza hacia atrás con tal fuerza que le partió la nariz al hombre, y la sangre le salpicó el pasamontañas. Bone lanzó un puñetazo hacia atrás y conectó con la mejilla de su asaltante. El hombre cayó de lado. Bone se deslizó de debajo de él, se levantó de un salto y volvió a golpearle en la misma mejilla. El hombre se desplomó en el suelo, gimiendo. Agarrando los brazos del hombre, Bone lo obligó a ponerse boca abajo y, echando mano a sus esposas, se las cerró en las muñecas con fuerza. Justo en ese momento, el guardia de seguridad y Walker aparecieron, corriendo junto a la valla del perímetro.

—Justo a tiempo. Pues no —Bone se dejó caer al suelo, agarrándose el cuello.

—¿Estás bien, inspector? —preguntó Walker.

—He tenido días mejores —gruñó Bone.

—Parece que le ha hecho un buen corte ahí —dijo el guardia, haciendo una mueca ante un corte profundo en la mejilla de Bone.

—Eso no ha sido él. Han sido los putos árboles —se quejó Bone, y se secó la herida sangrante con la palma.

Walker se arrodilló sobre el hombre quejumbroso que yacía en el suelo. —¿A quién tenemos aquí, entonces? —Le arrancó el pasamontañas, y el hombre les dirigió una mueca de desprecio.

—Es uno de los Springsteen —dijo el guardia de seguridad—. Reconocería esa cara de rata en cualquier parte. —Se acercó a Springsteen—. ¿Dónde está tu hermano, entonces? —Le dio un empujoncito con la bota.

—Ya es suficiente —intervino Walker.

El guardia retrocedió.

—Estos dos llevan semanas toreándonos —gruñó el guardia.

—Bueno, de este nos encargaremos nosotros por ahora, ¿de acuerdo? —Se volvió hacia el cautivo quejica—. ¿Cómo se llama?

—Sin comentarios —masculló el hombre.

—Solo está empeorando las cosas para usted. Se lo preguntaré de nuevo. ¿Cómo se llama?

—Quiero un abogado —gorgoteó con la boca llena de sangre.

—Oh, sí, definitivamente va a necesitar uno. Veamos qué tenemos: allanamiento, resistencia a la autoridad, agresión...

—No sabía que eran polis. Pensé que eran matones.

—Oh, sí, y yo parezco el portero de una discoteca, ¿no? —intervino Bone—. Con mi traje caro hecho jirones. —Tiró de un trozo de tela que colgaba de la manga de su chaqueta—. Y grité alto y claro que éramos policías.

—No lo oí —protestó Springsteen.

—No tiene obligación de declarar... —continuó Walker.

—Quiero a mi abogado —la interrumpió de nuevo.

—Pero puede perjudicar su defensa si no...

—Que te jodan.

—Qué encanto. Un ciudadano ejemplar —gruñó el guardia.

—Voy a pedir un furgón —dijo Walker una vez que terminó de recitarle sus derechos.

—Sí, llevemos a esta triste excusa de ser humano de vuelta a la comisaría. —Bone se puso en pie a duras penas y se inclinó sobre Springsteen, que había conseguido retorcerse para ponerse de lado —. ¿Dónde está su hermano, entonces, señor Springsteen?

—Hace meses que no lo veo —espetó Springsteen.

—Oh, habla —intervino Walker—. Siga así y reducirá esa sentencia a... ¿Qué te parece, inspector?

—¿Ocho años?

—Uf, yo diría que más bien diez —sonrió Walker.

—Que os jodan —aulló Springsteen.

—No, creo que el que está jodido es usted, señor Springsteen —replicó Bone.

Con la ayuda del guardia de seguridad, pusieron a Springsteen en pie. Justo entonces, Roxburgh salió tambaleándose del bosque, todavía agarrándose la mandíbula.

—¿Está bien? —preguntó Bone.

—Sobreviviré. Me alegro de que haya atrapado a esa escoria. —Roxburgh se metió un dedo en la boca para comprobarse los dientes.

—Le ha metido un buen gancho de izquierda, señor Springsteen —dijo Bone—. Muy impresionante.

—Un golpe de suerte —resopló Roxburgh—. No habría habido una segunda oportunidad.

—No me cabe la menor duda. —Bone intentó disimular su mentira—. Bien, llevémosle de vuelta a la comisaría. Estoy deseando presentarme como es debido, señor Springsteen.

El cautivo intentó zafarse, pero Bone y el guardia apretaron más fuerte y lo empujaron hacia la carretera.

Dieciséis

Incluso antes de vislumbrar por primera vez el famoso logotipo del niño con la empanada gigante de Grinlay's asomando por encima de la arboleda en Carrbridge Cross, a Mullens ya le daba un vuelco el estómago.

—No es justo. Esto es peor que una puta tortura —se quejó mientras los imponentes muros de ladrillo de la fábrica aparecían más adelante.

Se detuvo en la verja y el guardia de seguridad se acercó.

—Vengo a ver a Mullens —tartamudeó—. Perdona, sargento detective Mullens, de la comisaría de Kilwinnoch, vengo a ver a tu jefe.

Le mostró su placa de identificación al guardia, de mirada ausente, quien observó por un momento la identificación de Mullens, luego al detective y después de nuevo la identificación.

—Aunque no te lo creas, esa foto es de hace ocho años. Si me apuras, hasta creo que parezco más joven —dijo Mullens con sarcasmo, sacudiendo la cabeza.

—¿Eh? —gruñó el guardia.

—Entonces, ¿material de portada de *Vogue*? ¿Tú qué dices?

—Qué va, estás bien —respondió el guardia, sin estar seguro de qué demonios pasaba.

El guardia regresó a su garita, pulsó el botón de la barrera y Mullens pasó. Al pasar junto al guardia, le lanzó un beso, y el

guardia le devolvió el saludo con la mano, ajeno a la burla de Mullens.

Entró en el aparcamiento adyacente a la fábrica y se metió en una de las plazas de visita. Salió del coche. El olor a hojaldre recién hecho y a carne picada le golpeó las fosas nasales y soltó un fuerte gemido. Al ver a un empleado con el mono completo de la fábrica y una redecilla para el pelo, se acercó a él.

—Disculpe, ¿dónde puedo encontrar el despacho del señor Grinlay? —preguntó Mullens, al darse cuenta de que la redecilla estaba casi a punto de reventar con una voluminosa cantidad de pelo.

El hombre observó a Mullens de arriba abajo durante un segundo. —Entre por la puerta principal y pídale a la recepcionista que llame al ascensor. —Señaló la cima de una torre central de ladrillo con un enorme reloj en el centro y una versión con piezas móviles del logotipo de la empresa que se balanceaba en lo más alto; el niño subía y bajaba la empanada gigante hacia su boca al compás del segundero del reloj que había debajo.

—Gracias —dijo Mullens, y de camino, vio una reluciente motocicleta Triumph con una bandera escocesa adornando el depósito, aparcada al pie de la escalinata—. ¿De quién es la moto? —le preguntó a voces.

—Del jefe.

—¿Así que es bastante joven?

—Tiene casi setenta años. —El hombre se encogió de hombros y desapareció en un edificio lateral.

Mullens subió los escalones y entró en el edificio principal. Dentro había un enorme atrio de recepción con dos lámparas de araña *art déco* que colgaban de un techo altísimo muy por encima de la cabeza de Mullens. Las paredes estaban revestidas de arriba abajo con paneles de caoba oscura, y el suelo de baldosas lucía el logotipo de la empresa hecho con diminutos mosaicos.

El olor a carne guisada y masa horneada era ahora casi abrumador, y Mullens sintió que se desmayaba. Se acercó a un enorme mostrador de recepción, hecho del mismo revestimiento de

caoba, tras el que la diminuta recepcionista desaparecía casi por completo.

—Sargento detective Mullens, de Kilw… —empezó Mullens.

—Sí, agente —le interrumpió la recepcionista—. El señor Grinlay lo está esperando. —Se puso de pie, pero su altura apenas varió. Salió de detrás del mostrador—. El ascensor principal está fuera de servicio, así que lo acompañaré por el de atrás.

Mullens la siguió, con cuidado de no tropezar con ella.

—Por aquí —dijo ella y lo condujo a lo que parecía ser una especie de vestuario—. Por favor, póngase esto. —Le entregó una bata blanca impoluta y una redecilla para el pelo.

—Un momento. No me llevará por la fábrica, ¿verdad? —preguntó Mullens, con los ojos desorbitados por el pánico.

—Me temo que el ascensor de atrás es la única forma de subir al despacho del señor Grinlay. —Señaló con la cabeza una fila de botas de agua blancas—. Y póngase esas cuando esté listo. Están ordenadas por tallas.

Mullens, a regañadientes, metió un brazo en la bata. Cuando iba por el segundo brazo, la recepcionista ya lo había convertido en un auténtico operario de fábrica. Apresurándose, forcejeó con la redecilla. Se le escapó de las manos con un chasquido y aterrizó a los pies de la recepcionista, calzada con botas de agua.

—Empiece por delante y siga hacia atrás —dijo ella.

Mullens lo intentó de nuevo y a duras penas consiguió meter la parte superior de su cabezón en el artilugio. —¿Así vale?

Ella suspiró, asintió y lo condujo a través de una segunda puerta hasta la planta de la fábrica.

En contraste con la austera elegancia posvictoriana de la recepción, la fábrica era un recinto ultramoderno de acero y cristal, con relucientes máquinas plateadas de alta tecnología y cintas transportadoras que llevaban hileras e hileras de productos de Grinlay's en todas direcciones.

El olor se había apoderado ahora casi por completo de los sentidos de Mullens. Siguió una fila de empanadas de carne que desaparecían en una enorme boca de metal y salían por el otro lado,

ya empaquetadas y etiquetadas. Se limpió un hilillo de saliva de la comisura de la boca.

—Sígame —dijo la recepcionista por encima del leve zumbido de las máquinas.

La planta de la fábrica estaba extrañamente desprovista de trabajadores; brazos robóticos y pinzas metálicas sustituían las nóminas humanas.

Caminaron por la planta, del tamaño de un campo de fútbol, siguiendo un sendero marcado con precisión. La mirada de Mullens se sintió atraída por una fila de *bridies* que caían a su lado y parecían moverse como si se estuvieran riendo de él.

—¡Dios mío! —exclamó, incapaz de controlar ya su delirio.

La recepcionista se volvió. —¿Se encuentra bien?

—Son todas estas empanadas. Me están volviendo loco.

—Ah, pruebe a trabajar aquí. Pronto se le pasarán las ganas —dijo ella y siguió caminando.

Cuando por fin llegaron al otro lado de la planta de la fábrica, Mullens se giró y se despidió con la mano de las tentaciones recién horneadas de Grinlay's.

Ya en el pasillo, la recepcionista sacó un juego de llaves del bolsillo de su mono, se acercó a un ascensor e introdujo una llave en el panel de botones de llamada. Se encendió una luz y, a los pocos segundos, la puerta del ascensor se abrió.

—El señor Grinlay es el número uno —dijo ella.

—Seguro que por aquí lo es —masculló Mullens, con la mente todavía puesta en hincarle el diente a las gruesas capas de hojaldre.

—No, el botón número uno. Púlselo y el ascensor lo llevará directamente a su despacho.

—Ah, vale. —Se miró el atuendo—. ¿Puedo quitarme esto ya?

—No, lo necesitará para salir.

—¿Quiere decir que tengo que recorrer de nuevo el paseo de las *bridies*? —Mullens hizo una mueca y se frotó el estómago.

—Me temo que sí —dijo ella, y con un rápido asentimiento, dio media vuelta y lo dejó solo.

Mullens se metió en el ascensor y pulsó el botón. Momentos después, la puerta se abrió a una vasta suite de oficinas en un ático.

Un segundo recepcionista estaba sentado justo delante de él.

—Soy... —empezó Mullens de nuevo.

—Adelante —dijo el joven, señalando una puerta al otro lado de la sala.

Mullens continuó, con sus botas de agua chirriando ruidosamente al caminar. Llamó a la puerta y entró.

El despacho de Grinlay era una caja de cristal y acero espectacularmente grande, encaramada en lo más alto de la torre de la fábrica. El señor Grinlay, que estaba al teléfono cuando Mullens entró, colgó y se acercó a saludar al detective.

—¿Sargento detective Mullens? —preguntó Grinlay con una voz áspera y bronca.

A Mullens le sorprendió lo alto que era y, a pesar de su edad y de una cara que parecía haber pasado diez años en el ring con Tyson, se movía con bastante agilidad y soltura.

—Sí, correcto. —Mullens echó un vistazo por encima de los hombros de caballo percherón de Grinlay a la vista panorámica del valle de Braeburn—. No me importaría venir a trabajar todos los días con esas vistas y esos olores.

—Sí, es una auténtica gozada... Bueno, la mayor parte del tiempo, en cualquier caso —dijo Grinlay con voz rasposa y se frotó enérgicamente la nariz chata y rota.

—Es un honor conocerlo, señor Grinlay. Las empanadas y los *bridies* de su familia han sido una parte muy importante de mi mundo dietético durante toda mi vida —bromeó a medias Mullens.

—Sí, llevamos aquí bastante tiempo. Me gusta pensar que somos como de la familia para nuestra comunidad local. —Grinlay sonrió con orgullo.

—Estaba admirando su Triumph Bonneville aparcada fuera.

—Ah, sí, mi juguete. Un regalo de cumpleaños de mi mujer hace un par de años. Le prometí que no llegaría a montarme en la puñetera moto, pero ¿quién podría resistirse a esa belleza?

—Desde luego.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por usted, detective? —Le hizo un gesto a Mullens para que se sentara en una de las extrañas sillas de cristal junto a su enorme escritorio de cristal.

—Estamos investigando la muerte de un profesor de la zona que quizá conozca. ¿Richard Jones?

—¿Muerte? —interrumpió Grinlay.

—Sí, lamento decirle que encontraron su cuerpo ayer por la tarde en las cascadas de Braeburn, no muy lejos de su fábrica. ¿El Braeburn es el que pasa por sus terrenos?

—Qué terrible —respondió Grinlay, ignorando la pregunta de Mullens—. ¿Y qué pasó? ¿Fue un suicidio?

—¿Por qué dice eso? —inquirió Mullens.

—Oh, no sé. Era un tipo muy intenso, muy serio. Estaba metido en todo tipo de campañas. —Grinlay puso los ojos en blanco.

—¿Así que lo conocía?

—Bueno, no es ningún secreto que encabezó una campaña que señalaba injustamente a nuestra fábrica como responsable de la contaminación del río.

—¿Así que no eran precisamente íntimos amigos?

—Tenía... perdón... tenía derecho a sus opiniones. Pero él y sus... —Grinlay hizo una pausa para elegir una palabra adecuada—... compañeros de campaña no tenían pruebas de que el origen de la contaminación proviniera de aquí. Ordené una revisión completa de nuestra estrategia de eliminación de residuos. Llamé a los inspectores de sanidad ambiental locales y nacionales y lo pagué todo de mi bolsillo.

—Entonces, ¿cuál era su conclusión? —insistió Mullens.

—La contaminación procedía de los vertidos de residuos agrícolas. Las pruebas eran irrefutables, pero Richard Jones se negó a aceptarlas.

Mullens se metió la mano bajo el mono y buscó su cuaderno de notas. Mientras lo hojeaba, Grinlay tamborileaba inconscientemente sobre su escritorio con el dedo índice.

—Tengo entendido que el cinco de mayo de este año —continuó Mullens—, se llamó a la policía a estas instalaciones tras recibir informes de un altercado entre el fallecido y varios de sus empleados.

—El señor Jones estaba allanando la propiedad. De alguna manera se había saltado la verja principal y había entrado en el

recinto. Su compinche tenía un megáfono y estaba despotricando, y la mayor parte de lo que decía era difamatorio. Le pedí a mi personal de seguridad que le pidiera amablemente que se marchara.

—Eso no es lo que dice el informe policial —replicó Mullens.

—Bueno, la cosa se fue un poco de las manos cuando el señor Jones intentó dar un puñetazo.

—El informe afirma que sus hombres fueron bruscos y Jones salió mal parado.

—Fue muy violento con mis hombres —replicó Grinlay—. Utilizaron una fuerza razonable para reducirlo mientras esperábamos que llegara la policía.

—Usted jugó en la selección nacional de rugby, ¿no es así? —continuó Mullens.

Grinlay levantó la vista sorprendido. —Sí, así es. Hace una eternidad. Solo cuatro internacionalidades, fíjese. Cuando me rompí el fémur, se acabó —suspiró—. Aunque jugué seis años en los Lothian Lions. Tiempos felices. Todavía echo de menos a los compañeros y la emoción.

—Todavía parece joven para su edad —le halagó Mullens.

Grinlay se rio entre dientes. —Acepto el cumplido, aunque es increíble lo que un poco de dinero y un entrenador personal pueden hacer por uno.

—Así que apuesto a que podría defenderse en una pelea —soltó Mullens el golpe bajo.

—Bueno, hay cosas que no se olvidan… —Grinlay se detuvo—. Un momento, ya veo por dónde va.

—No va por ningún lado, señor Grinlay. Solo me pregunto qué tal se le da usar los puños —continuó Mullens.

—Yo no estuve involucrado en el incidente con Jones. Estuve aquí arriba todo el tiempo, y tengo muchos testigos para demostrarlo, incluidos los agentes de policía presentes —gruñó Grinlay, cuya corpulencia parecía hincharse bajo su ajustada camisa de cuadros.

—No entiendo por qué se pone tan a la defensiva, señor Grinlay. Era una simple pregunta.

—Ustedes nunca hacen preguntas simples.

—Oh, se sorprendería —le dedicó Mullens al jefe otra sonrisa irónica.

—Mire, solo me encontré con el señor Jones una vez en una reunión del ayuntamiento. Tuvimos un intercambio de opiniones, solo verbal, sin puños de por medio, y eso fue todo. Se presentó aquí dándoselas de importante y estaba claro que se equivocaba. Mis hombres tenían todo el derecho a expulsarlo de nuestra propiedad privada —Grinlay estaba cada vez más agitado.

—¿Por qué retiró la demanda contra él? —Mullens mantuvo la presión.

—Ya empezamos. —Grinlay chasqueó la lengua—. Sabía que sacaría eso a relucir. Había hecho algunas acusaciones infundadas y calumniosas en una serie de cartas al periódico. Decidí que ya era suficiente.

—Entonces, ¿por qué retirarla?

—Siguiendo el consejo de mis abogados, decidí que no interesaba a nadie seguir adelante.

—¿Fue porque tenía razón y pensó que, si los tribunales empezaban a escarbar, saldría la verdad a la luz?

—¡Por supuesto que no! —espetó Grinlay—. Simplemente pensé que la reputación del apellido familiar estaba en juego y que perseguir a un profesor local, y por alguna razón muy querido, no daba buena imagen. —Sacudió la cabeza—. Le digo una cosa, sargento, si continúa con este interrogatorio, voy a tener que cortar esta conversación y consultar con mi abogado.

—Todo esto forma parte de nuestra investigación, señor Grinlay —dijo Mullens, e intentó salir del artilugio de cristal que le oprimía las piernas—. Ha sido de gran ayuda, gracias.

—¿Ah, sí? —dijo Grinlay sorprendido—. Entonces, ¿ya estoy en su pizarra de sospechosos? «Malvado magnate empresarial asesina a héroe local», ¿esa es su tesis? —escupió, con la rabia creciendo por segundos.

—Como he dicho, no dejaremos piedra sin remover, señor Grinlay. Gracias por su tiempo.

Mullens se dirigió a la puerta, y Grinlay lo siguió.

—Sabe, en realidad admiraba a ese profesor. Tenía determinación, convicción y una pasión por su causa que se le salía por las orejas. Habría contratado a alguien así sin dudarlo —dijo Grinlay—. Espero que llegue al fondo de esto, sargento.

—Y yo, señor Grinlay —respondió Mullens, y cuando la puerta del ascensor se abrió, se metió dentro.

De regreso por la fábrica, contuvo la respiración y mantuvo la cabeza gacha para evitar el contacto visual con sus torturadores rellenos de carne. Cuando llegó al vestuario, se quitó rápidamente el equipo de protección y regresó a la zona de recepción. Al pasar por delante del mostrador, saludó con la cabeza a la recepcionista.

—Oh, ¿detective? —lo llamó ella antes de que él desapareciera por la puerta.

Él se dio la vuelta.

—¿Sí?

La recepcionista desapareció bajo su escritorio y momentos después reapareció con una gran caja de cartón en las manos. —Un obsequio de Grinlay's —le entregó la caja.

El fondo y los lados estaban calientes, y el suave y sabroso olor a masa quebrada recién horneada se escapaba por las esquinas. Mullens casi cayó de rodillas en un éxtasis religioso, pero entonces recordó su promesa.

—Lo siento mucho, pero... —empezó, pero el aroma estaba destrozando sus sentidos y su fuerza de voluntad.

—¿Qué? —preguntó la recepcionista—. Nos gusta dar a todos los visitantes un detalle cuando se van.

Mullens se quedó mirando la caja un momento más. —Por favor, dele las gracias a su jefe de mi parte. Es usted muy amable —dijo con timidez. Ya podía oír a su mujer gritándole improperios. Bloqueó ese pensamiento y se dirigió a su coche.

Mientras cruzaba el puente y salía del recinto, miró la caja como un asesino en serie observa los restos de una víctima reciente.

Cinco kilómetros más tarde, se detuvo en un apartadero solitario, apagó el motor y comprobó que no había nadie cerca. Con un fuerte rugido de tripas, abrió la caja de un tirón y se quedó boquiabierto al ver los tres *bridies* alineados en una ordenada fila.

—¡Oh, por favor, Dios, ayúdame, porque no sé lo que hago! —El dulce olor a carne y hojaldre caliente volvió a inundarle las fosas nasales. Cogió uno, se lo acercó a la nariz un momento, prolongando la tortura.

Sonó su teléfono y casi se le cae todo al regazo.

—¡Joder! —masculló y contestó—. Sandra, cariño.

—Estás comiendo, ¿a que sí? —dijo su mujer, con la voz cargada de acusación.

—No, claro que no. —Exploró el interior del coche en busca de una cámara oculta.

—A mí no me engañas. Sé cuándo mientes —continuó el interrogatorio de Sandra.

—Te lo digo, Sandra, cariño. He sido muy bueno y me he resistido, pero ha sido absolutamente horrendo. Preferiría leer una de tus novelas de Jackie Collins antes que seguir sufriendo esto —volvió a mirar la caja de *bridies*.

—Bueno, tienes que seguir así, Mark. No quiero que te dé un patatús y me dejes con tu mierda de pensión de viudedad.

—Qué encanto —replicó Mullens—. Te lo prometo, cariño, sigo con la bazofia. Dos vasos en el almuerzo y deseando que llegue la chuleta de cerdo sin corteza con espinacas hervidas para la cena.

—Vale, nos vemos esta noche y pórtate bien.

—Lo haré, cariño —rezaba por haberse librado. Contuvo la respiración.

—Y deja de llamarme «cariño». Una vez más y pensaré que estás en el restaurante indio del centro —colgó.

—¡Joooooder! —rugió. Arrojó el *bridie* de nuevo en su caja, metió la marcha con brusquedad y salió a toda velocidad del apartadero.

De camino a la comisaría, se desvió y paró en casa de su padre para renunciar a toda tentación.

Sosteniendo la caja y respirando por la boca para evitar el aroma a carne guisada a fuego lento, estaba a punto de llamar cuando su

padre bramó: —¿Pero serás inútil? ¿De dónde sacan a estos mentecatos? —rugió.

—Oh, mierda —dijo Mullens.

Inclinándose, se asomó por la ventana del salón, pero para su sorpresa, George estaba sentado en su sillón frente al televisor con *Tipping Point* a todo volumen. Agitaba los brazos hacia la pantalla mientras sorbía de un cuenco de sopa. Tim, el joven cuidador, estaba sentado a su lado, intentando asegurarse de que el cuenco de sopa no saliera volando de la mesa portátil y esparciera su contenido por toda la habitación.

Mullens sonrió y llamó a la puerta. Momentos después, el cuidador abrió.

—Hola, Tim, siento molestaros —dijo Mullens.

—Entra —dijo Tim—. Estamos viendo *Tipping Point* y tu padre está almorzando.

—Sin problema. Solo quería daros esto —le endosó la caja a Tim en los brazos, lo más lejos posible de su nariz.

—¿Qué es...? —empezó Tim.

—*Bridies*, cortesía de Grinlay's. Las favoritas de mi padre —respondió Mullens, añadiendo—: y las mías —con una expresión de total abatimiento.

—¿Estás seguro de que no quieres entrar?

—No, seguid vosotros. Parece que se está tranquilizando un poco.

—Crucemos los dedos. Ha sido una mañana complicada —sonrió Tim—. Con suerte, puede que hayamos pasado lo peor.

—Eres un crack. Bueno, gracias y que aproveche.

Regresó a su coche y, aunque nunca podría compensar del todo el haber renunciado a su caja de *bridies*, se sintió aliviado de que, por fin, su padre pudiera estar empezando a aceptar que necesitaba ayuda profesional.

Diecisiete

De vuelta en la comisaría, Bone ordenó al sargento de recepción que llevara a Springsteen a un calabozo y los dos inspectores regresaron a la sala de operaciones.

Cuando entraron, Baxter se acercó.

—Señor, tengo más información sobre ese altercado en casa de Jones.

—Adelante.

—Los archivos policiales confirman que unos agentes se personaron en la propiedad de Jones el doce de junio —prosiguió—. A las 23:33, uno de los vecinos de Jones llamó a la comisaría para informar de una pelea que estaba teniendo lugar en el jardín delantero.

—La señorita Chalmers no me dijo que se había llamado a la policía —interrumpió Mullens.

—Sin embargo, cuando llegó la policía, todo estaba en calma, y cuando hicieron averiguaciones en la propiedad de Jones, el señor Jones negó cualquier altercado y dijo que estaba disfrutando de una velada con amigos.

—Debieron de olerse que venía la pasma y se metieron pitando en la casa —añadió Mullens.

—No obstante, el agente que redactó el informe sí dice que Richard Jones lucía un ojo morado y parecía alterado. Pero no se presentaron cargos, y el incidente se registró y se archivó.

—Buen trabajo. Siga investigando —le dijo Bone a Baxter.

—Sabe, cuanto más pienso en ese tipo, Brandon, el comosellame… —intervino Mullens.

—¿Kinross? —preguntó Bone.

—Sí, ese. Es un fanático del fitness. Ya sabe, trescientas flexiones antes de su tazón de cagarrutas de conejo disecadas y mocos de cabra colados para su desayuno de las cinco de la mañana. —Se pasó la mano por el estómago—. Dios, ahora mismo me comería hasta eso.

—Siga —insistió Bone.

—Estaba nervioso y parecía muy incómodo cuando le pregunté cómo se llevaba con Jones. Quizá eso tenga algo que ver con la pelea. No está nada bien, ¿verdad?, pegarse con un compañero de trabajo y que días después aparezca muerto.

—Desde luego —replicó Bone.

—Y luego está Oli Morton, el liante que describió la señorita Chalmers, aunque parecía sinceramente afectado y preocupado.

—Eran muy buenos amigos. Sería raro que no lo estuviera.

—Sí, ya lo sé, pero hay algo que no me cuadra del todo en ese par.

—Vale, pues unas cuantas visitas a domicilio esta noche —dijo Bone—. Pero primero, necesito que me acompañen a la sala de interrogatorios.

—¿A quién ha traído? —preguntó Mullens.

—A uno de los hermanos furtivos de aves.

—¿Los Springsteen?

—Correcto, y el cabrón ha intentado estrangularme. Así que está metido en un lío de los gordos.

—¿Me guardo la broma de *Born to Run* para más tarde?

—Ni se le ocurra, por favor.

Bone dejó que Springsteen sudara la gota gorda en el calabozo un rato más antes de que dos uniformados lo trasladaran a una de las salas de interrogatorios. Lo metieron a empujones y él se desplomó en una silla de respaldo duro frente a Bone y Walker. Mullens

permanecía alerta junto a la pared del fondo, mirando fijamente al sospechoso. Bone indicó con un gesto a los dos uniformados que lo habían traído que se marcharan.

—Quiero a mi abogado —dijo Springsteen, examinando los rostros de los inspectores.

Sin el abrigo y el pasamontañas, parecía mucho más pequeño y delgado, pero era evidente que sabía soltar un par de tortas, así que no era de fiar. Bone reparó en una cicatriz que le recorría el cuello, con las marcas de los puntos aún visibles.

Bone colocó el carné de conducir de Springsteen sobre la mesa, delante de él.

—Buenos días, señor Springsteen. ¿O puedo llamarlo Robert?

Springsteen hizo una mueca y se cruzó de brazos.

—¿Le apetece un té o un café, o un vaso de agua antes de que empecemos nuestro cara a cara?

—No quiero café. Quiero a mi abogado —gruñó Springsteen.

—Sí, creo que el señor…

—Cranston —interrumpió Springsteen.

—Sí, el señor Cranston está de camino desde Edimburgo. Un bufete de bastante categoría, Cranston y Wall. Debe de tener usted unos cuantos cuartos para permitírselo.

—Sin comentarios.

Llamaron a la puerta y apareció el sargento de recepción.

—Disculpe la interrupción, señor, ¿puedo hablar con usted un momento? —dijo.

Bone se levantó y salió al pasillo con el sargento de recepción.

—¿Qué pasa? —preguntó Bone una vez que la puerta se cerró tras él.

—El bufete del abogado de su sospechoso ha llamado para decir que han rehusado representar a Robert Springsteen.

—¿Han dicho por qué? —preguntó Bone.

—No, lo siento. Solo que el abogado no vendría.

—Bien, de acuerdo. Vaya, eso es interesante. Gracias. —Bone regresó a la sala de interrogatorios—. Me temo que le traigo malas noticias, señor Springsteen —dijo al entrar en la sala—. El señor Cranston no nos acompañará esta tarde.

—¿Qué?

—El bufete ha rehusado representarle.

—Pero eso no está bien. ¡No pueden hacer eso! —Springsteen se levantó de un salto.

Mullens se abalanzó hacia delante y agarró a Springsteen del brazo.

—Siéntese, señor Springsteen, o le daré permiso al sargento Mullens para que lo inmovilice por completo, y créame, no le desearía eso ni a su peor enemigo —exclamó Bone.

Mullens le gruñó a su presa capturada.

Tras unos cuantos resoplidos y empujones, Springsteen se dejó caer de nuevo en la silla. Mullens permaneció justo detrás de él.

—Parece que quien le paga lo ha abandonado —dijo Bone—. Se ha convertido en un lastre, con todos estos cargos que se acumulan.

—Esos cabrones no pueden hacerme esto —escupió Springsteen.

—Creo que ya lo han hecho. ¿Y quiénes son exactamente «esos cabrones» de los que habla?

—Sin comentarios —dijo Springsteen, negando con la cabeza.

—Inspectora Walker, ¿podría leerle los cargos para recordarle a nuestro amigo a qué se enfrenta? —prosiguió Bone.

—Le digo que no sabía que eran policías —interrumpió Springsteen antes de que Walker pudiera empezar a leer la lista—. Pensé que era el escuadrón de matones de ese maldito granjero.

—¿Qué granjero? —preguntó Bone.

—La semana pasada tuve un encontronazo con un granjero y sus dos hijos. El viejo me amenazó con su escopeta y me dijo que me largara de sus tierras.

—¿Qué hacía usted en sus tierras? —preguntó Walker.

—Me encanta el senderismo. Las Campsies son uno de mis lugares favoritos a los que ir.

—No me cabe duda —añadió Walker.

—Entonces, ¿está usted aquí de excursión, disfrutando del paisaje? —preguntó Bone.

—Sí, y esos cabrones empezaron a perseguirme por un campo. Incluso me echó encima a su labrador. Conseguí saltar la valla justo antes de que me alcanzara.

—Entonces, ¿no sabe nada de unas aves rapaces que casualmente podrían encontrarse en las inmediaciones de su ruta de senderismo?

—¿Qué aves rapaces?

—¡Oh, vamos, Robert! —Bone golpeó la mesa con frustración.

—Vale, vale, admito que no tiene buena pinta.

—Desde donde yo estoy sentado, tiene una pinta de mierda —dijo Bone—. Ha agredido a un agente de policía. Incluso me atrevería a describirlo como un intento de asesinato. Está usted metido en la mierda hasta el cuello, Robert.

—Lo sé, pero, como he dicho, pensaba que eran empleados de ese maldito granjero. Me estaba defendiendo.

—¿Con un pasamontañas? —añadió Walker—. No recuerdo que eso forme parte del equipamiento reglamentario de la asociación de senderistas.

Springsteen la miró de reojo.

—Sinceramente, pensé...

—¿Que le daría una paliza a un madero, correcto? —insistió Bone.

—No, temía por mi vida. —Springsteen miró por encima del hombro a Mullens, que todavía se cernía ominosamente detrás de él.

—¿Dónde estaba el veinte y el veintiuno de junio? —preguntó Walker, abriendo un expediente frente a ella.

—¿Qué?

—Es una pregunta sencilla. No fue hace tanto.

—Estaba... Espere. Estaba de excursión. Sí, eso es.

—¿Dos días seguidos?

—Tengo una tienda de campaña ligera para dos personas que planto donde me apetece.

—Dice usted «para dos personas»; ¿estaba su hermano con usted, entonces? —preguntó Bone.

—¿Mi hermano? ¿Por qué iba a estar conmigo?

—Oh, no sé. Quizá para robar algunas aves raras y sus huevos.

La rodilla de Springsteen rebotaba arriba y abajo de forma errática.

—Ya le he dicho que esos días se acabaron para mí, y no he visto a mi hermano en meses. Fue él quien me metió en toda esa mierda para empezar.

—Miente —dijo Walker.

—¿Qué?

—A usted y a su hermano los vieron cerca de las Piedras de Kilmorgan la noche del veinte de junio.

—Bueno, pues no éramos ni mi hermano ni yo, porque yo no estaba ni cerca de allí, y Dios sabe dónde está él.

—¿Ha oído hablar de la desaparición del profesor local, Richard Jones?

—Eh, sí. Lo leí en el periódico —respondió Springsteen.

—Está muerto. Hemos encontrado su cuerpo esta mañana en las cascadas de Braeburn.

—Qué horror. ¿Cómo murió? ¿Se suicidó?

—¿Por qué dice usted eso? —preguntó Walker.

—No sé. Es un trabajo duro, la enseñanza. Mucha presión. Quizá todo fue demasiado para el pobre hombre.

—O quizá se topó con ustedes dos de camino al nido del águila pescadora y se convirtió en un testigo inoportuno —dijo Bone, apretándole un poco más las tuercas.

—¿Qué? ¿Ahora cree que me cargué al profesor? Oh, vamos. ¡Esto es una broma! —gimió Springsteen—. No tuvimos nada que ver con lo que le pasara.

—¿Tuvimos? —intervino Walker.

—¿Qué?

—Ha dicho «tuvimos».

—Quería decir «tuve» —explicó Springsteen.

—Vaya, vaya, un error de principiante y tan pronto —sonrió Bone.

—No voy a decir nada más. Todavía tengo derecho a un abogado.

Bone se recostó y, volviéndose hacia la grabadora, dijo: «Entrevista en pausa a las tres y veintitrés de la tarde», y pulsó el botón de parar. Se inclinó sobre la mesa hasta quedar a menos de treinta centímetros de la cara de Springsteen.

—Esto es extraoficial. Sabemos lo que usted y su hermano estaban haciendo ahí arriba. Tenemos testigos que declararán en su contra. Estoy dispuesto a retirar los cargos de agresión si canta y es sincero con nosotros.

Springsteen se encogió de hombros.

—Yo no maté al profesor. Eso es una locura.

—Agente, lleve al señor Springsteen de vuelta a su celda —dijo Bone.

Mullens levantó a Springsteen y lo empujó a los brazos del agente uniformado que esperaba.

—Aún no hemos terminado con usted, ni por asomo —añadió Bone.

Springsteen le devolvió una mueca de desprecio y el agente lo empujó fuera de la sala. Los bramidos de Springsteen resonaron por todo el pasillo y en el hueco de la escalera.

Mullens cerró la puerta de un portazo.

—Menudo capullo integral.

—¿Usted qué cree? —preguntó Walker.

—Creo que él y su hermano están metidos hasta el cuello en todo tipo de asuntos y que son perfectamente capaces de cepillarse al profesor —respondió Bone.

—Oigo un «pero» ahí.

—Pero no creo que lo matara. Parecía sinceramente sorprendido.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —dijo Mullens.

—Intentamos encontrar a su hermano y luego volvemos a jugar la baza de la negociación. Puede que tengan información relevante y estén dispuestos a soltarla ahora que su Svengali los ha dejado en la estacada.

—Entonces, ¿quién es el Svengali? —se preguntó Walker.

—Algún oligarca, quizá, o un perista especializado en el comercio de animales en peligro de extinción. Pondré a Baxter en ello.

—Y el Santuario puede que también sepa más sobre ellos —añadió Mullens.

—Sí. ¿Qué hora es? —preguntó Bone.

—Las tres y veinticinco. Acaba de grabarlo.

—Dios, es verdad. Debo de estar cansado. Hora de irse a casa —dijo Bone bostezando.

—Puede que de camino pase a ver a Morton para sacarle más información sobre lo que pasó en casa de Jones esa noche —dijo Walker.

—De acuerdo, pero no trabaje hasta muy tarde. Tiene asuntos familiares importantes que atender —dijo Bone con una sonrisa cansada—. Usted también, Mark. Hala, a casa.

Mullens bostezó y estiró los brazos hasta que sus dedos tocaron el techo.

—Hasta mañana, señor —dijo Walker.

Los dos inspectores dejaron a Bone solo en la sala de interrogatorios. Volviendo a la mesa, recogió su teléfono y sus notas y estaba a punto de marcharse cuando una figura encapuchada apareció en la esquina contigua a la puerta.

Bone suspiró.

—¿Qué quieres?

La aparición alzó el brazo y una mano carbonizada emergió de la oscuridad; el hueso del dedo índice era visible a través de la piel fruncida y agrietada. El dedo lo señaló directamente.

—Es de mala educación señalar —se burló Bone.

La figura avanzó lentamente hacia él y se detuvo. Ahora Bone podía ver el contorno del rostro y la mejilla carbonizados de la criatura, ocultos en el interior de la capucha.

—Pringado —susurró la criatura.

—¿Es lo mejor que sabes hacer? —Bone se encogió de hombros y avanzó hacia su alucinación.

La criatura se mantuvo firme, pero cuando Bone estuvo a metro y medio, se abalanzó hacia él y le atravesó el pecho. Su invasión helada le envió un escalofrío explosivo a lo largo de la columna vertebral. Bone se tambaleó hacia atrás, casi volcando la mesa que tenía detrás. Girando sobre sí mismo, escudriñó el fondo de la sala, pero la aparición se había desvanecido.

—Capullo —murmuró, frotándose la cicatriz de la sien que ahora le palpitaba de dolor. Recogió sus cosas del suelo y se dirigió al

aparcamiento trasero y a la reconfortante seguridad de su viejo Saab.

Dieciocho

Mientras Walker entraba con el coche en Balcastle Avenue, redujo la velocidad para fijarse en los números de la bien cuidada hilera de adosados de protección oficial.

—Cuarenta y siete, cuarenta y nueve, cincuenta y uno, bingo —masculló, y detuvo el coche.

Empujó la verja baja de hierro, se acercó a la puerta de Oliver Morton y llamó al timbre. Una mujer con el pelo de un blanco hueso y una permanente muy prieta se asomó por la rendija.

—¿Sí? —preguntó nerviosa.

—Disculpe que la moleste —empezó Walker.

—Hoy no, gracias —dijo la mujer, y cerró la puerta.

Walker volvió a llamar. No hubo respuesta.

—Es la policía —dijo en voz alta.

El cerrojo chasqueó de nuevo y la puerta por fin se abrió por completo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con ansiedad.

—Siento haberla alarmado. Soy la inspectora detective Walker, de la comisaría de Kilwinnoch.

Levantó su acreditación colgada del cuello y la mujer la escudriñó durante un segundo o dos.

—Estamos investigando la desaparición del profesor local, Richard Jones, y nos gustaría hablar con el señor Morton. Creemos que esta es la dirección de su domicilio. ¿Es correcto?

—Ah, sí, por supuesto. Soy Carol Morton, Oliver es mi hijo. Trabaja con el señor Jones. Los periódicos dicen que han encontrado el cuerpo de Richard en las cascadas de Blood Water. ¿Es verdad?

—Nuestra investigación sigue en curso, pero es posible que tenga que prepararse para lo peor.

—Es absolutamente terrible. Oliver no cabe en sí de la preocupación.

—¿Está el señor Morton? —preguntó Walker, reconduciendo la conversación.

—Sí, está... —Miró hacia el interior de la casa—. Pase, por favor.

Walker siguió a la señora Morton por un vestíbulo pulcro, ordenado y curiosamente anticuado.

—Oliver y Richard eran muy buenos amigos, además de compañeros —continuó la señora Morton.

—Sí, lo sabemos. Esperamos que su hijo pueda darnos algún dato más para nuestra investigación.

—Richard era un alma de cántaro —dijo la señora Morton. Se detuvo al pie de la escalera—. ¡Oliver! —llamó hacia arriba. No hubo respuesta—. Oli —probó de nuevo. Nada—. No me oye. Seguramente estará otra vez en el desván. Suba hasta el final de la escalera y verá la escalerilla. Si no le importa, que hoy las rodillas me están dando la lata.

—Gracias, señora Morton. Ya lo encontraré —dijo Walker, y empezó a subir las escaleras.

En el rellano, la trampilla del desván estaba abierta y una ancha escalera de mano de madera ocupaba la mayor parte del suelo. Walker empezó a subir. El desván era más grande de lo que esperaba; el espacioso hueco bajo el tejado era lo bastante alto como para estar de pie. Pero no había ningún Velux ni buhardillas, así que el desván estaba en penumbra y olía fuertemente a disolvente o pintura. Vio a Oliver al fondo, inclinado sobre una larga mesa que se extendía a lo ancho del desván. Una lámpara de techo le iluminaba la nuca, no muy distinta a una de las lámparas de exploración de Cash. Walker trepó y se acercó a él.

—¿Señor Morton? —preguntó Walker en voz baja.

El joven profesor se giró en la silla, sorprendido. Llevaba algo atado alrededor de la cabeza.

—Soy la inspectora jefe Walker, de la comisaría de Kilwinnoch. —Bajó la vista hacia la mesa frente a él. Estaba cubierta de multitud de diminutas figuras de metal.

Morton levantó la mirada hacia Walker a través de unas gafas de trabajo con lentes de gran aumento que hacían que sus ojos parecieran el doble de grandes.

—Dios, casi me muero del susto —dijo Morton, quitándose las gafas.

—Lamento molestarlo —dijo Walker—. Estamos investigando la desaparición de su compañero, Richard Jones, y nos gustaría hacerle algunas preguntas más. —Se acercó a la mesa.

—Ah, sí, claro... por supuesto. Hablé con su compañero en el trabajo. ¿Han encontrado a Richard? ¿Está muerto?

—Como le he dicho a su madre, nuestras investigaciones siguen en curso, pero, para serle sincera, la situación pinta bastante mal —respondió Walker.

Morton negó con la cabeza. —Es terriblemente descorazonador.

Walker se fijó en las manos de Morton. Sostenía uno de los diminutos juguetes en una mano y un pincel fino como una cerilla en la otra. La figura parecía ser una especie de soldado. Walker volvió a mirar la mesa. Había literalmente cientos de soldados similares alineados en filas y en grupos, junto con caballos y carruajes de metal fundido, algunos con lonas y otros con cañones. Al fondo, había lo que parecía ser un hospital de campaña en miniatura, con hileras de tiendas. El diminuto ejército abrumaba casi por completo el tablero de la mesa y continuaba a ambos lados, llegando casi hasta la trampilla del desván. Walker tuvo la sensación de haber tropezado con una escena de *Los viajes de Gulliver*.

—Tiene aquí una colección increíble —dijo—. ¿Son juguetes antiguos?

—No son juguetes, ya no. Son obras de arte de coleccionista, en mi opinión.

—Estaba pensando que esto debe de valer un buen pico.

—Algunas de las piezas individuales más raras pueden alcanzar miles de euros en una subasta —replicó Morton. Volvió a mirar a Walker—. Supongo que pensará que es todo un poco friki y raro, y mis compañeros se cachondean de mí, pero esta es la pasión de mi vida. Este es mi santuario. Si le soy sincero, en cierto modo me estoy escondiendo aquí arriba porque es demasiado para asimilarlo. —Dejó el soldado con cuidado sobre la mesa y colocó el pincel en un tarro con un líquido transparente.

Walker se arrodilló junto al banco de trabajo. —¿Así que esta es la batalla de Waterloo?

Morton levantó la vista sorprendido. —Bien visto, sí. Me sorprende.

—A mi hermano pequeño también le iba todo esto, pero a él le gustaban más las de plástico.

—Ah, sí, de esas aquí no hablamos —dijo Morton y sonrió.

—¿Es ese el duque de Wellington? —señaló una figura a caballo que blandía una espada.

—Sí, todavía no está restaurado del todo. Lo localicé por fin en eBay el mes pasado. Llevaba años buscándolo.

—Una pena que ni él ni el caballo lleven un cono en la cabeza —bromeó.

—Pues sabe que pensé en hacer ese guiño al icono de Glasgow, pero me pudo mi vena pedante.

—¿Y en cuánto le ha salido? —preguntó Walker con genuino interés.

—Me da demasiada vergüenza decírselo, pero, para que se haga una idea, en dos o tres años probablemente habré duplicado la inversión.

—¿Y qué son esos de allí? —Señaló un grupo de soldados agrupados por su cuenta en una mesa aparte.

Morton sonrió. —Ah, sí, el caballo de Troya. Verá, durante la batalla, los altos mandos a menudo enviaban un batallón para crear una distracción y hacer creer al enemigo que se trataba de un avance. El enemigo respondía y los dejaba expuestos y vulnerables a una emboscada del ejército principal. Una maniobra clásica. Los franceses eran maestros.

—Es una afición extraña para un profesor de geografía —intervino Walker.

—Tengo un doble grado en Geografía e Historia. Son interdependientes en muchos sentidos.

—Así que usted y el señor Jones han sido compañeros durante cuatro años, ¿correcto? —volvió Walker al asunto que la ocupaba.

—Perdone que divague. Soy yo, que vuelvo a escaquearme del tema. —Morton hizo una mueca—. Sí, éramos buenos amigos. Fue mi tutor y mentor cuando hice las prácticas de magisterio, y creo que abogó por que me dieran el puesto en su departamento.

—¿Así que Kilwinnoch es su primer puesto como profesor?

—Sí. Aprendí muchísimo de Richard. Era un profesor y un jefe brillante —dijo Morton, mordiéndose el labio inferior.

—¿Se veían mucho fuera del trabajo?

—No demasiado. Nos veíamos todos los días, así que probablemente no sentíamos la necesidad de vernos mucho más. Pero supongo que una o dos veces por trimestre íbamos a tomar algo o a cenar a casa de alguien. Mantenía el departamento muy unido. Todo el mundo lo adoraba.

—Háble me de la noche de la fiesta de Richard —continuó Walker.

Morton levantó la vista sorprendido. —¿Qué fiesta?

—La fiesta a la que llamaron a la policía, esa fiesta.

—¿La policía, cuándo? No, ¿en serio? —tropezó con sus palabras.

—Los vecinos informaron de un altercado en el jardín delantero de Richard Jones.

—Ah, sinceramente, no fue nada.

—¿Es por eso por lo que decidió no mencionárselo a mi compañero cuando habló con usted en el instituto?

—Fue una cosa tan trivial y estúpida que pensé... bueno, todos pensamos... que no valía la pena mencionarlo. Pero ahora, por supuesto, ojalá no hubiera ocurrido nunca.

—Entonces, ¿qué ocurrió? —presionó Walker.

—Está todo un poco borroso porque estábamos todos... bueno, borrachos, en realidad, y esa es otra razón para no decir nada, ya que todos estamos profundamente avergonzados por ello.

—¿Sabe que ocultar información a la policía es un delito? —insistió Walker.

—Sí, y fue un completo error por nuestra parte, y lo siento de verdad. Supongo que simplemente pensamos que volvería de uno de sus viajes misteriosos con más de sus impresionantes fotos.

—Vale, ¿y qué pasó entonces?

—La bebida fue la culpable, por desgracia —dijo Morton—. Normalmente no nos emborrachamos tanto, pero acabábamos de terminar una larga y dura temporada de corrección de exámenes y todos teníamos ganas de soltarnos la melena. Por desgracia, se nos fue un poco de las manos.

—¿Cómo empezó?

—Creo que alguien mencionó que las fotografías de Richard eran mejores que las de Bran. Solo estaban de cachondeo, pero pareció que eso encendió otra discusión entre ellos dos.

—¿Así que discuten mucho?

—Todo el tiempo. Por lo que se le ocurra, no estarán de acuerdo. No me malinterprete, son todo bromas amistosas, pero esa noche simplemente... —Hizo una pausa—. ¿Sabe que ambos son fotógrafos aficionados y que llevan años presentándose al mismo concurso de fotografía de paisajes?

—Sí, continúe —le urgió Walker.

—Ese concurso ha sido un verdadero punto de conflicto entre ellos dos. Ambos son muy competitivos y Richard no soportaba que Bran ganara año tras año. Y Bran no dejaba que lo olvidara. Esa noche, no paraba de provocar a Richard, una y otra vez. Le suplicamos que parara, pero una vez que se le mete algo entre ceja y ceja, no hay quien lo detenga. Así era su relación. Cada vez que se juntaban en un ambiente social, tarde o temprano acababan discutiendo, sobre todo si había alcohol de por medio.

—Así que probablemente no fue buena idea sacar el tema en la fiesta, ¿no?

Morton se encogió de hombros. —Pues no, pero como le he dicho, íbamos todos un poco perjudicados, así que no nos dimos cuenta de las señales de alarma ni de los temas tabú.

—Su compañera dijo que fue usted quien inició la conversación.

—¿Qué? —dijo Morton, con aire ofendido—. ¿Quién ha dicho eso? No es verdad. Puede que al principio participara un poco, pensando que era divertido, pero al poco tiempo quedó claro que la broma se estaba agriando. Pensándolo bien, estoy bastante seguro de que fue Richard quien lo sacó —dijo—. Él también iba como una cuba.

—¿Y usted participó en la pelea que se formó en la calle?

—¡No, por supuesto que no! Todo fue culpa de ese maníaco, Kinross, que le metió el dedo en la llaga a Richard.

—¿Lanzó Jones el primer puñetazo?

—En absoluto. Richard estaba intentando razonar con Bran y calmarlo. Creo que en ese momento se dio cuenta por fin de que las cosas habían ido demasiado lejos. Pero Bran siguió, acusando a Richard de robarle sus ideas fotográficas, de colarse en sus localizaciones y de intentar sabotear sus posibilidades de ganar ese estúpido y maldito concurso.

Levantó la vista hacia la inspectora. —Como le decía, tenían una especie de relación de amor-odio basada en su pasión mutua por la fotografía de naturaleza. Entiendo totalmente la rivalidad, eso sí. La comunidad de ejércitos en miniatura está plagada de celos mezquinos. Yo procuro mantenerme al margen todo lo que puedo.

—¿Diría entonces que su rivalidad era tóxica?

—Un momento, no estoy diciendo que su rivalidad fuera tan intensa como para que Bran llegara a matar a Richard. Eso es completamente absurdo —protestó Morton—. Eran amigos y compañeros, pero simplemente tenían ese tipo de relación. Se buscaban las cosquillas cuando querían.

—La compañera dijo que cuando estaban todos en la calle, usted los animaba a pelearse.

—Pues Dawn está diciendo sandeces —espetó Morton—. ¿Por qué diría algo así? Está claro que la bebida le ha nublado la memoria. Yo intentaba calmar las cosas, y de hecho intervine.

—Sí, su compañera también lo confirmó. Dijo que usted estaba «echando leña al fuego», palabras textuales.

—No puedo creerlo. Eso es muy doloroso. —Morton se frotó los nudillos tensos contra la boca—. Empezó como una broma y admito

que al principio le seguí la corriente, teniendo en cuenta que yo también estaba bastante borracho. Pero estaba claro que las cosas estaban yendo demasiado lejos, y fue entonces cuando intenté pararlo. No sé dónde estaba Dawn en ese momento, pero eso es lo que hice. No podía soportar verlos llegar a las manos. Fue horrible.

—Entonces, ¿lo que me está diciendo es que usted fue el héroe de la noche?

—Yo no lo diría así. Todos fuimos unos idiotas esa noche y deberíamos haber sido más listos que emborracharnos de esa manera.

—Una pregunta más, si me permite. ¿Dónde estaba usted en la madrugada del veintiuno de junio? —preguntó Walker.

—Aquí, justo aquí —replicó Morton, abriendo mucho los ojos—. Siempre subo a primera hora antes de desayunar. Me ayuda a preparar el cerebro para el día. Y luego me fui a trabajar.

—De acuerdo, señor Morton. Eso es todo por ahora, gracias por su tiempo —dijo Walker secamente.

—La persona que ha hecho esto tiene que estar encerrada por mucho tiempo. —Morton negó con la cabeza—. Es pura maldad.

—Ese es nuestro objetivo, señor Morton. No se levante, ya me las apaño para salir... o bajar. —Walker regresó a la trampilla.

Mientras bajaba lentamente por la escalerilla, observó a Morton coger uno de los soldados de infantería y un pincel. Él le devolvió la mirada y sonrió.

Al pasar por una de las habitaciones de arriba, asomó rápidamente la cabeza por la puerta. Era un dormitorio pulcro y ordenado con una cama individual y un pequeño escritorio de estudio metido bajo la ventana. Encima del escritorio había una foto enmarcada. Mirando por encima del hombro, entró para verla más de cerca. Era una foto de Morton y Jones juntos, cogidos del brazo, con Stonehenge despuntando al fondo.

Junto a la cama había una estantería de media altura con libros apretujados en los estantes. Se arrodilló y recorrió las filas con la vista. Había principalmente libros de texto de geografía, pero en el estante superior había libros de historia sobre diversas guerras y batallas famosas, incluidas la Primera Guerra Mundial y las Guerras

Napoleónicas. Junto a un ejemplar de tapa dura de *El arte de la guerra* de Sun Tzu descansaba una caja de CD de audiolibro de *Beware of Imitations* del imitador Rory Bremner.

Se levantó para marcharse, pero se dio cuenta de que el armario estaba abierto. Dentro, había trajes grises idénticos colgados en una fila ordenada, pero al final había un único traje azul que parecía hecho a medida y más caro. Un golpe sordo sonó sobre su cabeza y dio un respingo. Salió corriendo y bajó de nuevo.

En el vestíbulo, la señora Morton acompañó a Walker a la salida. —Espero que encuentre pronto a la persona malvada que ha hecho esto, inspectora.

—Nosotros también, señora Morton —replicó Walker. A mitad del sendero, se detuvo y se giró—. Solo una cosa más.

La señora Morton volvió a abrir la puerta. —¿Sí?

—¿Dónde estaba su hijo la noche del veinte y la mañana del veintiuno de junio?

—¿Cómo? —La señora Morton retrocedió sorprendida—. ¿No me dirá que mi chico es sospechoso?

—Solo intentamos hacernos una idea clara —replicó Walker con una de sus bien ensayadas sonrisas profesionales.

—Estaba en casa, aquí conmigo —contestó la señora Morton de inmediato.

—¿Está segura? Quiero decir, a veces puede ser bastante difícil recordar lo que estábamos haciendo en momentos concretos. Yo sería una testigo terrible. Apenas recuerdo lo que he hecho de un minuto para otro, no digamos ya días y semanas en el pasado.

La señora Morton pensó un momento. —Sí, estoy segura, y me acuerdo porque esa es la noche de *Bake Off*, y lo vimos juntos. Los dos somos muy fans. —Hizo una pausa de nuevo—. Y luego me ayudó a subir..., ya sabe, por mis rodillas, y nos fuimos a la cama.

—¿Así que lo dejó y se fue a dormir?

—Bueno, yo no duermo muy bien, y lo oía dar golpes en el desván con sus soldados y su música sonando bajito. Eso duró bastante tiempo.

—¿Así que no podría asegurar con un cien por cien de certeza que estuvo en casa toda la noche?

—Bueno, no, pero le habría oído salir. Como le digo, tengo el sueño muy ligero y estuvo en casa toda la noche —dijo la señora Morton, con agitación creciente—. Y luego por la mañana, se fue al instituto como de costumbre. —Respiró hondo—. Empieza a molestarme con estas preguntas, inspectora. Mi hijo admiraba a Richard. Era su héroe y un amigo muy querido. Es francamente ofensivo por su parte siquiera sugerir que pudiera tener algo que ver con la desaparición de Richard.

—De acuerdo, gracias, señora Morton. La dejo ya —dijo Walker, cortándola en seco.

La señora Morton cerró de un portazo.

De vuelta en el coche, Walker tomó varias bocanadas profundas de aire. Había subestimado la potencia de los vapores de la pintura en el desván y se sentía mareada. Entró y se sentó un momento para recuperarse. Quizá fueran los efectos del disolvente o la intensa reacción de la señora Morton, pero no podía quitarse la sonrisa de Morton de la cabeza. Tras unos instantes, arrancó el coche y se dirigió de nuevo a la carretera principal.

Diecinueve

Alice y Michael esperaban a Bone en la puerta de su casa.

—Hola —dijo Alice con un discreto gesto de cabeza—. Por Dios, qué mala cara tienes.

—Gracias —replicó Bone—. Jaqueca.

—¿Quieres venir a buscar a Michael mañana? —preguntó ella.

—¡No, mamá! ¡Quiero irme ahora! —se quejó el hijo de Bone, de seis años, y se soltó de la mano con la que ella lo sujetaba con fuerza. Bajó el escalón de un salto y se agarró a la pierna de su padre.

—No, estoy bien. Ya nos podemos ir, ¿verdad, hijo?

—¡Bien! —gritó Michael.

—No te olvides de la bolsa, Michael. —Alice le entregó a Bone una bolsa de viaje a reventar.

—Joder, ¿qué has metido aquí dentro? —preguntó Bone, forcejeando para echársela al hombro.

—Solo sus cosas de siempre y algunos de sus juguetes favoritos. —Alice intentó recogerse los mechones rebeldes. Parecía un poco azorada. Más de lo normal.

—¿Va todo bien? —preguntó Bone.

—Perfectamente.

Pero Bone intuyó que pasaba algo.

—¿Qué pasa? —insistió él.

—Tiene novio —intervino Michael, haciéndole una mueca a su madre.

—¡Michael! —exclamó Alice, horrorizada—. No es mi novio. Solo vamos a salir a cenar y a tomar algo.

Bone intentó disimular lo que sentía. —¿Y cuánto tiempo llevas saliendo con ese tío? —preguntó, fracasando estrepitosamente.

—Eso no es asunto tuyo —replicó ella bruscamente.

—Claro. No. Tienes razón. Lo siento. —Bone cogió la mano de su hijo—. Nos vemos mañana.

—¿Mañana? Pensaba que Michael se quedaba un par de días, como habíamos acordado.

—Oh, mierda. Es que tengo que ir a trabajar a primera hora. Estamos en mitad de esta investigación.

—Siempre estás en mitad de esta investigación o de esa otra. Quizá deberías quedarte aquí, Michael, y dejar que tu padre haga lo que le dé la real gana. —Sacudió la cabeza, consternada.

—No, mamá, por favor. Papá, quiero quedarme en tu casa.

Bone se arrodilló. —Escucha, Michael, lo siento mucho. Solo te puedes quedar esta noche, pero a lo mejor mamá te deja venir el sábado y nos montamos un fin de semana de chicos.

—¡Bien! —El niño se puso a dar saltos, balanceando el brazo de su padre hacia delante y hacia atrás.

—No puedes ir improvisando sobre la marcha, Duncan. Para eso están precisamente la mediación y los acuerdos de visitas.

—Lo siento mucho, Alice. Se me ha olvidado por completo llamarte. Pero si Michael viene el sábado, tú tendrás un poco más de tiempo para, ya sabes, socializar. —Se la jugó con una sonrisa.

—Me lo pensaré. ¿A qué hora traerás a Michael mañana?

—A las siete y media, ¿te parece bien?

—¿Estás de broma?

—Lo siento. Tengo que llegar a...

—Vale, no sigas por ahí —le cortó Alice. Se inclinó y le subió la cremallera de la chaqueta a Michael—. Sé un niño bueno para tu padre, ¿vale?

—No lo seremos —respondieron Bone y Michael al unísono, y Michael soltó una risita.

Alice sacudió la cabeza, cerró la puerta y padre e hijo corrieron por el sendero hasta el coche de Bone.

Dos horas de *Power Rangers*, una pizza congelada y múltiples cuentos para dormir más tarde, Bone por fin consiguió que Michael se durmiera en la cama plegable que había montado en la habitación de invitados.

Al volver al salón, se desplomó en el sillón y dejó caer la cabeza contra el respaldo. A pesar del agotamiento, tener a su hijo en casa parecía despejarle la mente. La jaqueca se le había pasado y sus niveles de ansiedad habían bajado. Dejó escapar un largo suspiro. Tras unos minutos de descanso, sintió que se quedaba dormido. Se obligó a levantarse y se retiró a la cama.

Se despertó confundido. Abrió los ojos y los entornó en la penumbra. Aún estaba oscuro fuera. Pero entonces su cerebro registró el fuerte olor a quemado. Tosió y se atragantó. Se incorporó y manoteó en busca de la lámpara de la mesilla. La habitación estaba llena de un humo denso y acre que entraba por debajo de la puerta.

—¡Joder! —Poniéndose en pie de un salto, alargó la mano hacia el pomo de la puerta, pero se detuvo y posó la mano en la superficie. Aún estaba fría. La abrió de golpe y salió al pasillo tropezando. La puerta principal estaba en llamas, y el fuego envolvía el techo sobre ella. Corrió a la habitación de Michael.

Michael estaba sentado en la cama, tosiendo y desorientado.

—Papá —gritó.

Bone lo cogió en brazos y, agarrando una toalla, se la echó por encima de la cabeza a Michael. De vuelta en el pasillo, el fuego había avanzado más. Las llamas habían devorado la mayor parte de la puerta, y entre ellas podía ver el exterior del edificio.

Agachándose, corrió hacia el fuego, embistió lo que quedaba de la puerta y salió al rellano. Dejó a Michael en el suelo, le arrancó la toalla de la cabeza —ahora cubierta de ascuas parpadeantes— y la tiró. Cogiendo a su hijo de nuevo, bajó corriendo las escaleras y

salió a la calle, seguido por un vecino aterrorizado tras otro, en diversos estados de desnudez.

Un camión de bomberos entró en la calle con la sirena a todo volumen. Aceleró hacia ellos y frenó con un chirrido ensordecedor. Se bajaron cuatro bomberos, y uno se acercó a Bone y al corrillo de vecinos que se arremolinaban a su alrededor.

—Es mi piso, el de arriba del todo. La puerta está ardiendo —dijo Bone agitando los brazos.

El equipo de bomberos, con el equipo de protección completo y máscaras, entró corriendo en el edificio, arrastrando una manguera tras de sí. Michael lloraba mientras el impacto de lo sucedido lo alcanzaba.

—Estamos bien, hijo —apretó Bone a Michael con más fuerza contra su pecho.

—¿Qué ha pasado? —dijo Michael entre balbuceos.

—Ha habido un incendio. Eh, mira ese camión de bomberos.

Intentó distraerlo, pero Michael siguió llorando entre toses.

—¡Quiero a mamá! —lloriqueó.

—Sí, te llevaré a casa.

Llegó una ambulancia al lugar de los hechos. Se bajaron dos sanitarios y se acercaron.

—Mi hijo puede que haya inhalado un poco de humo —dijo Bone con voz sibilante antes de toser con fuerza.

—Y usted también, por lo que parece —dijo la sanitaria más joven—. Tendremos que hacerles un chequeo.

—¿Aquí?

—No, en el hospital.

—No, papá. ¡No quiero ir al hospital! —gritó Michael, que ahora se retorcía sin control en los brazos de Bone.

Bone lo bajó al suelo.

—Oye, ¿qué te parece si damos un paseo superrápido en la ambulancia? —dijo la sanitaria, arrodillándose junto a Michael—. Pondremos las sirenas y todo, y hasta puede que te deje probar algunos de los cachivaches de la parte de atrás.

Michael se quedó en silencio.

—Tengo la sensación de que Stephen, nuestro conductor… —miró a su compañero y le guiñó un ojo—, tiene un alijo secreto de pegatinas en alguna parte.

A regañadientes, Michael cedió. Bone lo cogió en brazos de nuevo y, junto con la sanitaria, subieron a la parte trasera de la ambulancia.

Una amable recepcionista de Urgencias le dejó a Bone usar su teléfono para llamar a Alice. Diez minutos más tarde, su exmujer, angustiada, entró corriendo en la sala de exploración, despeinada y presa del pánico, y se abalanzó sobre Michael, a quien un médico estaba examinando.

—¿Qué ha pasado? —se giró y fulminó a Bone con la mirada.

—Mamá, he ido en una ambulancia —dijo Michael mientras el médico le auscultaba el pecho con un estetoscopio.

—Ha habido un incendio en el piso —dijo Bone con aire avergonzado.

—¿Un incendio? ¿Qué demonios, Duncan? —Alice se arrodilló junto a su hijo—. ¿Estás bien? —Le quitó con cuidado unos restos de ceniza del pelo.

—¿Puedes respirar muy, muy hondo, Michael? —pidió el médico, y apretó el estetoscopio contra la espalda desnuda del niño.

—¡Ay, qué frío! —se quejó Michael.

—Haz lo que dice el doctor, Michael —insistió Alice.

Michael inspiró y soltó un largo bufido.

Alice miró de nuevo a Bone y frunció el ceño.

—Vale —dijo por fin el médico—. Estará perfectamente. No hay señales de ningún daño persistente por el humo. Vigílelo y preste atención a su respiración durante los próximos días. —Se volvió hacia Bone—. Ahora usted.

—Yo estoy bien. No hace falta —replicó Bone.

—¿Está seguro?

—No toso y me noto bien el pecho.

—Bien, pues creo que ya hemos terminado aquí —dijo el médico con una sonrisa cansada—. Ha sido un placer conocerte, Michael.

El médico le tendió la mano y Michael se la estrechó.

—Y Spider-Man es sin duda el mejor superhéroe. —Levantó el brazo y le lanzó a Michael una telaraña imaginaria.

Michael le devolvió el disparo y el médico se marchó.

Alice sacó una sudadera limpia de su bolso. —Vamos, Michael. Vámonos a casa. —Se la puso bruscamente por la cabeza.

Bone se acercó a ella con cautela. —Lo siento, Alice. No sé qué ha pasado.

Alice recogió el resto de las cosas de Michael y, cogiéndolo en brazos, pasó a su lado sin mirarlo.

—Adiós, papá —le dedicó Michael a Bone un saludo abatido.

—¿Puedes pararte un momento para que hablemos, Alice? Venga —suplicó Bone.

Pero Alice siguió caminando por el pasillo.

Bone fue tras ellos. —¿Alice?

Ella se detuvo. —Es tarde, Duncan. Michael tiene que irse a la cama. —No estoy cansado. Soy Spider-Man —dijo Michael.

—Hablaremos mañana —insistió Alice.

Desaparecieron a través de una puerta de doble hoja que daba a la sala de espera principal de Urgencias.

Bone los dejó marchar y salió a lo que quedaba de la noche, hacia la historia de terror que le esperaba en su piso calcinado.

Veinte

De vuelta en su edificio, los camiones de bomberos y las ambulancias ya se habían marchado, pero había aparcadas una furgoneta de la Científica y un vehículo de inspección de incendios. Un agente de uniforme lo recibió en la entrada.

—¿Inspector jefe Bone? —dijo el agente.

—Correcto. ¿Cómo lo ha adivinado?

—Le están esperando arriba. —El agente dejó pasar a Bone.

En lo alto del rellano, lo recibió un segundo agente que custodiaba la entrada calcinada del piso de Bone.

—¿Inspector jefe Bone? —preguntó el de uniforme.

—¿Tanto se me nota? —suspiró Bone con cansancio.

En ese momento, un bombero salió por el enorme agujero carbonizado de la puerta con una tablilla con pinza en la mano. —Usted debe de ser el inspector Bone —dijo, mientras se movía dentro de su voluminosa chaqueta ignífuga.

—Voy a empezar a llevar una gorra de béisbol con mi nombre —replicó Bone.

—¿Perdón? —dijo el bombero—. Soy Frank Copperfield, investigador de incendios provocados.

—¿Qué ha encontrado? —lo interrumpió Bone.

—He estado examinando el incendio y, aunque necesitamos la confirmación de la Científica, es bastante obvio que se usó algún

tipo de acelerante para prenderle fuego a la puerta —dijo, cambiándose la tablilla de brazo.

—¿Así que ha sido provocado?

—Sin ninguna duda.

—Mi hijo estaba aquí conmigo, el cabrón —gruñó Bone.

—Ya. Pero como le digo, tendré que esperar a que el equipo de la Científica regrese con sus hallazgos antes de completar mi informe. No tardarán en llegar.

Bone se acercó a la ennegrecida entrada, pasando por encima de un montón empapado y embarrado de madera quemada y cenizas.

—Sería conveniente que se pusiera el equipo de protección, inspector, ya que esto es ahora la escena de un crimen.

Bone lo ignoró y siguió adelante.

—Hemos abierto todas las ventanas, pero no le aconsejaría quedarse aquí esta noche, ni siquiera durante los próximos días, hasta que se vaya el humo. Esas cosas son muy tóxicas —le gritó el bombero a su espalda.

Bone continuó por el pasillo y se adentró en la penumbra. El piso aún apestaba a humo, y Bone tosió de nuevo. La moqueta del pasillo chapoteaba bajo sus pies. Las mangueras de los bomberos habían empapado todo el vestíbulo, y de las paredes y el techo goteaba agua ennegrecida.

—Joder —gimió.

Revisó la cocina y, aparte del mismo olor empalagoso a humo, el fuego no la había tocado. Siguió hasta el salón y se encontró con lo mismo, sin rastro de daños por fuego o agua. Soltó un suspiro de alivio. En el dormitorio, los primeros rayos de la mañana entraban por la ventana abierta y los pájaros cantaban. Se sentó en el borde de la cama y cogió el móvil de la mesita de noche. Estaba a punto de revisar sus mensajes cuando echó un vistazo al otro lado de la habitación. Había algo en la pared, sobre el tocador. Aguzó la vista en la penumbra y luego se levantó para mirar más de cerca. Las palabras NO TOCAR estaban pintadas con espray en mayúsculas de color rojo sangre y cubrían casi todo el ancho de la pared.

—¿Qué cojones...?

Apretó el índice contra la superficie de la pintura. Estaba seca.

Una voz repentina le hizo darse la vuelta de un salto.

—¿Inspector Bone? —Una agente de la Científica apareció en el umbral, su rostro pálido y ceniciento asomando por la capucha protectora bien ajustada.

Bone se giró, sorprendido.

—Soy la agente de la Científica Carol Drax —dijo—. Estoy a cargo de la inspección esta noche.

—¿Dónde está el inspector técnico de la Científica Cash? —preguntó Bone.

—Incluso mi jefe tiene que dormir a veces, señor —dijo Drax, y añadió—: Supuestamente. —Las comisuras de sus labios desaparecieron bajo la capucha elástica—. De todos modos, yo prefiero las noches. —Sus ojos hundidos parecieron agrandarse ante la idea.

—Acabo de encontrar esto. —Bone señaló la pintada.

La agente se acercó arrastrando los pies.

—No entiendo cómo ha llegado esto aquí —continuó Bone—. Cuando se declaró el incendio, los bomberos llegaron muy rápido y el piso no ha estado sin vigilancia desde entonces.

Drax se inclinó hacia la pared y olfateó.

—Es difícil de decir con todo este humo todavía, pero, a primera vista, diría que esto se pintó hace unas horas.

—¿Así que antes del incendio?

—Es totalmente posible. Haremos algunas comprobaciones en la pintura.

Bone recorrió la frase con la mirada un par de veces.

—¿Ve eso?

—Perdone, ¿el qué? —Drax lo miró entrecerrando los ojos.

—En la primera palabra, hay trazos de pintura que unen las letras, pero en la segunda, las letras están completamente separadas —dijo Bone.

Drax observó la pintada por un momento. —Tiene razón, es extraño. Es casi como si fueran dos estilos diferentes. —Se volvió hacia él—. Valdría la pena que un perito calígrafo forense le echara un vistazo a esto.

Bone asintió.

—Hay algo más que quiero enseñarle —añadió ella.

De vuelta en el vestíbulo, dos agentes de la Científica estaban arrodillados junto a la entrada principal y un tercero estaba en el descansillo con una cámara.

—Si pudiera detenerse ahí —dijo Drax—. Necesitamos preservar la escena todo lo posible. —Se acercó cojeando a sus compañeros, con los protectores de los zapatos chirriando sobre la moqueta mojada—. El investigador de incendios provocados dijo que sospechaba que se había utilizado algún tipo de acelerante para iniciar el fuego. —Se detuvo junto al montículo de restos carbonizados—. A primera vista, parece que alguien ha vertido un acelerante como líquido de encendedor o incluso gasolina por el buzón. —Arrodillándose, sacó una espátula de madera de su mono y empujó suavemente el montón hasta que apareció la esquina de la ennegrecida placa de latón del buzón—. Es un juego peligroso, especialmente con gasolina, ya que puede producir una deflagración instantánea y explotarle a uno en la cara.

—Yo no lo llamaría un juego. Mi hijo de seis años podría haber muerto —replicó Bone.

—Perdone, señor. No he escogido bien las palabras. Diría, sin embargo, que quienquiera que haya hecho esto no tenía la intención de matarlos a usted o a su hijo, especialmente con esa pintada de ahí dentro. ¿Quizá más bien una advertencia?

—O una amenaza —atajó Bone.

—Sí, eso también —convino Drax—. Nosotros seguiremos aquí, pero tardaremos unas horas en terminar. Le sugiero que nos deje trabajar.

Bone miró su reloj. —Voy a vestirme. No estoy seguro de que mi pijama cayera muy bien en la comisaría.

Drax sonrió. —Claro, adelante, pero procure no contaminar el lugar.

—Diría que el cabrón que ha hecho esto ha ganado por goleada en ese aspecto —replicó Bone, y la dejó seguir con su trabajo.

Veintiuno

Cuando Bone aparcó frente a la comisaría, un tsunami de periodistas se abalanzó sobre el coche y le bloqueó la salida. Abrió la puerta a la fuerza, apartando cuerpos a empujones. Se abrió paso, ignorando la avalancha de preguntas. Cuando llegó al pie de la escalinata, la voz de Colin McKinnon retumbó por encima de la cacofonía.

—¿Está perdiendo los estribos otra vez, inspector jefe Bone? ¿Le ha prendido fuego a una sartén? —se mofó.

Los periodistas congregados estallaron en carcajadas. Bone se detuvo, obligó a su cerebro a resistir el impulso de saltarle al cuello a McKinnon y se volvió para dirigirse a ellos.

—No tenemos nada que informar en este momento, gracias —contestó Bone, y subió los escalones a toda prisa antes de hacer algo que le costara el puesto.

—Buenos días, señor —dijo el sargento de noche, recogiendo sus cosas para marcharse—. Llega usted temprano esta...

—Saque a Springsteen de su celda y llévelo a una sala de interrogatorios, ahora mismo.

—Señor —dijo el agente, y volvió a dejar la bolsa sobre el mostrador.

Bone siguió adelante y recorrió el pasillo hasta la sala de operaciones. Abrió la puerta con tanta fuerza que se estrelló contra la pared. Harper, que estaba repantigado en su mesa mirando la

pantalla de su ordenador con la vista perdida, casi salta por la ventana del susto.

—Dios mío, señor, casi me da un infarto —dijo Harper—. Por Dios, ¿qué le ha pasado?

—Un cabrón ha intentado prenderle fuego a mi piso conmigo y mi hijo dentro —dijo Bone. Se vio en el espejo que había junto a los percheros—. Joder.

—¿Qué?

—Mi hijo y yo casi nos freímos. —Se limpió las manchas de ceniza negra que le surcaban las mejillas y la frente.

—¿Qué ha pasado? —repitió Harper.

—Escucha, ¿eres el único que hay? —le preguntó Bone, ignorándolo.

—Yo solo. No he podido volver a dormir. Creo que son los analgésicos que me recetaron —se quejó Harper—. El equipo de la Científica ha recuperado el portátil y el móvil de Jones de su piso y los tiene el equipo de análisis forense digital. Pensé en venir y echarles una mano.

—¿El móvil? Pensaba que se lo habría llevado cuando subió a las colinas.

—Quizá se lo olvidó. —El agente se encogió de hombros.

—Vale, eso hazlo luego. Ahora mismo quiero que vengas conmigo —ordenó Bone.

—¿Adónde vamos?

—A cantarle las cuarenta al puto de Bruce Springsteen, ahí abajo —gruñó Bone.

—Ah, de acuerdo. —Harper cogió la chaqueta—. No es violento, ¿verdad? —preguntó de camino a la puerta.

—Te cortaría los cojones y se los comería si pudiera sacar dinero con ello —contestó Bone—. No te preocupes, si intenta algo, lo mato. Así que esperemos que lo intente.

De camino, Bone se detuvo en el hueco de la escalera. —¿Ah, por cierto, sabes algo de análisis forense de escritura?

—No, pero conozco a alguien que sí. Una antigua amiga de la universidad es ahora perito calígrafo, por usar el término técnico. Ha hecho bastantes trabajos para algunas comisarías y unidades, sobre

todo de estafas, pero también algo de delitos graves. Es buena. Quiero decir, realmente buena.

—¡Eres un sol!

—Mi objetivo es complacer, señor. —Harper sonrió y se ajustó las gafas.

—Vale, cuando volvamos a la sala de operaciones, ¿podrías ponerte en contacto con ella?

—Claro, sí. ¿De qué se trata?

—Luego te pongo al día. Primero tenemos que ocuparnos de un despojo.

Siguieron bajando las escaleras.

Cuando los inspectores entraron en la sala de interrogatorios, Springsteen estaba junto a la mesa, flanqueado por dos agentes de uniforme que le sujetaban los brazos con fuerza.

—Señor Springsteen, me alegro de que haya podido venir y siento molestarle tan temprano.

—Ya te he dicho que no hablo con nadie sin un puto abogado —ladró Springsteen, e intentó soltar los brazos.

Los agentes lo zarandearon hasta que dejó de resistirse.

—¿Le apetece sentarse o prefiere que mis compañeros le sujeten?

—Quiero volver a mi celda —gimió Springsteen.

—Ni de coña —replicó Bone—. Y no se preocupe, solo tengo una pregunta, así que no tardaremos mucho.

A regañadientes, Springsteen hizo un gesto para sentarse y los dos agentes lo bajaron hasta la silla.

Bone pulsó el botón de la grabadora. —Interrogatorio iniciado a las... —consultó el reloj—, siete y tres de la mañana. Martes, veintiséis de junio. El inspector jefe Duncan Bone y el agente Harper presentes, junto con los agentes... —Levantó la vista.

—Gilfillan y Kerr, señor.

—Los agentes Gilfillan y Kerr. —Bone completó las formalidades y se volvió hacia el sospechoso—. Bueno, dejémonos de cháchara. Vayamos directos al grano. ¿Dónde está su hermano?

—Sin comen... —empezó Springsteen.

Bone dio una palmada sobre la mesa y Springsteen levantó la vista sorprendido.

—Antes de que continúe, solo un recordatorio rápido de que negarse a cooperar le acarreará una condena segura por agresión e intento de asesinato de un inspector veterano. ¿Decía?

Springsteen se removió, nervioso, en la silla. —No sé dónde...

Bone volvió a golpear la mesa, esta vez con el puño cerrado, y con tal fuerza que la mesa rebotó en el suelo.

—Qué curioso —intervino Harper—. Un testigo os vio a usted y a su hermano en Craigend Ridge, en el círculo de piedras de Kilmorgan, aproximadamente a las... —Repasó su bloc de notas—. Nueve y veintiséis de la noche.

Bone miró al joven detective.

—No éramos nosotros —espetó Springsteen.

—Bueno, nuestro testigo es de suma confianza y estoy seguro de que su testimonio se sostendría perfectamente en el Tribunal Superior —añadió Harper.

Springsteen resopló y volvió a moverse inquieto en la silla. —Nosotros...

—¿Nosotros? —insistió Bone.

—Los cabrones nos han dejado tirados —continuó Springsteen.

—¿Qué cabrones? —preguntó Bone.

—No puedo... Me matarán.

—¿Sus patrones? —presionó Bone.

Springsteen se miró las manos.

—Así que esos «cabrones», como usted los llama, están encantados de dejar que se coma una doble cadena perpetua. ¿De verdad cree que les debe lealtad? —continuó Bone.

—Mira, nos contrataron a mi hermano y a mí para hacer un trabajo —dijo finalmente Springsteen—. Encontrar el nido, robar los huevos y el macho.

—Entonces, ¿dónde está su hermano? —presionó Bone.

—Sinceramente, no lo sé. Cuando salimos por patas, a mí me pillaron y él desapareció.

—¿Está en Kilwinnoch, entonces?

—Probablemente esté de vuelta en Londres, no sé —se encogió de hombros de nuevo Springsteen.

—Así que él también le ha vendido, ¿no?

—¡No! —replicó Springsteen.

Los dos agentes avanzaron.

—Anoche, alguien intentó prenderle fuego a mi piso. Mi hijo casi muere. ¿Su hermano sigue cumpliendo las órdenes de sus patrones? —gruñó Bone, los puños sobre la mesa, apretados y listos para golpear.

—¡Joder, no! —contestó Springsteen, sorprendido—. Él no... Nosotros nunca haríamos eso.

—¿A no ser que le tengan agarrado por los huevos? —preguntó Bone—. Háganos este favor y nos aseguraremos de que su hermano esté protegido.

—No veo cómo, si no sé dónde está —resopló Springsteen—. Esto es una gilipollez. No matamos al profesor. No le prendimos fuego a tu puto piso. Eso se nos va de las manos.

—Por última vez, ¿quién es su patrón y dónde está su hermano?

Springsteen negó con la cabeza.

Bone se levantó. —Detective Harper, haga el papeleo.

Harper miró a Bone y luego se puso en pie con torpeza. —Entonces, para confirmar, ¿sería conspiración para robar fauna protegida y en peligro de extinción, resistencia a la autoridad y agresión a un miembro respetable de nuestra comunidad?

—Añada también obstrucción a la justicia y conspiración para cometer un incendio provocado con intención de asesinar a un niño.

—¡Eso es una puta mierda! Estaba aquí dentro. ¿Cómo coño iba a prenderle fuego a tu casa?

—Ya se me ocurrirá algo —replicó Bone, y salió de la sala de interrogatorios.

De regreso a la sala de operaciones, Gallacher lo vio mientras intentaba abrir la puerta de su despacho.

—Duncan —lo llamó, y le hizo un gesto para que se acercara.

Bone suspiró y siguió a Gallacher a su despacho.

—Anoche, bueno, digo anoche, pero eran como las tres y media de la puta madrugada, recibí una llamada de la comisaría informándome de que había habido un incidente en tu piso.

—Un incendio —replicó Bone.

—Lo primero, ¿estás bien?, porque tienes una pinta de mierda —preguntó Gallacher.

—Eso me dicen todos últimamente.

—¿Vas a aclarármelo o te vas a quedar ahí sentado como Dick Van Dyke, el puto deshollinador?

—Alguien echó gasolina o algún otro acelerante delicioso por el buzón. Estaba mi hijo. Era la primera vez que venía al piso desde el caso Tennyson —masculló Bone.

—Oh, Dios. ¿Está bien?

—Afortunadamente, sí, está bien, físicamente. Solo espero que no le queden secuelas psicológicas.

—Gracias a Dios —suspiró Gallacher—. Entonces, ¿tienes alguna idea de quién podría haber hecho esto? ¿Crees que está relacionado de alguna manera con la muerte del profesor?

—Bueno, quienquiera que fuese dejó una nota pintada en la pared de mi dormitorio que decía *déjalo estar*, así que, a ojo de buen cubero, diría que sí.

—¿En qué punto estáis ahora con el caso? Tenéis un sospechoso detenido. ¿Cómo va eso?

—Acabamos de imputarle una lista de cargos, pero no estoy seguro de si vamos por buen camino con él. Tal como van las cosas, nuestra lista de sospechosos crece por horas.

—¿Qué pasa con este puto pueblo? ¿Por qué no podemos tener simples asesinatos domésticos en lugar de esta locura retorcida todo el puto tiempo?

—Así es Kilwinnoch —se encogió de hombros Bone—. Nunca hay un momento de aburrimiento.

—Vale, ¿y ahora qué?

—Lo siguiente es dejar que me dedique a mi trabajo. —Levantó la vista y añadió—: Con el debido respeto, señor.

Gallacher dejó la cartera junto a su mesa y se sentó. —No quiero que por lo de tu chico estalles como un puto petardo —advirtió.

—Estoy canalizando mi rabia, señor.

—Una palabra más sobre tu conducta, ya sea de tus compañeros o de ese puto periodicucho local, y te aparto de este caso, ¿entendido?

—Sí, ya me lo ha comentado antes.

—Y es porque lo digo en serio, Duncan. Y lo haría por ti, y no por la razón que veo escrita en toda tu cara.

Gallacher hizo una pausa y estudió las facciones crispadas de su amigo. —Estás agotado, Duncan —suspiró y tamborileó con el dedo sobre la mesa un momento, como si sopesara las opciones—. Mantenme informado. —Señaló la puerta.

—Señor —asintió Bone y se marchó.

Veintidós

La casa de Brandon Kinross estaba en una pequeña urbanización de adosados detrás de la calle principal de Kilwinnoch.

—Recuerdo que aquí estaba la tienda de bicis de Fisher —dijo Bone mientras metía el Saab en la plaza de aparcamiento designada que había delante—. Mi padre me compró mi primera Chopper allí.

—¿Qué demonios es una Chopper? —fingió ignorancia Walker.

—¿No sabes lo que es una Chopper? Voy a hacer que te echen —replicó Bone. Miró a su compañera con incredulidad.

—Solo te estoy tomando el pelo; claro que lo sé. ¿No es la bici con la que Mozart compuso su primer concierto?

—Ahora mismo te voy a descomponer a ti —replicó Bone y salió del coche—. Al lado había una ferretería. Mi viejo se pasaba la vida allí. —Examinó con la mirada los adosados anodinos, sin personalidad, que parecían cajas de zapatos, agrupados de forma claustrofóbica para maximizar el espacio y los beneficios—. Cualquiera diría que los arquitectos al menos intentarían encajar con los edificios de alrededor. —Echó un vistazo por encima del hombro a los patios traseros de las tiendas victorianas que tenían a sus espaldas.

—Lo que importa es la pasta, no el diseño —dijo Walker y lo siguió por la hilera de casas.

—¿Qué número es? —preguntó Bone.

—El doce. Aquí mismo —señaló una puerta que tenía delante, con unos números plateados atornillados en la piedra.

—Hasta el número es anodino. —Bone llamó a la puerta. Estaba a punto de volver a llamar cuando oyó a alguien al otro lado bajando unas escaleras. La puerta se abrió de golpe.

—¿Sí? —respondió Kinross. Sostenía un cepillo de dientes eléctrico que vibraba ruidosamente en su mano.

—Soy el inspector jefe Bone y esta es la inspectora detective Walker, de la comisaría de Kilwinnoch.

Ambos mostraron sus acreditaciones.

—¿Podríamos hablar un momento con usted?

—¿Ahora? —dijo Kinross, con aspecto azorado.

—Si no le importa, sí —replicó Bone.

—Tengo que ir al instituto. Llego algo tarde —dijo Kinross, con más de una pizca de irritación.

—Tenemos noticias sobre su compañero, Richard Jones —añadió Bone.

Kinross se quedó mirando a los dos detectives un instante y entonces, dándose cuenta por fin de que su cepillo de dientes seguía encendido, forcejeó con el botón hasta que se detuvo.

—Será mejor que pasen, entonces. —Abrió más la puerta, haciéndoles entrar—. Perdonen el desorden. —Subieron por una escalera estrecha y extremadamente empinada que parecía encajonada en la esquina del recibidor—. Esta mañana voy con un poco de prisa y no he tenido tiempo de…

La habitación de arriba resultaba igualmente claustrofóbica, agravada por lo que parecía ser un gimnasio de halterofilia en toda regla que cubría casi todo el suelo. Kinross recogió una toalla del suelo.

—Le gusta mantenerse en forma, ¿eh? —preguntó Bone, señalando lo obvio.

—Se podría decir que sí. Me he dado cuenta de que, si no hago un par de entrenamientos al día, estoy hecho un lío. ¿Qué ha ocurrido? —preguntó, quitándose la camiseta empapada en sudor y secándose las axilas con la toalla.

—Quizá prefiera cambiarse primero —dijo Bone, sorprendido por el repentino exhibicionismo de Kinross.

—Si no les importa, voy a coger una camiseta limpia —replicó Kinross.

Walker observó una pronunciada cicatriz rosácea que recorría el hombro izquierdo de Kinross y pasaba por debajo de su brazo.

—Menuda herida tiene ahí —dijo ella.

—Ah, sí. —Kinross bajó la mirada y recorrió la línea con el dedo índice—. Un accidente de escalada. Caí casi diez metros por la ladera de Scafell Pike, o *Scarfell*, como lo llamo ahora, y aterricé sobre el hombro.

—Ay —hizo una mueca Walker.

—Toda esta articulación es ahora de metal, y tengo el hombro permanentemente inmóvil. —Desapareció por una puerta al fondo del salón.

—Qué raro —susurró Walker.

Momentos después, Kinross estaba de vuelta, ahora con una ajustada camiseta de tirantes Lonsdale, con sus bíceps y pectorales hiperdesarrollados presionando contra la tela de nailon.

—¿Sigue escalando? —preguntó Bone.

—Un poco, pero mi lesión truncó mi afición a la escalada libre —dijo—. Así que, por favor, díganme qué ha pasado.

—Lamento comunicarle que el cuerpo encontrado en las cascadas de Braeburn es el de su compañero, Richard Jones —dijo Bone.

Kinross siguió mirando fijamente a Bone, sin que apenas se registrara movimiento o emoción alguna en su rostro.

—¿Ha oído lo que le he dicho, señor Kinross?

—No, es que… eso no está bien —respondió finalmente Kinross.

—Quizá debería sentarse, Brandon —intervino Walker.

Kinross se dejó caer en un estrecho sillón encajado entre una máquina de remo y un soporte de pesas.

—¿Qué? Esto no puede ser. Yo solo pensaba… ¿Cómo?

—A estas alturas no conocemos la causa, pero estamos tratando su muerte como sospechosa —dijo Bone.

—No puedo creerlo. O sea, vi las noticias sobre un hallazgo y todo eso, pero pensé que tal vez era otro accidente por ahogamiento o algo así. —Kinross se frotó la palma de la mano de un lado a otro sobre uno de sus bíceps.

—¿Quiere un vaso de agua? —preguntó Walker.

—Quiero decir, estábamos… Acabo de verlo —balbuceó Kinross.

—¿Cuándo y dónde fue eso, señor Kinross? —insistió Bone.

—No sé... eh... en el instituto, el miércoles pasado.

—¿Y cómo le pareció que estaba? —continuó Walker.

—No sé, tan combativo como siempre. Conmigo, al menos.

—Háble me de su relación —prosiguió Bone.

—No hay mucho que contar, la verdad. Tuvimos muchas discusiones interesantes sobre todo tipo de temas. Nuestra ideología política es muy diferente. Todo esto se lo conté a su compañero que habló con nosotros en el instituto.

—¿Así que discusiones, no peleas? —interrumpió Walker.

—Oh, a veces la cosa se ponía un poco acalorada. —Levantó la vista—. Pero nunca nos enfadamos de verdad. Era como nuestra forma de ser. Nuestros compañeros solían reírse de ello y decían que haríamos una gran pareja.

—¿Podría hablarnos de la cena del doce de junio? —continuó Walker.

—¿Saben lo de la cena? —preguntó Kinross, sorprendido.

—Ahora sí, y sabe que debería habérnoslo contado antes —intervino Bone.

—Sí, bueno, en esa ocasión, las cosas se fueron un poco de las manos, pero creo que todos habíamos bebido un poco de más —dijo Kinross—. Pero solo estábamos desahogándonos, ¿sabe?

—Eso es lo que dijo su compañero —confirmó Bone.

—¿Quién, Oli? —preguntó Kinross.

—Sí, pero fue la señorita Chalmers quien tuvo el buen juicio de contárnoslo en primer lugar.

—Realmente no había necesidad de mencionarlo. Fue una noche de estupidez etílica. ¿Nunca han tenido ustedes una de esas? —contraatacó.

—Sí, muchas, pero ninguna que pudiera haber acabado con la muerte de uno de mis compañeros —dijo Walker.

—Tanto la señorita Chalmers como el señor Morton dijeron que usted se estaba peleando con el señor Jones en el césped de su casa. ¿Es correcto? —insistió Bone.

—Yo no diría que nos estábamos peleando. Eso hace que suene como una película de Clint Eastwood. Solo tuvimos un pequeño forcejeo. Como ya he dicho, demasiado alcohol, lo cual fue culpa mía porque Richard me pidió que preparara unos cócteles y creo que les eché demasiado vodka.

—¿Por qué fue la pelea?

—Apenas fue un... —La agitación de Kinross crecía por segundos —. Fue una discusión sobre el concurso de fotografía en el que ambos participamos cada año.

—¿Y cómo empezó?

—Oh, no lo sé —gimió Kinross.

—¿Está ocultando más información, señor Kinross? Porque si es así, podemos continuar esta conversación en la comisaría. —La irritación de Bone iba en aumento.

Kinross volvió a negar con la cabeza. —De verdad que no me acuerdo. Pero mi compañero y amigo está muerto. Seguramente eso es más importante, ¿no?

—La señorita Chalmers ya nos ha dicho que el señor Morton estuvo «*metiendo cizaña*», según sus palabras, entre ustedes dos durante la mayor parte de la noche, y que continuó haciéndolo incluso durante el forcejeo de fuera. ¿Estaría de acuerdo con su versión? —intervino de nuevo Walker.

—Lo único que recuerdo es haberle dado a Richard un abrazo de borracho al final de la noche y sufrir una resaca infernal al día siguiente, con mi peor clase para rematar. Pero no me sorprende lo de que Oli estuviera metiendo cizaña, la verdad.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Bone.

—Puede llegar a ser un gilipollas irritante.

—Curioso, eso es lo que el señor Morton dijo de usted —dijo Walker.

Kinross se rio. —Bueno, eso lo convierte en un gilipollas aún más irritante. Siempre pegado a Richard como un gusano adulador. A veces puede ser muy raro. Hacía imitaciones de la gente del trabajo que él cree que son graciosas, pero a mí siempre me han parecido perturbadoras, sinceramente, sobre todo cuando imitaba a Richard, que era siempre de una forma repugnantemente empalagosa. Una vez incluso apareció en una fiesta del personal vestido con el mismo traje azul que lleva Richard y se pasó toda la maldita noche fingiendo ser él. Gracioso durante cinco minutos, y después, simplemente patológico.

—Así que deduzco que no se lleva bien con él, ¿no? —preguntó Bone.

—Manteniendo las distancias, es medianamente tolerable, pero no soportaba la forma en que le hacía la pelota constantemente a Richard. Es enfermizo. Pero Richard le seguía el juego, incluso cuando Oli fue el único profesor de todo el instituto al que le cantaron las cuarenta cuando llegaron los inspectores y pusieron sus clases a caldo. De alguna manera, el gilipollas se las arregló para que Richard se comiera el marrón. Así era Richard.

«—¿Entonces, el miércoles veinte fue el último día que vio al señor Jones?», preguntó Walker.

Kinross asintió. —Sí, en el trabajo. Y como ya le he dicho, me pareció que estaba perfectamente.

—¿Así que volvían a hablarse? —continuó Walker.

—Por supuesto. Ninguno de los dos es rencoroso. Después de tantos años, ambos entendemos cómo funciona lo nuestro.

—Por último, ¿dónde estuvo las noches del veinte y del veintiuno de junio? —preguntó Bone.

Kinross levantó la vista. —Estuve en el Corriemurran Cairn y los menhires para intentar captar el solsticio para el concurso de fotografía.

—¿Cómo subió hasta allí? —insistió Bone.

—Conduje hasta allí por la noche.

—¿Cuándo llegó y cuándo se fue?

—No me lo puedo creer —espetó Kinross—. No tuve nada que ver con la muerte de Richard.

—Solo estamos tratando de establecer el paradero de todo el mundo, señor Kinross. Nadie le está acusando —le tranquilizó Walker.

—Llegué sobre la una de la madrugada, monté el equipo y luego me fui más tarde esa misma mañana, lo suficientemente temprano para volver al trabajo.

—¿Y le acompañó alguien o tiene alguna prueba de que estuviera allí arriba?

—Fui solo. Conduje hasta allí. Acampé solo. Volví a casa en coche. Eso es todo.

—¿Así que no había nadie más en los menhires? ¿Druidas o adoradores del sol? —preguntó Walker.

—Había un pequeño grupo de feriantes al otro lado del valle, pero no me acerqué. Mi equipo vale miles de euros y no me fío de ninguno de ellos.

—¿No paró a echar gasolina o a por comida?

—Oh, vamos, inspectora. Esto empieza a molestarme de verdad —se quejó Kinross—. No, conduje directamente hasta allí.

—¿Y las fotografías? ¿No tendrían una marca de tiempo? —insistió Walker.

—Al final no hice ninguna. Monté el equipo y esperé, pero al final la luz no me convencía, así que lo recogí todo y volví a casa. —Miró su reloj—. Lo siento mucho, detectives, pero de verdad que tengo que ir a trabajar. A primera hora tengo una clase de segundo que quemará el instituto si no estoy allí.

—De acuerdo —dijo Bone—. Gracias por su cooperación. Y, entretanto, si se le ocurre cualquier otra cosa, por favor, no la oculte, o lo llevaré ante el tribunal del Sheriff más rápido de lo que se tarda en decir «despido fulminante», ¿entendido?

Walker le tendió su tarjeta. —Esa es una línea directa a la sala de operaciones.

Kinross cogió la tarjeta y se quedó mirando el logotipo de la Policía de Escocia en el anverso. —No puedo creer que esto esté pasando. Parece tan… —Se calló, sin encontrar las palabras.

—Bien, le dejamos que se vaya. Ya encontraremos nosotros la salida —dijo Bone.

Los detectives se marcharon.

De vuelta en el coche, Bone abrió la puerta y se detuvo. —¿Qué piensas?

—Vanidoso, egocéntrico, frío, un poco nervioso y completamente falto de protocolo social —replicó Walker.

—Es extraño irse a trabajar después de una noticia tan devastadora sobre su compañero —dijo Bone, subiendo al coche.

—Y una coartada muy floja. —Walker entró y cerró la puerta—. Quiero decir, ¿cargarías con todo ese equipo montaña arriba para no hacer ni una sola foto?

Bone la miró. —¿Nuestro asesino?

—Físicamente es capaz. No me gustaría tener un «forcejeo», como él lo llamó, con él, digámoslo así, ni siquiera con el hombro a lo Robocop. Pero me cuesta encontrar el porqué.

—Quizá tome esteroides. Eso podría volverlo agresivo —sugirió Bone.

—No parece el tipo de persona que haría trampas así. Más bien del tipo que sigue las reglas, un gestapo.

—¡Ay, Dios, este caso! —se quejó Bone.

—Sí, pero nos encanta, ¿a que sí? —dijo Walker con sorna.

Bone sacó el Saab del callejón sin salida marcha atrás y volvió a la carretera principal. Se agachó y pulsó el botón del reproductor de cartuchos retro de los setenta que tenía bajo el salpicadero.

—¿Qué haces? —preguntó Walker.

—A que no adivinas lo que encontré en un mercadillo el otro día —sonrió Bone.

—Por favor, no me digas que vas a poner otra vez uno de tus clásicos del jazz.

—Oh, algo un poco más moderno que eso —dijo, y pulsó el botón de reproducción.

El aparato hizo un «clac» y el coche se llenó con los primeros compases de *Rhinestone Cowboy* de Glen Campbell.

—Tienes que estar de broma —se quejó Walker por encima del estruendo.

—Dos libras. La caja está en la puerta, a tu lado. —Bone se aclaró la garganta y cantó desafinadamente al son del suave acento

nasal de Campbell.

—Oh, Dios mío, así debe de ser el infierno. —Walker le dio la vuelta a la gruesa y amarillenta caja del cartucho, con una foto desvaída de Campbell a horcajadas sobre un caballo mientras tocaba una guitarra.

—Vamos, sabes que te encanta —gritó Bone por encima del arrollador sonido de las cuerdas.

Walker soltó una risita.

—Ahí lo tienes, ¿ves? Es contagioso —dijo Bone.

—No, no es eso. Estoy pensando en la versión de Billy Connolly.

—¿Te acuerdas de esa?

—Mi padre era un gran fan de Connolly. Hacía que todos cantáramos su versión. —Cantó un par de versos alternativos más groseros.

Bone se rio y se unió a ella en el estribillo, al estilo del Gran Yin.

Tomó el siguiente desvío hacia la calle principal y aceleró cuesta abajo; ambos cantaban ahora a pleno pulmón.

El coche se acercó al cruce de abajo y el semáforo se puso en rojo. Pisó el freno. Nada. Volvió a pisar el pedal, pero el Saab siguió acelerando.

—El semáforo en rojo —interrumpió Walker su canto y señaló el cruce con la cabeza.

—No tengo frenos —replicó Bone, bombeando el pedal frenéticamente.

El cruce se cernía ante ellos, con el tráfico fluyendo en ambas direcciones.

—Tira del freno de mano —le instó Walker. Le dio un puñetazo al reproductor de cartuchos y detuvo a Glen en mitad de un canto tirolés.

Bone obedeció, pero el coche siguió bajando la colina como un tren sin control. Una madre que empujaba un cochecito de bebé se adentró en la calzada justo delante. Bone le tocó el claxon a la mujer. Ella levantó la vista y su cara se llenó de pánico. Tiró del

cochecito hacia atrás, pero la rueda se enganchó en el bordillo. Bone dio un volantazo y el coche pasó rozando a ambos por un pelo.

—¡Fuerza la segunda! —gritó Walker por encima del rugido del motor, con el pánico claramente subiendo por su garganta.

Bone tiró de la palanca, y la caja de cambios crujió y chirrió, pero se negó a engranar. El coche se saltó el semáforo y llegó al final de la cuesta con tal fuerza que el morro lanzó chispas al aire.

—¡Joder! —rugió Bone, y el Saab cruzó la intersección en línea recta, esquivando por poco una furgoneta blanca que cruzaba justo delante.

Un autobús frenó con un chirrido mientras los aterrorizados detectives pasaban dando tumbos. El autobús rozó la esquina trasera del Saab y el coche dio un trompo, inclinándose sobre dos ruedas y acabando en la acera junto al paso de peatones. Por suerte, los que esperaban a que el semáforo cambiara acababan de cruzar. El coche se estrelló sobre sus cuatro ruedas con un fuerte estruendo y finalmente se detuvo. Bone y Walker permanecieron en silencio un momento, mirando por la ventanilla.

Unos cuantos peatones se acercaron corriendo.

Uno llamó a la ventanilla de Bone y articuló: «¿Está bien?».

Bone bajó la ventanilla.

—¿Están bien? —repitió el corpulento albañil, que acababa de salir de su furgoneta blanca.

Bone miró a Walker, que resopló aliviada. Ambos salieron lentamente del Saab. Bone levantó las manos. Le temblaban.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó Walker y se apartó el pelo de la cara.

Bone negó con la cabeza.

—Este maldito coche. Te he dicho muchas veces que hay que llevarlo al desguace —protestó Walker.

Bone se volvió hacia el albañil. —¿Era usted el de la furgoneta?

—Sí, he pensado que nos matábamos los dos —dijo el albañil, desconcertado—. Joder, ¿no han visto el semáforo en rojo?

—Los frenos —dijo Bone, y caminó tambaleándose hacia el autobús que había aparcado a un lado de la carretera, justo después del cruce. El conductor salió de la cabina.

—Lo siento muchísimo. Me han fallado los frenos —dijo Bone.

—Le he dado un golpe en la parte trasera —replicó el conductor, claramente afectado.

El Saab tenía una gran abolladura en la esquina trasera. —¿Están bien sus pasajeros?

—El autobús está vacío, gracias a Dios. Iba de vuelta a la cochera —respondió el conductor, frotándose el cuello.

Justo en ese momento, un coche patrulla se acercó con la sirena puesta y se detuvo en medio del cruce para bloquear el tráfico. Dos agentes se bajaron. Bone se acercó a ellos.

—Me han fallado los frenos del coche —repitió Bone, y señaló su orgullo y alegría, que descansaba en un ángulo abatido, medio fuera del bordillo.

—¿Inspector Bone? —preguntó uno de los agentes.

—Sí, la inspectora Walker y yo íbamos de vuelta a la comisaría —confirmó Bone.

Walker apareció a su lado.

—Parece que han tenido mucha suerte de salir ilesos. El testigo que ha llamado dijo que iban a toda pastilla cuando llegaron al cruce.

—Los frenos han fallado en lo alto de la calle principal. —Bone negó con la cabeza.

La segunda agente se acercó, con un alcoholímetro en la mano.

—Lo siento, señor, pero voy a tener que hacer esto —dijo la joven agente, con la cara un poco sonrojada por la vergüenza.

—Oh, vamos. ¿Es necesario? Estamos de servicio.

—Me temo que sí, señor. Si no lo hago, podrían acusarnos de trato preferente o algo peor.

—Vale, entiendo lo que dice.

—Pensaba que los detectives teníais que usar los coches de la comisaría —dijo el primer agente, haciendo una mueca al ver el Saab—. Dios, me encantaría conducir ese GTI al que tenéis acceso allí.

La agente manipuló el alcoholímetro un momento y se lo entregó a Bone. —Lo siento, señor. Si pudiera soplar largo y tendido.

Bone cogió el aparato y se lo llevó a los labios. Justo en ese momento, un hombre se abrió paso entre la pequeña multitud que se congregaba alrededor de la escena, levantó una cámara con un teleobjetivo y le sacó una foto a Bone en plena acción. Walker se dio la vuelta.

—¡Eh! —gritó.

El fotógrafo siguió haciendo fotos. Ella corrió hacia él, pero el hombre retrocedió entre la multitud. Lo persiguió. El hombre corrió hacia un coche y se metió, y Walker corrió tras él, pero el coche se alejó a toda velocidad con un bocinazo. Walker se detuvo, jadeando. Un brazo apareció por la ventanilla del conductor y una mano le hizo una peineta.

—McKinnon —resolló Walker, dándose cuenta de que era uno de sus lacayos—. Mierda. —Volvió junto a Bone para darle la noticia—. Creo que mañana podrías ser la noticia principal en el *Chronicle* —dijo.

Él suspiró y negó con la cabeza. —Maldito McKinnon.

—Ha dado negativo, señor —dijo la agente con un suave suspiro de alivio.

El otro agente, que ahora merodeaba por la parte trasera del Saab, llamó a los detectives.

—¿Ha visto esto, señor? —dijo y se arrodilló junto a la puerta trasera.

Las palabras DEJA EN PAZ estaban arañadas en la pintura.

—Parece que mi coche no tiene la culpa de todo esto, después de todo —dijo Bone—. ¿Podrías llamar a una grúa para que lo lleven a la comisaría y que Criminalística lo examine más de cerca?

—Sin problema, señor.

—Alguien parece muy decidido a asustarnos para que dejemos el caso, señor —dijo Walker.

—Oh, qué poco nos conocen, Rhona —gruñó Bone.

Se volvió hacia el mensaje en la pintura. A primera vista, aunque los arañazos estaban por todas partes, el estilo parecía similar al del grafiti de la pared del dormitorio de Bone, con discrepancias de estilo entre la primera y la segunda palabra.

—Bueno, creo que después de este viajecito movido nos hemos ganado un café, ¿no te parece?

—Creo que sí. —Walker asintió—. Invito yo.

—Pues claro que sí —sonrió Bone.

Veintitrés

Cuando Bone y Walker regresaron a la sala de operaciones, Baxter los llamó desde su mesa.

—Señor, los de la Científica le buscaban. Acaban de completar la autopsia inicial de la víctima.

—El justo no tiene descanso —dijo Bone con un suspiro—. De acuerdo.

—Señor, he estado en informática forense —dijo Harper.

—¿Y?

—El portátil estaba limpio, solo correos y archivos del trabajo, y el historial de búsqueda de Jones era todo búsquedas sobre medioambiente y temas relacionados con geografía. Sin embargo… —Hizo un gesto a Bone y a Walker para que se acercaran a su mesa —. La memoria USB recuperada de detrás de la bañera tenía un contenido interesante.

Esperó a que ambos estuvieran frente a él para continuar.

—Adelante —dijo Bone, intrigado.

—Solo había una carpeta en el lápiz de memoria, sin nombre. Estaba protegida con contraseña, pero, tras toquetear un poco, conseguimos entrar.

—Querrás decir que *tú* conseguiste entrar —dijo Bone.

—Encontramos una serie de grabaciones de vídeo. Espere. — Harper tecleó y, momentos después, el monitor se llenó con una

vista cenital y granulada de una calle por la noche, con una figura de pie bajo una farola.

—¿Es la calle de Jones? —preguntó Bone.

Harper asintió. —Supongo que la grabación se hizo desde la ventana del salón o del dormitorio de Jones. —Pulsó el botón de avance rápido—. Hay unas cuantas, y las fechas y horas de cada grabación se muestran en la parte inferior; cada pocos días, normalmente sobre la medianoche.

—El calendario —dijo Walker.

—Correcto, sí. La Científica ha relacionado las anotaciones del calendario con las grabaciones.

Bone escrutó la lúgubre imagen en movimiento. —¿Podemos identificar a la figura? —preguntó.

—Hemos pasado la grabación por varias aplicaciones de limpieza de imagen, pero, por desgracia, el individuo lleva algo que le cubre la cara, una bufanda o un pasamontañas, para ocultar sus rasgos, y el atuendo completamente negro por la noche tampoco ayuda.

—Mierda —se quejó Bone—. ¿Has tenido tiempo de contactar con tu amiga la perito calígrafo?

—Pues sí, y ha pedido más información, imágenes y, si es posible, muestras de la escritura de cualquier sospechoso para poder realizar un análisis comparativo.

—¿Puedes encargarte de eso y luego subir al instituto y pedir a los compañeros de Jones que proporcionen algunas muestras de su escritura?

—¿Qué digo si preguntan por qué?

—Simplemente diga que ayudará a descartarlos de nuestras pesquisas.

—Sí, señor. Me pongo a ello.

—Buen trabajo con el vídeo, agente detective Harper. Algún día llegarás a ser un gran detective. —Bone sonrió con suficiencia.

Se dirigió de nuevo hacia la puerta.

—¿Quiere que le acompañe a ver al hombre de negro, señor? —preguntó Walker.

—¿Para que me lleves de la mano?

—Algo así, sí —sonrió Walker.

—Soy un poli de homicidios curtido y hastiado del mundo; puedo con ello. —Con una mueca, Bone se dio la vuelta y se marchó.

Veinticuatro

Como de costumbre, Cash hacía tiempo en el pasillo exterior de la sala de autopsias, vestido de pies a cabeza con su bata de carnicero negra e impermeable y unos cubrepantalones a juego.

—Buenas tardes, Duncan. Nos volvemos a encontrar —dijo mientras Bone se acercaba.

—Desde luego —respondió Bone.

—Pasa, por favor —dijo Cash, haciéndole entrar.

Bone se estremeció y siguió a Cash a través de la sala en penumbra hasta una mesa de exploración con el cadáver desnudo bajo el intenso foco de una lámpara quirúrgica.

—Siento que hayamos tardado tanto. Ha sido una auténtica pesadilla sacar a este pobre desgraciado de la ladera sin contaminar el cuerpo ni ninguna prueba que pudiera quedar. Pero bueno, aquí está —dijo, contemplando el cuerpo grisáceo e hinchado que tenía delante.

Bone retrocedió.

—Y aquí estamos. —Respiró hondo.

—Bueno, como puedes ver, lo hemos abierto en canal y hemos hurgado un poco por dentro —Cash señaló la profunda cicatriz cosida con lo que parecían cordones de bota, que iba desde la clavícula hasta la parte baja del abdomen y luego le cruzaba el pecho—. Te aliviará saber que te he hecho un cosido rápido antes de

que llegaras, para ahorrarte un viaje a mi cubo de allí. —Cash sonrió de oreja a oreja.

—¿A que nunca he vomitado? —preguntó Bone, sorprendido.

—Bueno, estuvo aquella vez que tuvimos que rebuscar entre los restos licuados de aquel pensionista. Creo que ese fue un punto especialmente bajo en mi brillante carrera.

—Oh, Dios, no me lo recuerdes. El sonido que hacían tus manos al sumergirse. —A Bone le dieron arcadas.

—¿A que es extraño pensar en toda esa vida y amor y ambición y deseo reducidos a un cubo de gelatina maloliente? —Cash negó con la cabeza.

—Vale, basta de recuerdos. ¿Nos ponemos manos a la obra? —intentó atajar Bone otra de las crisis existenciales de Cash.

—Hay una fractura en el foramen supraorbitario, justo encima de la ceja izquierda, aquí. —Cash golpeó suavemente el cráneo con su dedo enguantado.

—¿Fue esa la causa de la muerte?

—Espera —le interrumpió Cash. Le giró el cuello hasta que la cabeza quedó inclinada en un ángulo antinatural—. Será mejor que vengas por aquí para verlo bien —añadió.

Bone obedeció a regañadientes.

—Aquí puedes ver un segundo golpe, con una fractura pronunciada en el hueso parietal. La forma de la marca de penetración aquí indica un objeto contundente, como un martillo.

—Entonces, ¿cuál fue primero, el de delante o el de detrás? —Bone se quedó mirando el boquete en el cráneo de Jones—. ¿Cuál fue el golpe mortal?

—Ninguno —replicó Cash—. El examen de sus órganos vitales muestra claramente que Jones murió ahogado. Te lo enseñaré.

Se dirigió a una nevera de un tamaño alarmantemente grande y tiró de la doble palanca. Al abrirse la puerta, una nube de vaho helado emergió y lo rodeó como un efecto especial en una película de la *Hammer*. Regresó con una bandeja y la colocó en una mesa de inspección junto a la camilla. Dos pulmones limpiamente seccionados descansaban uno al lado del otro en el centro. Se

inclinó y, cogiendo uno de los pulmones, lo apretó suavemente. Un líquido sanguinolento y amarillento manó de los conductos cortados.

—Tiene los pulmones llenos de agua hasta los topes, lo que indica que nuestra víctima se ahogó, aunque la fractura en la parte posterior de la cabeza probablemente lo habría matado de todos modos al final.

—¿En la poza de la cascada? —preguntó Bone.

—No puedo estar cien por cien seguro de esto, y estamos analizando el líquido de los pulmones, pero diría que todavía estaba vivo, aunque posiblemente inconsciente, cuando lo crucificaron en la pared detrás de la cascada. Puede que el asesino le inclinara la cabeza para que el torrente de agua que caía sobre él lo ahogara y, de paso, y esto es un fastidio, arrastrara gran parte de las pruebas forenses que necesitamos.

—¿Así que estás diciendo que a Jones le atizaron y, mientras aún estaba vivo, se cayó, tropezó o fue arrastrado a la poza, izado a esa plataforma, clavado a la pared del acantilado y abandonado allí para que se ahogara?

Cash desvió la mirada hacia abajo por el cuerpo.

—¿Ves estas marcas de arañazos aquí en las rodillas de la víctima?

Bone se inclinó.

—Esto es solo una suposición profesional a estas alturas, pero viendo el tipo y el estado de los arañazos, diría que nuestro hombre pudo haber trepado él mismo hasta el saliente —continuó Cash.

—¿Así que no lo arrastraron?

—Piénsalo, Duncan. Estás en una poza profunda, y te están cayendo encima varios miles de litros de agua por segundo. ¿Arrastrarías de frente a un hombre inconsciente de constitución y peso superiores a la media hasta un saliente resbaladizo?

—¿Entonces intentaba huir de su asesino?

—Ese es un escenario más realista y probable. —Cash chasqueó los dientes—. Pero hay una cosa más.

—Siempre hay algo más. —Bone puso los ojos en blanco.

Volviendo al cráneo magullado y maltrecho de Jones, Cash le inclinó el cuello hacia atrás y, con una espátula, le abrió la boca a la

fuerza.

—¿Recuerdas que les pedí a los buzos que echaran un vistazo rápido aquí dentro? —dijo—. Bueno, cuando me sumergí, por así decirlo, descubrí que faltan dos centímetros de la punta de la lengua de la víctima: un corte limpio y uniforme, como un bisturí en la piel. ¿Lo ves? —Alargó el brazo y ajustó la lámpara.

Bone se asomó a la boca abierta de Jones. —¿Qué era esa cosa que colgaba y que vimos en el vídeo?

—Ah, sí, más intriga —dijo Cash—. Sujeta esto un segundo. —Invitó a Bone a coger la espátula.

Bone la aceptó a regañadientes y, mientras seguía haciendo palanca para mantener abierta la mandíbula de Jones, Cash devolvió los pulmones a la nevera y luego se dirigió a una fila de cajones debajo del depósito de cadáveres. Abrió uno, sacó una segunda bandeja y la colocó en la mesa de inspección. A Bone le temblaba la mano, y la mandíbula de Jones castañeteaba como si la víctima intentara hablar.

—¿Puedes con eso? —preguntó Cash.

—Sigue de una vez —le apremió Bone.

Cash le quitó la espátula a Bone, la retiró y cerró suavemente la mandíbula de Jones. Bone dejó escapar un silencioso suspiro de alivio.

—Vale, he sacado esta brida de la parte posterior de lo que queda de la lengua de la víctima —dijo Cash, y con unas pinzas, cogió el objeto de la bandeja. Tirando suavemente de la tira, le dio la vuelta.

Bone distinguió unas diminutas marcas en la cara inferior.

—¿Es una letra «D»? —preguntó.

—Sí, hay un mensaje. He sacado un par de primeros planos. —Volviéndose hacia la pared, encendió un monitor y ajustó el ángulo para que Bone pudiera ver. Cogió un mando a distancia y pulsó un par de botones.

La pantalla permaneció en negro.

—Mierda —exclamó Cash—. Tenía esto preparado para ti. Espera un segundo.

Siguió toqueteando, y entonces la pantalla cobró vida. El resplandor de la lámpara de exploración dificultaba la visión de Bone.

—Deja que acerque esto un poco más —dijo Cash, y desplazó el soporte extensible por encima del cuerpo hasta que la pantalla quedó justo delante de ellos.

Un primer plano de la brida llenó la pantalla, y las palabras emborronadas por el agua, DEJA EN PAZ, escritas a mano a lo largo de la misma, eran ahora claramente visibles.

—Mierda —masculló Bone.

—El análisis forense de la caligrafía indica que esto se ha escrito con un rotulador permanente muy fino; de ahí que sobreviviera al diluvio. —Cash levantó la vista—. Parece que el señor Jones había importunado a alguien.

—Lo suficiente como para matarlo —añadió Bone.

—Efectivamente. —Cash asintió.

—Pero ¿qué significa eso de *deja en paz*? —se preguntó Bone, casi para sí mismo.

—¿«Déjame en paz», «déjalo en paz», «deja en paz lo que sea que estés haciendo», o si no...? —Cash se encogió de hombros.

—¿Y por qué tomarse toda esa molestia en medio de una puta cascada para crucificar a alguien, luego cortarle la lengua y atarle una puta brida?

—Es un lunático, obviamente, pero quizá sea algún tipo de referencia idiomática, ya sabes, como «¿te ha comido la lengua el gato?» o...

—Por la boca muere el pez —le interrumpió Bone.

—Ahí está, esa, sí. Alguien se está quedando con nosotros.

—¿Algo más? —preguntó Bone con otro suspiro.

—Aparte del trágico y violento ciclo de la condición humana del que tenemos que ser testigos día sí, día también, eso es todo por ahora. —El ceño de Cash se frunció aún más—. Siempre me parece asombroso el nivel de depravación al que puede llegar el ser humano. Quiero decir, aquí tenemos a un hombre en la flor de la vida, un héroe local muy querido, masacrado, ¿para qué?

—Por uno de los sospechosos habituales, sin duda: dinero, amor, envidia, codicia —sugirió Bone.

—Damos vueltas y más vueltas, como en una noria demoniaca y letal. —Cash volvió a echar la sábana sobre el cuerpo, como un mago ligeramente trastornado, y lo metió de nuevo en su ataúd improvisado en la pared. Se volvió hacia Bone—. Somos una especie defectuosa y rota. —Cerró la puerta del depósito de un portazo.

—Vale, gracias, y mantenme informado —dijo Bone, intentando de nuevo detener otra de las clásicas peroratas de Cash.

—Quiero decir, ¿qué somos en realidad? —Cash se encogió de hombros—. Instrumentos de un mal sádico.

—Te dejo seguir, entonces —dijo Bone y salió a toda prisa.

Bone entró a grandes zancadas en la sala de operaciones y se topó de bruces con Baxter, que acechaba detrás de la puerta. Retrocedió sorprendido.

—¡Joder, Sheila, no hagas eso!

—Lo siento, señor. Venía a buscarle. Los servicios de emergencia acaban de recibir una llamada de la propiedad de Oliver Morton. Ha habido algún tipo de incidente.

—¿Qué tipo de incidente? —preguntó Bone.

—La persona que ha llamado ha informado de la presencia de un intruso.

Bone regresó a toda prisa por el pasillo. Estaba a punto de llamar a Walker cuando la vio bajar de uno de los coches de servicio.

—¡A casa de Morton, ahora! Conduce tú —le gritó.

Walker volvió a meterse en el coche.

Veinticinco

Cuando llegaron a casa de Morton, ya había dos coches patrulla en el lugar. Walker aparcó y los inspectores salieron de un salto y corrieron hacia un agente que subía por la calle en dirección a la casa.

Bone alzó su acreditación. —¿Qué está pasando? —le preguntó al ajetreado y sofocado agente. —Ha habido un allanamiento de morada y una agresión a los ocupantes. Estamos intentando encontrar al agresor —dijo el agente entrecortadamente—. El propietario cree que ha huido por la parte de atrás. No hay rastro por allí.

Los inspectores entraron a toda prisa en la casa; la puerta estaba abierta de par en par. Un agente se giró para detenerlos.

—Inspector jefe Bone e inspectora detective Walker —gritó Bone.

—Lo siento, señor. Uno de los residentes, un tal señor... —empezó el agente.

—Morton, sí, ya lo sabemos —lo interrumpió Bone.

—Lo hemos encontrado en el jardín con una herida en la cabeza, muy afectado. Está ahí dentro —el agente señaló la cocina—. Y una segunda residente, su madre, creo, está arriba en un dormitorio con una agente. El señor Morton cree que el intruso salió por piernas por la puerta trasera hace unos veinte minutos.

Los inspectores entraron corriendo en la cocina. Morton paseaba de un lado a otro, con la sangre manando de un profundo corte en

la frente.

—¡Se ha ido por ahí! —gritó Morton, señalando la puerta trasera abierta—. ¿Mi madre está bien?

—¿Dónde está? —preguntó Walker.

—Está arriba, descansando.

Bone le hizo un gesto a Walker para que fuera a comprobarlo mientras él salía corriendo al jardín trasero. Había un agente de uniforme junto al muro del fondo.

—Dos de mis compañeros han saltado y están registrando el sendero y el campo, señor —dijo el agente.

Bone se estiró y se asomó por encima del muro. Los agentes, al otro extremo del campo, corrían como pollos sin cabeza. Ambos desaparecieron en una arboleda.

Al volver a entrar, Bone observó que uno de los cristales de la puerta trasera había sido reventado, y había trozos esparcidos por el suelo de linóleo. Dentro, Morton seguía paseando de un lado a otro.

—Tiene que sentarse, señor Morton, y dejar que le ponga algo en ese corte tan feo —dijo Bone. Vio un rollo de papel de cocina y, cogiéndolo, arrancó un par de hojas—. Siéntese, por favor —repitió.

—¡No, necesito saber si mi madre está bien! —gritó Morton, apartándolo de un empujón.

Apareció un sanitario y le bloqueó el paso.

—¡Eh, quieto! ¿Adónde vas? —dijo el sanitario, mirando fijamente la herida sangrante.

—¿Dónde está mi madre? ¿Está bien?

—Mi compañera la está atendiendo. Está bien. Tenemos que ocuparnos de usted. Vuelva adentro —insistió el sanitario.

El sanitario cogió a Morton del brazo, lo llevó de vuelta a la cocina, lo sentó y empezó a curarle la herida.

Los dos agentes regresaron del jardín.

—Ni rastro —dijo uno de ellos.

—¿Habéis dado el aviso? —preguntó Bone.

—Sí, señor —confirmó el agente—. Con suerte, no llegará muy lejos a plena luz del día. El sendero de ahí arriba no tiene salida.

Bone se volvió hacia Morton. —¿Qué ha pasado, Oliver?

—¿Está seguro de que mi madre está bien? —le preguntó Morton de nuevo al sanitario.

—Vamos a curarte primero, ¿vale? —respondió el sanitario, atendiéndole la herida.

—Oliver —repitió Bone.

—Estaba en el desván y oí un alboroto tremendo. Mientras bajaba por la escalera de mano, vi a un hombre con un chándal negro con capucha agrediendo a mi madre en el descansillo. Intenté agarrarlo, pero me golpeó con algo y me derribó. Cuando me puse en pie, lo vi bajar corriendo las escaleras. Lo perseguí, pero fue demasiado rápido. Salió por la parte de atrás y saltó el muro. Llamé al novecientos noventa y nueve con el móvil y fui a ver si mamá estaba bien, pero se había encerrado en su dormitorio. Aporreé la puerta una y otra vez, pero no respondía. Espero que no se haya desmayado o que no le haya hecho daño. Por favor, dime que no le ha hecho daño.

Un segundo sanitario apareció en la puerta. —Su madre está bien, señor Morton. Solo está en estado de *shock*.

—Oh, gracias a Dios. ¿Puedo verla? —Morton hizo ademán de levantarse.

—No, vuelve a sentarte, Oliver. Solo tenemos que comprobar que no tienes una conmoción cerebral.

Bone regresó al pasillo. Walker bajaba las escaleras a su encuentro.

—Está bastante afectada —dijo Walker.

—¿Le ha dicho qué ha sucedido?

—Muy poco. Ha dicho que no vio al intruso, así que no hay identificación. Tiene un ojo morado bastante feo. Creo que los sanitarios van a llevarla al hospital para tenerla en observación.

Bone salió por la puerta principal. Había llegado otro coche patrulla y más agentes corrían de un lado a otro por la calle.

En la carretera principal, un coche pasó con las luces intermitentes y las sirenas a todo volumen.

Walker apareció en la puerta principal. —Señor, venga a ver esto.

Bone la siguió al interior.

En el salón, ella pasó por encima de libros y papeles esparcidos por el suelo hasta llegar a una pequeña mesa de comedor al fondo.

—Esto —dijo.

Bone se reunió con ella y miró la mesa. Arañadas sobre la superficie de la madera estaban las palabras *DEJAD EN PAZ*. Se arrodilló junto al garabato.

—Qué psicópata más ocupado, ¿no? —dijo finalmente.

—Mucho —respondió Walker.

Se puso de pie y consultó su reloj. —Bueno, que venga el equipo de la científica y les tomemos declaración formal a Morton y a su madre cuanto antes.

Veintiséis

En la sala de incidencias, Bone llamó a su equipo, pero antes de que pudiera hablar, Harper lo interrumpió.

—Señor, traigo noticias —dijo—. Los buzos de la policía acaban de recuperar una cámara de la poza de la cascada. La van a enviar a análisis forense digital.

—Oh, joder. Se van a dormir en los laureles unos días y al final volverán sin nada. En cuanto llegue, baja y diles que le den prioridad, de mi parte.

—De acuerdo, así lo haré —respondió Harper.

—Y cuando ya hayan perdido bastante tiempo... —añadió Bone.

—Le echaré un vistazo —dijo Harper con una sonrisa.

—Efectivamente, señor GCHQ. —Bone se volvió hacia el equipo —. Rhona y yo acabamos de volver de casa de Oliver Morton. Esta tarde, un intruso ha entrado en su casa y los ha atacado a él y a su madre.

—¿Están heridos? —preguntó Mullens.

—Heridas leves y están alterados, pero bien. El intruso escapó antes de que llegaran los agentes. Hay una operación de búsqueda en marcha, pero de momento, ni rastro.

—Entonces, ¿tachamos a Morton de nuestra lista de invitados? —refunfuñó Mullens.

—Eso parece, sí. —Bone se acercó al tablón de incidencias—. El intruso dejó el mismo mensaje grabado en la mesa del comedor. —

Señaló las imágenes de los grafitis—. El equipo de la científica debería de estar de camino, así que con suerte encontrarán algo, pero, por ahora, nuestro prolífico psicópata parece bastante competente a la hora de borrar sus huellas.

—Es solo cuestión de tiempo —dijo Walker.

—Sí, pero tiempo es lo que no tenemos —replicó Bone—. La autopsia ha revelado que, después de que el asesino golpeara a Jones en la cabeza, este sobrevivió al golpe e intentó escapar de su asesino tropezando o cayendo en la poza, y luego trepó hasta el saliente que hay detrás de la cascada. El asesino lo siguió, volvió a golpearlo, dejándolo inconsciente, y después lo sujetó a la pared con pitones de escalada, colocándole la cabeza de tal forma que el agua de la cascada le cayera directamente por la garganta.

—¿Así que murió ahogado? —preguntó Baxter.

—Sí.

—Qué cosa más jodidamente retorcida —dijo Mullens con una mueca de asco.

—Pura psicopatía —añadió Baxter.

—Eso no es todo —continuó Bone—. El asesino le cortó la punta de la lengua a Jones y le puso una brida en lo que quedaba. —Colgó las fotocopias de las imágenes en el tablón de incidencias.

El equipo se acercó.

—El mismo puto mensaje. ¿Notamos cierto patrón? —bromeó Mullens.

—Estamos tratando con un individuo gravemente desequilibrado —dijo Bone.

—Ya me dirá usted —convino Baxter.

—Parece que todos tenemos suerte de estar vivos —dijo Walker.

—Incluido su hijo —añadió Baxter—. Aunque parece que esa era la intención del asesino, asustarnos para que lo dejáramos.

—Sí, claro, ni de coña va a pasar eso —dijo Mullens.

—Tenemos que trabajar rápido antes de que nuestro amigo vuelva a atacar —insistió Bone—. ¿Alguna noticia del escurridizo hermano Springsteen?

—Nada todavía —respondió Baxter—. Hemos emitido una orden de arresto y se ha alertado a todas las comisarías de la zona,

aunque es muy probable que haya pasado a la clandestinidad.

—O que sus jefes hayan llegado a él primero —dijo Mullens—. Puede que se estén poniendo un poco nerviosos con el otro Bruce en el trullo de abajo, por si se va de la lengua. —Mullens volvió a hacer una mueca—. Oh, ¿por qué habré dicho «lengua»? —Se frotó el estómago—. Esto es peor que aquella vez que mi viejo se comió ese curri pasado y tuve que ir a limpiar su baño «bronceado».

—¡Por el amor de Dios, Mullens! —exclamó Walker—. Cómete algo y sácanos de nuestra miseria de una vez.

—No tienes ni idea de los sacrificios que estoy haciendo —se quejó Mullens—. Y, de todos modos, le prometí a Sandra que me portaría bien. —Se pellizcó de nuevo los michelines.

—¿Desde cuándo te ha frenado eso? No se lo diremos, ¡solo come! Y si se entera, puedes decir que la dieta estaba afectando a tu trabajo y que tu jefe te ordenó que te atiborraras —dijo Walker, y miró esperanzada a Bone.

Bone levantó una mano. —Yo no me meto en eso. —Se volvió hacia su refunfuñón colega—. A ver, Mullens. Es admirable que seas tan leal a tu mujer y, francamente, bastante sorprendente, pero si vas a seguir con tu dieta, ahórrate las quejas, ¿entendido?

—Clarísimo, señor —resopló Mullens.

—Bien. —Bone asintió y se dirigió a Baxter—. ¿Cuánto tiempo nos queda antes de que tengamos que soltar al hermano?

—Las cuatro de la tarde de hoy —replicó Baxter.

—¿Puede pedirle a Gallacher que solicite una prórroga?

—¿Con qué fundamento?

—¡Invéntese algo! —espetó Bone. Respiró hondo—. Lo siento.

—De acuerdo, señor.

—¿Y algo más sobre la vida privada de Jones?

—Aparte del incidente en su fiesta, nada.

—¿Ningún otro trapo sucio? —insistió Bone.

—Limpio como una patena.

—Todos los caminos llevan a callejones sin salida. —Bone se pasó un dedo a lo largo de su cicatriz—. Tendremos que seguir cavando, como siempre —dijo.

Veintisiete

Cuando Bone logró por fin escapar de la comisaría, en lugar de irse directo a casa, se desvió hacia la de Alice para comprobar cómo estaba su hijo y si a ella se le había pasado un poco el enfado. Llamó a la puerta con los nudillos. Los familiares golpes sordos de Michael se acercaron por el pasillo. Al cabo de un momento, la puerta se abrió por fin y Alice salió, entornándola detrás de sí.

—Duncan —dijo ella, sorprendida—.

—Siento haberme presentado así sin avisar, pero me preocupaba...

La cabeza de Michael asomó por el resquicio de la puerta y se escurrió para salir.

—¡Papá! —Le rodeó las piernas a su padre con los brazos.

—¿Cómo está mi campeón hoy? —preguntó Bone mientras lo cogía en brazos.

—Bien. —Le miró directamente a los ojos y le dedicó una amplia sonrisa—. He hecho un Batmóvil de Lego. Me ha ayudado Jeff.

—¿Quién es...? —empezó Bone.

—No puedes seguir haciendo esto —le interrumpió Alice.

Bone levantó la vista.

—¿Hacer qué?

—Ya sabes a qué me refiero. Plantarte aquí sin ser invitado.

—¿Sin ser invitado? Solo soy un padre preocupado que viene a ver cómo está su hijo.

—¿Y de quién es la culpa? —Se acercó al otro lado de Bone para intentar que su hijo no oyera su voz—. Pusiste su vida en peligro —susurró.

—Sabes que no puedo lamentarlo más, pero sigue siendo mi hijo.

Michael se revolvió y Bone le hizo cosquillas.

—Entonces, ¿quién es Jeff? —preguntó Bone.

—¡Para! —Michael soltó una risita y uno de sus característicos pedos a media carcajada.

Bone paró y volvió a dejar a Michael en el suelo.

—¿Quién es...? —repitió Bone.

—Ya te he oído la primera vez —replicó Alice bruscamente.

Justo en ese momento, la puerta se abrió de golpe y apareció un hombre alto.

—¿Todo bien? —dijo el hombre con voz grave y autoritaria.

—Duncan, este es Jeff. Duncan es mi exmarido.

—Jeff es el nuevo novio de mamá —se metió Michael en la conversación.

—No lo es —se sonrojó Alice—. Solo somos amigos.

—No es asunto mío. Encantado de conocerte, Jeff. —Bone le tendió la mano e intentó ocultar sus celos.

—Jeff Bassett. Es un placer conocerlo, inspector —dijo, y le estrechó la mano con vigor—. Menuda desgracia lo que le ha pasado a Richard.

—Jeff es profesor en el instituto, Duncan —dijo Alice.

—¿Qué? —preguntó Bone, retrocediendo ligeramente.

—Doy clases de Lengua, así que no conocía muy bien a Richard —explicó Jeff—. Pero todo el instituto está desolado. Era un miembro del personal muy querido.

—Alice, ¿podemos hablar un momento? —la instó Bone a que lo siguiera hasta la cancela.

—Estoy preparando la cena, Duncan. ¿Qué pasa?

—No tardo ni un minuto. —Bone le sonrió a Jeff, quien le devolvió la sonrisa, mostrando una dentadura blanca y perfecta.

—Tú espérate aquí con Jeff, Michael —le dijo Alice a su hijo.

—Jo, quiero ir con papá —se quejó Michael, agarrándose de nuevo a la pierna de Bone.

—Solo un minuto —repitió Alice.

Jeff tendió la mano. —Vamos, Michael, volvamos a ponerle los propulsores al coche de Batman.

Bone hizo una mueca.

Michael miró a su padre al final del sendero y luego el puño extendido de Jeff y, a regañadientes, volvió a entrar. Alice siguió a Bone hasta la calle.

—¿Qué? —preguntó ella con impaciencia.

—¿Qué de qué? —replicó Bone—. Acaban de asesinar a un profesor del instituto Kilwinnoch, ¿y a ti se te ocurre salir con uno de sus compañeros?

—Aunque no es de tu puñetera incumbencia, Jeff no era un compañero cercano de Richard Jones. Apenas lo conocía. Trabaja en otro departamento. Y no estamos «saliendo». Esto no es la puñetera *Grease*, Duncan.

—Es de mi incumbencia cuando tres miembros del equipo docente del instituto están en nuestra lista de personas de interés y Jeff está ahí dentro, jugando a ser el papá de nuestro hijo.

—Así que es el asesino, ¿es eso? —contraatacó Alice.

—Ya sabes a lo que me refiero. Esto no está bien, no ahora mismo.

—¿Estás seguro de que se trata de proteger a nuestro hijo, algo en lo que no has destacado precisamente últimamente?

—Se trata totalmente de mi hijo, de nuestro hijo. Yo no... —Tomó aire—. No conoces a este tipo de nada. Quizá deberías dejarlo por un par de semanas, hasta que cerremos el caso.

—¿Que lo deje? Pareces un padre victoriano desaprobador. —Alice negó con la cabeza—. Nuestro matrimonio se ha acabado, Duncan. Es hora de que sigas adelante. Creo que el que debería dejarlo eres tú, ¡dejarlo del todo! —Volvió furiosa por el sendero y dio un portazo tras de sí.

—Mierda —gruñó Bone y, sacando el móvil del bolsillo, llamó a Baxter.

—¿Puedes llamar a la directora del instituto Kilwinnoch y preguntarle por uno de sus profesores llamado Jeff Bassett?

—¿Quiere que le pregunte algo en particular?

—Cualquier vínculo con el caso, relación con Jones, lo de siempre. —Inhaló larga y profundamente.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó Baxter.

Pero Bone ya había colgado.

Veintiocho

De vuelta en su piso, Bone retrocedió al acercarse a la puerta improvisada de contrachapado que había instalado el equipo de la Científica. Las marcas de quemaduras y las paredes ennegrecidas alrededor del marco aún se veían. Una agente salió de la penumbra del rellano.

—Buenas noches, señor —dijo ella, asintiendo con la cabeza.

—¿Se han ido ya? —preguntó Bone.

—¿La Científica? —preguntó ella, y echó un vistazo a la cinta de la escena del crimen pegada a la puerta.

—No, los de Domino's Pizza —gruñó Bone. Levantó la vista—. Disculpe, ha sido un día largo.

—Sí, señor, creo que hace un par de horas.

Bone empujó la puerta y se coló por debajo de la cinta.

—No estoy segura de que deba usted entrar ahí. El olor a humo es todavía bastante fuerte —dijo la agente, siguiendo a Bone hasta la puerta.

Él la ignoró, siguió adentrándose en su pasillo quemado y cerró la puerta. Sus zapatos chapotearon sobre la moqueta todavía empapada y el hedor a humo se le pegó a la garganta. Volvió a toser con ahogo. Por suerte, los daños eran mínimos y se trataba principalmente de daños superficiales por el humo. En el salón, se arrodilló junto a su preciado tocadiscos Dansette y comprobó su estado, junto con una pila de elepés apilados al lado. No había

señales de daños. Suspiró, pero el humo se le agarró a la garganta y tosió de nuevo. Corrió a la ventana, la abrió más y respiró hondo varias veces, llenándose de aire puro.

Se quitó la chaqueta, se remangó y fue a la cocina. Sacó un cubo de debajo del fregadero, lo llenó de agua y cogió un paño de cocina. De vuelta en el recibidor, dejó el cubo junto a la puerta y empapó el paño. Estaba a punto de empezar a limpiar las paredes ennegrecidas cuando se detuvo. Un dolor repentino y punzante le atravesó la frente. Se tambaleó hacia atrás, dejó caer el paño y tiró el cubo, derramando su contenido sobre una moqueta ya empapada. Cayó de espaldas contra la pared y se deslizó hasta el suelo.

—¿Se encuentra bien? —le gritó la agente desde el otro lado de la puerta.

Bone se apretó la palma de la mano contra la cicatriz de la sien y cerró los ojos para intentar que la habitación dejara de dar vueltas. La respiración se le entrecortó y el pánico le subió por la garganta. *Hiperventilación.* Buscó el paño húmedo que se le había caído a los pies, se lo apretó contra la cara y respiró profundamente tres o cuatro veces, inspirando y espirando, mientras contaba lentamente de diez a uno, como le había enseñado su terapeuta.

—¿Señor? —volvió a llamarlo la agente de uniforme.

Por fin, su respiración se calmó y el dolor punzante se redujo a un dolor de cabeza sordo y palpitante.

—Bien, estoy bien —respondió Bone sin aliento.

Tras unas cuantas respiraciones profundas más, se puso de nuevo en pie y, usando la pared para estabilizarse, se dirigió a trompicones al cuarto de baño. Desvalijó el armario, del que cayeron al suelo botes, maquinillas de afeitar y paquetes, hasta que localizó el ibuprofeno. En el lavabo, abrió el grifo a tope y bebió agua a tragos. Cuando el pánico remitió un poco más, regresó al salón y se dejó caer en un sillón. A los pocos segundos, se quedó dormido.

Se despertó bañado en un sudor frío, con la camisa empapada pegada al pecho. La pesadilla que estaba teniendo aún le retumbaba en los oídos. Alice estaba de pie junto a la pared cubierta de grafitis, sujetando un bote de espray. Se giró y pintó un segundo mensaje en la pared. Bone intentó levantarse, pero tenía las piernas paralizadas.

Miró a través de la penumbra. Alice sonrió y un reguero de sangre le corrió por la cara. El mensaje decía: *Siempre ganaré yo*. Levantó la mano y le ofreció el bote a Bone. Entonces el sueño se disipó y la habitación, los olores y los sonidos de la realidad regresaron.

Bone consultó su reloj: las 5:42 de la madrugada. Había dormido más de siete horas. Cuando intentó levantarse del sillón, el cuello y los hombros se negaron a moverse. Se estiró y giró con gran esfuerzo y, con un fuerte gemido, consiguió salir del sillón como si fuera un sacacorchos. Forzó las piernas para que lo llevaran hasta el dormitorio. Encendió la luz del techo, se sentó al borde de la cama y estaba a punto de quitarse la camisa cuando vio el grafiti garabateado en la pared, las dos palabras con estilos dispares que lo miraban fijamente.

En el salón, Bone encendió su ordenador portátil e hizo una búsqueda sobre la historia de los estilos de escritura. De niño, le habían enseñado la letra de imprenta, pero siempre había envidiado la hermosa caligrafía de estilo cursivo de la generación anterior. Ahora su hijo también estaba aprendiendo este estilo.

Con unos cuantos clics más, Bone abrió una entrada de blog sobre la alfabetización y el plan de estudios escocés. Al recorrer el texto, vio un encabezado: *El resurgimiento del estilo cursivo*.

Se desplazó por el texto y se detuvo en un gráfico que mostraba la cronología de los estilos, con las fechas de los cambios en el plan de estudios marcadas en una línea de tiempo. Siguió desplazándose y se detuvo en 1992, el año en que el estilo cursivo se reintrodujo formalmente en el plan de estudios.

Guardó la página y volvió al cuarto de baño para ducharse y cambiarse rápidamente.

Veintinueve

Para cuando Bone llegó a la comisaría, la medicación casi le había quitado por completo la migraña. Pero el familiar y sordo martilleo regresó rápidamente al ver al equipo de prensa congregado frente a la entrada.

—Oh, joder —masculló.

Metió el coche de la dotación en una calle lateral y aparcó. Al salir, se disponía a tomar el callejón que rodeaba el edificio por detrás y que llevaba a la entrada trasera de la comisaría, cuando McKinnon, el reportero del *Chronicle*, apareció de la nada con su fotógrafo/paparazzi al lado.

—Inspector jefe Bone —lo llamó, y corrió hacia él. El fotógrafo alzó la cámara y empezó a disparar.

—Veo que el chaparrón de antes lo ha sacado de alguna alcantarilla, McKinnon —gruñó Bone, apartándolo de un empujón.

McKinnon lo persiguió. —¿Algún avance en sus investigaciones, inspector?

—Hoy se hará una declaración completa sobre el progreso del caso —replicó Bone secamente.

—Los habitantes de Kilwinnoch están perdiendo la paciencia. El señor Jones era un héroe local, mientras que usted, inspector… —dijo McKinnon con desdén.

Bone se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Así que superaba el límite de alcohol, entonces? —la expresión de desdén de McKinnon se convirtió en una sonrisa de absoluto regodeo.

Bone dio un paso hacia él.

—Cuidado, inspector. A no ser, claro está, que le guste verse en nuestros titulares de primera plana.

—Es usted un paria, McKinnon —Bone siguió avanzando por el callejón.

—¿Así que sus jefes siguen confiando plenamente en sus habilidades? —insistió McKinnon—. ¿Y están completamente satisfechos con cómo ha llevado el caso hasta ahora?

—Me da usted pena —dijo Bone, parándose de nuevo—. Debe de ser muy duro ir por la vida con una cara que parece un escroto vacío y arrugado.

—Habló de putas la Tacones, inspector —sonrió McKinnon con suficiencia.

—Y puede decirle a su fotógrafo que si vuelve a acercárseme, le meteré esa caja tan adentro por el culo que se pasará el resto de su triste y miserable vida fotografiándose las amígdalas —Bone siguió su camino a grandes zancadas.

—Siempre me encantan estos momentitos íntimos que pasamos juntos, inspector —le gritó McKinnon a sus espaldas.

Bone se metió por el callejón y atravesó la verja trasera de la comisaría. Una vez dentro del edificio, soltó un fuerte rugido. Un agente que pasaba por allí lo miró sorprendido.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó el uniformado, alarmado.

—¡Flema! —espetó Bone.

El agente hizo una mueca y continuó por el pasillo.

La puerta del despacho de Gallacher se abrió de golpe y el jefe de Bone salió. —¡Inspector jefe Bone, a mi despacho, ahora! —ordenó.

—Mierda —masculló Bone.

—¿Qué demonios es esto? —Gallacher tiró el *Chronicle* sobre su escritorio con tal fuerza que golpeó la fila de bolígrafos y los

desperdigó en todas direcciones—. ¿Estás decidido a cerrar la unidad y a mandarme a la tumba antes de tiempo?

—Ayer por la mañana, la inspectora detective Walker y yo volvíamos de interrogar a un posible sospechoso y fallaron los frenos del Saab —empezó a explicar Bone.

—¡Ese trasto! —bramó Gallacher—. No sé cuántas veces te he dicho que uses uno de los coches de la dotación. Va contra el reglamento conducir un vehículo particular. ¡Joder!

—Creo que alguien manipuló los frenos. La misma persona que casi mata a mi hijo —protestó Bone.

Gallacher se dejó caer de nuevo en su silla y se alisó el pelo, excesivamente lacado.

—Por favor, dime que estabas por debajo del límite —pidió Gallacher.

—Por supuesto que sí.

—Es que nunca sé por dónde te da el aire, Duncan. Sé que si alguien intentara hacerle daño a mi hijo, yo estaría fuera de mí de la rabia.

—Estoy canalizando mi «rabia», como usted la llama, en atrapar al psicópata o psicópatas que mataron a Jones y que están intentando intimidarnos —replicó Bone.

—Para serte sincero, habría sido muchísimo más fácil lidiar con esto si te hubieras estampado… Esto es un puto desastre aún mayor —Gallacher golpeó el periódico con el puño y más bolígrafos cayeron del escritorio—. Joder —masculló, agachándose a recogerlos.

—Bueno, es reconfortante saberlo. Lo intentaré la próxima vez —suspiró Bone.

—Lo siento, Duncan, pero ya ves lo horrible que parece esto.

—Yo soy el que está en primera plana, señor. Esto no es más que otra de las vendetas de esa rata de alcantarilla de McKinnon contra mí.

—¿Qué pasa contigo y ese puto periodista? —dijo Gallacher, volviendo a alinear los bolígrafos en el escritorio.

—No tengo ni idea, pero me pasaría encantado veinte años en la prisión de Braefells solo por ver a esa tenia morir lenta y dolorosamente.

Gallacher negó con la cabeza. —Bueno, vas a tener que hablar con la prensa y aclarar las cosas, porque lo que tenemos aquí es la puta Hiroshima y Nagasaki juntas. Es solo cuestión de tiempo que Laverty exija tu suspensión.

—De acuerdo, señor. Hablaré con ellos más tarde.

—Intentaré calmar las cosas con la jefatura, pero no puedo garantizar que no te aparten del caso o que manden a Asuntos Internos.

—Otra vez no, ¿en serio? —protestó Bone.

—Sí, otra vez —Gallacher se inclinó hacia delante—. Para serte sincero, Duncan, dejé que volvieras el año pasado, pero cada día que pasa me pregunto si estás en forma y a la altura de esto.

—Bajo su insistencia, si no recuerdo mal. Y resolvimos el caso y salvamos la unidad.

—Sí, lo hiciste, pero ¿a qué precio? Y tienes razón, la culpa es mía. Te presioné y me equivoqué.

—Vaya, ¿acaba de admitir un error, señor?

—Ahí está otra vez el listillo de los cojones.

—Por favor, no me aparte del caso, Roy. Lo tengo todo controlado —Bone sonrió para intentar ocultar la ansiedad que se le leía en la cara—. Es ese cabrón de McKinnon el que me ha tendido una trampa. No creo que ni el dalái lama mantuviera la calma con lo que ha hecho.

—Mi prioridad es tu salud, Duncan. Tienes que ser muy consciente de lo que te ha pasado y de dónde vienes, y te digo esto como amigo, no como tu jefe.

Bone se levantó. —Agradezco su preocupación, de verdad, pero como le digo, estoy... —se giró para irse, pero una figura de pie junto a la puerta le bloqueaba el paso.

—¿Estás qué? —preguntó Gallacher.

Bone se movió hacia la aparición, pero esta se negó a moverse. Se detuvo de nuevo. La figura levantó la cabeza y sus rasgos carbonizados y en descomposición emergieron de la capucha. Una sonrisa se dibujó en sus labios quemados y desgarrados y en sus dientes amarillos y negros. Bone se acercó un poco más. La criatura

abrió los párpados, dejando al descubierto unas cuencas negras y vacías. Articuló la palabra *perdedor* y sonrió de nuevo.

—¿Estás bien, Duncan? —insistió Gallacher.

Bone se volvió hacia su jefe y luego hacia la puerta. La criatura había desaparecido.

—Perdone, creía que tenía algo más que decirle.

Gallacher negó con la cabeza y Bone se fue.

Bone corrió por el pasillo hasta los aseos, cerró de un portazo la puerta de un cubículo y vomitó en el retrete.

En el lavabo, se echó agua fría en la cara hasta que las náuseas finalmente remitieron. Recomponiéndose, se dirigió lentamente de vuelta a la sala de operaciones. Pero antes de que pudiera llegar a la puerta, fue interceptado por el sargento de recepción Brody, que parecía extremadamente nervioso.

—Señor, el marido de la sargento detective acaba de llamar. No volvió a casa anoche y está muy preocupado por ella —dijo.

—¿Qué? ¿Cuándo? —tartamudeó Bone.

—El marido de la sargenta detective acaba de llamar —repitió Brody.

—Mierda —exclamó Bone, mientras su cerebro emergía por fin de la espesa niebla roja—. Vale, ¿podría volver a llamarle y decirle que vamos para allá ahora mismo, y mandar también un coche patrulla?

—Señor —respondió Brody, y se marchó a paso rápido.

Bone corrió a la sala de operaciones. —Walker, Mullens, venid conmigo —dijo con urgencia.

—Oh, señor, estoy en medio de...

—Déjalo, Mullens. Mueve el culo.

Mullens puso mala cara y los tres detectives se dirigieron al aparcamiento.

—¿Qué está pasando? —preguntó Walker, intentando seguir el ritmo de Bone.

—El marido de Baxter acaba de llamar para denunciar su desaparición —respondió Bone.

—Me preguntaba dónde estaría. No podía creerme que hubiera llegado antes que ella —dijo Mullens.

Se dirigieron hacia el Golf, pero Walker se desvió hacia el BMW.

—Este nos llevará allí más rápido.

—Iremos en dos coches por si acaso. ¿Mullens? —dijo Bone.

—Mierda. Yo quería el batmóvil —se quejó Mullens—. Pues el carrito de golf será.

Walker abrió de un tirón la puerta del conductor del BMW y se subió; Bone la siguió. Lo arrancó y salió rugiendo del aparcamiento, dispersando a un grupo de periodistas acurrucados junto a la verja. El vehículo de Mullens salió traqueteando detrás de él.

Treinta

La casa pareada eduardiana de piedra rojiza de la sargento detective estaba situada en el pueblo de Kingsburn, a unas tres millas de Kilwinnoch. El marido de Baxter, Jim, solía trabajar en la ciudad, pero su mala salud le había obligado a jubilarse anticipadamente. Cuando subieron a toda prisa los escalones de la entrada, él apareció en la puerta en bata y en un estado de agitación, con los mechones de lo que quedaba de su pelo cano ondeando salvajemente al viento.

—Solo ha salido a fumarse un cigarrillo. No lo entiendo. No es propio de ella —dijo, con un tono que se elevaba a la par que su pánico.

—Tranquilo, Jim. Cálmate y cuéntanos qué ha pasado —dijo Bone, y lo cogió del brazo.

Jim se dio la vuelta y se metió en la casa, y los detectives lo siguieron. Los llevó a una cocina estrecha y se detuvo junto a la puerta trasera. Ahora parecía sin aliento, como si estuviera a punto de hiperventilar. Walker acercó una silla y le hizo sentarse.

—Mark, ¿puedes esperar fuera un minuto? Esto está un poco abarrotado —dijo Bone, guiñándole un ojo a Mullens, que asintió con la cabeza y se retiró por el pasillo.

—Ella no iba a... —empezó Jim, pero se quedó sin aire.

—Ahora ve más despacio, Jim —dijo Walker—. Coge aire.

Jim inspiró hondo un par de veces y se dispuso a decir algo de nuevo.

—Un par más —le apremió Walker.

Jim obedeció.

—¿Quieres un vaso de agua?

—No, solo quiero saber dónde está mi mujer. —Jim movía las manos arriba y abajo sobre las rodillas.

—Vale, Jim —intervino Bone—. Cuéntanos exactamente qué ha pasado.

—Anoche, Sheila salió a fumarse el cigarrillo de antes de acostarse, como siempre. Ya no fuma en casa desde mi enfermedad, ¿sabes?

—¿Y a qué hora fue eso? —preguntó Walker.

—Eh... sobre las diez, diez y cuarto. Recuerdo que estaban poniendo las noticias, y es cuando suele salir. No soporta ver las noticias. Dice que para eso ya tiene el trabajo.

—A mí también me pasa —dijo Walker con una sonrisa.

—Entonces, ¿adónde salió? —continuó Bone.

—Solo ahí fuera, al jardín trasero. Estoy todo el día vaciándole los malditos ceniceros. Es un vicio asqueroso, pero es una adicta total. No te imaginas cuántas veces ha intentado dejarlo.

—Y entonces, ¿qué pasó?

—Pues que tardó un poco más de lo normal, así que fui a ver qué hacía, pero no estaba.

—¿Había salido?

—A veces le da el punto y baja a la licorería del barrio a por un chupito si nos hemos quedado sin existencias, pero teníamos de sobra de su bebida favorita. Aunque no te lo creas, le encanta el *advocaat*.

—¿De verdad que todavía fabrican eso? —preguntó Walker.

—Y, de todas formas, siempre me habría dicho que se iba —añadió Jim.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Bone.

—Volví a vestirme y bajé a la tienda del pueblo para ver si la veía por el camino.

—Supongo que no, pero ¿viste a alguien más?

—Solo a un par de adolescentes de por aquí que parecían estar preparándose para intentar comprar alcohol siendo menores.

—Y entonces, ¿qué? —se unió Walker al interrogatorio.

—Pensé que a lo mejor se había pasado por el Golden Fleece a tomarse una copa rápida. Alguna que otra vez lo ha hecho, normalmente cuando un caso la tiene superada, pero tampoco había ni rastro de ella allí, y el dueño dijo que no la había visto.

—¿Había mucha gente en el pub? —preguntó Bone.

—Esto es Kingsburn, inspector. Solo hay gente cuando hay ofertas especiales —resopló Jim—. No, volví a casa y llamé a un par de amigas suyas, antiguas compañeras abogadas con las que todavía queda de vez en cuando, pero tampoco sabían nada.

—¿Y luego?

—Me fui a la cama esperando que apareciera sin más con un cartón de Golden Virginia y una botella de *advocaat*. Pero esperé y esperé, y para cuando salió el sol, estaba hecho un manojo de nervios. Entonces los llamé.

Mullens apareció en la puerta. —Jefe, ha llegado el coche patrulla.

—¿Cuántos agentes? —preguntó Bone.

—Tres, creo.

Bone se levantó y se acercó a él. —Vale, puerta por puerta, y diles que avancen hacia el centro del pueblo —dijo. Luego, inclinándose, susurró—: Pero diles que no alarmen a nadie.

Se volvió hacia Jim, que también se había levantado y miraba ansiosamente a los detectives.

—Tranquilo, Jim, la encontraremos, no te preocupes —dijo Bone, intentando tranquilizar a todo el mundo, especialmente a sí mismo —. ¿Podrías llevarnos a donde Sheila suele fumarse el cigarrillo?

—Sí, claro —dijo Jim enérgicamente, como si se alegrara de tener por fin algo que hacer—. Por aquí.

Llevó a Bone y a Walker por la puerta trasera y, doblando la esquina de la casa, a un pequeño patio con una mesa de bistró metálica y oxidada y dos sillas.

—Si hace buen tiempo, normalmente se sienta aquí, y cuando llueve, se resguarda bajo el alero, ahí. —Señaló con la cabeza hacia

la parte trasera de la casa.

Bone bajó la vista hacia el cenicero del centro de la mesa, rebosante de colillas.

—¿Adónde va eso? —Walker señaló un estrecho sendero de hormigón que atravesaba un césped que necesitaba un corte.

—Solo hasta el final del jardín —respondió Jim.

—¿Puedo echar un vistazo?

—Sí, por supuesto, pero ya he bajado yo a comprobarlo.

Walker se adentró por el sendero mientras Bone desaparecía por un lado de la casa. El camino serpenteaba por la hierba hasta llegar a un alto muro de ladrillo y un cobertizo de metro ochenta por metro ochenta.

—¿Has mirado aquí dentro?

—Sí, pero está hasta los topes.

Walker quitó el cerrojo de la puerta.

—Cuidado —advirtió Jim.

Abrió la puerta lentamente, pero una tumbona se cayó del hueco y aterrizó a sus pies.

—No soy el jardinero más ordenado del mundo —resopló Jim.

Apartando la silla, Walker se asomó al interior. El cobertizo estaba abarrotado hasta el techo de herramientas de jardín y trastos, sin espacio para que nadie pudiera meterse. Retrocedió y forcejeó con la tumbona.

—Déjala —la instó Jim.

Walker la soltó de nuevo. —¿Y qué hay al otro lado de este muro trasero?

—Da al patio del colegio de primaria. Los gamberros tiran los corazones de las manzanas y las bolsas de patatas por encima del muro. Me paso el día recogiéndolos.

Walker pasó la mano por la superficie y, al encontrar un punto de apoyo, trepó. El patio se extendía hacia un edificio prefabricado y el edificio principal de piedra victoriana que había detrás. El perímetro del colegio estaba rodeado por una valla alta. Volvió a bajar de un salto.

—¿Cierran con llave las puertas del colegio todas las noches?

—Creo que sí. Nunca hemos tenido intrusos por ese muro, si es eso lo que estás pensando.

Justo en ese momento, apareció Bone. —¿Algo? —preguntó.

Walker negó con la cabeza.

Sacó el móvil del bolsillo e intentó llamar de nuevo al de Baxter. Un leve tono de llamada sonó desde el otro lado del jardín. Bone miró a Walker y caminaron hacia el sonido; que cesó.

—Mierda. —Bone volvió a marcar su número.

Continuaron atravesando el césped mientras el tono de llamada se hacía más fuerte.

—Es su teléfono, sin duda —dijo Jim, ansioso.

—Parece que viene de aquella esquina de allí —dijo Bone.

Corrieron hacia allí. Volvió a marcar su número. El timbre sonó desde detrás del muro.

—¿Qué? —exclamó Walker, confusa.

—Por aquí —dijo Jim, acercándose a una puerta de hierro oxidada de media altura en la esquina inferior del muro.

—¿Qué es esto? —preguntó Bone.

—La antigua carbonera. Hace años que no la usamos.

Bone tiró de la manilla, pero no se movió.

—Espera, hay un truco para abrirla. —Jim empujó la puerta con el hombro y tiró de la manilla hacia arriba. La puerta se abrió con un fuerte chirrido. Salió una ráfaga de aire húmedo y mohoso.

Bone se asomó, pero estaba todo completamente a oscuras.

—Sheila, ¿estás aquí? —llamó, pero no hubo respuesta.

Trasteando con el móvil, encendió la linterna. El haz de luz reveló un estrecho túnel de ladrillo, como una alcantarilla, que se extendía unos tres metros.

—¿Sheila? —volvió a llamar y, agachándose, se metió dentro gateando. La luz se movía de un lado a otro mientras él avanzaba a trompicones por el espacio—. ¡Sheila!

El haz de luz pasó de largo un objeto en el fondo del almacén vacío. Bone redirigió la luz y esta iluminó la cara de Sheila.

—¡Joder! —gritó Bone y tropezó hacia ella, dándose un golpe en la cabeza contra el techo.

Estaba en el suelo. Tenía las manos y los pies atados y la boca amordazada. Le sangraba la cabeza por una herida de unos siete centímetros en la frente.

—¡Sheila! —Le sujetó la cabeza, que cayó sin fuerzas—. Sheila, ¿me oyes?

Baxter gimió y farfulló unas cuantas palabras.

—¡Walker, aquí! —gritó Bone.

Unos instantes después, apareció Walker.

—Ayúdame a sacarla. Está herida.

Juntos, arrastraron a Baxter fuera de la carbonera y hasta el jardín.

—¡Oh, Dios mío, Sheila! —gritó Jim y corrió hacia ella.

—Quítale esta mierda.

Tiraron y rasgaron la cinta de embalar que tenía alrededor de las manos y los pies, y luego le quitaron con cuidado la mordaza de la boca.

—Pobrecita mía, ¿qué te ha pasado? —Jim cayó de rodillas y le sujetó la cara con delicadeza entre las manos.

Walker llamó a una ambulancia.

—Sheila, ¿me oyes? —dijo Bone, arrodillándose junto a Jim.

Por un momento, la cabeza de Baxter siguió bamboleándose, pero entonces abrió los ojos y miró a su marido y luego a Bone.

—¿Estás bien? —repitió Bone.

—Me duele la cabeza —murmuró, temblando.

—Tienes un corte feo en la cabeza y puede que estés en estado de *shock* —dijo Bone.

Jim se quitó la bata y se la echó por los hombros a su mujer.

—¿Qué hora es? ¿Quién...? —continuó Baxter.

—No intentes hablar.

Baxter se humedeció los labios. —Necesito un piti —dijo finalmente.

Bone miró a su marido. —Creo que está bien —dijo y sonrió.

Unos minutos más tarde, llegó una ambulancia y, mientras los sanitarios sacaban a Baxter por la puerta principal en una silla, Mullens apareció corriendo por la calle.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Más intimidación —respondió Bone—. Cancela la búsqueda. La hemos encontrado.

—Oh, gracias a Dios —dijo Mullens con un suspiro de alivio. Se acercó al equipo que estaba subiendo a Baxter por la rampa a la parte trasera de la ambulancia, con Jim siguiéndolos—. Joder, Sheila. ¿Qué te ha pasado? —preguntó desde un lado—. ¿Te ha atropellado un camión de Golden Virginia?

—No menciones los cigarrillos —gimió Sheila—. Me muero de ganas.

—Bueno, he de decir que me ha decepcionado un poco tu elección de pijama. Siempre pensé que dormías en *tweed* de Harris —bromeó.

Baxter negó con la cabeza y luego gimió de dolor.

—Déjales trabajar, Mark —ordenó Bone.

Mullens retrocedió. El equipo se subió y la ambulancia desapareció calle arriba.

—Esto se nos está yendo de las manos seriamente —gruñó Bone.

—Se queda usted corto, jefe —replicó Mullens.

—Tenemos que pillar a este cabrón antes de que maten a alguien.

—Sí, a uno de nosotros, por lo que parece —Mullens hinchó los carrillos.

Justo en ese momento, sonó el teléfono de Bone.

—¿Y ahora qué cojones pasa? —Apretó el botón con rabia.

—Jefe, soy Brody —dijo el sargento de la recepción.

—¿Qué? —espetó Bone.

—Hay una tal Sra. McKenzie aquí que quiere verle.

—¿Quién?

—La perito calígrafa. Quiere hablar con usted de su informe inicial.

—Qué rapidez. Vale, estaremos allí en diez minutos.

Treinta Y Uno

De camino a la comisaría, un coche patrulla adelantó al de Mullens y le dio el alto. Los dos coches se detuvieron en un apartadero. Un agente uniformado se bajó del lado del conductor y se acercó. Mullens bajó la ventanilla.

—Siento pararle, señor. La comisaría ha estado intentando localizarle.

—¿Qué pasa? —preguntó Mullens—. Y antes de que digas nada, no he comido desde el desayuno, así que ve al grano.

—¿Cómo? —replicó el agente—. No, eh... La comisaría ha recibido una llamada de un agente que se encuentra en casa de su padre. Al parecer, hay un incidente en curso.

—Joder. ¿Y ahora qué ha pasado? —masculló para sí—. ¿Qué clase de incidente?

—No lo sé, señor. Solo me han dicho que le interceptara de camino a la comisaría.

—Vale, gracias. —Mullens subió la ventanilla y salió disparado del apartadero, salpicando de gravilla el chaleco reflectante del agente.

Al girar en la calle de su padre, vio dos coches patrulla, una ambulancia y un camión de bomberos aparcados frente a la casa. Parecía que la mayoría de los vecinos estaban fuera, alineados detrás de un cordón improvisado.

—Maldita sea. —Paró el coche y se bajó de un salto.

—¿Qué está pasando? —preguntó al acercarse a uno de los agentes que estaban junto al cordón.

—¿Sargento detective Mullens? —preguntó el uniformado.

—No, George Clooney. ¿Quién si no? —replicó Mullens mientras levantaba su acreditación.

El agente se hizo a un lado para dejar pasar a Mullens. Junto a la verja de la casa de su padre, se topó con otra agente.

—¿Sargento detective Mullens? —preguntó ella.

—¿Pero qué es esto, el día de «póngale el nombre al culo del detective»? ¡Sí! —bramó—. ¿Queréis hacer el favor de explicarme qué coño está pasando?

—Esta tarde, un vecino ha informado de un hombre en el tejado de la casa de su padre. Dijeron que parecía que iba a tirarse.

—¿Cómo, un suicidio? ¿Mi padre? ¿Estás de broma?

—No, es un hombre joven. Está en la parte trasera de la propiedad. Hay un agente especialista en el jardín ahora mismo, intentando convencerle de que baje.

—Por el amor de Dios, déjame pasar. —Mullens intentó abrirse paso.

—Lo siento, señor, me han ordenado que le envíe por el lateral del edificio para que se ponga en contacto con el oficial al cargo del incidente.

—¿Dónde está mi padre? —espetó Mullens.

—Supongo que dentro de la casa, pero no estoy segura.

Mullens subió corriendo por el sendero lateral y vio a un agente al fondo del jardín trasero mirando hacia el tejado.

El agente se acercó corriendo. —¿Sargento detective Mull...?

—¡Cállate! —le interrumpió Mullens—. Dime qué está pasando y punto. —Se llevó la mano a los ojos para protegerse del resplandor del sol y miró hacia arriba.

Tim, el joven enfermero, estaba encaramado en lo más alto del tejado, aferrado a la chimenea, con su delantal azul de plástico del NHS ondeando con la brisa.

—Tranquilo, hijo. Un agente va a subir para ayudarte a bajar.

—¡No pienso volver a entrar! —gritó Tim.

—No te preocupes. Si quieres que hablemos un poco más, no hay problema. Lo principal es que estés a salvo.

—¡No estoy a salvo! —replicó Tim.

—Tú mantén la calma. Podemos ayudarte a que vuelvas a sentirte seguro. Cuidaremos de ti.

—No, es él, el que está ahí dentro. Va a matarme —respondió el enfermero entre sollozos—. Prefiero arriesgarme y saltar que volver a entrar.

—Nadie intenta matarte. —El agente miró a Mullens.

—¡Claro que sí! —interrumpió Mullens, y corrió hacia la puerta trasera.

—Por favor, no lo haga, señor. Tenemos agentes especializados que pueden encargarse de esto.

—No es un puto suicida; es el cuidador de mi padre. Si fuera yo, también estaría ahí fuera.

—¡Papá! —gritó Mullens. Atravesó la cocina y recorrió el pasillo—. ¿Dónde se ha metido? —masculló para sí—. ¡Papá! —Subió las escaleras de dos en dos.

Una agente apareció desde el dormitorio del fondo. —Señor, por favor, déjenos esto a nosotros —le rogó.

—¿Dónde está mi padre? —insistió Mullens.

—Eh... Está en su habitación, la de al lado. Le dijimos que se quedara ahí por su propia seguridad.

—Por la vuestra, más bien. —Mullens cruzó el rellano hasta el dormitorio de su padre—. ¿Qué demonios has hecho? —preguntó al ver a su padre en otro de sus sillones destrozados, arrinconado en una esquina.

—Nada —dijo su padre, fingiendo inocencia.

—Ah, ¿que solo te apetecía jugar al béisbol? ¿Es eso?

—Ah, ¿esto? —dijo George. Cogió un bate de béisbol que tenía a su lado y dio un golpecito en el suelo con la punta—. Es solo para mi protección personal. Ese pervertido me estaba tocando las partes y en sitios a los que ni a tu madre le dejaba acercarse.

—¡Papá! ¡Te pasas! —exclamó Mullens—. ¿Le has metido un viaje con eso?

—Qué va, solo un recordatorio para que no se acerque a mi hombría.

—Tiene un chichón en la cabeza del tamaño del monte Vesubio.

—Se lo ha hecho al tropezar con mi silla de ruedas.

—Papá, esto es serio. Acabas de amenazar a un enfermero del sistema sanitario, maldito loco.

—Oye, el loco es él, siempre detrás de mí con sus manoplas frías y asquerosas.

—Solo hace el trabajo que tú ya no puedes hacer —dijo Mullens con un suspiro—. Toda la calle ha salido a ver el espectáculo, y ahí fuera hay un montón de expertos que piensan que nuestro amigo está intentando suicidarse.

—Ojalá lo hiciera.

—¡Papá! Ya basta. Dame el bate. —Mullens intentó arrancárselo del puño cerrado de su padre—. Eh, señor, que es mi guardaespaldas. —George siguió resistiéndose.

—Los que necesitamos protección somos los demás —dijo Mullens, y finalmente se lo arrebató—. Gracias. Ahora espérate aquí mientras vuelvo para intentar salvar lo poco que pueda de esta pesadilla y disculparme con ese pobre desgraciado del tejado.

Mullens regresó al dormitorio trasero, donde la agente estaba asomada a la ventana, intentando hablar con el enfermero.

Mullens la hizo entrar. —Déjame hablar con él.

—No estoy segura de que sea buena idea.

Haciendo caso omiso de la agente, Mullens se asomó por la ventana todo lo que pudo hasta que alcanzó a ver al enfermero.

—Tim, soy Mark. Le he confiscado el bate de béisbol y mi padre está atrapado en su sillón. No hay moros en la costa.

El enfermero miró hacia abajo y casi resbala del tejado. —Tu padre es un maldito loco. Me ha perseguido hasta aquí arriba con esa… arma.

—Sí, para ser un anciano enfermo con demencia, se mueve como una pantera cuando quiere —rio Mullens—. Venga, baja.

—No pienso volver a entrar ahí —dijo Tim.

—No, no te muevas. Deja que los bomberos te bajen y te espero abajo, ¿vale?

—Mientras lo mantengas alejado de mí.

—No te preocupes, ya me encargo yo de él.

A regañadientes, el enfermero asintió aceptando, y Mullens hizo una seña a los bomberos para que subieran la escalera extensible.

Cuando por fin rescataron al enfermero de la chimenea del padre de Mullens, un técnico de emergencias le examinó el chichón de la cabeza y le dijo que no era nada grave.

—Lo siento mucho, Tim. Te advertí que mi padre sería un desafío para Gengis Kan y todo su ejército —dijo Mark.

—Subestimé su sigilo.

—Sí, a todos nos ha pasado.

—Solo quiero largarme de aquí e irme a casa —dijo el enfermero, aún alterado, y se retiró hacia su Fiat 500 aparcado al otro lado de la calle—. No te preocupes, no voy a presentar cargos ni nada de eso. Es su demencia, lo entiendo.

—No estoy seguro de que eso dependa de ti. Si los agentes de servicio deciden denunciarlo, el asunto podría ir a más.

—Bueno, yo preferiría olvidar todo el asunto y retirarme mientras siga de una pieza.

—Es muy amable por tu parte. No sé si yo sería tan caritativo —sonrió Mullens.

El enfermero se metió en su coche y se marchó, pasando junto a los distintos vehículos de emergencia.

—¡Se acabó el espectáculo! —gritó Mullens a algunos vecinos que todavía merodeaban junto al cordón.

El agente de prevención de suicidios se acercó a Mullens.

—Antes de que digas nada, mi padre tiene demencia en fase intermedia con tendencias agresivas.

—Ya me lo dices todo. Ese pobre enfermero estaba muerto de miedo.

—Es un absoluto peligro público —gruñó Mullens.

—Bueno, puede que haya llegado el momento de que consideres meter a tu padre en una residencia donde los profesionales puedan tratar con él y sea menos probable que haga daño a alguien en el futuro.

—Lo dudo mucho, la verdad. Pero sí, creo que hasta aquí hemos llegado. Deséame suerte.

—Vas a necesitar más que suerte con él. Te sugiero una armadura —bromeó el agente y, negando con la cabeza, regresó a su coche patrulla.

Treinta y Dos

Una joven vestida con una falda escocesa hasta los tobillos y un chaleco de cuadros recibió a los inspectores en el vestíbulo de la comisaría.

Bone le tendió la mano. —Buenos días, señora McKenzie.

—Supongo que es usted el inspector jefe Bone —preguntó ella, estrechándole la mano con suavidad.

—Sí. Pasemos.

Ella siguió a los inspectores a través de las puertas de seguridad hasta la parte trasera de la comisaría.

En la sala de operaciones, vio a Harper. —¡Will! —exclamó, y se acercó a él.

Harper se levantó con dificultad y fue cojeando por detrás de su escritorio para recibirla.

—Cuánto me alegro de volver a verte después de tantos años —dijo ella.

Se abrazaron.

Ella se apartó. —¿Tienes buen aspecto? ¿Cómo estás?

—Me alegra que alguien lo piense. Voy tirando, Catriona —sonrió —. Gracias por haberte encargado de esto tan rápido.

—Puede que no me des las gracias cuando te dé mi informe —dijo ella.

—Vaya... —dijo Bone—. ¿Quiere tomar algo? ¿Un café o cualquier otra cosa?

—Un café estaría genial, gracias —dijo con su marcado acento del Southside de Glasgow.

Walker se acercó.

—Catriona, esta es mi compañera, la inspectora detective Walker —dijo Bone—. Rhona, te presento a Catriona McKenzie, la perita calígrafa forense que hemos contratado para analizar la escritura de las pintadas.

—Encantada de conocerla —dijo Walker—. Will habla muy bien de usted.

—Oh, es un encanto, ¿verdad? —McKenzie miró a Harper, y él se sonrojó.

—Perdone, eso no ha sido muy profesional por mi parte. Will y yo fuimos juntos a la universidad —explicó McKenzie.

Walker sonrió con suficiencia. —Lo sé. Ya lo hemos oído.

—Pase a mi despacho —interrumpió Bone—. ¿Podrías traer los cafés, Will, y luego quizá unirte a nosotros?

Harper asintió con entusiasmo.

En el descuidado despacho de Bone, este despejó los montones de papeles y archivos de una silla y la acercó a su escritorio.

—Tome asiento, por favor, y disculpe el desorden. No uso mucho el despacho. Prefiero estar al pie del cañón, por así decirlo. —Vio la piel ennegrecida de un plátano colgando de una esquina de su escritorio y la tiró rápidamente a la papelera.

—¿Tienen una pantalla disponible? He tomado algunas notas y he añadido algunas observaciones a las imágenes que me envió Will —dijo McKenzie mientras Will entraba sigilosamente en la habitación, haciendo equilibrios precarios con los cafés en las manos.

—Sí, creo que sí... —Bone miró a Walker y luego a Harper.

—Yo me encargo, señor —dijo Harper. Se acercó cojeando a un monitor de televisión que estaba colgado en la pared sobre la puerta.

—Mientras esperamos, ¿cómo se metió en este tipo de trabajo? —Bone sonrió educadamente.

—Ah, eso es lo que todo el mundo pregunta y, para ser sincera, no estoy muy segura de lo que pasó. —Se rio—. Hice la carrera de Química y luego me empezó a gustar la ciencia forense. Descubrí

que tenía aptitud para el análisis químico de documentos. Y mientras hacía el doctorado, uno de nuestros tutores era el profesor Frank Dobson. —Se detuvo como si esperara una reacción.

Bone se encogió de hombros. —Lo siento, no sé quién es.

—La mayor autoridad mundial en análisis caligráfico —interrumpió Harper—. Vale, ya lo he conectado. —Pulsó el mando a distancia y la pantalla cobró vida.

McKenzie rebuscó en su maletín y sacó un USB. Se lo entregó a Harper.

—Gracias, Will —le sonrió de nuevo.

Harper se sonrojó otra vez y conectó el dispositivo en la unidad que había en una estantería a la derecha de la puerta.

—¿Podrías abrir el archivo llamado Kilwinnoch, por favor? —preguntó ella.

Harper obedeció y, tras teclear en el miniteclado adjunto, la carpeta apareció en la pantalla. Localizó el archivo correcto en la lista y lo abrió.

McKenzie se acercó a la pantalla. —Vale, antes de repasar esto, tengo que decir que, aunque el informe forense sobre la composición química del espray es útil, mi análisis es limitado, ya que trabajo a partir de imágenes en lugar de un documento físico, como una carta manuscrita. Así que, por favor, ténganlo en cuenta.

Se acercó más al teclado, junto a Harper.

—¿Qué botón pulso? —preguntó.

Harper levantó la vista.

—Para iniciar la secuencia, quiero decir.

—Ah, sí, eh... este —balbuceó Harper, y señaló la flecha hacia abajo.

Se volvió hacia Bone y Walker. —He realizado un análisis detallado de las tres imágenes de muestras de escritura que Will me envió, pero, para ser honesta, es algo insuficiente como para darles resultados definitivos que puedan considerarse lo bastante fiables para ser utilizados en un tribunal. —Pulsó la tecla, y la primera imagen, la pintada garabateada en la pared del dormitorio de Bone, apareció en la pantalla.

—En cada una de las fotos tomadas en las escenas del crimen, he analizado doce características con las que no les voy a aburrir. Lo que busco, esencialmente, son consistencias para establecer si la escritura fue hecha por el mismo autor. Los resultados aquí no son concluyentes. Hay varias diferencias de estilo entre la primera y la segunda palabra. —Hizo clic en la imagen y esta se amplió sobre la letra *a* de la palabra *leave*. —Aquí se pueden ver signos de un trazo de unión. —Volvió a hacer clic y un círculo apareció alrededor de la débil floritura—. Y esto es bastante consistente en todas las imágenes —continuó—. También hay un segundo y más pronunciado trazo de unión visible entre la *n* y la *e* de la palabra *alone.* —Hizo clic de nuevo y la pantalla mostró un primer plano de la palabra garabateada en la pintura del coche de Bone.

Bone hizo una mueca de dolor.

—Aquí es donde las cosas se complican —dijo ella—. Según mi juicio profesional, la letra *a* que aparece dos veces en ambas palabras, *leave* y *alone*, es un indicio de que el trazo de unión es forzado. Por otro lado, los trazos de unión entre la *n* y la *e* parecen ser auténticos, de nuevo, a mi juicio.

—Entonces, ¿en resumidas cuentas? —preguntó Bone.

—Me temo que, basándome en las muestras proporcionadas, los resultados no son concluyentes. Simplemente no hay pruebas suficientes para indicar si el estilo del autor es cursiva o de imprenta. Lo siento mucho. Probablemente no sea la respuesta que queríais oír.

—No, la verdad es que no. —Bone se encogió de hombros.

—Sin embargo —continuó ella—, al realizar un análisis comparativo con las muestras proporcionadas, encontré un par de características interesantes.

—Continúe —dijo Bone.

—En la muestra A… —Apareció un párrafo de texto manuscrito.

—La A es Brandon Kinross, señor —intervino Harper.

—He identificado tres similitudes de estilo —continuó McKenzie—. El estilo caligráfico del escritor A es predominantemente cursiva, y encontré tres coincidencias consistentes en los trazos entre las letras.

—¿Así que la pintada podría ser de Kinross? —preguntó Bone.

—No he dicho eso —replicó McKenzie—. De nuevo, no hay pruebas suficientes para llegar a esa conclusión. Y las cosas se complican aún más cuando miramos la muestra B.

—Oliver Morton —añadió Harper.

La imagen cambió de nuevo a un segundo párrafo.

—El escritor B usa letra de imprenta con una clara separación entre las letras y ningún trazo de unión. Aquí, he identificado dos similitudes de estilo que eran consistentes en la pintada.

—Oh, Dios. —Bone se frotó la cabeza—. ¿Y dónde nos deja eso?

—Les deja donde empezamos, con resultados no concluyentes que no se sostendrían en un tribunal.

—¿Cuál es su opinión profesional?

—¿Extraoficialmente?

Bone asintió.

—Diría que o bien nos enfrentamos a alguien con una gran habilidad para falsificar la escritura, o a alguien que intenta ocultar su propia letra. En cualquier caso, la pintada es la que más se parece a la del escritor A, pero no me citen.

Bone suspiró. —Vale, gracias. Y con respecto a los estilos, leí que la cursiva se introdujo en los colegios en 1992, ¿es correcto?

—No exactamente. La cursiva y la imprenta se han enseñado en primaria durante años, y depende de cada colegio elegir su método preferido. En los últimos años, muchos colegios han adoptado un estilo híbrido, que está a medio camino entre ambos.

—Entonces, ¿intentar relacionar la edad de alguien con su estilo de escritura preferido es inútil?

—Para las personas de más de sesenta años, podría ser posible, pero para cualquiera por debajo, puede ser de lo más variado, la verdad. —Se detuvo—. Vaya, más imprecisiones, lo siento.

—De acuerdo, gracias —dijo Bone.

—No estoy segura de merecer las gracias. Ojalá pudiera ser de más ayuda.

—No, no, todo suma. Gracias por venir. —Bone se levantó.

—Pensé que sería mejor explicarlo cara a cara —dijo McKenzie—, ya que no es nada concluyente.

—¿Y ver a tu viejo amigo también? —añadió Walker.

—Bueno, sí. —Miró a Harper, que intentó ocultar su sonrisa a sus compañeros.

Tras retirar el USB, Harper se lo devolvió. —Te llamaré más tarde. ¿Quizá podríamos quedar para tomar algo?

—Claro, genial —respondió McKenzie—. Nos vemos luego, entonces. —Se volvió hacia los sonrientes compañeros de Harper, asintió y se fue.

—Señor, ¿podríamos hablar un momento? —intervino Harper antes de que Bone pudiera hacer ningún comentario—. Como pensábamos, los de informática forense no sacaron nada en claro con la cámara de gran formato dañada; sin embargo...

—Ya empezamos —se quejó Bone.

—En cuanto terminaron con ella, la solicité para revisarla yo mismo. ¿Espero que no le importe?

—Adelante, Will —dijo Bone.

De un cajón del armario junto a su escritorio, Will sacó una bolsa de pruebas y, tras hacer un hueco en su mesa, la depositó y extrajo los restos abollados y retorcidos de la cámara.

—Los forenses dijeron que se había extraído la tarjeta SD y que el disco duro de la cámara estaba demasiado dañado para recuperar ningún archivo. Pero he pensado en intentarlo. Así que, después de trastear un poco y desatornillar, he conseguido sacar el disco duro de la cámara. —Volvió a meter la mano en la bolsa de pruebas y sacó una diminuta caja negra—. Como puede ver, está bastante perjudicado.

Walker se unió a ellos. —¿Entonces has conseguido entrar? —preguntó.

—No.

—Menudo chasco —exhaló Bone.

—Pero solía trabajar con un tipo en el GCHQ que se especializaba en restaurar discos duros en estados mucho peores que este. Me explicó lo que tenía que hacer y, en realidad, fue mucho más sencillo de lo que pensaba. Todo lo que tienes que hacer es...

—¡Harper, por favor! —interrumpió Bone—. Dinos qué narices has encontrado.

—Faltaba la tarjeta SD, pero el disco duro tenía algunas imágenes almacenadas de la visita de Jones a las cascadas.

—No me digas que le hizo una foto a su asesino.

—Ojalá. Por desgracia, no. Un par de fotos de paisajes geniales, eso sí. Pero, investigando más a fondo, encontré un diminuto fragmento de sonido grabado que logré salvar. La marca de tiempo registraba las siete y tres de la mañana del veintiuno de junio, el día de la muerte de Jones. —Volvió a teclear en el ordenador—. Lo he transferido aquí. Es muy rápido, solo unos segundos. —Pulsó el play.

Los altavoces del ordenador sisearon y un gruñido raspante cortó el ruido blanco. La grabación se detuvo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Walker.

—¿Puedes aislar ese sonido del ruido de fondo? —añadió Bone.

—Pasé esta grabación original por una aplicación de limpieza. En realidad, probé tres o cuatro, y esta fue la mejor de todas. —Hizo clic en un segundo archivo y le dio al play.

El altavoz carraspeó de nuevo, pero entonces el ruido blanco se dispersó y, tras un momento de silencio, una voz irrumpió.

—Pringado —gruñó, y la grabación se detuvo.

Bone se apartó de la pantalla, sorprendido por la familiaridad de la voz.

—¿Está bien, señor? —preguntó Walker.

—Ponlo otra vez, más alto —ordenó Bone.

Harper rebobinó y pulsó el botón.

—Pringado —siseó la voz de nuevo.

—¡Apenas parece un ser humano! —exclamó Walker.

—Más bien una serpiente, si pudiera hablar —dijo Bone con una mueca.

—Lo siento, no puedo limpiarlo más; es lo mejor que he podido hacer —dijo Harper.

—¿Por qué iba a estar eso ahí? ¿Es también una cámara de vídeo? —preguntó Walker.

—La mayoría de estas cámaras de gran formato tienen funciones de vídeo y son capaces de hacer grabaciones cortas. Creo que a veces los fotógrafos las usan para comprobar las condiciones de luz.

—Entonces, ¿por qué solo sonido? —preguntó Bone.

—A ojo de buen cubero, diría que quizá, cuando Jones fue atacado, se pulsó el botón de grabar, pero la tapa del objetivo estaba puesta. De ahí que solo haya sonido.

—Joder, qué buen trabajo, Will. Esas heridas que casi te cuestan la vida parecen haber hecho maravillas con tus habilidades como inspector —alabó Bone.

—Gracias. Dice usted las cosas más bonitas, señor. —Harper se ajustó las gafas.

—Bueno, si ese es nuestro asesino, ¿es más probable que conociera a la víctima? —preguntó Walker.

—Así parece, pero, por desgracia, la grabación está demasiado distorsionada para hacer ningún tipo de identificación positiva —dijo Bone.

—Bueno, quizá a Kinross se le fue de las manos lo de la rivalidad. Quiero decir, ya pasó esa noche en la celebración de fin de curso —especuló Walker.

—Luego está el liante de Morton —replicó Bone—, pero la agresión lo descarta.

—Sí, pero aun así no me gustó cómo me sonrió cuando lo interrogué.

—Oh, Dios, ¿por qué acepté volver para pasar por esto otra vez? —refunfuñó Bone.

—¿Será por su carácter alegre y despreocupado? —bromeó Walker.

—Mierda —dijo Bone.

—¿Qué? —preguntó Walker.

—Se me ha olvidado por completo hablar con la prensa. Le prometí a Gallacher que lo haría a primera hora de la mañana.

—Bueno, hemos estado algo ocupados. ¿Quieres que lo haga yo o te acompaño para darte apoyo moral? —ofreció ella.

—Eso estaría bien. Una demostración de fuerza.

—¿Y Gallacher también, para mostrar un frente unido?

—Oh, Cristo, no, esa es una forma segura de hacerme parecer culpable.

—¿Qué, incluso más culpable de lo habitual?

—Te pondré a pan y agua si no tienes cuidado —sonrió Bone.

El grupo de periodistas y equipos de televisión había pasado de ser unos pocos valientes a una multitud de campo de fútbol de Primera División. Cuando Bone y Walker salieron de la comisaría, se abalanzaron sobre las escaleras y se agolparon en la entrada, empujándose por conseguir la mejor posición. Un cámara de televisión tropezó en el escalón y casi se cae sobre Walker.

—Vale, basta. —Ella levantó las manos—. ¡Por favor, retrocedan y respeten nuestro espacio! —gritó por encima del aluvión de preguntas confusas.

Los equipos de prensa la ignoraron y continuaron avanzando.

—¡Buenas tardes! —bramó Bone.

Tras uno o dos instantes, la turba enmudeció.

—¡Gracias! —rugió Bone de nuevo, y la histeria finalmente amainó—. El lunes, veinticinco de junio, el cuerpo de un varón de raza blanca fue recuperado de las cascadas de Braeburn. Tras el examen forense, el fallecido fue identificado como un tal Richard Jones, profesor del instituto Kilwinnoch Academy.

—¿Fue un asesinato? —preguntó un periodista.

—En este momento, estamos tratando la muerte como sospechosa y estamos investigando varias pistas.

—¿Tienen algún sospechoso?

—Nuestros pensamientos están con la familia, los compañeros y los amigos del señor Jones en este momento.

—¿Y qué hay de su accidente de coche? ¿Iba usted borracho al volante? —gritó una voz.

Bone reconoció inmediatamente el gimoteo nasal del periodista del *Chronicle*, Colin McKinnon.

—También estamos investigando este incidente, y el coche implicado ha sido requisado para su examen.

—¿Iba usted ciego? —gritó McKinnon de nuevo, abriéndose paso hasta el frente del grupo.

El resto de la chusma estalló en carcajadas.

—Las pruebas de alcoholemia se realizan de forma rutinaria. Insistí al agente para que me hiciera la prueba.

Una reportera de televisión se coló junto a McKinnon. —¿El señor Jones era un miembro muy querido de la comunidad local? ¿No les

debe a los residentes de Kilwinnoch resolver este trágico crimen lo antes posible?

—Estamos trabajando contrarreloj, día y noche, para resolver este caso. —La impaciencia de Bone iba en aumento.

—¿Y tienen algún sospechoso?

—Como he dicho, estamos tratando la muerte como sospechosa y estamos investigando varias pistas.

—¿Fue su accidente de coche en la calle principal una señal de que todavía no está en condiciones de servir, inspector? —insistió McKinnon—. ¿Sigue su trastorno de estrés postraumático obstaculizando sus capacidades y ralentizando la investigación?

Bone se acercó al periodista que le miraba con sorna, pero Walker lo sujetó del brazo.

—Muchas gracias —dijo ella—. Les informaremos de las novedades cuando las tengamos. Gracias y buenas tardes.

Tiró de la chaqueta de Bone y se retiraron al interior de la comisaría.

—¡Ese mierda con cara de musaraña! —gruñó Bone.

—No merece la pena que gaste sus energías, señor —dijo Walker —. Está intentando provocarle y tener otra oportunidad para una foto.

—Bueno, pues lo ha conseguido. Déjame solo un minuto con él. Es todo el tiempo que necesitaría para arrancarle el cuello a ese pedazo de mierda.

—Bueno, mantendrá a Gallacher a raya un rato, así que trabajo hecho.

—Sin embargo, McKinnon tiene razón en una cosa —dijo Bone mientras volvían a la sala de operaciones—. Tenemos una larga lista de posibles «quizás» que no equivalen a absolutamente nada.

Treinta y Tres

Aquella noche, cuando Bone regresó a su piso, la visión de los daños del incendio fue como echar sal en una herida que no terminaba de cicatrizar. Tratando de ignorar los destrozos del recibidor, se dirigió directamente al salón y al refugio seguro de su Dansette. Si alguna vez había necesitado música relajante para calmar los fuegos artificiales que le estallaban en la cabeza, era sin duda ese momento.

Se arrodilló, repasó su colección y escogió *Chet Baker Sings*, uno de sus discos favoritos a los que recurría en momentos de crisis, un álbum al que volvía una y otra vez cuando sentía que el mundo se le venía encima. Puso la aguja sobre el vinilo, se dejó caer en el sillón y cerró los ojos para aislarse de la locura por un instante. La suave trompeta de Baker volvió a sonar con languidez y, a los pocos compases, Bone ya estaba a la deriva.

La voz de Walker llamándole desde el recibidor lo sacó de su ensimismamiento. Se incorporó. El disco había terminado y la aguja chasqueaba una y otra vez. Consultó su reloj. Había pasado una hora.

—¡Aquí dentro! —gritó.

Ella apareció en la puerta del salón.

—Lo siento, señor, la puerta estaba...

—¿Hecha un cisco? —bromeó Bone, frotándose los ojos. Se levantó y apagó el tocadiscos.

—Siento molestarle, pero he creído que era mejor venir en persona a contarle esto.

—¿El qué? —preguntó Bone—. ¿Quieres beber algo? ¿Café, té, whisky con Irn-Bru?

—¿Whisky con qué? Tiene que estar de broma.

—Era el favorito de mi padre, y yo le he cogido el gustillo.

—Es usted un hombre tremendamente raro, señor. No, no se preocupe, estoy bien. —Hizo una mueca de dolor.

—¿No te importa que me sirva yo? —preguntó Bone.

—Es su casa, desde luego no es la mía. —Miró de reojo las paredes dañadas por el humo.

—Entonces, ¿cuáles son esas noticias que no pueden esperar a mañana? —Bone alargó la mano hacia un aparador y sacó una botella de Macallan *single malt*.

—Bueno, para empezar, ha llegado el informe de su coche. Confirma que el cable del freno estaba cortado, pero no hay huellas ni ADN. La parte buena es que han arreglado la abolladura, pero no han encontrado un color que encajara con ese tono ridículo para quitar el mensaje arañado. Lo tiene esperando en comisaría.

—Te dije que no fue culpa suya. ¿Tienes algo más?

—He vuelto a estudiar la grabación del acosador. Ya sabe, la que recuperamos de detrás de la bañera de Jones... —Hizo una pausa—. Por favor, no me diga que va a aniquilar esa obra de arte líquida con Irn-Bru.

—Mi casa. —Bone sonrió y sirvió una generosa medida de malta en un vaso. Luego, sacó una lata de debajo del mueble, tiró de la anilla y lo llenó casi hasta el borde.

Walker observó cómo el refresco aniquilaba el whisky y se estremeció.

—Había algo que no me cuadraba del todo —continuó.

—¿Te la has tragado entera? —se sorprendió Bone.

—Prácticamente, una y otra vez. Por suerte, Will la había editado, así que eso lo facilitó un poco, pero no daba con lo que en realidad estaba buscando. Pero a la cuarta o quinta vez que la vi, caí en la

cuenta —dijo, y volvió a encogerse cuando Bone dio un sorbo al infame cóctel—. Le enseñaré a qué me refiero. He traído una copia.

—Voy a por mi portátil. —Bone desapareció en el dormitorio.

Mientras regresaba al salón, Walker cogió el vaso de Bone, olfateó el contenido y volvió a poner mala cara.

—Te sirvo uno si quieres —dijo Bone al volver.

—Eso es horrible. Una traición en toda regla. —Walker le cambió el vaso por el portátil—. Bien, pues... —Puso el portátil en la mesa del comedor, levantó la tapa y el aparato cobró vida lentamente—. ¿Dónde está el puerto USB? —preguntó, inclinándose para examinar los laterales del antediluviano ordenador de Bone.

—Detrás.

—Joder, qué viejo es. Debería pedirle uno nuevo a Gallacher.

—Seguro que preferiría despedirme sin más.

—Vale, empecemos de nuevo —dijo, y tras localizar el puerto, esperó a que el portátil arrancara.

Pasaron unos instantes.

—Cuando usted quiera. —Dio unos golpecitos impacientes en la mesa.

Por fin, el aparato dejó de quejarse y Walker abrió el archivo MP4. El montaje de vídeo comenzó a reproducirse. Bone acercó una silla.

—Aquí tenemos a nuestro lunático de la farola el primer día, el segundo, etcétera. —Aceleró el vídeo al doble de velocidad y la posición de la figura bajo la farola fue cambiando a medida que el vídeo recorría cada captura nocturna—. Me quedé mirando y mirando esto... y entonces... ¿Lo ve? —le preguntó a Bone, que estaba hipnotizado por la imagen en movimiento.

—Aparte de los cambios de posición y las condiciones meteorológicas, pues no.

—Déjeme que se lo ponga una vez más. —Rebobinó la grabación y le dio al *play* de nuevo—. Vale, ¿recuerda cuando interrogamos a Kinross y le preguntamos por esa lesión en el hombro con la cicatriz tan llamativa? —continuó.

Bone asintió y siguió estudiando la grabación.

—¿Y que dijo que tenía el hombro permanentemente congelado?

—¿Sí?

—Fíjese en la postura de la figura.

Bone se acercó un poco más a la pantalla.

—En todas las tomas, la figura está ligeramente inclinada hacia un lado, con el hombro izquierdo caído.

—Joder, tienes razón —exclamó—. Esa es la postura de Kinross, su hombro congelado. Es nuestro maldito acosador.

—Desde luego, encaja de alguna manera —añadió Walker.

—Bien visto, Rhona. Muy bien, tenemos que traer al cabrón a declarar. Puede que acabemos de pescar a nuestro asesino —dijo Bone triunfante—. Vamos a ponerlo en el potro de tortura a ver si canta.

—¿Cree que esto es suficiente para justificar su detención?

—Esto y la historia de la pelea, por supuesto.

Walker frunció el ceño.

—Pero ¿y el día del asesinato? Mullens dijo que todo el departamento, incluido Kinross, estaba trabajando como siempre. ¿De verdad pudo liquidar a Jones en las cascadas y volver a tiempo para cambiarse y recomponerse para la reunión del director por la mañana?

—Recuerda lo que dijo Roxburgh. Yo creo que un montañero experimentado como él podría volver a su casa desde las cascadas en una hora, fácil. Así que si salió, pongamos, incluso una hora después del amanecer, sobre las cinco de la madrugada, estaría en casa, duchado y sin remordimientos a las siete y media como muy tarde.

—Aun así me parece que estamos forzando mucho la situación, señor. ¿No deberíamos esperar un poco más y sacar algo más de miga antes de...?

—Tenemos la pista más sólida del caso hasta ahora, Rhona. Tenemos que seguirla. —Cogió su chaqueta.

—¿Qué, ahora? —preguntó Walker, sorprendida por la urgencia de Bone.

—Estoy de humor para pillar al cabrón que casi mata a mi hijo. Vete a casa. Yo puedo ocuparme de esto.

—¿Habla en serio? —protestó Walker—. Voy con usted.

—Vale, pero no quiero que esto se interponga entre Maddie y tú. Tenéis mucho de qué hablar.

—Son casi las once; ya se ha interpuesto, señor.

—De acuerdo. Llama tú a Mullens, que yo me enfrentaré a la ira de Gallacher por molestarlo y le pediré que autorice una unidad de respuesta armada. Vamos.

—¿Respuesta armada?

—Tenemos que entrar con todo en esto —dijo Bone.

Salieron a toda prisa de su piso.

Treinta Y Cuatro

En casa de Kinross, una unidad armada ya estaba llegando a la calle adyacente al fondo de saco. Los inspectores bajaron del coche y se acercaron a un Land Rover. Bone le enseñó rápidamente su acreditación al conductor. Tres agentes salieron de la parte trasera y se armaron. Uno les entregó a Bone y a Walker unos chalecos antibalas.

—¿En serio? —le dijo Bone al policía corpulento.

—¡Sí, en serio! —ordenó este.

A regañadientes, Bone se embutió en el chaleco pasándoselo por la cabeza.

—¿Quién es vuestro responsable del operativo? —preguntó Bone mientras un segundo vehículo llegaba y se detenía justo delante de ellos.

El agente señaló. —Es ella —dijo, y desapareció por el otro lado del Land Rover.

Se acercaron a una mujer alta, de mediana edad, con armadura corporal completa y casco que estaba de pie junto a la furgoneta.

—Inspector jefe Bone e inspectora detective Walker —se presentó Bone.

—Les ruego que se mantengan bien apartados mientras entramos en la propiedad —ordenó la jefa del operativo. Dos agentes pasaron corriendo con un pesado ariete de metal negro.

Bone y Walker siguieron a los agentes hasta el fondo de saco. Los dos del ariete se acercaron a la puerta de Kinross flanqueados por otros dos que empuñaban fusiles Heckler and Koch, y más refuerzos se colocaron detrás de ellos con porras extensibles.

—Esto es un poco exagerado, ¿no cree? —le susurró Walker a Bone mientras se agachaban detrás de un muro.

—Si le mete el miedo en el cuerpo, pues mejor para nosotros —respondió Bone.

—¡Policía! —gritó uno del grupo, y los agentes golpearon la puerta con el ariete.

Se abrió de golpe, y la cerradura y varios trozos de madera saltaron por los aires. El agente que iba en cabeza derribó la puerta por completo de una patada, y el equipo de asalto entró a toda prisa.

Se oyó una conmoción procedente del interior y, entonces, la radio de la comandante crepitó. Una voz carraspeó: «Asegurado».

La comandante le hizo un gesto de asentimiento a Bone, y ambos corrieron a la casa y entraron. Kinross estaba en el salón, boca abajo en el suelo con las manos esposadas a la espalda. Un agente armado le hincaba la rodilla en los riñones, con el fusil apuntando a la cabeza de Kinross. La comandante entró detrás de los inspectores.

—Puede retirarse, agente —le dijo a la montaña de hombre demasiado entusiasta que estaba sobre la espalda de Kinross.

Bone se acercó al profesor postrado y se arrodilló junto a su cabeza.

—¿Qué está pasando? —masculló Kinross contra la alfombra.

—Señor Kinross, lo detengo en virtud del artículo uno de la Ley de Enjuiciamiento Criminal de 2016 por el asesinato de Richard Jones.

—¿Qué? ¡No!

—El motivo de su detención es que sospecho que ha cometido un delito y considero que su custodia es necesaria… —continuó Bone.

—¡Esto es ridículo! —le interrumpió Kinross.

—... y proporcionada a los efectos de ponerlo a disposición judicial o tratarlo de otro modo de conformidad con la ley. ¿Lo entiende?

—No, no lo entiendo una mierda. ¡Suélteme!

—No está obligado a decir nada, pero todo lo que diga quedará anotado y podrá ser utilizado como prueba en su contra. ¿Lo entiende? —repitió Bone.

—No he hecho nada... No podría... —suplicó Kinross.

Bone se levantó. —Lleváoslo a comisaría.

Dos agentes levantaron a Kinross del suelo y se lo llevaron a la fuerza de su casa.

En la calle, algunos de los vecinos habían salido y unos pocos estaban grabando la escena.

—Y ya nos podemos imaginar dónde acabará esa grabación, ¿verdad? —le dijo Bone a Walker mientras se quitaban los chalecos antibalas—. Vete a casa, Rhona. Voy a dejar que nuestro amigo sude en una celda hasta mañana.

—¿Está seguro?

—Tu pareja te necesita. Vete. Es una orden.

—Señor. —Walker se dirigió hacia el fondo de saco. Se detuvo y se giró—. ¿Cómo volverá usted a casa?

—Voy a ir andando. Me vendrá bien un poco de aire.

Walker asintió y lo dejó solo.

Después de que Bone alertara a la comisaría de la inminente llegada de su principal sospechoso, se dirigió a su piso. Por el camino, repasó el caso mentalmente. Algo seguía ahí, como un mal olor. De repente todo parecía demasiado fácil. Se sacudió el pensamiento de la cabeza y, al ver las luces de la freiduría Sandino, se encaminó hacia una distracción culinaria.

Treinta Y Cinco

A la mañana siguiente, Bone sorteó el acoso de la prensa frente a la comisaría, que ya estaba en estado de histeria total. Se abrió paso ignorando el aluvión de preguntas sobre las actividades de la noche anterior. Vio a McKinnon entre la multitud, pero cruzó la puerta principal antes de que el periodista pudiera interceptarlo.

—Buenos días, inspector. Veo que ha sobrevivido a la *beatlemanía* de ahí fuera —dijo el sargento de recepción, a punto de hincarle el diente a un bocadillo de salchicha Lorne y huevo frito.

—¿Ha llegado ya Walker? —preguntó Bone.

—Sí, y ahí viene —dijo Brody, señalando con la cabeza a Walker, que aparecía por el pasillo.

—Buenos días, inspector —dijo ella.

—Creo que deberíamos hablar con la prensa —le dijo Bone a Walker.

—¿Qué, ahora? —preguntó ella, empezando a sentir claramente que era un disco rayado.

—Los dimes y diretes solo van a ir a peor, y al menos tenemos buenas noticias, para variar. Para borrarle la sonrisita engreída y babosa del esfínter a ese gilipollas.

—¿No cree que deberíamos esperar a haber interrogado al sospechoso? —insistió Walker.

Pero Bone ya estaba a medio camino de la puerta. Se giró y le hizo un gesto para que lo siguiera.

Cuando la marabunta de periodistas vio salir a los inspectores, se abalanzaron sobre ellos en una marea de brazos y piernas agitados y una erupción de flashes.

—Buenos días, señoras y señores —anunció Bone.

Walker se colocó a su lado, con aspecto de estar un poco conmocionada.

Cámaras, micrófonos y bocas parloteantes los acosaban. Bone levantó las manos y Walker apartó a un par de periodistas a empujones.

—Durante la madrugada, un varón de raza blanca de treinta y tres años ha sido detenido en relación con el asesinato de Richard Jones —continuó Bone.

Por unos instantes, el ruido amainó, pero cuando Bone hizo una pausa, la turba estalló de nuevo en preguntas.

—En estos momentos, el hombre está colaborando con la investigación. Aún no se han presentado cargos y nuestras pesquisas continúan.

—¿Por qué han detenido a Brandon Kinross? —una voz quejumbrosa se abrió paso entre el tumulto. McKinnon emergió de una fila de periodistas, abriéndose paso a empujones por las escaleras hasta quedar a un puñetazo de distancia de Bone—. ¿Ha matado el señor Kinross a nuestro héroe local? —insistió.

—No disponemos de más información por el momento. Volveremos a informarles en cuanto cambie la situación. Gracias. —Bone se dio la vuelta para marcharse antes de que la tentación lo venciera y le partiera la cara a su némesis.

—¿Es el asesino o solo busca usted una medalla, inspector?

Bone se detuvo en el escalón superior.

—Inspector —le rogó Walker.

—¿Le ha comido la lengua el gato, inspector? —le gritó McKinnon desde abajo.

Bone apretó los puños.

—Vamos, inspector —repitió Walker, nerviosa.

Tras lanzarle una mirada fulminante a McKinnon, Bone la siguió de vuelta a la comisaría. —Algún día... —masculló.

—Pero hoy no —replicó Walker y exhaló.

—¿Qué tal se ha portado nuestro amigo? —le preguntó Bone al sargento de recepción.

—El agente de noche ha dicho que ha sido ruidoso —respondió Brody, limpiándose de la barbilla los restos grasientos de su bocadillo despachado apresuradamente—. Pero ahora todo está tranquilo.

—¿Podría organizar que un par de agentes lo lleven a una de las salas de interrogatorios? —pidió Bone.

—Claro, inspector. —Brody desapareció por la puerta de atrás.

—¿Vamos a ver qué tiene que decir nuestro sospechoso? —dijo Bone.

—Estaba pensando en todas esas fechas en las que Jones grabó a su acosador —dijo Walker mientras se dirigían a la escalera—. Son un montón de coartadas las que va a necesitar ese tipo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Bone.

—Quiero decir, ¿podría usted decir con certeza dónde estuvo todas esas noches y tener testigos o pruebas que lo demuestren?

—Eso es fácil. O estaba aquí o en mi piso. Vida de roquero.

—Sí, y los vecinos podrían testificar sobre la cacofonía que sale de ese tocadiscos prehistórico. —Hizo una pausa—. Para serle sincera, todo este asunto sigue sin cuadrarme.

—Por el amor de Dios, Rhona. Tenemos a un sospechoso detenido. Vayamos paso a paso. Cuando hayamos terminado con esto, entonces pondremos las dudas sobre la mesa, ¿vale?

—Ese es el problema. Creo que ahora mismo estamos saltando de dos en dos o de tres en tres.

Bone suspiró. —Veamos qué dice. A lo mejor nos sorprende con una confesión.

Al acercarse a la sala de interrogatorios, Bone vio a Kinross más adelante, flanqueado por dos agentes. Protestaba a gritos y se revolvía entre ellos.

—Esto va a ser divertido —dijo Walker.

Cuando llegaron a la sala de interrogatorios, Kinross seguía discutiendo con los uniformados en la puerta. Sin afeitar y desaliñado, parecía que le habían dado una paliza.

—Entre y siéntese —ordenó uno de los agentes.

El segundo agarró a Kinross del brazo e intentó acompañarlo adentro, pero Kinross se zafó.

Bone interrumpió el posible altercado. —Señor Kinross, buenos días.

El profesor, enfurecido, se dio la vuelta. —¡Usted! —gruñó.

—Por favor, haga lo que le dicen los agentes y tome asiento.

—Quiero que me deje ir —continuó Kinross.

—Bueno, cuanto antes se siente, antes terminará esto —insistió Bone.

Kinross lo miró con furia en los ojos. Echó un vistazo a la silla junto a la mesa de interrogatorios y, a regañadientes, se sentó.

—Bien, gracias —dijo Bone.

Hizo un gesto a los dos agentes, y uno salió mientras el otro se quedó de guardia junto a la puerta.

Bone y Walker se sentaron enfrente.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Kinross—. Me sacaron de la cama a punta de pistola, me esposaron y me metieron en un furgón policial. Y he estado en un calabozo toda la noche, prácticamente muerto de frío, sin comida ni una explicación...

—¿Quiere que le traiga una taza de café? —preguntó Walker.

—Esto está totalmente fuera de puto lugar —dijo Kinross, ignorándola.

Walker se levantó y le pidió al agente de fuera que le trajera un café al señor Kinross.

Kinross miró a Bone. —Yo no lo maté, joder, si es de eso de lo que va todo esto.

—Señor Kinross, tiene derecho a asistencia letrada. ¿Quiere hacer una llamada? —preguntó Bone.

Walker volvió a sentarse y encendió su tableta.

—¿Para qué? No necesito un abogado. No he hecho nada —protestó Kinross—. La única razón por la que podría necesitar uno es para demandaros a vosotros, gilipollas, por agresión y tortura psicológica.

—¿Entonces, renuncia a su derecho a la presencia de un abogado?

—Soy inocente. ¡Sí!

—De acuerdo. —Bone encendió la grabadora y repasó los preliminares mientras Kinross seguía clamando su inocencia.

—Volvamos a la noche de la cena —empezó Bone.

Kinross levantó las manos. —Por el amor de Dios, ya les he contado todo lo que pasó esa noche.

—¿Por qué esperó a que le pidiéramos información sobre la pelea cuando lo interrogamos el veintiséis de junio en lugar de ofrecerla antes, cuando se le interrogó por primera vez en el instituto? —preguntó Walker.

—Ya se lo dije. No fue una pelea. No fue nada, solo una estupidez de borrachos.

—¿Si no fue nada, por qué tanto secretismo? —presionó Walker.

—No estaba siendo reservado. ¡Joder! —protestó Kinross—. Solo pensé que podría parecer un poco...

—¿Un poco...? —intervino Bone.

—Extraño. Ya sabe, nosotros teniendo una trifulca estúpida y luego Richard va y...

El rostro de Kinross se ensombreció. —Solo nos estábamos riendo de ese maldito concurso. Solo unas risas tontas de borrachos, pero ese mierda de Morton no paraba de meter cizaña. Ya les he contado todo esto.

—Solo queremos repasarlo de nuevo para estar seguros de lo que pasó exactamente —dijo Bone.

—No pasó nada. No sé de cuántas maneras puedo decirlo —gruñó Kinross—. Sí, tuvimos un pequeño forcejeo, pero eso no significa que lo matara ni les da derecho a ponerme un puto rifle cargado en la cara. —Su ira estaba a punto de desbordarse.

Justo a tiempo, el agente llegó con un café y lo dejó sobre la mesa.

—Bébase eso —dijo Walker.

Kinross miró fijamente a los inspectores un momento y luego se bebió un par de tragos de la bebida caliente.

—Tuvimos un forcejeo. Eso es todo lo que fue —continuó—. Estábamos demasiado borrachos para hacernos daño de verdad. Y terminamos los dos en el césped, riéndonos. Así éramos siempre el uno con el otro.

—¿Rivales acérrimos? —preguntó Bone.

—No, amigos. Buenos amigos. —Kinross dejó la taza de café sobre la mesa—. Yo no lo maté. Por favor, déjenme ir a casa —dijo, con aspecto cansado y desinflado de repente.

Walker abrió su carpeta. —Voy a mostrarle unas imágenes. —Sacó tres folios de tamaño A4—. Para el acta del interrogatorio, estoy mostrando al sospechoso los documentos de prueba F-doce, F-dieciocho y G-veintitrés. ¿Reconoce alguno de estos? —preguntó y colocó los folios en fila delante de Kinross.

Kinross examinó las fotos. —Esa es mi letra —dijo, señalando la imagen del medio.

—¿Confirma entonces que el documento F-dieciocho es su letra? —preguntó Walker.

—Sí, por supuesto. Se lo di a uno de sus compañeros hace unos días.

—¿Y qué hay de la segunda y la tercera imagen? ¿Las reconoce?

Kinross estudió las impresiones de nuevo. —¿Qué es eso, un grafiti o algo? —preguntó, observando el mensaje pintado con espray en la pared del dormitorio de Bone.

—¿Escribió usted estas declaraciones, señor Kinross? —preguntó Walker.

—¿Qué? —Kinross se irguió—. No, por supuesto que no. Nunca he visto esto. ¿Qué son?

—¿Para que conste, niega que las imágenes F-doce y G-veintitrés sean de su puño y letra? —insistió Walker.

—Esto no se parece en nada a mi letra. ¿Soy el único en la sala que no se ha tragado una píldora para idiotas?

—A mí me parecen bastante similares. —Bone se inclinó hacia él —. Después de incendiar mi propiedad, casi matando a mi hijo, pintó este mensaje en mi pared.

Walker miró a su jefe con ansiedad.

—¿Qué gilipolleces dice? —exclamó Kinross.

—Luego cortó el cable de freno de mi coche y garabateó el mismo mensaje aquí, en el lateral. —Bone señaló la tercera imagen.

—Absoluta basura —dijo Kinross, frunciendo el ceño.

Bone golpeó la mesa con el puño y miró furioso al profesor.

—Nos gustaría mostrarle unas imágenes de vídeo —intervino Walker, intentando rebajar la tensión—. Para el acta, vamos a mostrar al sospechoso la prueba de vídeo F-once.

—Es una grabación de las cámaras de seguridad de la estación de Cromer del veinte de junio, la noche en que Richard Jones desapareció —declaró Bone.

Walker abrió el ordenador portátil, localizó el archivo MP4 y pulsó «reproducir».

—Puede ver al señor Jones bajando del tren y saliendo de la estación por el túnel de la taquilla —dijo ella—. Momentos después, una segunda persona, con los rasgos ocultos por una capucha, sale de un vagón más adelante y sigue a Jones fuera de la estación. El vídeo se detuvo. —¿Es usted, señor Kinross?

—No, no lo soy. ¿Dónde ha dicho que era esto?

—Estación de Cromer, a las diez y cuarenta y una de la noche del veinte de junio —respondió Walker.

—No podría ser yo. Estaba en casa haciendo la maleta y preparándome para ir a Corriemurran. Iba a fotografiar el solsticio en los menhires de allí.

—¿Y puede alguien verificar eso?

—¿Cómo quién? Vivo solo. Ya se lo dije. Conduje de madrugada y... —Hizo una pausa—. Espere, paré a echar gasolina y a por algo de comida. Debería tener el tique por aquí. —Se agachó y buscó frenéticamente en su bolsillo—. Mierda. Uno de sus agentes se llevó todas mis cosas. Tienen mi cartera, pero pueden comprobarlo —dijo, con creciente desesperación.

—Ahora nos gustaría mostrarle más imágenes de vídeo —continuó Bone, ignorando la afirmación de Kinross.

Walker hizo clic en el segundo archivo.

—A efectos del acta, ahora estamos reproduciendo la prueba de vídeo F-veintidós para el sospechoso —dijo Bone.

El vídeo del acosador se reprodujo.

—¿Y esto qué es? —preguntó Kinross, mirando la pantalla.

—Son imágenes editadas, grabadas por Jones desde la ventana de su dormitorio durante una serie de noches, desde el primero de mayo hasta el catorce de junio —continuó Bone.

Kinross negó con la cabeza. —No entiendo. ¿Quién es ese?

—Creemos que esta persona seguía o acosaba a Jones. Encontramos estas grabaciones escondidas en su piso. —Bone se inclinó y pausó la grabación.

Kinross levantó la vista. —¿Alguien lo estaba acosando?

—¿Era usted? —preguntó Bone.

—¿Qué? —replicó Kinross—. Ya se lo he dicho. Tengo tiques que prueban... No me puedo creer que piensen que ese tipo soy yo. Si alguien iba a acosar a Richard, sería ese bicho raro de Morton.

—Cuando lo interrogamos el veintiséis de junio, nos habló de su lesión y de su hombro congelado —dijo Bone.

Kinross negó con la cabeza y se frotó las piernas, como si no pudiera aguantar mucho más.

Walker pulsó el botón de reproducir y el vídeo continuó.

—¿Se ha fijado en la forma en que está de pie la figura bajo la luz, con el hombro izquierdo ligeramente caído? Y si aceleramos la cinta, puede ver que su postura es bastante consistente en todo momento.

—¡Ya veo por dónde va, y ese no soy yo! —protestó Kinross.

—¿Diría que esta peculiar postura indica una capsulitis adhesiva?

—¿Lo dice en puto serio?

—Yo diría que la coincidencia es bastante buena, ¿no le parece? —insistió Bone.

—Ese podría ser cualquiera. Quiero decir, un hombro congelado no es precisamente una afección rara. O puede que el tío tenga una pierna más corta que la otra. Ni puta idea. Pero ese es... —Se inclinó más hacia la pantalla.

—¿Señor Kinross? —preguntó Bone tras unos instantes de silencio.

Kinross se echó hacia atrás bruscamente. —¡Es Morton! —exclamó de repente—. Está imitando mi postura para que piense que soy yo. ¡Menudo cabrón! Está intentando tenderme una trampa por el asesinato de Richard.

—¿Y tiene alguna prueba que respalde esa teoría? —preguntó Bone.

—Ya le he dicho antes que le iban esas imitaciones raras, copiar los gestos de la gente. Su relación con Richard era disfuncional, tóxica. ¡Le digo que es él! Intenta cubrirse las espaldas y hundirme en la...

—Su relación con Jones no era precisamente funcional, señor Kinross —le interrumpió Walker.

—Sé que Richard y yo tuvimos aquella pelea, y eso no me deja en buen lugar, pero éramos amigos. Se lo aseguro, Morton es un completo paria —continuó con su alegato Kinross.

—Pero Oliver Morton y su madre fueron atacados en su casa, y hay pruebas de que la persona responsable de la muerte de Jones cometió la agresión —dijo Bone.

—¿Cómo? —dijo Kinross, sorprendido.

—Así es, señor Kinross. Ya ve por qué no nos tragamos su teoría. Lo que sí nos creemos es que después de que apareciéramos en su casa, usted entró en la de los Morton y agredió a Oliver Morton y a su madre.

—¿Por qué iba a hacer yo eso? —Kinross se encogió de hombros.

—Esa ira incontrolable suya, señor Kinross. Morton estaba hablando más de la cuenta sobre usted, y eso no le gustó ni un pelo —sugirió Bone.

Kinross hinchó los carrillos.

—La misma ira que lo llevó a asesinar a Richard Jones —presionó Bone con más fuerza.

—Esto es una auténtica locura. ¡Escúchense! —ladró Kinross.

—La señora Morton, una frágil pensionista de setenta y seis años, sufrió múltiples traumatismos craneales y todavía está demasiado asustada para volver a casa por lo que usted hizo, Brandon —añadió Walker.

—Le digo que a quien debería interrogar es a Morton. Está completamente chiflado —insistió Kinross—. Y es un puto pringado —murmuró.

—¿Qué ha dicho? —intervino Bone.

—Bueno, es lo que es y siempre ha sido, pero Morton llevó el significado de «pringado» a otro nivel.

Bone miró a Walker. —Una elección de palabras interesante, aunque yo diría que solo un pringado inventaría una acusación tan endeble contra un hombre inocente para salvar su propio pellejo.

Kinross volvió a levantar las manos en señal de impotencia.

—¿Diría usted que Richard Jones era un miembro muy querido de la comunidad? —persistió Bone.

—¿Y esto a qué viene ahora? —replicó Kinross.

—¿No es eso algo que usted desea pero que nunca tendrá? Gana todas esas competiciones, y parece que normalmente gana todas las discusiones, quizás incluso las peleas también, pero nunca ganará el concurso de popularidad. Usted no le cae bien a la gente, y odiaba a Jones porque a él lo querían.

—¿Ahora me sales con las chorradas de psicología de instituto? —espetó Kinross—. ¿Así que piensas que estaba celoso de él y que eso me volvió tan loco de ira y odio que lo asesiné? Eso es una soberana estupidez.

—Sostengo, señor Kinross, que su rivalidad con Richard Jones finalmente pudo con usted —prosiguió Bone—. Su odio lo llevó a acosarlo y, finalmente, a asesinar a Richard Jones en Braeburn Falls, donde su ira se desbordó y procedió a mutilar su cuerpo.

Kinross se giró hacia Walker. —¿También se cree usted esta sarta de sandeces?

—Y tras su crimen, llevó a cabo una campaña de intimidación, amenazas y ataques contra mí y mis compañeros —continuó presionando Bone.

—Esto se vuelve más demencial por momentos. ¿Qué hice yo? —Kinross sonrió con suficiencia, obviamente incapaz de soportar más acusaciones.

—¿Cree que lo que hizo tiene gracia? —preguntó Bone.

Walker miró a su jefe.

—Es tan ridículo que ya hasta resulta hilarante —rió Kinross—. Soy todo oídos, así que dime, ¿cuál es la siguiente atrocidad que cometí?

—Yo te diré lo que hiciste —replicó Bone—. ¡Casi matas a mi hijo, desgraciado engreído!

Se levantó de un salto y se abalanzó sobre Kinross, agarrándolo por las solapas de la chaqueta. Walker intervino rápidamente. Agarró a Bone por las muñecas y apartó a su enfurecido jefe del sospechoso. El agente que estaba en la puerta se precipitó hacia delante e impidió que Kinross se levantara de la silla.

—¡Eso es una agresión! —gritó Kinross.

Bone salió furioso.

Walker se quedó mirando la puerta un segundo. —Para que conste en la grabación, el inspector jefe Bone ha salido de la sala de interrogatorios.

—Después de agredirme —intervino Kinross.

—Tengo aquí una serie de fechas para que las examine —dijo Walker, y sacó otra hoja A4 de sus notas.

—Ah, ¿así que seguimos? —protestó Kinross—. Yo diría que su colega es más capaz de matar a Richard que yo. Está trastornado.

—Estas son las fechas y horas en que Jones hizo las grabaciones de la figura que estaba fuera de su propiedad —dijo Walker, ignorando la perorata de Kinross—. Nos gustaría darle algo de tiempo para que revise la lista y piense dónde estaba en cada una de esas fechas o en torno a ellas.

Kinross se giró hacia el agente que aún permanecía detrás de él y finalmente examinó la hoja que tenía delante.

Walker hizo una señal a la cámara de que iba a salir de la sala.

—Entonces, si usted también se va, ¿ya puedo marcharme?

—Le sugiero encarecidamente que estudie esas fechas con mucho cuidado, señor Kinross, porque ahora mismo, la cosa no pinta nada bien para usted.

Walker continuó hacia la puerta.

—¡Por el amor de Dios! Después de todo eso, ¿no me vais a dejar ir? Su jefe acaba de agredirme. ¡Yo diría que la cosa no pinta bien para él! —bramó Kinross—. ¡Dejadme salir ya!

Pero Walker ya se había marchado.

—¿Dónde está? —preguntó Walker al agente de uniforme que estaba fuera de la puerta.

El agente señaló con la cabeza el baño al final del pasillo.

—De acuerdo, lleve a Kinross de vuelta a su celda. Creo que necesitamos un tiempo para que se enfríen los ánimos.

—A la orden, señora —dijo el agente y, con una mueca, entró para enfrentarse a la cacofonía de quejas de Kinross.

Walker abrió la puerta del baño y llamó. —¿Inspector? —No hubo respuesta.

Se aventuró a entrar y asomó la cabeza por detrás de la pared para comprobar si había algún otro miembro masculino del personal. Bone estaba al fondo, apoyado en un lavabo.

Se acercó a él. —¿Qué ha pasado ahí dentro? —preguntó en voz baja.

Bone seguía mirándose fijamente en el espejo.

—Inspector —repitió ella.

—Le vi esa sonrisita de suficiencia y perdí los estribos —dijo Bone finalmente.

—¿Es por su hijo?

Bone se dio la vuelta bruscamente. —¡Claro que es por mi hijo! El cabrón que está ahí dentro intentó matarlo.

—Inspector, si me permite hablar con franqueza.

Bone asintió, finalmente.

—Creo que estamos dando palos de ciego —dijo ella.

—Se estaba partiendo de risa de mí ahí dentro —replicó Bone.

—Está aterrorizado, inspector. No se está riendo; eso es miedo puro y duro, al cien por cien.

—Entonces, ¿qué estás diciendo?

—No tenemos suficiente para acusarlo. Todo es circunstancial.

—Pero el vídeo, la lesión...

—Tiene razón cuando dice que una lesión así es común. No tenemos reconocimiento facial en ninguna de las grabaciones, ni en la comisaría ni en casa de Jones. —Hizo una pausa—. Creo que...

—Suéltalo ya —la apremió Bone.

—Creo que es un caso de pura ilusión.

—Por mi parte, quiere decir.

—Comprendo por qué quiere pillar a este tipo. Estamos bajo muchísima presión, y usted necesita cerrar el capítulo del ataque a

su hijo, pero, inspector...

—Siga.

—¿Podrían sus circunstancias familiares, ya sabe, el tema de ver a su hijo y todo eso, estar afectando a su juicio en este caso?

—¿Se refiere a mi sentimiento de culpa?

—Bueno, si se da por aludido, inspector.

Bone volvió a mirar su reflejo en el espejo. —¿Todavía estoy hecho un desastre, verdad?

—Más bien un proyecto de rehabilitación —dijo Walker con una sonrisa—. Pero pegarle a un sospechoso no está bien.

—Por un segundo, he querido matarlo.

—Bueno, la verdad es que tiene una de esas caras que invitan a darle un puñetazo, pero veamos si saca algo en claro de las fechas que le he dado. Nunca se sabe; podría equivocarme en esto, y con mucho gusto le daré yo también un puñetazo al cabrón.

—Sí, claro —Bone se encogió de hombros—. ¿Cuándo se equivoca usted?

Justo en ese momento, la puerta se abrió y entró Mullens.

—Oh, qué íntimo, me gusta —dijo al verlos a los dos.

—¡Qué inoportuno, Mullens! —le espetó Walker.

Mullens captó la seriedad de la conversación y retrocedió.

—Usaré el de señoras —dijo, y desapareció.

Walker puso los ojos en blanco.

—Vale, yo me encargo de esto. Creo que necesita ir a ver a su hijo y hablar con Alice.

—No puedo dejarla con todo este marrón ahora mismo.

—Inspector, lo tengo todo controlado. Váyase. Tómese un descanso. Si hay alguna novedad, lo llamaré.

Bone negó con la cabeza.

—Es una orden —insistió ella.

Bone finalmente se dispuso a marcharse.

—Y si Gallacher mete las narices, le diré que está siguiendo una pista, ¿de acuerdo?

—Gracias, Rhona —le devolvió la sonrisa Bone.

—Soluciónelo, y no le pegue a nadie al salir —bromeó ella.

Bone se fue, bajando por las escaleras hacia la salida trasera. Walker se quedó quieta un momento y dejó escapar un largo y profundo suspiro. Entonces, al darse cuenta de los urinarios y recordar que estaba sola en el baño de hombres, salió a toda prisa y se dirigió de nuevo a la sala de operaciones para tomarse una taza grande de café bien cargado.

Mientras Bone cruzaba el aparcamiento, vio a Baxter merodeando junto a la valla, su figura encorvada medio sumergida en una espesa nube de humo.

—¿Qué demonios hace aquí de vuelta, Baxter?

—No soporto estar tirada en la cama. Necesito estar trabajando —respondió Baxter, dejando caer el cigarrillo y apagándolo con la punta del zapato.

—¿Pero no tiene una conmoción cerebral o algo así?

—Prefiero tener una conmoción cerebral aquí que en casa.

—Bueno, no se pase, Sheila. Lo último que necesitamos es que venga otra ambulancia.

—¿Cómo? —preguntó Baxter.

—Ya la pondrá al día Harper. —Bone negó con la cabeza y siguió hacia la puerta trasera.

—Ah, inspector —lo llamó Baxter.

Bone se dio la vuelta. —¿Sí?

—Antes de mis vacaciones en mi carbonera, seguí su petición y llamé al instituto para preguntar por el profesor, Jeff Bassett.

—Ah, sí, ¿qué descubrió?

—No mucho, la verdad. Treinta y ocho años, profesor de inglés, lleva ocho años trabajando en el Kilwinnoch Academy. El director sí dijo que tenía una amistad profesional con la víctima, pero no estaba seguro de si se extendía más allá del trabajo —continuó—. Pero fue suficiente para que yo investigara un poco más.

—¿Y?

—Pues está casado...

—¡Lo sabía! —la interrumpió Bone.

—Perdón, ahora divorciado, desde hace dos años —corrigió Baxter.

—¿Por qué motivo?

—Eh... —hizo una pausa y se frotó la cabeza—. Sí, ya me acuerdo. Adulterio.

—¡Cabrón! —exclamó Bone.

—No, fue su mujer la acusada de adulterio. Llegaron a un acuerdo extrajudicial. Pero, aparte de eso, ni antecedentes penales ni problemas con la ley. Es miembro del gimnasio y del club de corredores local. —Volvió a hacer una pausa y frunció el ceño—. Ah, y colabora con el ayuntamiento en un programa para mejorar la alfabetización de los niños de entornos desfavorecidos. Y está de muy buen ver, si me permite el comentario —sonrió.

—Pare, vale, ya lo pillo —la interrumpió Bone—. Es un miembro ejemplar de la comunidad.

—Básicamente, sí.

—¿Algún otro vínculo con Jones?

—Aparte de trabajar en el mismo instituto, no encuentro ninguno. Ninguna afiliación política que pueda encontrar, y no se dedica al activismo como Jones. Solo un tipo tranquilo y en forma.

Bone exhaló. —De acuerdo, bien. Gracias.

—¿Quiere que clave con una chincheta su cara bonita en el panel de incidencias para alegrarlo un poco cuando suba? —preguntó Baxter, arqueando una ceja.

—No será necesario, Sheila. Como estaba.

—Inspector —dijo Baxter, y se le desencajó el rostro. Desapareció por la puerta trasera.

Treinta y Seis

—Michael está en clase, señor Bone —dijo la secretaria del colegio, de boca prieta, asomándose por la ventanilla de recepción.

—Lo sé. Solo quería comprobar que estaba bien.

—Ah, sí, lo leí en el periódico. Qué espanto. Debe de sentirse fatal por ello —añadió.

—No hay palabras —replicó Bone—. En fin, ¿puedo llevármelo una hora? ¿Sería posible?

—Un momento, por favor. —La secretaria cerró la ventanilla corredera.

Bone consultó su reloj.

Momentos después, la ventanilla volvió a abrirse.

—Lo siento, señor Bone, el colegio ha recibido instrucciones de no permitirle tener contacto con Michael. —Apretó aún más los labios, como si se preparara para un inminente ataque verbal.

—¿Instrucciones de quién? —replicó Bone.

—Tenemos que acatar las normas. Lamento mucho no poder ayudarle.

—¿Se lo ha dicho mi exmujer, Alice?

—Lo siento mucho, señor Bone.

—Joder, soy el padre de Michael. Tengo derecho a ver a mi propio hijo —suplicó.

—Le sugiero que hable con su exmujer, gracias —dijo la secretaria, y cerró la ventanilla de un golpe seco.

Él dio unos golpecitos en el cristal. —¡Espere, por favor! ¡Esto es ridículo!

Aún podía verla moverse al otro lado del cristal opaco.

—¡Por favor! —volvió a golpear.

Pero la ventanilla permaneció cerrada.

—¡Joder! —rugió Bone, y salió furioso del colegio para volver a meterse en el coche.

Tras mirar de nuevo el reloj, hizo un cambio de sentido rápido y subió la calle en dirección al trabajo de Alice.

Condujo a toda velocidad hasta el nuevo centro de negocios en las afueras de Kilwinnoch. Se dirigió al último edificio de una hilera de bloques relucientes de cristal y plata, aparcó y entró corriendo en el vestíbulo.

—Busco a Alice Bone —dijo Bone.

La recepcionista, desplomada tras el mostrador, se enderezó de un respingo, como si llevara días sin ver a un ser humano.

—¿Quién? —preguntó ella con aire ausente.

—¿Alice Bone?

—Ah, ¿se refiere a Alice Fitsimmons?

—Sí —contestó Bone, sorprendido de que Alice se hubiese despojado de su apellido de casada.

—¿Y usted es...? —La recepcionista lo miró entrecerrando los ojos con recelo.

—Soy su marido, Duncan Bone.

—Ah, sí. Un momento. —Llamó por el interfono y avisó a Alice de que Bone estaba allí.

Momentos después, Alice salió por una puerta al fondo del vestíbulo.

—Duncan, ¿qué haces aquí? —dijo, acercándose a él.

—¿A qué estás jugando, Alice?

—No estoy jugando a nada, Duncan. Estoy en el trabajo y no deberías estar aquí —replicó Alice, ya molesta con él.

La recepcionista fingió no estar escuchando.

—He pasado por el colegio de Michael para ver cómo está y no me han dejado verlo.

Alice miró de reojo a su colega, que estaba con la oreja puesta. —Vamos fuera —dijo.

—¿Les dijiste tú que hicieran eso? —insistió Bone.

—Duncan, aquí no. Vamos. —Alice salió a paso ligero del vestíbulo hacia el aparcamiento.

Bone la siguió. —¿Y bien? —volvió a interpelarla.

—Vamos a un lado. Hay más intimidad.

—Me importa una mierda quién oiga esto. Está totalmente fuera de lugar —arremetió Bone de nuevo contra ella.

Alice se dio la vuelta bruscamente. —Si te vas a poner agresivo, no puedo lidiar con eso. —Se dirigió a un lateral del edificio, a una zona de césped con vistas a unos campos y a las colinas de Campsie en la distancia—. Siéntate un minuto. —Le indicó un banco que miraba hacia el paisaje.

—No quiero sentarme; quiero que me digas que el colegio se ha equivocado y que esto es un error.

—Escucha, Duncan. He hecho encaje de bolillos para complacerte y mantenerte contento...

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión? —la interrumpió Bone.

—Déjame terminar. —Respiró hondo—. Acordamos un régimen de visitas y un horario, y básicamente te di lo que querías.

Bone negó con la cabeza.

—Pero nunca es suficiente para ti, ¿verdad? —Lo miró, con rabia y tristeza en los ojos.

—Es mi hijo. Por supuesto que nunca es suficiente.

—Estaba dispuesta a ceder y a dejar pasar las cosas por el bien de Michael, pero tú seguiste presionando y presionando, e interfiriendo en mi vida.

—Tenemos una historia en común, Alice. No podemos borrar eso.

—Pero esto es el aquí y el ahora. Nuestra historia se ha acabado, Duncan. *Lo nuestro* se ha acabado. Por eso es tan importante cumplir los acuerdos legales para mantener la cordialidad.

—Es que lo echo de menos —rogó Bone.

—Pero podría haber muerto bajo tu cuidado.

—Lo sé, y me siento fatal por ello.

—El problema es tu trabajo, Duncan. Tu trabajo casi lo mata. Michael no está seguro contigo. Por eso le di instrucciones al colegio para que te negaran el acceso.

—No puedes hacer eso —protestó Bone.

—Puedo y lo he hecho. He hablado con mi abogada y me ha dicho que estoy en mi pleno derecho.

—No hagas esto, Alice, por favor —volvió a suplicar Bone.

—Ya no puedo confiar en que esté a solas contigo.

—¿Así que se acabaron los fines de semana?

—¿Hablas en serio? —replicó Alice—. A partir de ahora, si lo ves, será bajo mis condiciones y nunca a solas, no en un futuro próximo.

—Nunca pensé que fueras una bruja sin corazón —gruñó Bone.

—Estoy velando por el bienestar de mi hijo, Duncan. Uno de los dos tiene que hacerlo. —Alice se mordió el labio inferior.

Justo en ese momento, sonó el teléfono de Bone.

—Esto me va a hundir, Alice —dijo por encima del tono estridente.

—¿Junto con todas las demás cosas de tu vida que te están hundiendo? —suspiró Alice.

El teléfono de Bone siguió sonando.

—Te llama el trabajo, Duncan —dijo Alice, y pasó a su lado empujándolo.

—Espera. Mierda. —Trasteó con el móvil, pulsó el botón de cancelar y corrió tras ella.

—Por favor, no hagas esto, Alice —lo intentó una vez más.

Ella se detuvo y se giró, pero su teléfono empezó a sonar de nuevo. Negó con la cabeza y regresó a su oficina.

—¡Joder! —rugió Bone y contestó a la llamada. Era Walker.

—Señor, disculpe que le moleste —dijo ella—. Hemos investigado la declaración de Kinross y su coartada se sostiene. Paró en una estación de servicio a las afueras de Corriemurran justo antes del amanecer del día veintiuno. Lo confirman unos recibos encontrados en su cartera.

Bone no dijo nada.

—¿Señor? ¿Está ahí?

—Aquí estoy —respondió Bone finalmente—. ¿Y no hay forma de que pudiera haber dado la vuelta y vuelto a escondidas?

—En un caza F-14, quizá. De lo contrario, sería imposible en ese plazo.

Bone se apretó con fuerza el dedo índice contra la cicatriz.

—Señor, tenemos que soltarlo. No es nuestro hombre.

Bone permaneció en silencio un momento.

—¿Señor?

—Eso nos devuelve a la casilla de salida —replicó Bone al fin.

—Tenemos que dejarlo ir —repitió Walker.

—Sí, lo sé —admitió Bone—. Hágalo. Estoy de camino.

Treinta Y Siete

En la comisaría, una ambulancia estaba aparcada junto a la entrada y un par de agentes intentaban mantener a raya a la prensa. Bone detuvo el coche, saltó fuera y corrió hacia allí. Cuando los periodistas lo vieron, se abalanzaron sobre él, casi arrollando la precaria línea de los agentes. Bone se coló antes de que pudieran alcanzarlo, subió los escalones de un salto y, justo cuando iba a entrar, las puertas se abrieron de golpe y salieron unos sanitarios con una camilla.

—¡Aparta! —le gritó a Bone el sanitario que iba delante.

Se hizo a un lado. Al pasar la camilla, vislumbró a Robert Springsteen, tendido con una mascarilla de oxígeno en la cara y vías saliéndole del brazo. Un tercer sanitario mantenía el equilibrio precariamente con una bolsa de suero mientras intentaba seguir el ritmo de la camilla. Walker apareció detrás de ellos.

—¿Qué está pasando? —preguntó él.

—Han apuñalado a Springsteen —respondió Walker.

—¿Cómo? —Bone se giró y vio cómo los sanitarios metían con dificultad la camilla en la parte trasera de la ambulancia.

—Antes ha venido una abogada a visitar a Springsteen a su celda. Después de que se fuera, un agente lo ha encontrado en el suelo, sangrando abundantemente por una puñalada en el estómago.

—¿Se va a poner bien?

—Es grave, podría ser mortal.

—Esto va de mal en peor. —Bone entró en la comisaría a grandes zancadas.

El sargento de la recepción estaba de pie delante de su mesa, con todo el aspecto de un hombre en su último día en el corredor de la muerte.

—¿Qué demonios ha pasado, Brody? —ladró Bone—. ¿Quién ha dejado entrar a esa supuesta abogada para ver a Springsteen?

—Señor, dijo que era de Hitchcock and Partners, ese bufete de abogados de postín de Londres. Ya sabe, los que defienden a todos los famosos —dijo Brody.

—¿Comprobó usted sus credenciales?

—Por supuesto. Tenía identificación, un acento pijo de Londres, un traje elegante, todos los aderezos. Todo parecía en regla.

—Pues está claro que no todo estaba en regla. ¿Y por qué demonios lo sacan por la puerta principal, delante de todos esos buitres?

—Lo siento, señor, el equipo de la ambulancia tuvo problemas de acceso con la puerta trasera.

—Entonces, ¿quién encontró a Springsteen?

—La abogada solo estuvo unos veinte minutos y luego se marchó. El agente que la dejó salir de la celda dijo que Springsteen parecía estar bien en ese momento.

—¿Y después?

—Un segundo agente fue a verlo una media hora más tarde y estaba en el suelo.

—¿Dónde está el agente que lo encontró?

—Lo llamo, señor. —Brody volvió a su mesa.

—¿Dónde está Gallacher? —le preguntó Walker en voz alta al sargento.

—En una reunión en la central, inspectora.

Walker miró a Bone, que resopló hinchando los carrillos.

—Un momento de respiro mientras intentamos solucionar este maldito embrollo —dijo Bone.

Unos minutos más tarde, un joven agente de policía alterado apareció por el hueco de la escalera.

—Agente Glennon, señor —dijo el uniformado.

—Usted encontró al sospechoso en su celda, ¿es correcto? —preguntó Bone.

—Sí, señor. Estaba haciendo la ronda, comprobando que todos estuvieran bien, y encontré al sospechoso en el suelo de su celda con una herida fea en el estómago.

—¿No vio llegar o marcharse a su visita, la abogada?

—No, señor.

—¿Estaba consciente cuando lo encontró? ¿Dijo algo?

—Sí, señor —confirmó el joven agente—. Dijo: «Por mi hermano», y luego se desmayó.

—¿Nada más?

—No, señor. Entonces di la alarma y llamamos a los servicios de emergencia.

—Eso es todo por ahora —lo despidió Bone.

—Señor —dijo el agente, y volvió sobre sus pasos hacia las escaleras.

—Qué pesadilla. Estamos a punto de dejar marchar a nuestro principal sospechoso, ¿y ahora esto? —dijo Bone—. Gracias a Dios que Gallacher no está aquí ahora mismo, porque seguro que nos echaría encima a la unidad de intervención.

—Deberíamos tener alguna grabación de seguridad de esta abogada, ¿no? —preguntó Walker, distrayendo a Bone del borde del precipicio.

—Sí, inspectora —el sargento de la recepción señaló la cámara junto a la puerta—. Y en el pasillo de las celdas de abajo —añadió—. Voy a buscarlas.

—Precinten la celda y llamen al equipo de la Científica —ordenó Bone.

—En ello estoy, señor —respondió el sargento de la recepción y cogió el teléfono.

Bone se volvió hacia Walker. —Esto es una advertencia para que los Springsteen mantengan el pico cerrado. Tiene que haber algo más que el simple robo de huevos de águila pescadora. Esos indeseables deben de estar relacionados con la muerte de Jones, no me cabe la menor duda.

—No estoy segura de que sepamos eso, señor —dijo Walker.

—Y en cuanto identifiquemos a esa abogada, nos llevará directamente a los cabecillas de su banda —continuó Bone, ignorando a su compañera o sin escucharla.

Antes de que pudiera responder, él subió por el pasillo a toda prisa y regresó a la sala de operaciones.

Harper levantó la vista desde la ventana. —¿Qué pasa? He oído la sirena de una ambulancia, pero un agente en el pasillo me ha dicho que volviera a la sala de operaciones. ¿A quién se llevaban?

Bone cruzó la sala a grandes zancadas y entró en su despacho.

—Han apuñalado a Springsteen —dijo Walker.

—¿Bajo custodia?

Walker asintió, llamó a la puerta abierta del despacho de Bone y entró.

—Señor, siento insistir con esto, pero no tenemos nada concreto que vincule a los Springsteen con la muerte de Jones.

—¿Qué quiere decir? Esto es una advertencia clara —replicó Bone bruscamente.

—Con el debido respeto, señor, me preocupa que volvamos a entrar como un elefante en una cacharrería, como hicimos con Kinross.

—¿Un elefante en una cacharrería? Teníamos motivos, Rhona —replicó Bone—. De acuerdo, veamos lo que tenemos. Tenemos un sospechoso a las puertas de la muerte, que ahora parece ser otra víctima; un segundo a la fuga; y un tercero al que acabamos de poner en libertad, ya que es completamente inocente. Así que, a menos que usted tenga alguna idea mejor, creo que deberíamos seguir con su opción de la cacharrería, ¿no le parece? —Hizo una pausa y levantó las manos en señal de disculpa—. Lo siento, Rhona. Pero tenemos que hacer algo. No podemos quedarnos de brazos cruzados esperando a que se amontonen más cadáveres —pasó junto a ella, salió de su despacho y se dirigió a la pizarra de la investigación.

Walker se acercó a su lado. —¿Está usted bien? —susurró.

—No hay nada que esté bien en todo esto —gimió Bone y continuó clavando la mirada en la pizarra.

—Estoy de acuerdo en que todos los caminos parecen conducir a los Springsteen, pero aun así podría ser una coincidencia. Y como usted sabe, las suposiciones son nuestro peor enemigo.

Bone estaba a punto de responder cuando llamaron a la puerta de la sala. Apareció el sargento Brody. —Siento molestar, pero la señora Morton está aquí.

—¿Cómo? —Bone se giró sorprendido.

—Ha dicho que quiere hablar con usted, señor, con carácter de urgencia.

—Otro giro inesperado —sonrió Walker de lado.

—Veamos de qué se trata este, entonces —dijo Bone, y juntos siguieron a Brody.

—¿Dónde está? —preguntó Bone, caminando a paso ligero por el pasillo.

—La hemos llevado a la sala de visitas, lo más lejos posible de la Científica, que está por toda la zona del sótano. Pero le aviso, no está nada bien.

—De acuerdo, nosotros nos encargamos a partir de aquí.

Brody asintió y se dirigió de nuevo al vestíbulo.

Cuando los inspectores llegaron a la puerta de la sala de visitas, Bone se detuvo, respiró larga y profundamente y luego entró. La señora Morton estaba sentada en uno de los sillones, con la cabeza entre las manos.

—Señora Morton —dijo Bone.

Ella levantó la vista; un profundo hematoma de color carmesí le cubría el ojo izquierdo, medio cerrado.

—¡Dios mío! ¿Qué le ha pasado? —Se sentaron a su lado.

La señora Morton se echó a llorar.

—¿Alguien le ha hecho eso? —continuó Bone.

Los sollozos de la señora Morton se intensificaron.

Walker se inclinó hacia la mesita para coger la caja de pañuelos estratégicamente colocada. —¿Le apetece un vaso de agua o una taza de té?

—Ha sido él —dijo finalmente, entre sollozos.

—¿Él quién? —preguntó Bone.

—Mi hijo, Oliver. Lo negó, pero yo lo sabía. Una madre lo sabe.

—¿Saber el qué? —insistió Bone.

—Él fue el intruso. No pensé que fuera a hacer nada de verdad, pero me pegó tan fuerte... —Se interrumpió en otro ataque de llanto.

—De acuerdo, empecemos de nuevo —dijo Bone—. Su hijo, Oliver, fingió el allanamiento y las agresiones. ¿Es eso lo que está diciendo?

La señora Morton levantó la vista, con la cara empapada en lágrimas. —Adoraba a Richard, inspector. —Se secó la punta de la nariz, intentando recuperar la compostura—. Como a un hermano, quiero decir, pero en algún momento, su profunda admiración se convirtió en una especie de obsesión. —Hizo una pausa y respiró de nuevo, temblorosamente—. Hablaba de él todo el tiempo. Incluso consiguió que Richard le ayudara a comprar ropa parecida. Yo solo pensaba que era una especie de idolatría y que se le pasaría. Pero fue a peor y a peor, y entonces hizo esto. —Señaló su ojo.

—¿Su hijo mató a Richard Jones, señora Morton? —interrumpió Bone.

La señora Morton dejó de llorar de repente y se enderezó. —No está bien, inspector. En el fondo, sigue siendo un buen chico, pero está enfermo.

Bone le hizo un gesto a Walker y esta salió corriendo de la sala. Momentos después, llegó una agente de policía.

—Gracias, señora Morton. La agente la cuidará mientras nosotros vamos a buscar a su hijo.

—¡Por favor, no le hagan daño! —les gritó la señora Morton mientras se iban.

Bone ya estaba a mitad del pasillo.

Treinta y Ocho

Walker frenó en seco delante de la casa de Morton. Los inspectores se bajaron de un salto y corrieron por el sendero. Bone había pedido refuerzos, pero todavía no habían llegado. Aporreó la puerta principal, pero esta se abrió sola.

Bone asomó la cabeza por el marco de la puerta y escudriñó el lúgubre pasillo. No se veía movimiento alguno. Entraron los dos, avanzando sigilosamente pegados a la pared. Bone señaló la cocina. Walker siguió de frente y Bone empezó a subir las escaleras. Cuando llegó al rellano, oteó el cuarto de baño. Vacío.

La escalera del desván estaba bajada. Asomó la cabeza poco a poco para echar un vistazo por encima de la trampilla. La habitación estaba destrozada. Había mesas volcadas y la preciada colección de soldaditos militares antiguos de Morton estaba esparcida en todas direcciones. La lámpara del fondo del desván estaba encendida y se balanceaba violentamente de un lado a otro.

—¡Policía! ¡Salga de ahí! —gritó Bone, pero no había ni rastro del sospechoso. Bone subió y entró—. No tiene sentido esconderse, Oliver. Salga —repitió, y se acercó sigilosamente a la lámpara, mientras las diminutas figuras metálicas crujían bajo sus zapatos. Cuando estaba a pocos metros, saltó por encima de los escombros y apartó de un tirón el tablero de una mesa que estaba apoyado contra la pared del fondo. Pero allí no había nadie.

—Ni rastro de Morton, inspector —dijo Walker desde lo alto de la escalera.

—Dios mío, Rhona —exclamó Bone, sujetando la lámpara para que no se moviera—. Se ha vuelto completamente loco aquí dentro.

—El resto de la casa está igual. Un colapso total, por lo que parece —replicó Walker.

Justo en ese momento, una voz llamó desde el pasillo:

—¿Inspector?

—Los refuerzos —dijo Bone, y trepó de vuelta a la trampilla, siguiendo a Rhona por la escalera.

—Han visto al sospechoso en Garrell Road —dijo el agente, que aún sujetaba la radio.

—¿En coche? —preguntó Bone.

—No, a pie —confirmó el agente.

Bone pasó a toda prisa, con Walker detrás de él.

—¿El camino más rápido? —preguntó Bone, subiéndose de un salto al coche.

—Este —dijo Walker.

Metió la marcha atrás bruscamente y salió a toda velocidad de la calle sin salida. El coche se incorporó virando a la carretera principal. Realizó un giro de ciento ochenta grados con el freno de mano de manual y aceleró calle arriba. Bone exhaló y, con manos temblorosas, se abrochó el cinturón.

—¿Eso es algo que aprendió a hacer con un tractor en la granja de su padre? —bromeó Bone con nerviosismo.

Cuando llegaron a Garrell Road, dos coches patrulla y un furgón policial ya estaban en el lugar, con agentes por todas partes. Al bajar, Bone vio a Mullens corriendo calle arriba hacia ellos.

—He recibido el mensaje, inspector —dijo Mullens con la respiración agitada—. He ido hasta el final y he subido por la siguiente calle, pero no lo veo.

Bone recorrió con la mirada la larga hilera de edificios de protección oficial, grises y anodinos, que se extendía de un extremo a otro. El silbato de un agente sonó detrás de la fila de edificios.

Bone buscó frenéticamente un hueco en el edificio. —¿Cómo llegamos ahí?

—Por aquí, inspector. —Un agente de uniforme llamó a los detectives y desapareció por un espacio estrecho oculto por un solitario manzano sin fruto.

Los inspectores corrieron hacia allí, siguiendo al agente. El silbato volvió a sonar. En la zona comunitaria trasera, Bone vio a un agente en el suelo agarrándose el estómago. El agente les hizo un gesto con la mano y señaló mientras se acercaban.

Walker corrió hacia el agente caído, y Bone y Mullens continuaron a través del césped trasero, por una salida posterior, y salieron al otro lado.

El jardín terminaba bruscamente y se encontraron en la calle de al lado.

—Usted vaya por allí —ordenó Bone.

Ambos echaron a correr en direcciones opuestas.

Al final de la calle, Bone giró hacia la vía adyacente, pero seguía sin haber ni rastro de Morton. Vio un callejón y se dirigió hacia él en línea recta. Un contenedor de basura se volcó justo delante y la tapa repiqueteó en los adoquines. Siguió corriendo y, al doblar una esquina de vuelta a la carretera principal, vio una figura que desaparecía en uno de los cobertizos que bordeaban el callejón.

—Te he pillado, cabrón —jadeó Bone.

Se detuvo ante la puerta del cobertizo, contuvo la respiración y pegó la oreja a la superficie. Apenas pudo distinguir el débil sonido de alguien que respiraba al otro lado de la puerta. Retrocedió y estaba a punto de tirar del picaporte cuando la puerta se abrió de repente y el sospechoso le embistió de lleno en la cara y lo tiró de espaldas sobre los adoquines.

El sospechoso saltó por encima de él y Bone intentó agarrarle los tobillos, pero fue demasiado rápido. Bone se levantó de un salto, pero el sospechoso se dio la vuelta y le golpeó de nuevo en el lateral de la cabeza con la tapa metálica de un cubo de basura, derribándolo otra vez y lanzándolo de costado hacia el interior del cobertizo. La puerta se cerró de golpe tras él y el cobertizo quedó sumido en la oscuridad. Antes de que pudiera arrastrarse de vuelta a la puerta, el cerrojo sonó. A ciegas, tanteó en la oscuridad y, cuando

su mano dio con el marco de madera, empujó con todas sus fuerzas, pero no se movió ni un milímetro.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —bramó Bone, e intentó abrir con el hombro, pero la puerta seguía sin moverse.

Se buscó el móvil en el bolsillo para usar la linterna, pero la puerta se abrió y la luz volvió a entrar a raudales. Una silueta oscura llenó el hueco. Bone corrió hacia ella, en posición de placaje de rugbi. La figura la esquivó.

—¡Quieto, fiera! —exclamó Mullens, y agarró a Bone antes de que cayera rodando por el callejón y se estrellara contra otros contenedores.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Mullens al ver un reguero de sangre que le corría a Bone por la mejilla.

—Lo tenía —graznó Bone y se limpió la sangre de la mejilla—. Pero me ha ganado la partida.

—Ya lo veo —dijo Mullens con una risita—. Tampoco hay rastro de él en el otro extremo.

—El cabrón se ha vuelto a escapar —se quejó Bone.

—Eso parece. Por ahora. Pero al final lo pillaremos.

—Sí, pero ¿qué hará mientras tanto? Eso es lo que me preocupa —Bone escupió un hilo de sangre.

—Debería ir a que le miren eso —dijo Mullens.

—Estoy bien. La próxima vez lo voy a clavar, joder.

—Sí, claro —Mullens se rio de nuevo. Luego añadió con una sonrisa—: Inspector.

Dos agentes de uniforme corrieron hacia los inspectores.

—¡No os paréis, seguid buscando! —les gritó Bone.

Continuaron por el callejón.

—Llame a la comisaría y dígales que desvíen más agentes aquí antes de que se escape de la zona por completo.

—A la orden, inspector —respondió Mullens y sacó el móvil del bolsillo.

Bone se apretó la herida de la mejilla. —Joder, esto sí que necesita puntos —dijo.

—Lo llevaré a Urgencias.

—No, usted tiene que seguir aquí.

—Bueno, pues que lo lleve un coche patrulla. Y no se admiten discusiones —insistió Mullens.

—Deje de preocuparse tanto, joder. No le pega —se quejó Bone —. No puedo permitirme estar allí metido horas y horas mientras este lunático sigue suelto.

—Sí, pero tiene la cara que parece Sauchiehall Street un sábado por la noche. Diga que está de servicio y le dejarán saltarse la cola. Es lo que yo hago.

Bone maldijo y Mullens silbó para que uno de los agentes se acercara.

Treinta y Nueve

Una vez que a Bone le cosieron la herida, reanudó la búsqueda mientras unidades de otras tres comisarías se unían al operativo. Pero tras horas de rastreo, Morton seguía sin aparecer por ninguna parte. A las cinco de la madrugada, con el amanecer a punto de romper, a Bone le martilleaba la cabeza, así que volvió a su piso a por la medicación. En la entrada del portal, lo recibió un agente.

—Buenos días, señor —dijo el joven agente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Bone.

—Recibí órdenes de permanecer aquí en su piso, señor, mientras el sospechoso siga fugado.

—No es necesario. Retírate.

—Señor, la orden la emitió el superintendente jefe Gallacher —dijo el joven agente, con aspecto nervioso.

—Pues yo te estoy dando una orden nueva. ¿No preferirías estar metido en la cama en vez de aquí fuera pasando frío?

El agente dudó un momento y luego, con un asentimiento formal, se marchó, perdiéndose en la penumbra del nuevo día. Bone dejó escapar un largo suspiro y entró arrastrando los pies en el portal, subió las escaleras y abrió el cerrojo de su puerta provisional. Evitando mirar el estado del recibidor, fue directo al cuarto de baño. Rebuscó en el botiquín, encontró las pastillas y se tomó un par, que tragó con unos cuantos sorbos de agua del grifo. Levantó la vista hacia su rostro vendado y amoratado. Tenía el ojo izquierdo

hinchado y lucía ya los primeros indicios de un ojo a la funerala en toda regla.

—Joder —masculló, y se apretó un dedo contra la malla ensangrentada que tenía pegada bajo la mejilla.

En el dormitorio, se desplomó sobre el borde de la cama. Encontró su móvil y llamó a Walker.

—Señor, ¿está usted bien? Mark dijo que había ido a urgencias por una herida en la cara —preguntó Walker de inmediato.

—Estoy bien —contestó Bone—. ¿Alguna novedad?

—Nada, señor, lo siento. Los equipos siguen fuera y ahora han ampliado la búsqueda. Creemos que podría haberse escabullido y cogido un tren a Glasgow. Uno del equipo dijo que lo vio cerca de la estación de Kilwinnoch.

—Mierda —maldijo Bone—. Si lo ha conseguido, podría estar en cualquier parte.

—Desde luego. Lo único que podemos hacer es seguir buscando. Tarde o temprano acabará apareciendo en algún sitio.

—Vale, pero tienes que irte a casa a descansar, Rhona.

—Estoy bien, señor. Aún aguanto un par de horas más.

—De acuerdo, llámame si surge algo, y me refiero a cualquier cosa.

—Debería estar descansando, señor. Cuídese esa cabeza.

—Dios, eres peor que Mullens. Solo han sido seis puntos. A mí me han hecho saltar por los aires, ¿sabes?

—Ja, ya lo creo que sí.

—Lo digo en serio, Rhona.

—Señor.

Bone colgó y un dolor agudo le recorrió la frente. Se apretó la base de la palma de la mano contra el cráneo, pero eso pareció empeorarlo. Se recostó en el colchón y cerró los ojos. En cuestión de segundos, se quedó dormido.

Un ruido lo despertó de un sueño agitado en una habitación a oscuras. Le daba vueltas la cabeza y respiraba de forma acelerada. Buscando el borde del colchón, se giró de lado y buscó a tientas en la penumbra un vaso de agua, pero la mesilla estaba vacía. Se incorporó lentamente. Todavía le martilleaba la cabeza. Un

movimiento en el rincón más alejado lo hizo girarse. Una figura encapuchada acechaba en las sombras.

—Ah, eres tú, ¿has vuelto tan pronto? —le dijo Bone a su inoportuno visitante.

La figura se acercó. Ahora Bone podía oír otra respiración además de sus propios jadeos rápidos.

—No podías dejarlo estar, ¿verdad? —dijo la figura.

Bone se sentó en la cama. —¿Morton?

—¿Por qué no lo dejaste? —Morton se acercó aún más y su rostro emergió de la oscuridad.

—¿Cómo has entrado? —Bone se levantó lentamente de la cama.

—Yo de ti no me levantaría —lo amenazó Morton. Su mano emergió de la oscuridad, empuñando un martillo.

Bone volvió a sentarse. —Tienes que escucharme, Oliver. Sea lo que sea esto, no vas a ganar.

—Te di todas las oportunidades, pero no quisiste parar.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Bone.

—Es demasiado tarde para lo que quiero. Ahora es lo que necesito —siseó Morton.

—¿Y qué es?

—Reparación. Me negaste mi futuro, así que yo te negaré el tuyo.

—¿Era por tu trabajo? ¿Mataste a tu jefe por su puesto?

—Por mi vida —protestó Morton.

—Eso es patético —replicó Bone.

Morton levantó el martillo. —No digas...

—Lo único que tenías que hacer era buscar un ascenso en otro instituto, no masacrar a tu mentor e incriminar a todo Kilwinnoch. ¿No habría sido más fácil?

—El reinado de un monarca llega a su fin natural, pero el rey no abdicaba —respondió Morton.

Bone deslizó la mano por el colchón y sus dedos tocaron un vaso vacío.

—Fui un siervo leal y paciente, pero aun así no se iba. Eso me dejó una sola opción.

—¿Y cuál fue? ¿Asesinarlo y luego mutilar su cuerpo? —preguntó Bone.

—Se llama revolución —replicó Morton—. Y he de decir que estaba bastante orgulloso de mi pequeña cortina de humo. Nada como un buen asesinato ritual para señalar al crimen organizado.

—Ah, ya lo pillo. No eres más que un hombre triste y patético con complejo de Napoleón —rió Bone por lo bajo—. Seguro que también la tienes pequeña.

—Diría que ese zapato de cristal en particular le queda perfecto a usted, inspector —se burló Morton.

—No eres más que un pringado —le espetó Bone.

—¡No me llames eso! —saltó Morton.

—Si te viene el zapato de cristal, pringado —insistió Bone.

—¡Estúpido! —rugió Morton, y, levantando el martillo, se abalanzó sobre Bone.

Bone cogió el vaso y se lo lanzó a su agresor, dándole en un lado de la cabeza. El vaso se hizo añicos contra la pared del fondo. Bone se levantó de un salto y embistió contra él mientras se le echaba encima rugiendo. Morton blandió el martillo en el aire, sin alcanzar el cráneo de Bone por milímetros. Cayeron hacia atrás sobre el tocador, cuyo contenido salió volando en todas direcciones.

En el suelo, Bone forcejeaba con los brazos agitados de Morton, esquivando el martillo mientras el trastornado profesor lo blandía salvajemente de un lado a otro. Bone consiguió ponerse encima, pero Morton le dio un fuerte rodillazo en la entrepierna y Bone se dobló hacia delante de dolor. Morton se deslizó por debajo de él, se puso en pie a trompicones y volvió a levantar el martillo. Bone extendió la mano y agarró las piernas de Morton, que se desplomó hacia delante contra la puerta, golpeándose la cabeza con el pomo al caer.

Poniéndose en pie como pudo, Bone corrió hacia Morton, que estaba tendido en el umbral, inmóvil y boca abajo. Estaba a punto de arrebatarle el martillo de la mano cuando Morton de repente volvió en sí y se tambaleó hacia el pasillo.

Bone salió tras él, pero Morton se giró, blandió el martillo y se lo estampó en la mejilla herida. Bone gritó de dolor cuando el golpe lo

lanzó de lado contra la pared y luego al suelo. Morton volvió a levantar el arma y Bone se tapó los ojos. Pero entonces se detuvo, retrocedió tambaleándose, se dio la vuelta y echó a correr por el pasillo para salir del piso.

Parcialmente recuperado, Bone salió tras él, pero casi se cayó de cabeza por el hueco de la escalera. Salió a la calle dando tumbos. El resplandor del sol de la mañana lo cegó durante un segundo. Protegiéndose los ojos, oteó en ambas direcciones. Un coche pasó chirriando a su lado y vislumbró a Morton al volante.

—¡Para! —rugió en vano.

Cruzó la calle corriendo, se metió en el coche de servicio y salió en su persecución. Forcejeando con las marchas y el móvil, llamó a la comisaría.

—¡Inspector jefe Bone! ¡En persecución de un sospechoso en Riddrie Road! ¡Un Fiat 500 amarillo en dirección norte, saliendo de Kilwinnoch! ¡Envíen una unidad de respuesta armada ahora! —Dejó caer el móvil en el asiento del copiloto y pisó el acelerador.

Morton iba por delante, pero lo estaba perdiendo.

De repente, el Fiat giró a la izquierda por un callejón estrecho. Agarrando el volante, Bone forzó el coche de servicio para seguirlo y, con un fuerte quejido, lo consiguió por los pelos. El Fiat serpenteó entre hileras de cubos de basura, pero el coche de Bone era demasiado ancho y golpeó todos los que encontró a su paso, haciendo volar basura y metal. Al final del callejón, el Fiat giró a la derecha en la calle mayor y aceleró hacia el semáforo. Bone lo siguió y, al ver el cruce que se aproximaba rápidamente, se estremeció, recordando su último encuentro con él.

La sangre manaba ahora de la herida reabierta de su mejilla. Mientras los dos coches corrían hacia el cruce, el semáforo se puso en rojo. El Fiat continuó sin detenerse. Bone estaba a punto de seguirlo, pero vio que se acercaba un coche por la derecha. Clavó los frenos, pero las ruedas patinaron por el cruce y esquivó por poco el vehículo que venía de frente. El coche rebotó contra el bordillo y Bone volvió a pisar el acelerador. Cuando los dos coches llegaron a las afueras del pueblo, el Fiat se desvió hacia Campsie Road. Bone estaba perdiendo terreno.

—¡Vamos! ¡No dejes que te gane un puto Fiat 500! —bramó Bone, y pisó el acelerador a fondo.

En la carretera de la ladera, el Fiat volvió a girar.

Bone volvió a buscar a tientas su móvil, encontró el número de Walker y aporreó los botones.

—¡Walker! —vociferó Bone cuando ella respondió—. Se dirige hacia las cataratas. —Walker gritaba al otro lado de la línea, pero no podía oírla por el rugido del motor.

A unas cuatro millas, el Fiat giró a la derecha en la granja Monklands y subió a toda velocidad por el largo camino bordeado de árboles. Bone lo siguió, con los faros del coche rebotando arriba y abajo en el camino de grava, iluminando el arco de árboles y el Fiat más adelante. Al acercarse al patio principal de la granja, el Fiat se detuvo, la puerta se abrió de golpe y Morton saltó de él. Salió corriendo a través del patio y se perdió en la oscuridad.

La luz de seguridad del granero adyacente se encendió y Bone lo localizó corriendo por el mismo campo que él y Walker habían cruzado para ir a las cataratas a principios de semana. Bone volvió a pisar el freno y el coche derrapó en la grava y se detuvo. Saltó y siguió a Morton, tomando la misma ruta a través del patio. Cuando llegó a la portilla del campo, empezó a treparla, pero esta se abrió de golpe y casi se cae de espaldas.

—¡Mierda! —maldijo, y, recuperando el equilibrio, continuó por el campo. El sendero del borde estaba ahora aún más embarrado y, mientras corría, sus zapatos se hundían cada vez más en él; el barro se acumulaba alrededor de sus pies y lo ralentizaba.

Mirando hacia delante, apenas pudo distinguir la sombría figura de Morton pasando por el torniquete del otro lado. Finalmente, Bone llegó al otro extremo y, jadeando, pasó por el torniquete y continuó por la empinada pendiente hacia la cascada. A mitad de la bajada, el estruendo del agua llegó desde más adelante, pero a Morton ya no se le veía.

Saltó, resbaló y siguió tropezando, y cuando llegó abajo, corrió hacia los árboles, se detuvo y escudriñó el tenue perfil del cielo oscurecido entre las ramas.

Nada se movía. Morton no estaba a la vista.

Avanzó poco a poco, intentando controlar la respiración, comprobando continuamente por delante y por detrás. Se detuvo de nuevo y escuchó. Un fuerte crujido le hizo girarse.

Alguien se movía entre los árboles.

Corrió hacia delante y la figura echó a correr hacia la derecha. Abriéndose paso entre las espesas ramas y la maleza, Bone llegó al lugar donde había estado la figura, pero, de nuevo, no había ni rastro de él.

Un segundo crujido. Esta vez en el lado opuesto.

—¿Cómo coño has llegado hasta ahí? —masculló Bone. Desanduvo sus vacilantes pasos y, momentos después, se encontró a la intemperie, con el río y la parte superior de las cataratas justo delante.

La silueta de Morton estaba encaramada en el mismo borde de un saliente. Bone se acercó.

—¡Quieto! —gritó Morton, con el rostro iluminado por el lento avance de la luz del alba. Sonrió.

—Tienes que rendirte, Oliver —dijo Bone entre jadeos—. Hay una unidad armada en camino, y créeme, no dudarán en dispararte.

—No creo que quieras que hagan eso. No hasta que te ponga al corriente de mi pequeño ardid.

—¿Qué ardid? —Bone se acercó un poco más.

—¡Quieto! —repitió Morton—. Último aviso.

—Así que vas a tirarte, ¿es eso?

—Me lo has arruinado todo. Todas mis estrategias y planes. Estaba listo para acceder al trono. Habría sido un digno sucesor. Él me confió su legado.

—¿Qué legado?

—Su vida. Su sacrificio desinteresado. Él habría querido que yo tuviera lo que era suyo, pero tú me lo arrebataste.

—Eso es porque eres un pringado, Morton. Eso es lo que Richard te llamó justo antes de que lo mataras. Ese es su legado para ti —dijo Bone, harto de escuchar las sandeces de Morton.

Morton retrocedió hacia el borde. —¿Supongo que tu hijo se estará despertando pronto para ir al colegio, no?

—¿Qué has hecho? —replicó Bone, con el pánico creciendo en su pecho.

—Mi caballo de Troya —respondió Morton, con una sonrisa cada vez más amplia.

—¡Dímelo! —rugió Bone.

—Es un niño encantador. Michael, ¿no? —se burló Morton.

—¡Qué le has hecho a mi hijo! —Bone dio otro paso hacia Morton.

—Tranquilo. ¿No quieres oír el final de mi historia?

—Hijo de puta... —bramó Bone, apretando los puños, listo para saltar sobre él.

—Me lo encontré esta mañana con su nuevo papi, Jeff. ¿Sabes? Mi colega del instituto. Un hombre encantador, por cierto, un poco panoli, pero bueno, por eso les gusta a las mujeres.

—¡Qué le has hecho! —le gritó Bone.

—Había muchísima gente buscándome. Fama al fin, pero ni un solo uniforme cerca del colegio de tu hijo. Una vigilancia bastante deficiente, si quieres mi opinión. Así que el guapo de Jeff y yo charlamos sobre el almuerzo de tu chico.

—¿Así que él *también* está metido en esto? —replicó Bone.

—¿Quién, el señor Gosling? Oh, no, qué va —Morton soltó una risa aguda—. Un cordero inocente camino del matadero. En fin, ¿dónde estaba? —Suspiró.

—¡Dímelo, joder!

—Me encanta su fiambrera. ¿Es de los Power Rangers? Vaya, no sabía que todavía la echaran.

—Como no saltes tú, te voy a empujar yo, joder. —Bone empezó a caminar hacia Morton.

—Qué maleducado. Deja que termine. —Morton retrocedió más hacia el borde de la cascada—. Michael me dejó echar un vistazo dentro. Tenía muchas ganas de enseñarme un trozo delicioso de brownie de chocolate que su querida madre le había preparado solo para él. Ya sabes, como un regalo muy especial por ser tan valiente después de ese horrible incendio.

—¡No! —Bone se acercó más.

—Incluso me ofreció un trozo. Eso es un testimonio absoluto de lo bien que habéis criado a vuestro chaval, o al menos de cómo lo están haciendo tu mujer y Jeff últimamente. En fin, que le eché un poco de polvos mágicos dentro, solo para darle un poco más de *vidilla* para hoy.

—¿Has envenenado a mi hijo? —gruñó Bone.

—Solo una pizca. Lo menos que podía hacer, de nada. —La sonrisa de Morton se convirtió en un gesto de desprecio airado.

—¡Te mataré! —gritó Bone y se abalanzó sobre él.

Pero antes de que pudiera agarrarlo, el hijo del granjero apareció entre los árboles y embistió lateralmente a Morton, arrastrando a ambos al vacío por el lado de las cataratas. Bone corrió hasta el borde justo cuando la enredada pareja se estrellaba contra el agua. Tres agentes armados salieron corriendo del bosque.

—Ahí abajo —gritó Bone, y se abrió paso entre ellos, corriendo de vuelta a través del bosque y cruzando el campo hacia su coche.

Se metió en el coche y metió primera bruscamente. Dos vehículos de la policía entraron en el patio, uno bloqueándole la salida a Bone.

—¡Soy el inspector jefe Bone! ¡Apártense! —rugió Bone.

El agente al volante dio marcha atrás rápidamente. Bone pisó el acelerador y bajó a toda velocidad por el camino hasta salir de nuevo a la carretera principal.

Miró la hora: 8:03 a. m. —¡Joder, joder, joder! —golpeó el volante con el puño.

Cuando llegó a Kilwinnoch, subió por la calle mayor en dirección contraria, tocando el claxon a un coche que venía de frente, que se subió al bordillo para evitar una colisión. Siguió a toda velocidad. Cuando finalmente llegó al colegio de Michael, frenó en seco, atravesó corriendo la verja y entró en la recepción.

—¿Dónde está mi hijo? —le gritó Bone a la secretaria del colegio, sobresaltada.

—¿Y qué hijo sería ese? —respondió la secretaria con brusquedad.

—¡Michael Bone, vamos!

—Un momento —dijo la secretaria, y miró el escritorio que tenía delante.

—¡Vamos! ¡Vamos! —repitió Bone.

—Lo siento, señor Bone. Michael está enfermo hoy, creo que con dolor de tripa.

Bone salió corriendo de la recepción y volvió a su coche.

Cuando llegó a casa de Alice, frenó en seco y saltó del coche.

—¡Alice! ¡Abre! —gritó mientras aporreaba la puerta con el puño una y otra vez—. ¡Alice! —gritó de nuevo. Después de unos instantes, corrió por el lateral de la casa y aporreó la ventana de la cocina, pero dentro todo estaba a oscuras. En la parte trasera de la casa, rompió un panel de cristal con el codo y, metiendo la mano por el agujero, abrió la puerta y entró corriendo.

—¡Alice! —vociferó Bone de nuevo.

Jeff apareció al pie de la escalera, sujetando lo que parecía ser su zapato. Bone lo apartó de un empujón y subió corriendo. Abrió de golpe la puerta del dormitorio de Michael y corrió hacia la cama de su hijo. Pero no estaba allí. Alice apareció, adormilada, en el umbral del dormitorio.

—Duncan, ¿qué demonios...? —murmuró, todavía medio dormida.

—¿Dónde está Michael? —suplicó Bone.

Alice miró la cama vacía de Michael, con el edredón retirado y colgando por el extremo.

—Probablemente esté... —empezó Alice.

Pero Bone la apartó y bajó corriendo las escaleras, de dos o tres peldaños a la vez.

Bone entró corriendo en el salón. Michael estaba sentado en el suelo a unos treinta centímetros del televisor, viendo los dibujos animados de la mañana. Bone corrió hacia él y se arrodilló.

—Michael —empezó Bone.

—¡Papá! —dijo Michael con una sonrisa—. Puaj, ¿qué es eso? —dijo al ver la profunda herida con sangre seca y costra en la mejilla de Bone.

—¿Dónde está el brownie de chocolate? —suplicó Bone.

—Estoy viendo los extraterrestres del espacio —dijo Michael, ignorando la pregunta desesperada de su padre.

Bone agarró a su hijo.

—Tu fiambrera y el brownie que te ha hecho tu madre esta mañana, ¿dónde están? —Sacudió a su hijo con impaciencia—. ¿Te lo has comido?

A Michael se le ensombreció el rostro.

Bone se dio la vuelta. Alice estaba en la puerta.

—¿Dónde está su fiambrera? —gritó Bone.

—¿Fiambrera? ¿Qué fiambrera? —respondió Alice, confundida.

—Su fiambrera con los putos... ninjas del espacio, joder —gritó Bone.

—Uy, has dicho una palabrota, papá —intervino Michael.

—Come en el comedor del colegio. Ya no la usamos. Creo que la tiré hace mucho. —Alice se encogió de hombros—. ¿Estás teniendo algún tipo de recaída?

—Oooh —Michael puso otra cara.

—Entonces, ¿nada de brownie de chocolate?

—¿Qué? —Alice puso una mueca.

—¿Hiciste brownies y le diste uno a Michael para el almuerzo?

—¿Cuándo crees que tengo tiempo para hacer putos brownies, Duncan?

—¡Brownie! ¡Brownie! —Michael golpeó la alfombra con la mano.

—¡Oh, gracias a Dios! —dijo Bone, y cogió a su hijo en brazos, lo atrajo hacia sí y lo apretó con fuerza.

Michael se retorció.

—No puedo respirar, papá —resolló Michael.

Tras un instante más, Bone aflojó el abrazo y se desplomó en el suelo junto a su hijo.

—¿Qué está pasando, Duncan? —preguntó Alice, finalmente.

—Entonces, ¿por qué no ha ido al colegio? —inquirió Bone.

Alice le hizo un gesto a Bone para que se acercara a la puerta. Bone se levantó y Michael reanudó su visionado de la tele.

—Ha tenido terrores nocturnos por el incendio, así que gracias por eso, Duncan —susurró Alice—. He pensado que le vendrían bien un par de días libres y algunos mimos.

—Oh, Dios —dejó escapar Bone un largo suspiro.

—¿Qué demonios te has hecho en la cara? —preguntó ella, extendiendo la mano.

Bone se apretó la mano contra la herida, y sus manos se tocaron.

—Eso necesita puntos —dijo ella, claramente tratando de no involucrarse emocionalmente con él.

—Entonces, ¿nada de fiambrera ni de brownie? —preguntó Bone de nuevo, solo para asegurarse.

—Cuántas veces... ¡No! —Alice negó con la cabeza.

Bone apretó los labios. —¿No te importaría ponerme un café? Ha sido una noche larga.

—Siéntate y te preparo uno —dijo Alice.

Bone se giró, pero le flaquearon las piernas. Alice lo sujetó del brazo.

—Déjame ayudarte —dijo, y ayudó a Bone a sentarse en el sillón junto a su hijo.

Michael miró a su padre y sonrió. Bone dejó que sus miembros se hundieran más y más en el sillón hasta que la habitación desapareció.

Epílogo

Más tarde, llevaron a Bone a urgencias con una conmoción cerebral leve y le dieron el alta al día siguiente con media docena de puntos y un dolor de cabeza. A los dos hombres que habían saltado los sacaron vivos de la poza de las cataratas tras la larga caída, y a Morton lo detuvieron y lo trasladaron a la comisaría de Kilwinnoch.

Para consternación de Bone y del resto del equipo de la Unidad de Delitos Rurales, el fiscal desestimó todos los cargos contra Robert Springsteen por falta de pruebas. Durante su detención, negó toda implicación en el expolio de nidos e insistió en que la herida de arma blanca se la había autoinfligido. La identidad del supuesto abogado de Springsteen siguió siendo un misterio, así como el paradero de su desaparecido hermano.

En los días y semanas siguientes, John Monkland Jr. recibió un reconocimiento público por su valentía y, en consideración al legado de Jones, desafió los deseos de su cascarrabias padre y quitó la valla alta del camino de servidumbre de su granja.

Oliver Morton fue imputado, condenado por múltiples delitos y, para alegría y alivio de Bone y su equipo, así como de toda la comunidad de Kilwinnoch, lo encerraron por una larguísima temporada y era poco probable que volviera a ver la luz del día.

Como homenaje a la memoria de Richard Jones, a su activismo medioambiental y a sus contribuciones a la comunidad local, el

ayuntamiento de Kilwinnoch instituyó un concurso anual de fotografía de naturaleza en su nombre y se inauguró una exposición permanente de su obra en el instituto Kilwinnoch Academy.

El primer año del concurso, el ayuntamiento le ofreció a Brandon Kinross el puesto de presidente del jurado y, tras mucho darle vueltas y con gran remordimiento de conciencia, aceptó con la condición de que Jones ganara un primer premio honorífico por una obra presentada *in absentia*: su fotografía de las cataratas de Blood Water. La imagen acabaría ganando otros tres prestigiosos premios. Por respeto a su viejo amigo y archirrival, Kinross no volvió a presentar sus propias fotografías a ningún concurso.

Y por el bien de la humanidad y del vetusto sistema de alcantarillado victoriano de Kilwinnoch, Mullens por fin abandonó su dieta de superbatidos verdes. Para celebrarlo, invitó a su enfurecida esposa a un opíparo bufé libre de curri por cinco libras en The Fells.

El director del santuario de aves de Campsie Fells, Don Roxburgh, acercó un taburete y ayudó a Michael a subirse.

—Ahora, si mira usted por esos prismáticos, podrá ver el nido de cerca —dijo Roxburgh, sujetando la espalda del emocionado niño.

Michael se inclinó y miró por el visor.

—No veo —dijo Michael.

—Espere unos segundos a que los ojos se le acostumbren. —Roxburgh miró a Alice, que le devolvió la sonrisa.

—¡Hala! —exclamó Michael.

—¿Los ve? —preguntó Roxburgh.

—¡Hala! —repitió Michael, totalmente absorto.

—Empezamos con cuatro polluelos, pero por desgracia uno se cayó, así que ahora hay tres, que ya son volantones —dijo Roxburgh.

—¿Cómo se mantienen ahí arriba? —preguntó Michael.

—Es uno de los milagros de la naturaleza y un trabajo de ingeniería experta por parte de su mamá y su papá. Siga mirando, porque de un momento a otro volverá la mamá con el almuerzo.

—Muchas gracias por esto, señor Roxburgh —dijo Alice en voz baja.

—Por favor, llámeme Don —replicó Roxburgh—. Es un verdadero placer, pero es a su marido a quien tiene que darle las gracias. Él reservó la visita. Si no fuera por él, esta mañana no estaríamos viendo ninguna águila pescadora.

—¡Hala, hala, hala! —Michael se puso a dar saltos en el taburete.

Roxburgh lo agarró por el abrigo para evitar que se cayera.

—¿Ha vuelto mamá? —preguntó Roxburgh.

Michael se dio la vuelta. —Ha traído un pez muy grande. Ven a ver, mamá.

—Eche un vistazo. —Roxburgh bajó a Michael.

Alice se subió a la plataforma de observación y miró por los prismáticos.

—¡Hala! —dijo Alice, imitando a su hijo—. Qué preciosidad.

—Mi papá las salvó, ¿verdad? —le dijo Michael a Roxburgh.

—Sí, nos ayudó a protegerlas de unos hombres malos que querían robar los huevos de águila pescadora.

Tras unos instantes, Alice bajó. —Son espectaculares.

—Lo son, ¿verdad? —sonrió Roxburgh, radiante.

—Muchas gracias de nuevo por dedicarnos parte de su ajetreado día para enseñarnos su maravilloso santuario —dijo Alice sonriendo —. Dale las gracias al señor Roxburgh, Michael. —Le dio un codazo a su hijo.

—Gracias —dijo Michael—. Cuando sea mayor, voy a ser naturalista como usted —añadió.

—Me alegro mucho de oír eso, Michael. Aunque, sin duda, necesitará usted mucha ropa de abrigo aquí, en plena naturaleza invernal. —Se giró y le sonrió a Alice.

Al salir, Roxburgh le entregó a Michael unos pequeños prismáticos en una funda de camuflaje.

—Ahora que es usted todo un pajarero, va a necesitar el equipo adecuado.

—¡Hala! —repitió Michael.

Roxburgh le pasó la correa de la funda a Michael por la cabeza.

—Y necesitará este libro de aves británicas para ayudarle a identificar todos los pájaros que va a avistar.

Michael cogió el libro y ojeó su colorido contenido.

—Es usted demasiado generoso —dijo Alice.

—Es lo menos que podemos hacer —replicó Roxburgh—. Sabe, siempre andamos buscando voluntarios aquí, así que, si alguna vez te apetece echarnos una mano...

Alice levantó la vista. —Puede que le tome la palabra. Es un lugar increíble. —Se volvió hacia Michael—. Venga, no queremos entretener más al señor... a don. Di adiós.

—¡Adiós! —Adiós, Michael. Adiós, Alice.

Y con un último saludo, Alice y su hijo se dirigieron al aparcamiento.

Bone estaba en el otro extremo, de pie junto a su Saab.

—¡Papá! —le llamó Michael, corrió hacia él y saltó a sus brazos.

Alice se acercó.

—¡He visto a una mamá águila pescadora darle de comer a su bebé un pez *enooorme* y todavía estaba vivo! —dijo Michael, retorciéndose en los brazos de Bone.

—Fantástico. ¿Y qué es esto? —Bone levantó la funda de los prismáticos.

—Don me los ha dado por piar —dijo Michael, radiante.

—Gracias por organizar esto, Duncan —dijo Alice.

—No es nada. Espero que no te importe; solo quería venir a comprobar que todo había ido bien.

—Ha sido un detalle precioso, pero ya sabes que eso no cambia nada. —Alice intentó no fruncir el ceño.

—Lo sé. —Bone bajó a Michael—. Siento de verdad todo lo que ha pasado —añadió.

—Sé que lo sientes y agradezco lo que has hecho hoy, pero ya sabes lo que pienso. —Se giró hacia su hijo—. Ve a esperar al coche, Michael. Puedes echarle un ojo a tu libro nuevo.

—Adiós, papá.

Bone se arrodilló y volvió a abrazar a su hijo. —Hasta luego, bichejo.

Michael corrió hacia el coche de Alice y se metió dentro.

—Por favor, no me hagas elegir —dijo Bone.

—Por lo que a mí respecta, no hay elección, pero depende de ti, Duncan. Tu trabajo o tu hijo. Después podremos volver a hablar de las visitas. No puedo volver a permitir que la vida de mi hijo corra peligro de esa manera.

—El Cuerpo forma parte de mí, Alice. Es como si me pidieras que me cortara un brazo.

—Tú verás —repitió ella—. Lo único que te pido es que pongas a tu hijo por encima de todo, y si no eres capaz de verlo, entonces estás aún peor de lo que pensaba. Michael es mi prioridad; tú tienes que aclarar las tuyas. —Se dirigió a su coche.

—Alice —suplicó Bone de nuevo.

Ella le devolvió la mirada y, sin decir una palabra más, se metió en el coche.

Mientras su vida pasada se alejaba a toda velocidad del aparcamiento hasta perderse de vista, Bone bajó la mirada hacia su placa, que colgaba frente a él, con su rostro juvenil, anterior al cucutrás, a las cicatrices y al estrés postraumático, devolviéndole la sonrisa.

—Menudo desastre. —Respiró hondo y largamente. Había puesto en peligro la vida de su mujer, de su hijo y de sus compañeros por un trabajo que parecía empeñado en destruirlo. No podía culparla por marcharse. En el fondo, sabía que ella tenía razón, y Gallacher también. Era hora de ponerle punto final de una vez por todas. De detener por fin la rabia y el estruendo que le martilleaban el cráneo. Se arrancó la identificación y, abriendo la puerta de golpe, la arrojó al asiento del copiloto. Estaba a punto de marcharse cuando vio a su némesis encapuchada acechando en las sombras, en el extremo más alejado del aparcamiento.

—¡He acabado contigo! —gritó, con su voz resonando por todo el valle de Campsie.

Se dejó caer al volante, metió la primera en el Saab con un crujido y puso rumbo de vuelta a Kilwinnoch.

El Inspector Jefe Bone Regresa En

LA PIEDRA DEL MUERTO
Un thriller escocés del inspector jefe Bone (Libro 3)

Cuarenta años de silencio. Una confesión en el lecho de muerte. Los asesinatos vuelven a empezar.

Nueve meses después de que *la cascadas de sangre*
caso acabara por romperlo, el inspector jefe Duncan Bone reconstruye su vida en una caravana a orillas de un lago remoto. La natación en aguas abiertas y la terapia semanal por TEPT han ido devolviendo poco a poco al hombre que su familia y sus compañeros creían haber perdido para siempre. Pero cuando el deber llama, Bone descubre que hay heridas que van más hondo que las suyas.

La revelación en su lecho de muerte de un paciente psiquiátrico saca a la luz pistas de un caso frío olvidado y arrastra a Bone a un encubrimiento que hombres poderosos están dispuestos a matar por proteger. A la víctima la silenciaron hace décadas — y los asesinos siguen vivos. Con sus superiores bloqueando cada movimiento, los testigos desapareciendo y enemigos implacables estrechando el

cerco, Bone se da cuenta de que se ha metido en algo mucho más peligroso que un asesinato.

¿Podrá el inspector jefe Bone hacer justicia por los muertos antes de que el pasado reclame nuevas víctimas?

Un thriller criminal escocés oscuro y absorbente, y un procedimental policial para fans de Ian Rankin, Val McDermid, J.D. Kirk y Stuart MacBride. ***La Piedra del Muerto*** ofrece acción policial auténtica, diálogos escoceses afilados y una tensión implacable en el telón de fondo de los atmosféricos Campsie Fells — el corazón oscuro del **Tartan Noir.**

Desentierra los secretos de la serie del inspector jefe Bone hoy — gratis con Kindle Unlimited.

Lo que dicen los lectores sobre la serie de thriller criminal escocés del inspector jefe Bone:

⭐⭐⭐⭐⭐

"Un thriller brillantemente escrito ambientado en la hermosa Escocia. Una lectura fantástica, muy, muy recomendable."

⭐⭐⭐⭐⭐

"He encontrado a mi nuevo autor favorito. Si vas a leer esto, asegúrate de tener tiempo para acabarlo del tirón, porque no querrás soltarlo hasta saber cómo termina."

⭐⭐⭐⭐⭐

"¡Este libro es fantástico! Te atrapa de la primera a la última página. Imprescindible para los amantes de la novela negra. ¡No puedo esperar al siguiente!

⭐⭐⭐⭐⭐

"Creo que tenemos otro gran autor que añadir a la lista, cada vez mayor, del top de autores de novela negra escocesa."

⭐⭐⭐⭐⭐

"Ágil, con una trama potente y una gran interacción y chanzas entre los policías. Realista y cruda, pero con humor de principio a fin. Volveré sin duda por la siguiente. ¡Me ha encantado!"

⭐⭐⭐⭐⭐

"Una serie brillante, brillante. Me encantan todos los personajes y sin duda la recomendaría a otros lectores empedernidos de novela criminal como yo."

⭐⭐⭐⭐⭐

"Un thriller policial increíble, con todos los elementos que hacen de estos libros una lectura fabulosa. Un detective marcado, un caso que le toca todas las teclas y más juegos mentales de los que se pueden contar. Lectura fabulosa, ¡no veo la hora de leer el próximo de la serie!"

Opiniones de lectores

Avance

La piedra del muerto (Libro 3), Capítulo 1

UNO

El inspector jefe Duncan Bone se pasó el grueso forro polar por la cabeza y, tras coger una toalla y unas gafas de natación, salió del calor de la caravana para bajar por el estrecho sendero hasta la orilla de la ría. Mientras se acercaba a la fina franja de playa de guijarros que se extendía desde la zona de caravanas por la orilla hasta el centro del pueblo de Lochgillan, el sol asomó por encima de las lejanas montañas que rodeaban la ría. Bone dejó caer la toalla a sus pies y se dio unas palmadas en los brazos para despertarse. Se detuvo.

A poca distancia, una extraña y densa niebla flotaba sobre la superficie del agua, lisa como un espejo. Inspiró hondo, absorbiendo el aire helado del nuevo día. Con otro bufido, se quitó el forro polar y los pantalones de chándal, se ajustó la cinturilla del bañador y corrió hacia la orilla para meterse en el agua.

Cuando el agua le llegaba a la cintura, se puso las gafas y se sumergió, para salir a la superficie instantes después con un fuerte rugido involuntario. Hoy el agua parecía aún más fría; la sal de la ría impedía que se congelara. Una vez que la impresión de la zambullida

se disipó, Bone empezó a nadar a crol hacia el centro de la ría y una hilera de nasas para caballas que se extendía por la bahía.

Cuando alcanzó su distancia habitual, nadó en paralelo a la playa, sin perder de vista la orilla. Al llegar a la punta, dio la vuelta y cambió a braza, impulsándose con todas sus fuerzas de regreso al pueblo. Había calculado que tenía quince minutos como mucho para completar el recorrido. Después de eso, su temperatura corporal bajaría demasiado y correría el riesgo de sufrir hipotermia. Satisfecho de haber completado su circuito, se dirigió de nuevo a la orilla.

Al salir del agua, vio el familiar pelo rojo y las mejillas sonrosadas de su segunda al mando, la inspectora Rhona Walker, que saltaba del sendero a la playa.

—¡Inspectora Walker! —la llamó Bone. Intentó levantar el brazo para saludarla, pero lo tenía entumecido y se negó a cooperar.

—Vaya, qué mérito —dijo Walker, acercándose—. Nunca pensé que vería a mi jefe haciendo el entrenamiento de los SAS.

—Ni mucho menos —replicó Bone, cogiendo la toalla y echándosela por los hombros.

—¿Cuándo has empezado con esto? —le preguntó ella.

—Unos días después de llegar. Mi psicólogo me animó a probarlo —se frotó enérgicamente con la toalla el pecho y luego las piernas —. ¿Qué te trae por aquí tan temprano? —Se puso el forro polar.

—Me toca el biberón de las cuatro y luego ya no pego ojo, así que he pensado en venir en coche y darte la lata a ti en vez de a Maddie.

—Bueno, eres un regalo para la vista, Rhona —sonrió Bone.

—No tanto como tú con ese bañador —rio ella—. ¿Estaba fría el agua?

—¡Qué graciosa! —Bone se metió rápidamente en los pantalones del chándal. Se detuvo y volvió a mirarla—. Espera, ¿a qué te refieres con «el biberón de las cuatro»? —Las palabras de Walker por fin penetraron en su cerebro congelado.

—Ah, sí, hemos adoptado a una niña —respondió ella con una sonrisa radiante.

Bone dio un paso atrás. —¿En serio? ¿Qué? ¿Cuándo?

—Hace tres semanas nos avisaron de que teníamos una nueva hija llamada Erin —siguió sonriendo de oreja a oreja.

—De la isla. Muy apropiado. ¡Dios mío, enhorabuena!

La rodeó con los brazos y se abrazaron.

—Ha sido toda una montaña rusa. Durante meses, nada de nada, y de repente, ¡zas!, ¡ya somos mamás! —rio.

—Eso es fantástico. Me alegro muchísimo por vosotras —dijo Bone, tiritando—. Bueno, necesito una ducha caliente, y luego te invito a desayunar y me cuentas más. —Recogió sus cosas—. El hotel sirve el mejor desayuno escocés del oeste de Escocia y posiblemente del mundo.

—Primero, natación en aguas abiertas, y ahora hablas de comer. ¿Qué otras revelaciones me aguardan?

—Soy un hombre nuevo.

—Se nota —dijo Walker, todavía intentando borrar la imagen mental de su jefe en bañador.

Juntos, subieron por el sendero hacia la caravana de él.